This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Vet. Span. III B. 267

COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO V.

LA

FAMILIA DE ALVAREDA.

NOVELA ORIGINAL

DE COSTUMBRES POPULARES.

LAGRIMAS.

NOVELA

DE COSTUMBRES CONTEMPORANEAS.

POR

FERNAN CABALLERO.

LEIPZIG:
F. A. BROCKHAUS.

1860.

UNA PALABRA AL LECTOR.

El argumento de esta novela, que hemos anunciado como destinada esclusivamente á pintar al pueblo, es un hecho real, y su relacion exacta en lo principal, hasta el punto de haber conservado las mismas espresiones que gastaron los que en ella figuran, sin mas que haber quitado á alguna que otra su crudeza. Tambien se ha trasladado la accion á una época anterior á la en que tuvo lugar, y se ha añadido algo al principio y al fin.

No se nos oculta que, con los elementos que presta el asunto, se hubiera podido sacar mas partido literario, tratándolo con el énfasis clásico, el rico colorido romántico ó la estética romancesca.

Pero como no aspiramos á causar efecto, sino á pintar las cosas del pueblo tales cuales son, no hemos querido separarnos en un ápice de la naturalidad y de la verdad. El

lenguaje, salvo aspirar las *h*, y suprimir las *d*, es el de las gentes de campo andaluzas, así como lo son sus ideas, sentimientos y costumbres.

Muchos años de un estudio hecho con constancia y *con amore*, nos permiten asegurar á todo el que disputase lo contrario, que no está tan enterado en el particular como lo estamos nosotros.

LA FAMILIA DE ALVAREDA,

NOVELA ORIGINAL

DE COSTUMBRES POPULARES.

LA FAMILIA DE ALVAREDA.

PARTE PRIMERA.

CAPITULO I.

Siguiendo la curva que forman las viejas murallas de Sevilla, ciñéndola cual faja de piedra, al dejar á la derecha el rio y las Delicias, se encuentra la puerta de San Fernando.

Desde esa puerta se estiende en línea recta sobre la llanura, hasta la base del cerro llamado Buena-Vista, un camino, que pasa sobre un puente de piedra el riachuelo Tagarete, y sube la cuesta bastante pendiente del cerro, en cuya cima se hallan las ruinas de una capilla.

Al contemplar ese camino á vista de pájaro, parece que es un brazo que estiende Sevilla hácia aquellas ruinas, levantándole en alto como para llamar la atencion sobre ellas, porque esas ruinas, aunque pequeñas y sin vestigio de mérito artístico, son un recuerdo religioso é histórico, son una herencia del gran rey Fernando III, cuya memoria es tan popular, que se le admira como héroe, que se le venera como Santo, que se le ama como Rey, realizando así esa gran figura histórica el ideal del pueblo español.

Despues de subida la altura, el camino la vuelve á bajar por el lado opuesto, y llega á un vallecito por el cual pasa un arroyuelo.

Ha lavado este tan primorosamente su cauce, que solo se compone de brillantes guijarros y dorada arena.

Despues de vadearlo el camino, sonríe á su derecha á una alegre y hospitalaria ventecilla, y saluda á su izquierda á un castillo moruno, que se asienta altivo sobre una eminencia, pues no parece sino que el suelo se ha alzado para formarle su pedestal.

Este castillo fué dado por don Pedro de Castilla á su bella y célebre querida doña María de Padilla, cuyo nombre conserva.

La hacienda y castillo de *Doña María* pasó andando el tiempo, sin duda por alguna donacion piadosa, á la catedral de Sevilla, cuyo cabildo la vendió en nuestros dias á un caballero particular. Este pagó los buenos pastos y los hermosos olivos gordales de *Doña María:* los recuerdos no entraron en cuenta, puesto que de ahí á poco apareció la vieja, arrugada y mustia *Doña María,* vestida de blanquísima cal, engalanada con ribetes verdes y brillantes de cristal; pulida, áderezada como niña presumida, á punto de que entre los campesinos estáticos cundió la voz de que la bella pecadora, la hermosa amancebada, habia sin duda espiado por quinientos años de purgatorio su escandalosa vida, y habia entrado en gracia. Aquellos que aman los antiguos recuerdos y la bella y solemne librea del tiempo, gimieron y se lamentaron cual si se hubiese profanado una tumba.

Mas prosigamos la marcha del camino que adelanta, abriéndose paso por entre los palmitos y las carrascas de una dehesa, hasta penetrar en el lugar de Dos-Hermanas, que se halla sentado en un llano arenoso, á dos leguas de Sevilla.

Para hacer de este pueblo, que tiene la fama de ser muy feo, un lugar pintoresco y vistoso, seria preciso tener una imaginacion que mintiese y crease, y la persona que aquí lo describe, solo pinta.

En él no se ven, ni rio, ni lago, ni umbrosos árboles; tampoco casitas campestres con verdes celosías, merenderos cubiertos de enredaderas, ni pavos reales y gallinas de Guinéa, picoteando el verde césped; ni bellas calles de árboles formadas en líneas rectas, como esclavos sosteniendo quita-

solos, para proporcionar sombras constantes á los que pasean. Todo esto le falta. Triste es tener que confesarlo!... Es allí todo rústico, tosco y sin elegancia. Pero en cambio, encontraréis buenos y alegres rostros, que os mostrarán que maldita la falta que hace todo aquello para ser feliz. Hallaréis ademas en los patios de las casas, flores; y á sus puertas robustos y alegres chiquillos, mas numerosos aun que las flores: hallaréis la suave paz del campo, que se forma del silencio y de la soledad, una atmósfera de Eden, un cielo de paraíso. Estas son las ventajas de que goza. Bien compensan las otras.

El pueblo se compone de algunas calles anchas, formadas por casas de un solo piso, labradas en cansadas líneas rectas sin ser paralelas, que desembocan en una gran plaza arenisca, estendida como una alfombra amarilla ante una hermosa iglesia, que levanta su alta torre coronada de una cruz, como un soldado su estandarte.

A espaldas de la iglesia encontraréis el oásis de este estéril conjunto. Apoyada en el muro de detras de la iglesia, se halla una gran puerta que da entrada á un vasto y dilatado patio, que precede á la capilla de Santa Ana, patrona del lugar: junto á la capilla, apoyada en ella, está la pequeña y humilde casita de su guarda, que es á la vez cantor y sacristan de la iglesia. En el patio veréis cipreses centenarios, sombríos y reconcentrados; el alegre y loco paraíso, de tan ligera madera, creciendo pronto, prodigando al viento sus hojas, flores y fragancias, porque sabe que su vida es corta; el naranjo, ese gran señor, ese hijo predilecto del suelo de Andalucía, al que se le hace la vida tan dulce y tan larga! Veréis una parra, que cual el niño, necesita de la ayuda del hombre para medrar y subir, y que estiende sus anchas hojas, como acariciando el emparrado que la sostiene; porque es cierto que tambien las plantas tienen su carácter, del que se reciben diversas impresiones. ¿Se puede acaso mirar un cipres sin respeto, un paraíso sin cariño, un naranjo sin admiracion? ¿No imprime la alhucema la idea y el gusto de un interior aseado y pacífico? El romero, perfume de Noche-Buena, ¿no engendra acaso sus buenos y santos pensamientos?

A derecha é izquierda del lugar se estienden aquellos interminables olivares, que son el gran ramo de la agricultura de Andalucía. Estos árboles están plantados á distancia unos de otros, lo que hace alegres estos bosques: pero su suelo, nivelado y limpio por el arado, los hace cansadamente monótonos. De trecho en trecho se encuentra el caserío de la hacienda á que respectivamente pertenecen. Están estas labradas sin gusto ni simetría, y se les da vuelta sin atinar á descubrir la fachada. Nada tienen de grandioso estas grandes moles ó fábricas, sino las torres de sus molinos, que descuellan entre los olivos, como para contarlos. Estas haciendas pertenecen en lo general á la aristocracia de Sevilla; pero por lo regular no son habitadas, por no gustar las señoras del campo; por lo tanto, están descuidadas y vacías cual graneros. Así es, que en esos parajes aislados y solitarios, el silencio no es interrumpido sino por el canto del gallo, que vigilante guarda su serrallo, ó por el rebuzno de algun burro viejo, que el capataz manda á paseo y que se aburre de su soledad.

No obstante, á la caida de una hermosa tarde de enero del año 1810, hubiese podido oirse la sonora y fresca voz de un jóven como de veinte años, que con la escopeta al hombro, caminaba con paso firme y ligero por una de las veredas trazadas en los olivares. Su cuerpo, quebrado de cintura, era alto y airoso; su persona, sus ademanes, su modo de andar, tenian la soltura, la gracia, la elegancia, que el arte se esfuerza en crear, y que la naturaleza reparte á manos llenas á los andaluces. Llevaba alta y erguida una cabeza, coronada de rizos negros, modelo del bello tipo español. Sus grandes ojos negros eran vivos; su mirada firme y llena de inteligencia; su bien formado labio superior se alzaba con un gesto de alegre zumba, enseñando su blanca y brillante dentadura. Toda su gallarda persona respiraba una superabundancia de vida, de fuerza, de energía. Un boton de plata sujetaba sobre su cuello moreno su blanca camisa. Llevaba una chaqueta cortita de paño pardo, calzones cortos de la misma tela, sujetos en la rodilla con cordones y borlas de seda: una faja de seda amarilla ceñia con varias vueltas su delgada cintura.

Zapatos de vaca y polainas de lo mismo, finamente pespunteadas, calzaban sus bien formados piés y piernas: un sombrero de ancha ala, llamado calañes ó portugues, guarnecido y adornado de terciopelo y de borlas de seda, airosamente inclinado hácia el lado izquierdo, completaba el elegante traje andaluz.

Ese jóven, conocido por su índole activa, su genio arrojado y valiente, fué llamado por el capataz de una de las haciendas mencionadas, para ser guarda miéntras se hacia la cogida de la aceituna. Iba cantando:

Cuando voy á la casa
De mi María,
Se me hace cuesta abajo
La cuesta arriba.
Y cuando salgo,
Se me hace cuesta arriba
La cuesta abajo.

Al llegar á un vallado, que cercaba el olivar, el guarda, sin pararse á buscar un portillo, saltó por encima, y se halló en un camino, frente á frente de otro muchacho poco mayor que él, que tambien se dirigia al lugar como el primero. Vestia este el mismo traje que aquel; pero era ménos alto y ménos erguida su persona. Sus ojos pardos eran ménos vivos, y mas tranquila su mirada; su boca mas grave, y su sonrisa mas dulce. En lugar de escopeta llevaba una azada al hombro; precedíale una burra, á la cual no arreaba, y le seguia un enorme perro de pelo espeso y corto, de un blanco amarillento, perteneciente á la hermosa casta de perros de ganado de Estremadura.

— ¡Hola! ¿eres tú, Perico? Dios te guarde, dijo el apuesto guarda.

— Y á tí tambien, Ventura, respondió el otro: ¿vienes á holgar?

— No, respondió Ventura, que vengo por avíos.—Ademas hay ocho dias....

— ¿Que no ves á mi hermana Elvira? interrumpió Perico con su dulce sonrisa. Bueno, amigo, de un avío dos mandados.

— Callar y callaremos, Perico; que el que tiene tejado de vidrio, no tire piedras al del vecino, respondió el guarda.

— ¡Dichoso tú, Ventura, prosiguió Perico suspirando, que te podrás casar cuando quieras, sin que nada á ello se oponga!

— ¿Y qué? preguntó Ventura; ¿quién ó qué cosa se podria oponer á que te casases tú?

— La voluntad de mi madre, respondió Perico.

— ¿Qué me dices? esclamó Ventura; ¿y por qué es eso? ¿qué falta tiene que ponerle á Rita, que es jóven, bien parecida y de buena gente? pues es prima tuya.

— Cabalmente esa es la razon que su merced alega para no ser gustosa.

— Escrúpulos de vieja: ¿quiere su merced enmendarle la plana á la Iglesia que lo otorga?

— No son, respondió Perico, escrúpulos religiosos los que tiene mi madre: dice que enlaces tan cercanos repugnan á la naturaleza; que una misma sangre se rechaza y no se goza, porque tarde ó temprano les persiguen y alcanzan males, desgracias y desavenencias. Cuenta de esto cien ejemplos.

— No le hagas caso, dijo Ventura; déjala anunciar y cantar males, como una lechuza. Siempre han de tener las madres alguna cosa que oponer á los casamientos de los hijos.

— No, respondió Perico con gravedad; no, sin el consentimiento de mi madre no me casaré nunca.

Anduvieron algunos instantes en silencio; al cabo de los cuales dijo Ventura:

— Ello es que yo soy como el patron araña, que embarcaba la gente y se quedaba en tierra, ó como el predicador que decia: hacéd lo que os digo, y no lo que hago. Pues acaso, ¿no me tiene á mí la voluntad de mi padre sujeto como á un leon una cuerda de lana? Porque, ¿crees tú, Perico, que si no fuese por mi padre, que no quiere, no estaria yo á estas horas en Utrera, en donde se alista ese escuadron de voluntarios para ir á batirse contra los traidores infames, que se nos cuelan por las puertas como amigos, para hacerse dueños del país é imponernos el yugo estranjero? ¿Sabes,

Perico, que lo que acá hacemos viendo marchar los otros y quedándonos, es de malos españoles y de cobardes?

— Eso mismo pienso yo, respondió Perico; pero ¿cómo dejo yo á mi madre y á mi hermana, que no tienen sino á mí á quien volver la cara? — Pero ten tú entendido que si mi madre se emperra en no dejarme casar, no he de poder vivir así, y me voy con los demas mozos. Estóy resuelto.

— Y bien que harás, dijo con espresion Ventura. Por mí, el dia ménos pensado, por mas que me llamen, no contestaré. Aquel dia, créelo, Perico, habrá algunos franceses de ménos sobre el suelo de España.

— ¿Y Elvira? preguntó Perico.

— Hará como las otras. Me aguardará..... ó me llorará.

Habian llegado.

CAPITULO II.

La casa de la familia de Perico era espaciosa y estaba primorosamente blanqueada por dentro y por fuera; á cada lado de la puerta tenia apoyando en la pared un banco de cal y canto. En la casapuerta pendia un farol ante una imágen del Señor, que se hallaba colocada sobre el porton, segun lo exige la católica costumbre de hacer preceder á todo un pensamiento religioso, y ponerlo todo bajo un santo patrocinio. En medio del espacioso patio se alzaba frondoso sobre su robusto y pulido tronco, un enorme naranjo. Un arriate circular protegia su base como una coraza. Desde infinidad de generaciones habia sido este hermoso árbol un manantial de goces para esta familia. El difunto Juan Alvareda, padre de Perico, tenia la pretension tradicional de hacer remontar su existencia á la época de la espulsion de los moros, despues de la cual, segun su aserto, lo habia plantado un Alvareda, soldado que fué del Santo Rey Fernando; y cuando el cura, hermano de su mujer, le embromaba y daba calma sobre la antigüedad y no interrumpida filiacion de su linaje, respondia sin alterarse y sin que vacilase su conviccion ni un instante, que todos los linajes del mundo eran antiguos, y que

bien podia estinguirse la filiacion ó sucesion directa de los ricos; pero que semejante cosa jamas sucedia con los pobres.

Las mujeres de esta familia hacian de las hojas del naranjo cocimientos tónicos para el estómago y calmantes para los nervios. Las muchachas se adornaban con sus flores y hacian de ellas dulce. Los chiquillos regalaban su paladar y refrescaban su sangre con sus frutas. Los pájaros tenian entre sus hojas su cuartel general, y le cantaban mil alegres canciones, miéntras que sus dueños, que habian crecido á su sombra, le regaban en verano sin descanso, y en invierno le arrancaban las ramitas secas, como se arrancan las canas á la cabeza querida de un padre, que no se quisiera jamas ver envejecer.

A derecha é izquierda de la puerta de entrada habia dos habitaciones ó *partidos*, segun la espresion de la tierra, iguales, consistiendo en una sala, que tenia dos ventanitas con reja á la calle, y dos alcobitas formando ángulo con la sala, y tomando luz del patio. En el fondo de este se encontraba una puerta que daba á un corral muy grande, en el que se hallaban la cocina, el lavadero, las cuadras, y que ostentaba en su centro una grande higuera, con tan pocas pretensiones y amor propio, que se prestaba sin murmurar á ser de noche el lugar de descanso de las gallinas, sin haber una vez siquiera doblegado sus ramas bajo aquel peso incómodo, ni aun para darles un chasco por carnaval.

Tres años hacia que habia muerto el dueño de la casa. Cuando sintió su fin acercarse, llamó á su hijo Perico y le dijo: «A tu cargo quedan tu madre y hermana; vela sobre la una y guíala; déjate guiar por la otra. Siempre viví en el santo temor de Dios, y pensé en la muerte; así la veo llegar sin espanto y sin sorpresa. Acuérdate de mi muerte para no temerla; todos los Alvaredas han sido hombres de bien; en tus venas corre la misma sangre española, y en tu corazon viven los mismos principios católicos que los hicieron tales. Sé cual ellos, y vivirás dichoso y morirás tranquilo.»

Ana, su viuda, era una mujer distinguida en su esfera, y lo hubiese sido igualmente en otra mas elevada. Criada por su hermano, que era cura, su entendimiento era culto, su ca-

rácter grave, sus maneras dignas, su virtud instintiva. Estos méritos, unidos á su posicion acomodada, le daban una superioridad real sobre todos los que la rodeaban, que admitia sin abusar de ella. Su hijo Perico, sumiso, modesto, laborioso, habia sido su consuelo, no habiéndole dado jamas otro disgusto que el que le causaba su amor hácia su prima Rita.

Su hija Elvira, tres años mas jóven que su hermano, era una malva en su dulzura, una violeta en su modestia, una azucena en su pureza. Su niñez habia sido enfermiza, lo cual habia impreso en su semblante, muy parecido al de su hermano, una palidez y una espresion de calma resignada, que le prestaban singular atractivo. Desde su infancia se habia apegado á Ventura, el bello y arrogante hijo del vecino Pedro, amigo y compadre del difunto Juan Alvareda.

La mujer de Pedro habia muerto al dar á luz una hija, que desde entónces fué confiada por su padre á una religiosa de Alcalá, hermana de la difunta. Separado así de su hija, Pedro habia concentrado todo su querer sobre su hijo Ventura, le habia visto con gozo y orgullo hacerse el mas bello, el mas valiente, el mas gallardo de los mozos del lugar.

Frente por frente de la casa de los Alvaredas, estaba situada la pequeña casa de María, la madre de Rita. María era viuda de un hermano de Ana, que habia sido capataz de la vecina hacienda de Quintos. Era esta mujer tan buena, tan sin hiel, tan cándida y sencilla, que no tuvo jamas carácter y vigor suficiente para doblegar la condicion altiva, áspera y decidida que su hija Rita mostró desde niña: estas malas cualidades se habian, pues, desarrollado sin trabas. Era su carácter violento, sus impresiones fogosas y su corazon frio. Su cara, estraordinariamente bonita, y seductoramente espresiva, picante, viva, sonrosada y burlona, formaba un perfecto contraste con la de su prima Elvira, pudiéndose comparar la una á una fresca rosa armada de sus espinas; la otra á una de esas rosas de pasion, que elevan sobre sus pálidas hojas una corona de espinas como muestra de padecimiento, y esconden en el fondo de su cáliz una miel tan dulce.

En la pintura y clasificacion de los miembros que componian esta familia y sus allegados, no podemos omitir á Me-

lampo, el perro que ya hemos visto seguir cachazudamente á Perico á su regreso. Debemos darle su lugar, pues no todos los perros son iguales, ni *ante la ley*. Melampo era un perro honrado y grave, sin pretensiones, ni aun á las de perro Hércules ó Alcides, á pesar de sus enormes fuerzas. Ladraba rara vez, y jamas sin causa motivada: era sobrio y nada goloso. No acariciaba á sus amos; pero jamas ni por ningun motivo se separaba de ellos. En toda su vida habia mordido á nadie. Despreciaba altamente los ataques de los gozquecillos que ladraban tras él á su paso con estúpida hostilidad; pero Melampo habia matado seis zorros, tres lobos y un dia se echó sobre un toro que perseguia á su amo, y lo paró cogiéndolo por una oreja, como á un niño atrevido. Con tales hojas de servicio, dormia Melampo tranquilamente al sol sobre sus laureles.

CAPITULO III.

Cuando los dos mozos llegaron, encontraron á Elvira y Rita apoyadas cada cual en un quicio de la puerta. Estaban envueltas en sus mantillas de bayeta amarilla, guarnecidas de un ribete de terciopelo negro que gastaban entónces las mujeres del pueblo, en lugar del pañolon que gastan hoy dia. Cubríanse la parte baja de la cara, de manera que no dejaban fuera mas que la frente y los ojos.

Despues de haberle dado las buenas noches, le dijo Perico á su hermana:

— Elvira, mira que este pájaro se quiere volar; cierra bien la jaula... mira que se está deshaciendo por irse al encuentro á esos gabachos que se nos quieren colar como Pedró por su casa.

— Pues sí dicen, añadió Ventura, que se vienen acercando á Sevilla. ¿Y hemos de estar viéndolo con los brazos cruzados y sin decir esta boca es mia?

— ¡Ay Jesus! esclamó Elvira. ¡Espero en Dios que eso no sucederá! ¡No me lo digas siquiera! ¡Ay! patrona mia Santa Ana, si nos libras de esta desgracia, te ofrezco lo que

mas quiero, mi cabello, que en una trenza colgaria en tu altar con un moño color de cielo.

— Pues yo, dijo Rita, la ofrezco á la Santa dos macetas de claveles para adornar su capilla en su fiesta, si caen las pesas de modo que os larguéis pronto y volváis despacio.

— No digas eso ni en chanza, esclamó apurada Elvira.

— Anda, déjala que diga. A bien que la Santa ha de preferir la hermosa trenza de tus cabellos á sus macetas, observó Ventura.

En este momento llegaba la buena vieja María. María era mayor que su cuñada, y aunque apénas contaba sesenta años, lo pequeña y delgada que era, y lo pronto que envejecen las mujeres del pueblo, la hacia aparecer mucho mas vieja. Envolvia su exigua persona en su mantilla de bayeta color de castaña, y tiritaba.

— Hijos, esclamó al verlos parados á la puerta de la calle: la noche mata al dia; ¿qué hacéis aquí sino helaros?

— ¡Qué helarnos! respondió Ventura desabrochando el boton de su camisa: tengo calor; el frio está en vuestros huesos, tia María.

— No juegues con la salud, hijo, repuso la buena mujer, ni fies en tus pocos años, porque la muerte no mira la fe de bautismo. Este viento norte es un cuchillo, y os digo que mas pronto habéis de atrapar aquí una pulmonía, que una herencia de Indias.

Así diciéndole, entró en la casa; los demas la siguieron, ménos Ventura que fué á evacuar sus encargos.

Hallaron á Ana sentada á la copa, punto de reunion, al cual se rodean las familias en invierno. La gran sartenaja de cobre brillaba como oro sobre su baja tarima de madera. La sala era espaciosa; su suelo estaba cubierto de esteras y redondeles felpudos. A su rededor habia sillas toscas de anea, bajas de asiento, de alto espaldar. Una mesa de pino baja, sobre la que ardia un gran velon de metal, y un sillon de cuero, como se ven en las barberías de lugar, completaban el sencillo mueblaje de esta sala. En la alcoba se veian una cama muy alta, cubierta de su colcha blanca con muy almidonados faraláes; un arca muy grande de cedro, con sus ban-

quillos para preservarla de la humedad del suelo; una mesita de la misma madera, sobre la cual estaba, en su *urna* de caoba y cristales, una hermosa imágen de Nuestra Señora de los Dolores; algunas novenas; y la Guirnalda Mística ó Vida de los santos, del Padre Baltasar Bosch Centellas.

Luego que todos se hubieron reunido, incluso el compadre de Ana, Pedro, esta se puso á rezar el rosario. Concluido que hubieron de rezar, Ana tomó su huso y se puso á hilar: Elvira á hacer calceta: Pedro, que ocupaba el sillon, se puso á picar un cigarro: Perico á asar sobre la lumbre castañas y bellotas, que daba á Rita despues de asadas; esta se las comia; y María siguió rezando en voz baja, dando de vez en vez una cabezada para saludar á Morfeo.

— Vaya, dijo Perico, sí está retirada el agua; la tierra es una roca, y el cielo un bronce. Antaño por este tiempo habia llovido tanto que no se veia la tierra: tanta era la yerba que la cubria.

— Así es, respondió Pedro. Ogaño el ganado se muere de hambre; no que antaño por todas partes tenia la mesa puesta.

— Me quiere parecer, añadió Elvira con su suave voz, que va á llover pronto. Hoy tenia el rio su ceja negra, y estas cejas son, al decir de los viejos, tormentas que duermen, y que si las despiertan los vientos, inundan al mundo.

— Sí que va á llover, dijo Rita. Esta noche vi la estrella del agua, que trae la tempestad por farol.

— Va á llover, confirmó María, sacada de su sueño por la voz clara y recia de su hija: mis dolores de reumatismo me lo anuncian. ¡Ya! vientos y agua son la fruta del tiempo; y falta que hacia. No lo siento sino por los infelices de los ganaderos y pastores, que pasan tales noches en el meson de la Estrella.

— No os apuréis por ellos, María, (dijo el jovial tio Pedro, que en todas ocasiones tenia un dicho, un refran, un cuento ó una chilindrina á mano que sacar en apoyo de lo que decian); en este mundo todo es acostumbrarse, y lo que á uno le parece mal, á otro le parece bien. La costumbre todo lo allana como la mar, y todo lo dora como el sol. Un pastor

se casó con una muchacha como una rosa; quiso la casualidad que la noche de la boda se levantase un temporal de todos los demonios, con truenos y relámpagos, huracan y diluvio. Al pastor no se lo pudo sufrir el corazon; dejó plantada la novia, se echó de la cama abajo, corrió á la ventana que abrió, y se puso á gritar: ¡Ah noche de Dios, que no te gozo!

— Buena era la moza para encelar á la novia, dijo Rita riendo á carcajadas.

Las ocho sonaron; rezaron las ánimas, y poco despues se separaron.

Cuando quedaron solos la madre y los hijos, Elvira estendió sobre la mesa un mantelito muy limpio y colocó sobre ella una fuente con ensalada.

Ana y su hija se pusieron á cenar; pero Perico permaneció sentado, inclinada la cabeza sobre el brasero, y revolviendo distraidamente con la badila algunas brasas que aun ardian entre las cenizas.

— ¿No quieres cenar, Perico? le dijo su hermana alargándole el hermoso pan blanco que ella misma habia amasado.

— No tengo hambre, contestó este sin levantar la cabeza.

— ¿Estás malo, hijo? preguntó Ana.

— No, señora madre, le contestó.

La cena se acabó en silencio, y cuando Elvira hubo salido llevándose los platos, dijo Perico de repente á su madre:

— Madre, mañana me voy á Utrera á alistarme entre los leales españoles que van á defender su tierra.

Ana quedó aterrada. Acostumbrada á la dócil obediencia de su hijo, que nunca se habia desmentido, le dijo:

— ¿A la guerra? Eso es decir que quieres abandonarnos. Pero eso no puede ser; tú no puedes, tú no debes abandonar á tu madre y á tu hermana; no lo consentiré yo.

— Madre, dijo el muchacho exasperado; está visto que habéis de oponer siempre una barrera á todos mis deseos. Entrabáis mi voluntad, y ahora queréis sujetar mi brazo. No hacéis sino poner barrancos en mi senda: pero madre, prosiguió animándose movido por los dos móviles grandes que rigen al hombre, el patriotismo en toda su pureza, el amor

en toda su lozanía; madre, tengo veinte y dos años cumplidos, y por lo tanto la fuerza y la voluntad suficientes para saltar por cima, si á ello me forzáis.

Ana, tan sorprendida como asustada, cruzó con angustia sus manos frias y trémulas, y esclamó:

— ¡Qué! ¿no hay alternativa entre un casamiento que te hará infeliz, y la guerra que te costará la vida?

— Ninguna, madre, dijo Perico, á quien el temor de sucumbir en la entablada lucha sacaba de su carácter, y hacia duro. O me quedo para casarme, ó parto para cumplir con el deber de todo mozo español.

— Cásate pues, dijo la madre en voz grave; entre dos desgracias elijo la que ménos aprieta; pero acuérdate, Perico, de lo que hoy te dice tu madre: Rita es vana, ligera, cristiana fria é hija ingrata. La que es mala hija es mala casada. Vuestra sangre se rechaza: te acordarás de cuanto te dice ahora tu madre; pero será tarde.

Al decir estas palabras, la noble mujer, á quien ahogaban sus lágrimas, se entró en su alcoba para ocultárselas á su hijo.

Perico, que amaba á su madre con tanta ternura como veneracion, hizo un movimiento como para retenerla: quiso hablar; pero su timidez, unida á la turbacion en que estaba, embotaron sus facultades; no halló voces, quedóse un instante indeciso. En seguida se levantó bruscamente, se pasó la mano por su frente húmeda, y salió.

Durante este tiempo, Rita, que guardaba en vano á Perico en su reja, estaba impaciente é inquieta.

— ¿Esas tenemos? dijo al fin cerrando con coraje la puerta de madera: ahora puedes venir, que ya aguardarás por vida mia mas tiempo del que he aguardado yo...

En este instante rodó una piedra al pié de la pared. Esta era la señal convenida entre ellos para anunciar la llegada de Perico.

— Ya puedes hacer rodar todos los chinos de Dos-Hermanas sin que por eso se abra el postigo, dijo Rita para sí: ¿me tienes acaso aquí á tu voluntad y antojo cómo á tu burra vieja? De eso no ha de haber nada, hijo mio.

Un segundo chino vino á rebotar con mas violencia que acostumbraba usar Perico, contra la pared.

—¡Hola! dijo Rita, parece que viene de priesa. Bueno es que sepa que el aguardar no sabe á caramelo... Lo que siento es que no lluevan chuzos. Mas despues de un rato de reflexion añadió: si reñimos, la que se bañará en agua rosada es la mojigata de mi tia. En seguida le saca á bailar á *Santa Marcela*, la hija del tio Pedro, que guarda el viejo socarron en el convento como una sardina en escabeche, para hacérsela tragar en la primera ocasion á su ahijado Perico. Pero no se mirarán en ese espejo, pues para hacerles la mamola...

Y abriendo de repente la ventana, acabó la frase.

— Aquí estóy yo... Oye, prosiguió con tono áspero, dirigiéndose á Perico; ¿tú has determinado echar la pared abajo? ¿A qué me despiertas? Cuando aguardo, me duermo; y cuando me duermo, maldita la gracia que me hace que me despierten. Así vuélvete por donde has venido, ó por otro lado: lo mismo me dá.

Hizo ademan de cerrar el postigo.

— ¡Rita, Rita! dijo Perico con voz animada; he hablado á mi madre...

— ¡Tú! dijo Rita, volviendo á abrir el entornado postigo. ¿Qué me dices? Este es otro milagro como el de la burra de Balaam. ¿Y qué te ha dicho esa *mater* no *amabilis?*

— Dice que sí, que me case, esclamó Perico lleno de júbilo.

— ¿Qué sí? preguntó Rita. ¡Válgame San Quilindon, las vueltas que da una llave! Vamos; que es de sabios mudar de parecer. Vaya, mañana iré á darle el pésame. ¿Qué fuera, Perico, que siguiendo los buenos ejemplos de tu madre, como me lo encarga la mia, mudase yo tambien de parecer y ahora dijese que no?

— ¡Rita! ¡Rita! decia Perico enajenado; ¡vas á ser mi mujer!

— Eso está por ver, respondió Rita. Sobre que el *no* es como un duro; miéntras mas vueltas le doy, mas bonito me parece.

Con estas y otras monadas borró Rita enteramente á Perico la solemne impresion que le habian causado las palabras de su madre.

CAPITULO IV.

A la mañana siguiente estaba Ana sentada triste y abatida, cuando vió entrar al tio Pedro.

— Comadre, dijo, aquí estóy yo porque he venido.

— Sea para bien, compadre.

— Pero he venido porque tengo que hablaros.

— Hablád, compadre, y miéntras mas, mejor.

— Sabréis, comadre, que á ese remolino de Ventura se le ha metido en la cholla de ir á que le agujereen el pellejo esos *indinos* franceses que maldiga Dios.

— ¡Jesus! ¡Jesus! compadre; mate Vd. á un enemigo en buena guerra; pero no le maldiga. Perico tambien pensaba en eso. Es amargo, compadre, es cruel para nosotros; pero es natural.

— No digo que no, comadre (¡mala rabia mate á esos traidores!); pero al fin es mi único hijo, y no quisiera perderle, ni por la España entera. No he hallado sino un medio para sujetarlo, y os lo vengo á comunicar.

Diciendo estas palabras, Pedro se habia sentado cómodamente en el gran sillon de cuero, recogiendo las puntas de su capa, acercando sus pies á la lumbre, colocándose á sus anchas con toda comodidad.

— Comadre, dijo al fin, con esa profusion de frases sinónimas de los habladores. Aborrezco los preámbulos que no sirven mas que para gastar saliva. Las cosas se deben tratar con pocas palabras, y esas claras. A dentro ó á fuera; esa es la mia: lo que se puede decir en cinco minutos, ¿porqué se ha de decir en una hora? lo que se puede hacer hoy, ¿porqué dejarlo para mañana? De todos los caminos el mas corto es el mejor; pero vamos al caso, pues no me gustan los circunloquios ni...

— En verdad, compadre, dijo Ana interrumpiéndolo, dais lugar á que se crea lo contrario! Vamos al caso, que me tiene Vd. en suspenso desde que entró.

— ¡Poco á poco! que no soy escopeta, respondió Pedro; hablando se entiende la gente; nadie nos corre. ¡Caramba, comadre, que es Vd. mas viva que una centella y mas *súpita* que una exhalacion! Le decia, señora pólvora, que no he hallado sino un solo medio para sujetar ese cohete que se quiere disparar; ese medio, es dar un paso que tarde ó temprano hubiera dado: en una palabra, y para acabar pronto, vengo á pediros á vuestra Elvira para mi Ventura, deseando que el yerno que la ofrezco sea tan de su agrado como del mio lo es la nuera que solicito.

Ana no trató de ocultar la satisfaccion que le causaba un enlace tan conveniente y adecuado por todos estilos, que era previsto y tan deseado de los padres como de los hijos.

En seguida se pusieron á discutir las cláusulas del contrato, como gentes acomodadas que eran.

— Compadre, dijo Ana, sabéis tan bien como yo lo que tenemos; solo se trata de hacer las particiones. La casa esta, siempre la ha llevado el hijo mayor. La viña le toca de derecho á Perico, porque la ha mejorado y plantado gran parte de nuevo. Mis vacas se las doy á él, pues me tiene que mantener miéntras viva. La burra la necesita...

— ¿Me quisiera Vd. decir, comadre de mis pecados, dijo Pedro interrumpiéndola, lo que le queda á Elvira? Pues segun esas disposiciones, me parece que vá á salir de vuestras manos como salió nuestra madre Eva (¡en descanso esté!) de las del Criador.

— Elvira llevará el olivar, contestó Ana.

— ¡Que es una dote de princesa! esclamó el tio Pedro. ¡Vaya! ¡un olivar tamaño como un pañuelo, y que no da aceite ni para la lámpara del Santísimo!

— Daba hace veinte años mas de cien arrobas, observó Ana.

— Comadre, dijo Pedro, lo que fué y no es, lo mismo que si no hubiera sido. Ahora veinte años se morian las muchachas por mí.

— Ahora cuarenta años, querréis decir, advirtió Ana.

— ¡Qué menudita es Vd., comadre! prosiguió Pedro. Vamos al caso. Al olivar le faltan mas olivos que á San Pedro cabellos, y los que quedan están tan mustios, que parecen *tenebrarios*.

— Bien se nota, compadre, que hay mucho tiempo que no los habéis visto. Desde que sabe Perico que el olivar ha de ser para su hermana, están cuidados los árboles como rosal en maceta; cada olivo parece una plaza de armas. Llevará Elvira las tierras que lindan con él, y que beben del arroyo que las atraviesa.

— Y cate Vd., comadre, el porqué están tan secas y sedientas, pues que el arroyo está la mitad del año seco y la otra mitad sin agua. Vamos claro; que á mí me gusta el pan pan, y el vino vino. Ni quiero afrecho en aquel, ni agua en este. Esas tierras, comadre, son pobres y haraganas, y no sirven sino para el revolcadero de un burro. Pero aquí que nadie nos oye, ¿no vendió Vd. antaño dos cochinos cebados, que pesaban cada uno quince arrobas? A peseta la libra, ajuste Vd.; cien fanegas de cebada á quince rs.; cien pellejos de vino y cincuenta de vinagre. Pues ese gato, que tendrá Vd. metido en el arca, sin respiracion, ¿qué mejor ocasion para sacarlo á que le dé el aire? Cuando S. M. Cárlos IV vino á Jerez, y vaya de cuento, le presentaron un rico vino; ¡pero qué vino, comadre! un poco mejor que el de la viña de Vd. S. M., que parece que lo entendia, celebró el vino á voces. Señor, dijo el alcalde, que no cabia en el pellejo de ancho, (porque han de saber Vds. que los jerezanos están mas envanecidos de su vino que yo de mi hijo); Señor, sepa V. R. M. que todavía lo tenemos mejor. ¿Sí? dijo el Rey, pues guardarlo para mejor ocasion. Así, comadre, esta carta te escribo; aplique Vd. el cuento.

—Pues es claro, compadre, que todo ese dinero y algo mas lo tengo yo ahorrado y junto para la hija de mi corazon, respondió Ana.

—¡Eso se llama hablar! esclamó Pedro alegremente. Comadre, á fe mia que vale Vd. un Perú. Por lo que toca á mi Ventura, todo lo que tengo le pertenece, puesto que Mar-

cela quiere profesar. Y mire Vd. que no está descamisado: lleva mi casa...

— Que es un chiribitil, dijo Ana.

— Mis burras...

— Que son viejas, dijo Ana.

— Mis cabras...

— Que os cuestan mas en multas, tan ladronas son, que os retribuyen con la leche, los quesos y los cabritos.

— Y mi huerta, prosiguió Pedro, sin responder á las chanzas de Ana, con las que se vengaba de las suyas.

Así discutiendo, arreglaron las bases del contrato, quedando ántes, como despues, los mejores amigos del mundo.

Cuando Pedro se hubo ido, se puso Ana su mantilla de bayeta, y comprimiendo su dolor y sobreponiéndose á su violenta repulsa, se fué en casa de María.

María, que profesaba á su cuñada, que la hacia mucho bien, tanto cariño como gratitud, tanto respeto como admiracion, la recibió con una alegría espansiva.

— ¡Dichosos los ojos que te ven en esta casa! esclamó al verla entrar: hermana, ¿qué buen pensamiento te ha traido por acá?

En seguida se apresuró á presentar una silla á su huéspeda.

Ana se sentó, y le manifestó el objeto de su visita.

Esta proposicion llenó á tal punto de júbilo á la pobre viuda, que no hallaba voces con que espresarlo.

— ¡Ay! hermana mia, esclamaba en frases entrecortadas: ¡qué dicha! ¡Perico! ¡hijo de mi corazon! ¡á San Antonio le debo esta suerte!: y tú, Ana, ¿estás satisfecha? Mira, hermana: Rita, aunque caridelanterilla, en el fondo es una buena muchacha: voluntariosilla; pero, mira hermana, yo me tengo la culpa. Si yo la hubiese criado tan bien como tú á Elvira, otra cosa seria. Ya verás: ligerilla es; pero con los años y el estado sentará. Todas esas son cosas de mis mimos y de los pocos años. Rita, Rita, gritó: acude, corre, aquí está tu tia: ¿qué digo yó? tu Madre, pues quiere serlo, casándote con su hijo.

Rita entró con el aplomo de un banquero y la calma de un diplomático.

— ¿Qué dices, hija? le gritó la madre enajenada.

— Que lo sabia, respondió Rita.

— Vaya, le dijo su madre á media voz, que estás mas caripareja que una duca, y mas fresca que una lechuga.

— Y qué quiere Vd., ¿que me ponga á bailar el fandango porque me voy á casar? respondió Rita en alta voz.

Ana se levantó y salió.

María, á lo sumo mortificada con la desabrida conducta de su hija, acompañó á su cuñada hasta la calle, prodigándole mil espresiones de gratitud y cariño.

CAPITULO V.

Hacíanse los preparativos de las bodas. Las de Elvira y Ventura debian celebrarse ántes que las de Rita y de Perico, pues no tenian que esperar la dispensa de Roma.

Pedro quiso que su hija Marcela asistiese á la boda de su hermano ántes de empezar su noviciado, y determinó ir por ella á Alcalá. María, que tenia allí una deuda que cobrar, y necesitando en esta ocasion de todos sus fondos, aprovechó la ida de su antiguo amigo para ir acompañada.

La anciana pareja, montada en sus respectivas burras, emprendió su viaje, santiguándose y haciendo la buena cristiana una oracion al santo arcángel San Rafael, patron de los caminantes desde Tobías hasta María.

María, cómodamente sentada sobre las almohadas en sus jamugas, llevaba unas anchas enaguas de indiana, plegadas alrededor de su cintura, y un jubon de lana negro, cuyas mangas ajustadas se cerraban en la muñeca con una hilera de botones de plata. Al cuello un pañuelo de muselina blanca, recogido cerca de la nuca con un alfiler, para que no se rozara con el cabello, de suerte que parecia un figurin anticipado de la moda que habia de regir treinta años despues á las elegantes. Su cabeza la cubria un pañolito, cuyos picos venian á atarse por debajo de su barba. 1)

---

1) Aun visten así las ancianas en los pueblos.

Pedro llevaba con corta diferencia el traje que hemos descrito ya, hablando de su hijo: solo que el paño era mas basto, la faja de lana negra, como viudo que era, todo el vestido mas holgado, y que el sombrero, sin adornos y mas ancho de ala, lo llevaba derecho y no garbosamente inclinado á un lado como su hijo.

— ¡Es un dia de flores! dijo María cuando se hallaron en descampado; los campos se están riendo: no parece sino que el sol les dice «alegráos.»

— Sí, contestó Pedro; el rubio se ha lavado la cara, y ha afilado sus rayos, que pican como alfileres.

Sacó una bolsa de tabaco, hecha de piel de conejo, y se puso á hacer un cigarro.

— María, dijo Pedro cuando hubo concluido de hacerlo: yo estóy para mí que se ha de volver usted de Alcalá con las manos tan vacías como las lleva para allá. Pero, cristiana, ¿quién demonios la tentó á Vd. á prestar dinero á ese perdido? ¿No sabia Vd. que no tenia sobre qué caerse muerto y no contaba sino con una racion de hambre y otra de necesidad?

— Pero, Pedro, contestó María; cuando se presta es á los pobres: los ricos no lo necesitan; ademas era amigo.

— ¿Y no sabe Vd., inocentona, que el que presta á un amigo, pierde el dinero y el amigo? Pero Vd., María, siempre está en Belen. Lo que yo le digo á usted es que ese hombre le pagará en tres plazos, tarde, mal y nunca.

— Siempre piensa Vd. lo peor, Pedro.

— El caso es que acierto, por aquello de: piensa mal y acertarás, dijo el viejo marrullero.

Poco despues se puso á canturrear un romance, cuyo interminable testo era el siguiente:

Las dos de la noche eran
Cuando sentí ruido en casa:
Subo la escalera ansioso,
Saco la brillante espada;
Toda la casa registro
Y en ella no encuentro nada;
Y por ser cosa curiosa,
Voy á volver á contarla.
Las dos de la noche eran... etc.

María nada decia, ni pensaba mucho mas; mecida por el paso suave de su cabalgadura, abandonándose á la galbana que inoculaba el hermoso dia de primavera, se iba durmiendo.

A medio camino se hallaba una venta. Cuando llegaron, estaban algunos soldados tirados sobre los bancos de ladrillo, que á ambos lados de la puerta se hallaban bajo el cobertizo. Desde que vieron acercarse nuestra pareja, empezaron á acribillarla de dichos, provocaciones burlescas y zumbas, las que tan usuales son en el pueblo, y en particular entre los soldados.

— ¡Tio! ¿dónde va Vd. con esa cuaresma? decia el uno.

— ¡Tia! decia el otro, ¿está todavía en pié la iglesia en que os bautizaron?

— ¡Tia! decia el otro, ¿se acuerda todavía su mercé de la noche de novios?

— ¡Tio! preguntaba el cuarto, ¿va Vd. á Alcalá á tomarse los dichos con esa mocita?

— No (respondió Pedro apeándose con cachaza de su burra); que para eso aguardo mi mayor edad y que la niña acabe de crecer.

— ¡Tia! prosiguieron los soldados, ¿quiere Vd. que le ayudemos á apearse de ese potro de regalo?

— Eso es lo mejor que podéis hacer, hijos mios, respondió la buena mujer.

Los soldados se acercaron y la ayudaron á bajar de un modo atento y bondadoso.

Pedro se encontró en la venta con unos cuantos conocidos, que le convidaron tan luego á beber. El no se hizo de rogar, y dijo despues de haber bebido:

— Ahora me toca á mí convidar, despues de haber sido el convidado. Ustedes, amigos, y esos caballeros que no conozco sino para servirlos, me harán el favor de beberse un vasito de anisete á mi salud.

— Tio Pedro, dijo un jóven arriero de Dos-Hermanas, cuéntenos Vd. algo, que yo cuidaré entre tanto de que su vaso esté siempre lleno, para que no se le seque la garganta.

— ¡Ay Jesus! esclamó la tia María, que despues de haber bebido su vasito de anisete, se habia sentado sobre unos cos-

tales de trigo. ¡Jesus me valga! pues si suelta Pedro la *sin hueso*, no nos volvemos hoy al lugar, al ménos de no hacer el milagro de Josué.

— No hay cuidado, María, contestó Pedro, que no estaréis sentada sobre los costales hasta criar callos donde no los vea el sol.

— ¿Es cierto, tio Pedro, preguntó el arriero, lo que dice mi madre, que en tiempos pasados, cuando eran Vds. mozos, fué novio de la tia María?

— Mucho que sí, y á mucha honra, contestó el tio Pedro.

— ¡Mentira! esclamó la tia María, es una mentira como una casa. ¡Vaya Pedro, y que jactancioso que es! En mi vida he tenido mas novio que mi marido: en descanso esté.

— ¡*Seña* María! ¡*Seña* María! dijo Pedro, ¡y qué flaquita de memoria es su mercé! pues sepa Vd. que

Le pueden quitar al Rey
Su corona y su reinado;
Mas no le pueden quitar
La gloria de haber reinado.

— Verdad es, repuso María, que me requebró un dia en la boda de una de mis primas, y que vino una noche á la reja; pero tuvo allí tal susto, que me dejó plantada, y corrió cual si el miedo le hubiese puesto alas en los piés, y estóy para mí que no paró hasta que se dió de narices con la fin del mundo.

— ¿Cómo es eso? esclamó á una voz el auditorio riendo á carcajadas; ¿así enseñáis los talones cuando tenéis miedo, tio Pedro?

— No la doy de guapo, repuso este con calma, ni trato de ganarle la palma á Francisco Estéban.

— Eso es tener mas miedo que vergüenza, dijo la tia María, que se impacientó.

— Ya veis, señores, dijo Pedro, con guiñadas muy chuscas, que todavía no me lo ha perdonado. ¿Qué tal? ¿Me querria? Pero quisiera ver, prosiguió, cuál es entre vosotros el Cid Campeador, que se las aviniese con las cosas del otro mundo, con cosas sobrenaturales.

— No hubo mas cosa sobrenatural que vuestro miedo, intervino María, y no tuvo mas causa que un chino que rodó del tejado, movido por algun gato desvelado.

— Cuente Vd. el caso, tio Pedro, cuente Vd. el caso, que acá seremos los jueces de la contienda, esclamaron los bebedores.

— Pues han de saber Vds., señores, principió Pedro, que la ventana que me señaló María, y que abria detras de su casa, estaba en un lugar apartado y solo, á la salida del lugar.

Cerca de allí habia un retablo de ánimas ante el que ardia un farol. Cuando miraba yo esa luz, se me venia á las mientes un suceso que allí acaeció algun tiempo ántes. Todas las noches pasaba ante el retablo un cabañil, llevándose los pellejos vacíos, para traer en ellos por la mañana al salir el sol, la leche. Llegado que habia á ese lugar, no escrupulizaba en bajar el farol de las ánimas, para encender en la luz un cigarro. Una noche, (era la de la víspera de difuntos) bajado que hubo el farol, como tenia de costumbre, no pudo encender, porque la luz se apagó. Lo estrañó, porque la noche estaba serena y el viento dormia.

Volvió á subir el farol y siguió su camino.

Pero ¡cuál fué su asombro, cuando á poco volviendo la cabeza, vió el farol encendido y la luz ardiendo mas clara que nunca!

Reconociendo en esto un santo aviso de Dios, sentido y arrepentido de su desacato, hizo voto para castigarse, de no volver en su vida á encender un cigarro. Y señores, añadió Pedro en voz grave, lo ha cumplido.

Pedro hizo una pausa, y no fué interrumpida.

— Es el caso de aplicar, observó María despues de un rato, lo que dicen cuando todos callan á la vez, que un ángel ha volado sobre nosotros, y el aire de sus alas nos ha infundido el respeto del silencio.

— Vamos, tio Pedro, prosiga Vd., dijeron los arrieros: adelante, y vengamos al caso.

— Pues, señores, prosiguió Pedro, en su anterior tono jovial, sabrán Vds. que aquel farolito me infundia un gran respeto

con algun poco de miedo. ¿Será bien hecho, decia yo para mí, el venir aquí á pelar la pava en las barbas de las benditas ánimas que padeciendo y espiando están? Aseguro á Vds., á fe de Pedro, que me ponia respeto aquella luz santamente ardiendo en prez de los muertos, luz que era una ofrenda al Señor, que parecia recordar y vigilar, y como que me miraba y me reconvenia. Unas veces estaba triste y llorosa, como el *De profundis*. Otras veces aparecia inmóvil, como el ojo de un muerto que me fijaba. Otras se alzaba la llama, y parecia un dedo amenazador de fuego amonestándome.

Una noche, pues, que la miraba cual nunca amenazarme, una piedra lanzada por mano invisible, vino á dar con tal fuerza en mi cabeza, que me dejó como aturdido; y fué esto tan cierto, que al querer huir, aunque como quien dice en campo raso, me sucedió como al *negrito* de mala fortuna, que habiendo tres puertas no dió con ninguna, y que así corriendo, en lugar de dar con mi casa, di con una cantera, en la que me caí.

— Tio Pedro, dijo uno de los concurrentes, siempre he oido mentar á ese negrito de la mala fortuna, y no he podido *indilgar* de dónde le provino el mal nombre. — ¿Me lo podrá Vd. decir?

— ¡Pues no he de poder! contestó el tio Pedro, ¡si eso es mas sabido!...

Pues han de saber Vds. que habia un negro muy rico, que vivia enfrente de una real moza, de la que se enamoró. La real moza, amostazada por las carantoñas y requiebros del guachí, le contó el caso á su marido. Su marido le dijo que le diese una cita para aquella noche. Así lo hizo ella, y el negro acudió, trayendo un mundo de regalos. Lo recibió ella con mucho agasajo en un estrado que tenia tres puertas, en el que le tenia preparada una gran cena. Pero no bien se sentaron á la mesa, cuando apagó ella la luz y entró el marido con un zurriago con el que empezó á sacudirle las espaldas al negro: este se aturrulló en tales términos, que no encontraba puerta por la cual huir, y á cada latigazo decia saltando:

Pobre negrito, ¿qué mala fortuna!
Que habiendo tres puertas, no encuentra ninguna.

Por fin dió con una, y salió huyendo que bebia los vientos; pero el marido salió detras, y lo echó á rodar por la escalera abajo. Al ruido que hizo, se levantó un criado preguntando qué era aquel estrépito.—Qué ha de ser, respondió el negro:

Que he subido de puntillas,
Y he bajado de costillas.

— Tio Pedro, dijo riéndose el arriero: y ¿esa fué la causa de quedar Vds. regañados?

— No, respondió Pedro; ocho dias despues me armé de valor, y volví á la reja; pero María no abrió su ventana.

— Tia María no querria, dijo el arriero, que muriese Vd. apedreado como San Estéban.

— No fué eso, muchacho, respondió Pedro; el caso fué que Miguel Ortiz, que habia cumplido, dejó la casaca y volvió al lugar, y á María le pareció bien desnudar á un santo para vestir á otro que...

— No tenia miedo, interrumpió María, de hablar á una muchacha con buenos fines cerca de un retablo de ánimas. ¿Pues qué, se figuró Vd. que todas aquellas almas del retablo eran solteras?

— Lo creo así, María, porque los casados pasan su purgatorio en este mundo; los hombres, porque se lo hacen pasar sus mujeres; las mujeres, porque se lo hacen pasar los hijos. Ello es, señores, que tuve tal pesar, que no me quise quedar en Dos-Hermanas cuando fué la boda, y me fuí á Alcalá.

— En donde, añadió María, se acordó tanto de mí, que volvió casado con otra.

— Verdad es, afirmó Pedro, porque yo siempre he pensado que á rey muerto, rey puesto.

— Ea, Pedro, hablador sempiterno, dijo María levantándose, vámonos.

— Sí, vámonos, añadió el tio Pedro, que el sol pica como cuando huye de las nubes, y creo que va á llover.

— ¡No lo quiera Dios! esclamó María. Dios mio, ¡sol y avispas, aunque me piquen!

— ¿Qué habia de llover? Llover, si estamos en marzo, opinó el arriero.

— ¿Y tú no sabes, José, repuso el tio Pedro, que enero le prometió un borrego á marzo; pero cuando llegó marzo, estaban los borregos tan gordos y tan hermosos, que no quiso enero cumplir lo prometido? Entónces marzo le dijo enojado:

Con tres dias que me quedan,
Y tres que me preste mi compadre abril,
He de poner tus ovejas
Que te acordarás de mí.

— Con que vámonos. — Adios, caballeros.

— ¡Qué prisa, tia María! dijo otro; ¿tiene Vd. miedo de echar raíces?

— No; pero las burras nuestras no andan como tus burros, José.

— Es cierto, dijo Pedro, ayudando á María á montarse, que acá todo es viejo, la jineta, el escudero y las caballerías; mi burra es tan machucha, que no sabe de que pié cojear, porque cojea de los cuatro, y la de María tan vieja, que si hablase, nos diria á todos de tú. Ea, señores, mandar.

— Salud y pesetas, tio Pedro.

Nuestros viajeros se volvieron á poner en camino, y llegado que hubieron á Alcalá, se separaron para atender cada cual á sus asuntos.

Una hora despues se volvieron á reunir. Pedro venia acompañado de su hija, que se echó al cuello de María con esa espansion tierna de las religiosas y de los niños, es decir, de los seres cuyo corazon no ha sido magullado, herido ó enfriado por el roce con la sociedad. María la cubrió de cariños.

— ¿Habéis cobrado? preguntó Pedro con sorna.

— Me ofrecieron, respondió María, la mitad ahora, ó el todo al tiempo de la paja; y como necesitaba mis cuartos, preferí lo primero.

— ¡Ni Salomon! María, ¡ni Salomon! pues beato es el que posee; y mas vale pájaro en mano que ciento volando.

Pedro tomó á ancas á su hija, y se pusieron en camino, cuidando la tia María de su dinero, Marcela de las aspiseras, flores, tortas y alfajores que llevaba de regalo, y Pedro de ambas.

CAPITULO VI.

La llegada de Marcela causó á todos una gran alegría. Solo Rita no pudo ni quiso ocultar el mal humor que le causaba la presencia de aquella que habia sido destinada por ambas familias á ser la mujer de Perico. Este espíritu hostil, la fria reserva que Rita impuso á Perico en sus relaciones con Marcela, fueron las primeras escarchas que cayeron sobre la primavera de aquella alma pura.

Léjos estaba Marcela de sospechar los sentimientos innobles y amargos de Rita. Ademas no los hubiese comprendido, puesto que Marcela, aunque era ya una jóven, tenia el alma de niña. Viviendo, desde que nació, en el convento, se habia creado una dulce existencia en un estrecho círculo, que los intereses y las pasiones de la vida no ensanchan sino á costa de la felicidad y de la inocencia. Amaba á sus buenas religiosas; su jardin, sus quehaceres suaves y pacíficos, eran sus delicias: estaba apegada á sus devociones, á su iglesia, á sus santas Imágenes. Queria ser monja, no por *exaltacion* religiosa, sino por *gusto;* no por misantropía, sino con alegría de corazon; no por falta de hallar en el mundo un puesto ó lugar conveniente, lo cual muchos creen causa de las tomas de velo; sino porque este lugar, este puesto, los hallaba con preferencia en su convento.

Esto es lo que muchas personas no comprenden, ó fingen no comprender. Todo se comprende en el mundo, todos los vicios, todas las irregularidades, las inclinaciones mas atroces, hasta las de los antropófagos; pero se niega la de la vida tranquila y retirada, sin cuidado de lo presente ni de lo porvenir. En el mundo todo se cree; se cree en la mujer libre, en la moral del robo, en la filantropía de la guillotina; se cree en los habitantes de la luna, y en otros

puffs, como dicen los ingleses, ó *canards*, como dicen nuestros vecinos, ó *bolas* y *patrañas*, como llamamos nosotros. Todo se lo traga el escéptico sátiro llamado mundo, porque nada hay tan crédulo como la incredulidad, ni tan supersticioso como la irreligion. Pero no cree en los instintos de pureza, en los deseos modestos, en corazones humildes, ni en sentimientos religiosos: eso no. La existencia de estas es un *puff*, un *canard*, una bola, que no le cuela; no tiene nuestro Minotauro tales tragaderas. Para esos filósofos que pretenden *guiar* la opinion, una religiosa es, ó una víctima inmolada, ó un monstruo que se sustrae á las leyes de la naturaleza y á sus sagrados instintos. Nobles y elevados son por cierto vuestros *sagrados instintos*, si engendran la *mujer libre*, y niegan la mujer religiosa, sumisa y casta.

Guardád allá vuestras máximas impías y disolventes, que en España no son los entendimientos bastante obtusos para que los engañéis, ni las almas bastante innobles para que las pervirtáis.

La primera salida que hizo Marcela acompañada de Ana y Elvira, fué á la iglesia y á la capilla de la santa, patrona del lugar. La buena mujer del sacristan se apresuró á introducirlas. La capilla era larga y angosta. En el fondo estaba el altar con la efigie de la santa. En una urna de cristal embutida en el altar, se veia una cruz de madera y una campanilla.

La efigie de Santa Ana era muy antigua. Iba abriendo ó anchando por abajo en forma de campana. Sobre el pecho tenia la santa imágen de la Vírgen, la que de la misma suerte tenia el niño Jesus. El remoto orígen sellado en esta imágen, uniendo la antigüedad de la idea con la de la materia, daba á la devocion que inspiraba, como alas para alzarse y desprenderse de todo lo presente.

En la pared de la derecha estaban suspendidos dos grandes cuadros. En el uno se veian dos muchachas á las que se les aparecia un ángel; en el otro, estas mismas con un hombre, ocupado en cavar un hoyo en un lugar solitario y agreste.

A la izquierda, una verja de hierro rodeaba la entrada de una cueva subterránea, á la que se bajaba por una escalerita.

Marcela y sus compañeras, despues de haber rezado sus devociones, se sentaron debajo del emparrado en unas sillas bajas, que se apresuró á traerles la santera; y Marcela suplicó á la agasajadora y agradable mujer les dijese lo que aquellos dos cuadros colgados en la capilla representaban. La buena anciana, que gustaba de contar, tomó su relato de muy léjos, y lo empezó en estos términos:

CRONICA POPULAR Y VERBAL DE DOS-HERMANAS[1]).

En tiempos cuya memoria se pierde, reinaba en España don Rodrigo, hombre licencioso. Era por entónces costumbre que todos los grandes del reino enviasen sus hijas á la corte. Sucedió, pues, que el noble conde don Julian envió allá á su hermosa hija Florinda, conocida por la Cava. Cuando el rey la vió, se encendió en amores; mas como ella era virtuosa, segun á su nobleza competia, solo debió el rey á la violencia lo que agradecer no pudo á la voluntad. Cuando la hermosa Florinda se miró deshonrada, le escribió una carta al ausente conde, con lágrimas escrita y con sangre, en que ponia:

«Padre, vuestra honra y la mia están mancilladas. Más os valiera, y mejor me fuera, que me hubieseis matado, que no enviarme aquí. Vengáos y vengádme.»

Cuando el conde don Julian leyó la carta, perdió el sentido, y cuando volvió en sí, juró sobre la cruz de su espada sacar tal venganza que sonada fuera cual no otra, y proporcionada á la ofensa. A este fin trató con los moros, y les entregó á Tarifa y Algeciras. Cual rio henchido que rompe sus diques, inundaron los moros la Andalucía.

---

1) La persona que escribe esto, oyó ella misma la siguiente relacion en boca de esa mujer, y la escribió en seguida en los mismos términos y propias palabras, sin quitar ni poner. Si bien el fondo es cosa muy sabida, es de sumo interes para quien estudia la índole del pueblo, ver la manera clara y precisa con que concibe las cosas, la nobleza con que las refiere, y sobre todo el sentimiento religioso que en ellas brilla y predomina.

Llegaron á Sevilla, llamada entónces Híspalis, y á este lugar, nombrado en aquel tiempo Oripo. Los cristianos, ántes de huir, escondieron la venerada imágen de su patrona Santa Ana en las entrañas de la tierra. En ellas quedó quinientos años, hasta que el santo Rey Fernando se hizo dueño del país, espulsó los moros y cercó á Sevilla. Empero los moros hacian tan tenaz resistencia, que el ánimo del santo Rey empezó á desfallecer. Apareciósele entónces en sueños, en la torre hoy dia derrumbada de los Herveros, nuestra Madre Santísima, animando su valor y prometiéndole la victoria. Con robustecido espíritu se volvió el santo Rey á sus reales, á Alcalá. Hizo venir todos los artífices que hallarse pudieron, y les mandó que le hiciesen una imágen en un todo idéntica á la que en sueño viera; pero ninguno atinaba; lo que entristecia en gran manera al rey.

Presentáronse entónces dos bellos mozos vestidos de peregrinos, los que se ofrecieron á fabricar la imágen, en un todo conforme á la que viera el santo Rey. Hízoles este llevar á un taller en el que hallaron cuanto para su intento habian de menester; y cuando al siguiente dia el rey, estimulado por su impaciencia, entró en la estancia para ver sus adelantos, los peregrinos habian desaparecido. Intactos yacian en el suelo los materiales, y sobre un altar se veia la imágen de la Señora, tal cual al rey se le habia aparecido la Santa Madre en sueños. El rey, reconociendo la intervencion de los ángeles, se postró en el suelo, vertiendo lágrimas ante aquella imágen por la que tanto habia ansiado, y que la misma Reina de los ángeles le enviaba por medio de estos.

Cuando el santo caudillo conquistó á Sevilla, mandó que se colocase la Vírgen en un carro triunfal tirado por seis caballos blancos, siguiendo su Real Majestad el carro á piés descalzos, y la depositó en el santo templo de la catedral, en donde se venera y se venerará hasta el fin de los siglos, bajo la advocacion de Nuestra Señora de los Reyes. En su capilla, á sus piés, yace el cuerpo del santo Rey. Reliquias son que bien puede envidiarle la España entera.

Poco despues de este sucedido, se preparó el gran Rey á otro ataque, pues era grande su confianza en la ayuda del

cielo. Acampó sus valientes tropas en el vecino cerro de Buena-Vista, en que se estendian á ambos lados como dos brazos para obedecerle. Pero estaban las tropas tan fatigadas y exhaustas por el calor y la sed, que tenian las fuerzas perdidas y los ánimos caidos. En este conflicto, levantó el santo Rey un altar formado con armas, y sobre él colocó una imágen de la Vírgen, que siempre llevaba colgada del arzon de su silla de montar. *¡ Valédme! ¡ Valédme,* Señora! le dijo: que si hoy alzo por vuestra ayuda y vuestro valer la cruz en Sevilla, hago voto de labraros aquí mismo una capilla, en donde se os dé culto, y de depositar en ella á vuestras plantas los estandartes con los que se haya ganado Sevilla.

En el mismo instante brotó al pié del cerro una hermosa fuente de siete caños, que aun corren hoy, y lleva el nombre de *la fuente del Rey.*

Hombres y caballos se refrigeraron, cobraron fuerzas y vigor, fué ganada Sevilla, y el rey moro Aixa vino descalzo á presentar al santo conquistador, sobre una bandeja de oro, las llaves de la ciudad, las que en el dia se conservan en el tesoro y reliquias de la catedral[1]).

En estos tiempos, prosiguió la narradora, vivian en la provincia de Leon dos piadosas hermanas llamadas Elvira y Estefanía. Aparecióseles un ángel, y les dijo que se pusiesen en camino para desenterar una imágen de la santa madre Nuestra Señora, que los cristianos habian escondido debajo de tierra.

El padre de las santas doncellas, Gomez Nazareno, que era tan piadoso como ellas, quiso acompañarlas. Pero al

---

1) Todos estos detalles son históricos. Muchos pasan cerca de los arruinados restos de esta capilla, que es la que anunciámos al principio, sin sospechar su orígen. Cuando la capilla amenazó ruina, hubo un pleito entre la catedral y el pueblo de Dos-Hermanas para fallar quién recogiera las reliquias que encerraba; pero estando labrada la capilla en el término de Dos-Hermanas, este ganó el pleito. La imágen, conocida por advocacion de la Vírgen del *Vármen* (derivada de la esclamacion del santo, *¡ Valédme!*) así como los estandartes, fueron trasladados con gran pompa al lugar, donde no son atendidos ni por los eruditos, ni por los anticuarios, ni por los ricos ni, aun por los curiosos; pero en donde los veneran y dan culto los pobres.

ponerse en camino, fué grande su tribulacion por no saber hácia qué lado dirigirse. Oyeron entónces en el aire el son de una campanilla sin verla. Fuéronla siguiendo hasta que las condujo á este sitio, en el que se perdió á sus piés debajo de tierra.

Era por entónces este lugar un eriazo agreste, una maleza intrincada, que tenia por nombre *Cañada viciosa*. La razon de esto era', el que nunca pudieron los moros que metieran toda esta tierra en labor, desmontar la *Cañada viciosa*, porque la guardaba un ángel con una espada en la mano.

Pusiéronse con ahinco á ahondar la tierra y hallaron una losa, la que, sopesada que fué, descubrió la entrada de una cueva, que es la propia que á la vista está en la capilla; y en ella hallaron la imágen de la Santa, una cruz, la campanilla, que, cual la estrella de los Reyes magos, los condujo allá; y una lámpara, que aun ardia y que sigue alumbrando á la Santa, colgada delante del altar en que está colocada: mas de mil años há que arde en veneracion de la Santa.

Sacáronla y le labraron una capilla. Bajo su amparo se alzaron y apiñaron casas, hasta formar una aldea que tomó el nombre de Dos-Hermanas, en memoria de sus fundadoras. Ved, prosiguió la santera levantándose y volviendo á entrar á la capilla, ved la imágen que nada ha podido deteriorar, ni la humedad de la tierra, ni el polvo del aire, ni la carcoma del tiempo. En estas láminas están retratadas las piadosas hermanas.

A los lados del altar se veian suspendidos gran cantidad de Ex-votos.

Llamaron la atencion de Marcela siete pequeñas piernas de plata, que colgaban unidas por una cinta y un moño de color de rosa.

— ¿Qué significa esta ofrenda? preguntó á la santera.

— Aquí las trajo, respondió esta, Márcos el herrero. Habia acaecido que un dia de repente le entraron tales dolores en la pierna al infeliz, que no podia ni vivir ni morir. Su pobre mujer, despues de haberle hecho cuantos remedios le mandaron, lo llevó á Sevilla tendido en una carreta. Pero allá tampoco hallaron los médicos con qué aliviar su padecer.

Cuanto tenian se derritió en la asistencia del desdichado, y un dia, desesperado por sus dolores, y por las voces de sus hijos, que le pedian el pan que no tenia que darles, se levantó su corazon partido á Dios, poniendo por intercesora á nuestra santa patrona, rogándole con fervor le devolviese la salud miéntras sus hijos lo necesitasen. «Cuando mis hijos ya no me necesiten, santa mia, le dijo, entónces moriré gustoso; pero si hasta entónces por tu mediacion recobro la salud, te prometo, santa bendita, colgar cada un año una piernecita de plata en tus aras para que atestigüe el milagro.» Al siguiente dia venia Márcos por su pié á dar gracias á la santa.

Trascurrieron años, los hijos de Márcos habíanse hecho mozos, ganaban su pan; no le quedaba á Márcos sino una mocita. Tenia novio, y se la pidió á su padre. Alegre fué la boda; pero Márcos estaba metido en sí. El dia que siguió, se sintió indispuesto y se acostó para no mas levantarse. Lo que pidió le habia sido concedido. Su tarea estaba cumplida.

— ¿Y estas espigas? preguntó Marcela al ver un ramito de estas, que colgaban atadas con un moño celeste.

— Fueron traidas, respondió la santera, por Petrola, la mujer de Gomez.

Esas pobres gentes no tienen sino la peonada del padre para ocho hijos.

Habian podido agenciar para sembrar un *pegujalillo*. En él tenian puestas sus esperanzas, en él se estaban mirando como en un espejo, y con razon, porque el *pegujal* lo agradecia; crecia lozano que no parecia sino que lo regaban con agua bendita.

Un dia entra su vecina, venia del campo, y le dijo que está la langosta en su trigo; ¡la langosta, una de las plagas de Egipto! Ni un rayo que hubiese caido del cielo, hubiese dejado mas aterrada á la infeliz. Sale despavorida sin saber lo que hacia, abandonando su casa y sus hijos, corre desatentada con los brazos abiertos y gritando á voces: ¡Santa Ana! ¡Santa Ana! ¡qué es el pan de mis hijos! ¡el pan de mis hijos!

Llega y ve en una punta del sembrado la rastra de la langosta, que corta el trigo por el pié sin dejar ni señal; pero

entre esta punta y lo demas del sembrado no parecia sino que se habia levantado un muro invisible para guardar el trigo de la madre devota que invocaba á la santa. Ya podéis graduar el enajenamiento y gratitud de la buena mujer; pero como era tan pobre, no lo pudo demostrar sino trayéndole estas espiguitas á la santa.

Oian Ana, Elvira y Marcela á la santera, enternecido y fervoroso el corazon y humedecidos los ojos. Con estos sentimientos se ha trasladado el relato al papel. ¡Haz, Dios mio, que con los mismos se lea!

CAPITULO VII.

Sonreia mayo, tan dorado de sol, tan bullicioso por el canto de sus pájaros y el susurro de sus miles de insectos, tan perfumado por sus flores, tan alegre y risueño, por ser el mes que, feliz entre todos los meses, es dedicado á María.

Era llegado el dia de la boda de Ventura y Elvira, y ese dia se levantó el sol tan radiante como un amigo que se hubiese apresurado á ser el primero en felicitarlos. Iban á salir para la iglesia. Ana estrechaba sobre su corazon á la hija que tanto amaba, esa suave Elvira, tan humilde y recogida en su felicidad, que bajaba la cabeza cual si la abrumara, y los ojos cual si la deslumbrase. Tio Pedro, mas alegre que en su vida lo habia estado, se excedia á sí mismo en gracejos, bromas y dicharachos. María, enajenada de su gozo y del de los demas, vertia lágrimas sin fin, que eran como las gotas de agua que caen á veces de un cielo sereno que alumbra el sol; y como aquellas se deslizan brillantes al traves de sus rayos, se resbalaban las lágrimas de María al traves de su sonrisa.

— Hermana mia, decia Marcela á Elvira; despues del mio, mi dulce Jesus, tu esposo es el mejor y mas perfecto. Mira mi Ventura qué bien parecido está. Si tuviese una vara de azucenas en la mano, se pareceria á San José en los desposorios.

Y tenia razon en celebrar á su hermano, porque Ventura,

primorosa y ricamente vestido, mas animado y gallardo que nunca, dando prisa para que se pusiesen en camino, era el tipo que hubiese escogido un estatuario para esculpir un Aquíles.

Perico olvidaba á Rita para mirar á su hermana con sus grandes y suaves ojos pardos, con una profunda mirada de inesplicable cariño.

Solo Rita tenia aire indiferente y aburrido.

Melampo era de parecer que se hacia mucha bulla por poca cosa, y se fué debajo del naranjo á dormir. Este sacudia todas sus flores, como si hubiese querido regar con ellas la senda de la novia.

Iban á salir, cuando un ruido estraño llegó á sus oidos: parecia compuesto del bramido del toro acosado, y de los lamentos de la cierva herida y del rugido de sorpresa del leon herido en su sueño.

Era este causado por el grito de alarma y de rabia de bandadas de fugitivos que llegaban, y por las esclamaciones de asombro y de indignacion de los del pueblo que se preparaban á imitarlos.

Los franceses, que habian entrado á pasos agigantados en Sevilla, seguian su marcha devastadora hácia Cádiz.

Perico, previendo este funesto suceso, tenia prevenido un lugar de refugio á su familia en una hacienda solitaria apartada de todo tránsito, y al intento caballerías en sus cuadras.

Miéntras los hombres corrian al corral para aparejarlas, las mujeres desatinadas sacaban y liaban las ropas, y traian cuanto podia cargarse en los serones.

— ¡Qué triste agüero, Ventura! le decia Elvira; el dia que nos debia unir, nos separa.

— Nada puede separarnos, Elvira, contestó Ventura. Desafío á cuantos lo intentasen. Marcha tranquila; acá nos vamos á alistar, y en el camino os alcanzaremos.

Viólas Ventura alejarse bajo la custodia de Perico, y no se volvió á su casa hasta que los hubo perdido de vista.

Pero ya se oia á la entrada del lugar el funesto son de los tambores que anunciaban la terrible falange armada, que

se arrojaba sobre aquel pobre pueblo desarmado, cogido de sorpresa y tratado como esclavo.

Venian en nombre de esa usurpacion inicua, cuyos precedentes pertenecen á los tiempos bárbaros, así como pertenece á los tiempos heróicos la resistencia que halló, y contra la cual se estrelló, combatiendo sin gloria y sucumbiendo con vergüenza.

— Seguídme, padre, dijo Ventura; hermana, ven, huyamos.

— Es tarde, repuso Pedro, están ya ahí; pero tú escóndete, Ventura, esconde á tu hermana; en llegando la noche huiremos; mas por el pronto escondéos.

— ¿Y vos, padre? preguntó Ventura, vacilando entre la necesidad y la repugnancia que le causaba el tener que esconderse.

— Yo, repuso Pedro, aquí me quedo. A mí, pobre viejo, ¿qué me han de hacer? Vamos, obedecéd; escondéos. Marcela, ¿qué haces ahí, mas fria, mas parada que una estatua de piedra? ¿Ventura, en qué piensas que no te mueves? ¿Quieres perderte? ¿Quieres perder á tu hermana? ¡Ventura, hijo! ¿Me quieres matar?

Este grito de angustia de su padre sacó á Ventura del estupor en que lo habian puesto la incertidumbre, la sorpresa y la rabia.

— Preciso es, murmuró apretando los puños y los dientes, padre, padre, esconderme como una mujer. ¡Miéntras viva no se me ha de quitar la vergüenza! Y tomando una escalera de mano, la apoyó contra un boquete que se notaba en el techo, y que daba entrada á un sobrado ó desvan, en el que se guardaban las semillas y trastos viejos; hizo subir á su hermana, subió á su vez y tiró tras de sí la escalera.

Tiempo era, porque llamaban á la puerta. Pedro fué á abrir.

Un granadero frances entró.

— Prepárame, le dijo á Pedro en su jerigonza, de comer, de beber; dáme tu dinero, si no quieres que yo te lo tome, y llama á tus hijas, sino quieres que las vaya á buscar.

La sangre del honrado y altivo español le subió al rostro; pero respondió con moderacion:

— Nada tengo de cuanto pedís.

— ¿Qué quiere decir que nada tienes, brigante? ¿Sabes con quién hablas? ¿Sabes que tengo hambre y sed?

Pedro, que habia pensado pasar todo el dia tan celebrado de la boda de su hijo en casa de Ana, y de consiguiente nada tenia prevenido, se acercó á la puerta que comunicaba con lo interior de la casa, y señalando con la mano el fogon apagado, repitió:

— ¡Ya os dije que nada de comer hay en casa, sino pan!

— ¡Mientes! gritó rabioso el frances; es mala voluntad.

Pedro clavó sus ojos en el granadero, y en ellos chispearon por un instante toda la indignacion, toda la cólera, todo el resentimiento que abrigaba su alma; mas un segundo pensamiento, que lo hizo estremecerse, se los hizo bajar, y dijo en voz conciliadora:

— Mirád que os he dicho la verdad.

Al oir esta obstinada negativa, el soldado, á quien ya la mirada que le habia lanzado Pedro, tenia exasperado, se acercó á este y le dijo:

— ¡Me haces frente! ¡Me niegas con obstinacion lo que tienes obligacion de darme, hé! y encima de todo, ¡me insultas con tu calma desdeñosa! yo te pondré á fe mia tan suave como un guante.

Y levantando la mano, resonó en el cuarto el sonido seco y distinto de una bofetada.

Cual águila que se arroja sobre su presa, Ventura, saltando del sobrado, se abalanzó al frances, le arrancó el sable de su vaina y le atravesó con él. El frances cayó redondo como una masa inerte.

— ¡Hijo! ¡hijo! ¿Qué has hecho? esclamó el anciano, olvidando la afrenta al considerar el riesgo de su hijo.

— Padre, mi obligacion.

— ¡Te has perdido!

— Y ¿qué, si os he vengado?

— Huye, huye: no pierdas un instante.

— No ántes de que limpie esto de ese deudor que ya ha pagado. Si lo hallasen, pagariais por mí, padre.

— No le hace, no le hace, esclamó el anciano; sálvate tú, que es lo que importa.

Ventura, sin dar oidos á su padre, levantó el cadáver, que cargó sobre sus hombros, lo tiró al pozo, se volvió hácia su padre que lo seguia en la agonía de la angustia, le pidió su bendicion, se puso de un brinco sobre la tapia del corral que daba al campo, y saltó del otro lado; y el pobre padre, subido sobre el tronco de la higuera, asido á sus ramas, con el corazon oprimido, los ojos desencajados, el pecho sin aliento, vió á su hijo, al ídolo de su corazon, salvar la distancia que separaba al pueblo de un olivar con la ligereza de un ciervo, y desaparecer entre los árboles.

FIN DE LA PARTE PRIMERA.

PARTE SEGUNDA.

CAPITULO I.

El otoño habia cercenado los dias y el invierno llamaba á la puerta con sus dedos de hielo. Era la hora en que los labradores vuelven á sus casas y aquella en que el sol echa una última y fria mirada á la tierra que abandona.

Venia Perico despacio detras de su burra, seguido de Melampo, que rivalizaba en gravedad con su anciana amiga y compañera. Esta aun recordaba con horror la entrada de los franceses, aunque desde entónces habian pasado seis años, porque en aquella ocasion el poner en salvo á sus amas le habia costado el mas desatinado galope que habia dado en su vida. Si hubiese tenido algun ligero tinte de literatura estranjera, como muchos lo tienen hoy, que oyen campanas sin saber quizas donde suenan, es bien cierto que hubiese sostenido á Melampo que el potro indomado, sobre el que ataron á Mazepa, era un caracol comparado con ella en esa memorable ocasion. Todavía no habia acabado de descansar.

Cuando entraron en su calle, dos hermosos chiquillos volaron al encuentro de Perico. Pero en el momento de llegar, una sonora y solemne campanada anunció la oracion. Perico se paró y se quitó el sombrero. La burra y el perro, que por un largo hábito conocian el toque, se pararon igualmente, y los niños quedaron inmóviles.

Cuando su padre hubo concluido las oraciones del misterio de la Anunciacion, los niños se acercaron á él y le dijeron:

— La mano, padre.

— Dios os haga buenos, respondió Perico bendiciendo á sus hijos.

Quien hubiese mirado la ancha y honrada cara de Melampo, que sentado miraba con visible interes esta escena, hubiese leido en ella la palabra: *Amen.*

El niño, que estaba deshaciéndose porque su padre le montase en la burra, le preguntó que porqué era preciso pararse cuando daba la oracion.

— ¿No te acuerdas, le dijo su hermana Angelita, de lo que dice tia Elvira, que cuando toca esta hora dedicada á la Vírgen, se paran nuestros ángeles de la guarda por respeto, y que si entónces anduviésemos, seria solos y sin ellos?

— Verdad es, hermana, respondió Angel dándole desfachadamente un varazo á la burra, sobre la cual le habia sentado su padre; varazo del que, por fortuna, ni aun se enteró la paciente.

Seis años habian pasado desde los tristes acontecimientos que hemos referido, los que se habian aun agravado por haber perdido el juicio la infeliz Marcela aquel dia, que escondida en el sobrado habia sido testigo de la afrenta de su padre, de la terrible venganza que de ella tomó su hermano, y de la fuga de este, del que ninguna noticia habia habido, y que todos lloraban como muerto, á pesar de que en su amistad á Pedro y su cariño á Elvira, buscaban para ellos palabras de una esperanza que no abrigaban sus pechos. El tiempo, no obstante, ese gran disolvente en el que se van deshaciendo alegrías y pesares, como en el agua el azúcar y la sal, habia hecho estas penas, sino ménos amargas, mas llevaderas. Solo que en boca de Pedro, en lugar de sus alegres chanzas y habituales chistes, se oia con frecuencia esta esclamacion: ¡Mi pobre hijo! ¡Mi pobre hija!

Unicamente Elvira se esceptuaba de esta influencia del tiempo. Ibase desvaneciendo en silencio, como aquellas nubecillas del cielo que en lugar de caer en tierra en ruidosos raudales de lluvia, se van alzando en silencio hasta perderse de vista. Jamas se quejaba; ni el nombre de Ventura, de

aquel que ya habia mirado como el compañero que la Iglesia le diera, salia de sus labios.

— Un gusano le está royendo la vida, le decia Ana á su hijo Perico. Vosotros no lo veis; pero á mí no se me oculta.

— Pero, madre, contestaba este, ¿donde veis eso? ¿Se queja acaso?

— No, hijo, no. Pero, Perico, á la hija muda su madre la entiende, respondia Ana con profundo dolor.

Rita y Perico eran felices, porque Perico labraba la felicidad de ambos con su corazon amante, su genio dulce y su carácter conciliador. Un año despues de su casamiento, habia dado Rita á luz dos gemelos. En esta ocasion estuvo á la muerte, y debió la vida á la esmerada asistencia de su marido y su familia. Largo tiempo quedó débil y achacosa; pero en el instante en que volvemos á coger el hilo de la narracion, estaba del todo restablecida, y las rosas de la salud y de la juventud florecian mas bellas y lozanas que nunca en su semblante. Cuando aquella noche estuvieron reunidos:

— Vírgen santa, dijo María, ¡qué espantosa tormenta hubo esta noche! Tanta miedo he tenido, que hasta mi cama temblaba conmigo. Junté todos mis pecados, y se los confesé á Dios. He rezado tanto, que me parece haber despertado á todos los muertos, y en voz alta, porque siempre he oido decir que donde alcanza la voz de la oracion, pierde su fuerza el rayo. ¡A los moros! ¡A los moros! le gritaba á la tormenta. ¡A los moros! para que se conviertan, y tiemblen de la ira de Dios. Solo al amenecer, cuando vi el arco íris, me consolé, porque él es la señal que dió Dios al hombre, de que no le castigaria con otro diluvio. ¡Jesus! Y ¡que no tiemblen los hombres ante estos avisos de Dios!

— ¿Y por qué quiere Vd., madre, que tiemblen por una cosa que es natural? dijo Rita.

— ¿Natural? repuso María. ¿Tambien dirás que lo son la peste y la guerra? ¿Tú sabes lo que es el rayo? Pues á un aperador le oí, que es *un pedazo del aire encendío y la*

ira de Dios que le va rempujando[1]). ¿Y dónde no entra el aire, y dónde no alcanza la ira de Dios? ¿Pues y el trueno? El trueno decia un predicador que es la voz de Dios y su magnificencia, y que hay que temer á Dios, sobre todo cuando truena. Así, hijos mios, no echéis en olvido nunca que una tormenta es un aviso del Señor para recordarnos que Su Majestad consiente, pero no para siempre.

— Bien venida ha sido el agua, mae María[2]), dijo Perico, que la tierra tenia sed.

— Siempre tiene sed la tierra, opinó Rita. ¡Ni que fuera borracha!

— Padre, dijo Angela, ¿sabe Vd. lo que cantaba hoy cuando veia correr los frailecitos por los charcos?

Y la niña se puso á cantar:

¡Agua Dios de los cristianos
Que se mojen los sembrados.
A la puerta del meson
Sale la madre de Dios
En un caballito blanco.
Alumbrando todo el campo.
Campo bendito, campo de Dios.
Que repique, repique la iglesia mayor.

Angel, que no se queria dejar ganar la palmeta por su hermana, que era mas viva que él, dijo en seguida:

— Padre, y yo cantaba:

Agua, Dios mio,
Con el corazon lo pido;
Tenéd piedad,
Que soy chiquito, y pido pan.

— Basta, basta, gritó Rita, que parecen vds. dos chicharras; mas cansados sois que ranas.

— ¿Vamos á jugar á un juego, madre? dijo el niño.

---

1) Esta magnífica definicion tan llena de poesía, daba en efecto un hombre rústico en Andalucía.

2) Las gentes del pueblo en Andalucía nombran á sus abuelas y suegras haciendo preceder á sus nombres el *mae*, para diferenciarlas de las madres, á las que nombran solo *madre*.

— Jugád con el rabo del gato, respondió Rita.

— Mae María, dijo la niña, ¿me quiere Vd. contar un cuento y le diré la doctrina? Mire Vd.; los enemigos del alma son tres: demonio, mundo y carne.

— Ese enemigo me gusta á mí, dijo el niño.

— ¡Calla, chiquillo! le dijo su abuela, que no se trata de la carne de la olla.

— ¿Pues de cuál, mae María? preguntó el niño.

— Por ahora aprende la letra, contestó su abuela, que cuando tus alcances te lo permitan, aplicarás lo aprendido. Por lo pronto, sépaste que tu carne, es decir, tus apetitos te llevan á ser tan goloso como eres, y que la gula es pecado mortal.

— Siete son estos, saltó diciendo la niña, y los recitó.

— Yo, mae María, dijo Angel, sé las tres Personas. El Padre, que es Dios, el Hijo que es Dios, y el Espíritu Santo, que es paloma.

— ¡Qué rudo es! esclamó su madre.

— Hija, opinó María, nadie nace enseñado. Niño, añadió, la paloma es un símbolo. El Espíritu Santo es Dios como el Padre y el Hijo.

Tirando cada niño á su abuela hacia sí á medida que hablaban:

— Yo sé los Mandamientos de Dios, dijo el uno.

— Yo los de la Iglesia, dijo el otro.

— Yo los Sacramentos.

— Yo los dones del Espíritu Santo.

— Yo...

— Basta y sobra, dijo Rita, van Vds. á recitar toda la doctrina; ¿acaso estamos en una amiga?... ¡Pues está buena la diversion!

— ¿Es posible, dijo con dolor María, que habia estado en sus glorias oyendo á los niños; es posible, Rita, que no te guste oir la palabra de Dios, y que no te enajene en la boca de tus hijitos? Me acuerdo que la primera vez que me dijiste entero el Padre nuestro, me eché á llorar á lágrima viva.

— Ya, respondió la hija; sí es Vd. capaz de llorar en un fandango.

La pobre madre no respondió, sino que volviéndose á los niños, les dijo:

— Estóy tan contenta con Vds. por lo bien que saben la doctrina, que les voy á contar lo mas bonito que sé.

Los niños se sentaron en la tarima de la copa frente á su abuela, la que empezó así su relato.

— Cuando el ángel previno al santo patriarca José que huyese á Egipto, tomó el santo su borriquito, en que sentó á la Madre y al Hijo, y se pusieron á caminar por selvas y matorrales.

Estando en lo mas intrincado de un bosque, la Señora tuvo miedo, porque el camino era muy lóbrego y solo, y al llegar á una cueva, salieron de ella, y se arrojaron sobre la sacra familia una cuadrilla de ladrones. Ya iban á bajar la Madre y el Hijo del jumento; pero al acercarse á ellos el capitan, que se llamaba Dimas, miró al Niño, y al mirarlo, sintió un golpe en su corazon, y volviéndose á sus compañeros, les dijo: «el que toque siquiera al pelo de la ropa de esa Señora y de ese Niño, habérselas ha conmigo,» y volviéndose á los Santos Esposos, les dijo: «La noche está al caer, y viene borrascosa. Veníd conmigo, y os hospedaré.» Y así sucedió. Y el bandolero les dió de comer y de beber; y los Santos Esposos admitieron lo ofrecido, puesto que Dios admite todos los sufragios de los buenos como de los malos; y así nunca dejéis de rogar, aunque por desgracia estuvieseis en pecado mortal. Por eso cuando andando el tiempo fué preso y condenado á muerte el bandolero, halló misericordia y se arrepintió en la muerte de cruz, que le sirvió de espiacion, como al Señor de sacrificio, se hizo cristiano, y fué el primero entre todos, que entró en la gloria, segun se la prometió Cristo vertiendo su sangre por él. [1])

---

1) Este relato es mucho mas largo; pero no nos atrevemos á proseguir, por no abusar de la paciencia de los lectores con pueriles cuentos de *niñas* ó de *viejas*, epíteto que no dejaria de aplicárseles. Dia llegará en que en España, como en los países mas cultos del mundo, se les dé un valor inmenso á estos hijos del corazon ferviente y lleno de fe del pueblo, que hacen sonreir y enternecerse á la vez, como lo hace la infáncia.

Oíase entretanto bramar el viento en largos aullidos; las puertas se zamarreaban movidas de una fuerza invisible, y el viejo naranjo murmuraba en el patio, como si reconviniese al viento porque turbaba su calma.

— Vaya, dijo Perico, que no va á quedar ortiga en el suelo.

— ¡Y qué llover! añadió Pedro; se desgajan las nubes, el rio se paseará por el campo.

— ¿Has visto, dijo Angela á su hermano, como corrian las nubes esta tarde, que parecian galgos?

— Sí, respondió el niño, ¿y dónde iban?

— A la mar por agua.

— ¿Tanta agua hay en el mar?

¡Jesus! y mas que en la alberca de tio Pedro.

— La voz del viento me parece, dijo María, la voz del mal espíritu: trae al miedo de la mano.

— De todo tiene miedo mi madre, observó Rita: no sé, señora, cuando descansará su corazon. Oye, desmadejado, prosiguió empujando al niño, que se habia apoyado en ella; sostente sobre lo que has comido.

El niño, medio dormido, perdió el equilibrio. Elvira dió un grito. Perico se arrojó á él, y le cogió en sus brazos. La caña de hilar se escapó de las manos de Ana, que la recogió sin decir palabra.

— Si alguna vez los pierdes, dijo Pedro con indignacion, no los llorarás como yo al mio; no, esa ventaja me llevas.

— Sus prontos, sus prontos, que me tienen frita, dijo María fatigada, disculpando lo mucho y culpando lo poco.

— Con que, mae María, se apresuró á decir Perico; á todo le teméis; ¿y á las brujas?

— No, eso no, hijo mio, respondió su suegra; la doctrina prohibe creer en brujas y hechicerías. Le temo á las cosas que Dios permite para castigar á los hombres, y sobre todo, si son sobrenaturales.

— ¿Acaso las hay? ¿Habéis visto alguna? preguntó Rita.

— ¿Qué si las hay? respondió María. ¿Y tú lo dudas?

— Claro está.

— ¿Con qué niegas que hay cosas estraordinarias?

— Eso no, una de ellas es el dia que no me echáis un sermon; pero sobrenaturales no creo que las haya. Soy como santo Tomas.

— ¡Pues gloríate de ello! ¡Lástima es que no digas tambien que eres como San Pedro, en lo que faltó!

— ¿Pero Vd. ha visto algo que lo sea, señora? sino que tiene Vd. unas tragaderas como un tiburon.

— Lo mismo que si lo hubiese visto, para el caso, repuso María.

— Tia ¿qué fué? preguntó Elvira.

— Hija, contestó la buena anciana dirigiéndose á su sobrina; en primer lugar lo que le acaeció á la condesa de Villaoran, que su señoría misma me lo contó cuando estábamos de capataces en su hacienda de Quintos. Tenia la señora la piadosa costumbre de mandar decir una misa por los reos, al propio tiempo que los estaban ajusticiando. Cuando andaba por esos mundos el afamado Vellico cometiendo tanta iniquidad, se dejó decir la señora que si á ese le cogian, no le mandaria decir la misa como á otros reos; y asi fué. Cuando le ajusticiaron, no le mandó decir la misa. A poco, una noche que dormia sosegada, fué despertada por una voz lastimera, que cerca de su cabecera la llamó por su nombre.

Sentóse azorada sobre su cama; pero no vió á nadie, aunque ardia la lámpara sobre el velador. En seguida, á la misma voz, mas lastimera una, la oyó en el patio llamarla, y ántes que en sí volviese de su estupor, por tercera vez, léjos, como un suspiro, fué invocado su nombre.

Llama la señora á voces, acuden todos los de la casa, la hallan aterrada, despavorida; nadie sino ella habia oido la voz. [1])

Al dia siguiente apénas ardian las luces en los altares, cuando se estaba diciendo una misa por el alma del pobre ajusticiado, y la condesa, postrada ante el altar, oraba con fervor y arrepentida, pues la clemencia de Dios, que no es

---

1) Este es un hecho verídico.

la de los hombres, á nadie deja fuera. ¿Y, ahora, qué dices, Rita?

Estaban todos tan conmovidos con la relacion de María, que cual una escarcha sobre flores, cayó la respuesta de Rita, que dijo bostezando:

— Me parece que lo soñaria.

— ¡Caramba, caramba! y qué incredulidad, esclamó el tio Pedro. Esa Rita va á acabar como ese *Lucero,* que dicen los predicadores que se separó de la Iglesia.

— ¡Ave María! Pedro, no diga vd. eso, esclamó María, ni por ponderar. ¡Jesus! diga vd. qué *terquedad,* pues solo lo dice por irme á la contra. [1])

Un ruido que se oyó hácia la puerta del patio que daba al corral, selló de repente los labios de María.

— ¡Jesus! ¿qué es eso? dijo.

— Nada, mae María, respondió Perico riéndose: ¿qué habia de ser? El viento, que anda moviéndolo todo esta noche.

— Madre, dijo Angela, tómeme Vd. en sus faldas como padre á Angel; que tengo miedo.

— ¡Pues eso faltaba! respondió Rita, que estaba de mal talante. ¡Anda! siéntate en la falda de un cerro, y no vuelvas hasta que traigas nietos.

— Yo quisiera saber, dijo Pedro despues de un rato, si los que se burlan de lo que los demas temen, ¿nunca han esperimentado lo que es asombro?

— Perico, Perico, dijo María con angustia, algo suena en el patio.

— Mae María, respondió este, estáis asustada y os sobrecogéis: ¿no oís que son las canales?

— Yo, por mi parte, prosiguió Pedro, como ensimismado y con voz apagada, desde que hubo mancha de sangre en mi casa...

---

1) Este capítulo contenia una porcion de estos sucesos sobrenaturales. Entre otros uno de don Miguel de Mañara, segun la version popular. El temor de alargarlo demasiado los hace suprimir.

— ¡Pedro, Pedro! ¿volveremos á la de siempre? ¿Os vais á entristecer? ¿Qué sirve volver sobre lo pasado y lo que no tiene remedio? dijo Ana.

— Es, Ana, contestó Pedro, que lo que yo padezco á veces me abruma, y me tengo que desahogar. Solo, solo, como me he quedado en mi casa, ¡se me cae encima! ¡Y créanlo Vds., que muchas noches, cuando todo calla y el sueño me huye, lo he visto, sí, lo he visto, á aquel granadero que mi hijo mató; lo he visto, tal cual lo vi vivo con su capote ceniza, su gorra de pelo, salir del pozo en que fué echado, y venirse al cuarto en que fué muerto, á buscar las manchas de su sangre. Lo veo ante mis ojos, alto, inmóvil, terrible.

En este momento se abrió la puerta, y una figura alta, inmóvil, terrible, con un capote ceniza y una gorra de granadero, apareció en el quicio.

Aterrados todos, quedan sin voz y sin movimiento.

¡Jesus nos valga!! esclamó María.

Angel se abalanza al seno de su padre, Angela en las faldas de su abuela.

— ¡Ventura! murmuró Elvira cerrando los ojos y dejando caer su cabeza sobre el pecho de su madre.

Melampo se deshacia en fiestas.

Habíanle reconocido á un mismo tiempo la mujer, para la que no habia olvido, y el perro, para quien no existe la infidelidad.

— Levantóse con el ímpetu del rayo Pedro, y el anciano hubiese caido, no pudiendo sostenerse, si Ventura, que habia tirado su gorra y su capote, no se hubiese arrojado y sostenídolo en sus brazos. Mas fácil es de comprender que no de pintar la escena que siguió, escena de confusion, de palabras y esclamaciones sueltas de gozo y de sorpresa, de fervorosas gracias al cielo y de lágrimas.

Cuando Ventura pudo desasirse de los brazos de su padre, los que no querian desprenderse del cuello de aquel hijo, que aun no podia persuadirse que estrechaba en ellos, fijó sus ojos en Elvira, á la que su madre sostenia y hacia oler un pañuelo empapado en vinagre; pero ya no era la Elvira que él habia dejado á su partida. Pálida, delgada, desemejada,

parecia haber empezado ya á separarse de la vida. Los brillantes ojos de Ventura se dulcificaron y entristecieron con una profunda espresion de lástima, y con la franca sinceridad del hombre de campo le dijo:

— ¿Has estado mala, Elvira? No pareces la misma.

— ¡Ahora, ahora se mejorará, por via de Chápiro! esclamó Pedro, en quien la alegría despertaba su antiguo genio festivo y zumbon. Tu ausencia, Ventura, la tiene así, el no saber de tí; y no es para ménos! ¿Por qué, criatura de Dios, no has mandado una carta y hecho saber de tí?

— ¡Pues, si mi sargento me escribió lo ménos seis! respondió Ventura; además he estado en Francia, he estado prisionero, todo eso es largo de contar.... Pero ¡qué buena estás tú! Rita, (dijo mirando á esta, que desde que entró Ventura no habia apartado la vista del gallardo jóven, á quien los bigotes, el uniforme y porte militar sentaban soberbiamente); ¡vaya que estás hecha una real moza! ¡la buena vida que te da Perico! Perico, ¿y tú? ¿siempre cavando? ¿Estos son vuestros hijos? ¡qué hermosos! Dios los guarde. Ea, acercáos, que no soy frances ni el cancon.

Sentóse Ventura para acariciar á los niños.

En ese instante, arrimándose María por detrás, cogió su cabeza entre las manos y cubrióla de besos y lágrimas.

— Tia María, decia entretanto Ventura, ¡lo que habréis rezado por mí! ¡Jesus! apostaria que habéis hecho mas de cien novenas y mas de mil promesas.

— Sí, hijo mio, sí, y mañana vendo mi mejor gallina para mandarle decir á Santa Ana la misa que le tengo ofrecida.

— Tia Ana es la que nada me dice, observó Ventura: ¿no se alegra Vd. de verme, señora?

— Sí, hijo, sí, repuso Ana; atendia á mi Elvira. Solo Dios sabe lo que me alegro de tu vuelta, prosiguió observando el pálido semblante de su hija, y cuántas gracias le doy por ella, si es para bien.

— ¡No, que no! esclamó Pedro; para bien de todos, ménos de mis chotos y de vuestros pollos, que van á espichar dentro de un mes, el tiempo preciso de correrse las amonestaciones.

— No seáis tan súpito, respondió Ana sonriéndose; una boda, compadre, no es un buñuelo que se echa á freir.

— ¡Ea! cada mochuelo á su olivo, dijo Pedro levantándose despues de un rato. Señores, una reja hay en la calle que no quiere ya estar sola.

— Esta noche, tio Pedro, se fueron las tristezas con el frances al fondo del pozo, y ni él ni ellas volverán á salir, dijo Rita riéndose.

— Amen, amen. Así lo espero, respondió el buen anciano.

CAPITULO II.

Al reunirse á la noche siguiente, trajo Vendura consigo un perrito de aguas negro, que se llamaba *Tambor*. Nunca, jamas por jamas, se habia dado que un perro estraño se hubiese introducido en aquellas veladas. Así es, que apénas entró coleando, bien lavado, bien pelado y con todo el desembarazo de un pulido elegante, cuando Melampo, que tenia en poco esos méritos y en muy escasa estima los paseantes en cortes, le embistió de fuerte y feo, y lo dejó aplastado con una de sus patazas, pero sin tener por eso la idea ambiciosa de afectar la actitud ni el aire del leon de Waterloo.

En vano le pegaba Perico, en vano le daba de puntapiés Ventura, en vano le tiraba Pedro el sombrero y le gritaban las mujeres: Melampo estaba ofuscado, habia perdido su acostumbrada moderacion y docilidad. ¡Quién lo hubiese creido! Se emancipaba. Solo cuando Angel se echó sobre él, le pasó los bracitos al cuello y le gritó al oido: «pícaro, véte á tu rincon,» soltó Melampo su presa y obedeció, retirándose cabizbajo, como avergonzado de haber vencido á un inferior. Allí se acostó, volviendo la cara á la pared, para no ser testigo de los halagos que recibia y de las habilidades que sabia hacer un perro de pelo rizado, pelado, con pulseras y hopo, que le chocaba altamente.

— En primer lugar, dijo Perico, ¿me querrás esplicar, Ventura, cómo te apareciste ayer aquí como llovido del techo, sin que nadie te abriese la puerta?

— Pues mira que es difícil de acertar, contestó Ventura. Cuando llegué, me fuí á casa; la tia Curra, á quien mi padre da una vivienda para que le cuide, me abrió, y para estar aquí mas presto y cogeros descuidados, salté por cima de la tapia del corral, como hacia cuando chiquillo.

— Bien decia yo anoche, observó María, que oia la puerta del corral y andar en el patio.

— Ahora, dijo Perico, cuéntanos lo que te ha pasado. ¿Has sido herido?

— ¿Si ha sido herido? respondió el tio Pedro; mirádle el pecho, y veréis el hoyo que le hace la cicatriz de una bala que recibió en él, y que no lo dejó en el sitio gracias á este boton; mirádlo hundido y hecho como una cazoleta que le amortiguó la fuerza. Mirád su brazo, mirád la herida.....

— ¡Y qué, padre, interrumpió Ventura, si ya están curadas!

Cuando huí, prosiguió, tiré rio abajo, llegué á Sanlúcar, y me embarqué para Cádiz. Allí me entré en el regimiento de Guardias, mandado por el duque del Infantado. Trabé amistad con un soldado distinguido, de buena casa, y nos queríamos como hermanos. A poco nos embarcámos para Tarifa, con el fin de que tomásemos á los franceses por la espalda, cuando los atacasen los ingleses de frente, de lo que resultó la batalla de la Barrosa, en que se huyeron los franceses á Jerez, y nos apoderámos de su campamento.

— ¿Vamos, le dije yo á mi amigo en medio de la pelea, vamos á quitarle á aquel frances esa águila que levanta tan erguida, y que me está dando en ojo? Vamos, dijo; y sin encomendarnos á Dios ni al diablo, dimos sobre el porta, y mi compañero le mató y quitó el avechucho.

Pero á un volver de cabeza nos hallámos rodeados de franceses que querian el milano. Pero acá dijimos: de eso no ha de haber nada: camaradas, lo que es el pájaro cayó en la jaula y no ha de salir, mas que viniese Pepe Botellas ó *Napoladron* en persona por él.

Lo pusimos contra un acebuche; nosotros delante, y dijimos: ahora, veníd por él..... y ¡vinieron! (porque arrojados son esos demonios, mas que sea por una mala causa.) Mataron

á mi pobre amigo, y tambien me hubiesen matado á mí, claro es, porque eran muchos. ¡Lo que yo sentia era el pájaro! pero estaba de Dios que ese ya no habia de cantar en frances el Mambrú, porque vinieron los nuestros y los echaron. ¡Pero mal parado me dejaron, cristianos! que yo no sabia que tenia tanta sangre en mi cuerpo. Me llevaron con mi águila ante el coronel, que me dijo me habia portado bien y que se me daria la cruz de San Fernando por haber cogido el aguilucho. No le cogí yo, mi coronel, le dije, sino mi amigo el distinguido, el que ha muerto..... y perdí el sentido. [1]) Cuando volví en mí, me hallé en el hospital. De la cruz no habia nada.

— Tu culpa fué, dijo Rita. ¿Porqué le dijiste al coronel que no habias sido tú?

Ventura miró á Rita como si no comprendiese lo que decia.

— Hiciste lo que debiste, dijo Pedro. Prosigue.

Una lágrima corrió por las mejillas de Elvira.

— Apenas convalecí, nos embarcaron para Huelva, y me hallé en la batalla de la Albuera contra la division del mariscal Soult. Poco despues me hicieron prisionero, pude escapar, y me incorporé al ejército de Granada, que mandaba el duque del Parque, con el que seguí persiguiendo á los enemigos hasta pasar los Pirineos. Volví luego á Madrid, donde he estado, hasta que por fin me han dado mi licencia.

— ¡Jesus, Ventura, dijo María admirada, has corrido mas mundo que las cigüeñas!

— Yo no, respondió Ventura; pero conocí á uno, ese sí; habia estado con el general la Romana allá en el Norte, en donde se cubre la tierra con un manto tan espeso de nieve, que á veces se entierran en ella las gentes.

— ¡María Santísima! dijo María estremecida.

— Pero son buenas gentes; allá no se conoce la navaja.

— ¡Dios los bendiga! esclamó María.

— En aquella tierra no hay aceite, y comen pan negro.

— Mala tierra para mí, observó Ana; pues yo siempre he de comer del mejor pan, aunque no coma otra cosa.

---

1) Este rasgo de noble y pura honradez es cierto.

— ¡Qué gazpachos saldrán con pan negro y sin aceite! dijo María horrorizada.

— No comen gazpacho, replicó Ventura.

— ¿Pues qué comen?

— Comen patatas y leche, contestó Ventura.

— Buen provecho, y salud para el pecho.

— Lo peor es, tia María, que en toda aquella tierra no hay ni frailes ni monjas.

— ¿Qué me dices, hijo? esclamó esta.

— Lo que Vd. oye: hay pocas iglesias, y estas parecen hospitales robados, sin capillas, sin altares, sin efigies y sin Santísimo.

— ¡Jesus María! esclamaron todos ménos María, que de espanto se quedó hecha estatua. Pero de ahí á un rato, cruzando sus manos con gozoso fervor, esclamó:

— ¡Ay mi sol! ¡Ay mi pan blanco! mi iglesia, mi Madre Santísima, mi tierra, mi fe y mi Dios Sacramentado. Dichosa mil veces yo, que he nacido, y, mediante la misericordia divina, he de morir en ella. Gracias á Dios que no fuistes á esa tierra, hijo mio. ¡Tierra de herejes! ¡Qué espanto!

— ¿Acaso eso se pega como la sarna, madre? preguntó Rita con burla.

— No digo eso, Dios me libre, respondió la buena María; pero.....

— Todo se pega ménos lo bonito, dijo Pedro, y mejor se está uno en su tierra. Mis manos pongo á que nada de bueno nos traen los que hayan ido por allá.

— ¡Qué no pasan los pobres militares! dijo Elvira.

— Por eso será que les he tenido siempre tanta aficion, añadió María; por eso, y porque defienden la fe de Cristo. Así he sido siempre muy devota de San Fernando, ese piadoso y valiente caudillo. En mi sala tengo al santo en su marco y alrededor, en la pared, le tengo pegados soldaditos de papel, pensando le agradará eso al santo, que toda su vida se vió rodeado de ellos. Cuando Rita seria como de doce años, fuí á Sevilla, y ella me dió un real para mercarle un peinecillo. Pasé por la tienda de un viejecito, que tenia puesto á la vista un pliego de soldaditos. ¡Qué guardia para mi

santo! pensé; pero se me habian acabado los cuartos. No me quedaba sino el real de Rita; un real valia el pliego. Anda, dije para mí; mas vale que le falte á Rita esa monería, que á mi santo su guardia, y se los merqué.

A Rita le dije que no me habia alcanzado el dinero, y no mentia. Al dia siguiente, cuando los saqué para pegarlos alrededor de la lámina del rey, entró Rita. ¿Con que ha tenido Vd., me dijo, dinero para esa porquería de soldados de papel, y le faltó para mi peinecillo? Diciendo esto, me los quitó de las manos para tirarlos por la ventana. ¡Chiquilla, le grité, mira que con los soldados me tiras el corazon á la calle! Y viendo que no me hacia caso, cogí la escoba y le pegué. La única vez que le he pegado en mi vida.

— Más os valiera, dijo Pedro, que le hubieseis señalado los dedos algunas veces.

— ¿Quién acierta con Vd., tio Pedro? preguntó Rita. Mi madre la erró en no castigar á su hija, y la yerro yo por no mimar los mios.

— Hija, contestó Pedro, ni *arre* que corra, ni *só* que se pare.

— Pero ya que quiere Vd. tanto á los soldados, madre, prosiguió Rita, ¿porqué puso Vd. tanto empeño en librar á su sobrino Miguel?

— Quiero á los soldados por lo mismo que padecen y pasan mucho; y por eso quise librar á mi sobrino, contestó María.

— ¡Qué me reí entónces! prosiguió Rita dirigiéndose á Ventura. Encendió su merced luces á todos los santos durante el sorteo; como no tenia candeleros, pegó caracoles vacíos á la pared con cal y arena, les metió una torcida, y echó aceite y se puso á rezar. En esto llegó la madre de Miguel, y le dijo que su hijo habia salido soldado. Mi madre, al oirla, apagó las luces como si se les dijese á los santos: «quedáos á oscuras que no os necesito ya.»

— ¡Qué cosas dices, Rita! respondió la buena María. ¡No quiera Dios juzgar así los corazones!.... Me resigné, hija, me resigné, pues Dios habia hecho ver su voluntad..... ¡y cuando Dios no quiere, santos no puéden!

CAPITULO III.

El gozo de Elvira fué tan corto como habia sido vivo. ¿Qué puede escaparse á los ojos de la que ama? ¿No es sabido que hay cosas que, cual el viento de Guadarrama, son casi un soplo, y matan? Sin que Rita ni Ventura se hubiesen aun dado cuenta á sí mismos de la mutua seduccion que uno sobre otro ejercian, Elvira ofrecia á Dios por segunda vez los dolores de su perdido amor; esta vez empero sin remota esperanza. Miraba la paciente y prudente Elvira un rompimiento como señal precisa de alguna catástrofe, y seguia como una mártir recibiendo, sin atreverse á rechazarlas, las frias muestras de un amor pálido y débil como ella, que se desvanecia á la viva llama de otro nuevo, que chispeaba ya activo, brillante y bello, como lo era el objeto que lo inspiraba. Hacíanse las visitas en la reja cada noche mas cortas y mas frias. No habia ocasion en que un gesto, una mirada, un dicho, no pusiese en contacto directo á esos dos seres, que cual la mariposa, se complacian en acercarse á la llama por un impulso instintivo del que se dejaba arrastrar sin definirlo, y al que aun nada contrarestaba; porque el que una mujer casada olvidase sus deberes, el que un novio dejase de amar los suyos, es cosa casi del todo desconocida en los pueblos; pero para la familia cuya historia contamos, era increible, al punto de mirarla como imposible. Mas Rita no conocia freno, y la vida militar habia sido para Ventura mala escuela de costumbres. Una mañana le dijo Perico á Elvira, ántes de marchar al campo, al hallarla sentada en el patio:

— Hermana, aquí tienes dinero para comprarte ropa de color; has cumplido el hábito de Dolores, que ofreciste llevar hasta la vuelta de Ventura; quiero ya ver tu cara, tu vestido, todo alegre en tí.

Elvira contestó comprimiendo á duras penas sus lágrimas: guarda tu dinero, hermano; cada dia me siento peor; mas vale que piense en ponerme bien con Dios, que no en vestidos de boda, y que no mude los colores que me han de cubrir en la caja.

— No digas eso, hermana, esclamó Perico, que me partes el corazon; ya es un hábito en tí el pensar triste. Cuando con Ventura seas feliz, como Rita y yo; cuando tengas dos hijitos como estos nuestros, que te alegren, ahuyentarás tus aprehensiones. Veníd, añadió cogiendo á los niños, veníd á entretener á vuestra tia.

Elvira siguió con la vista á su hermano, desgarrándose su corazon en un dolor tan angustioso y profundo cuanto que lo comprimia, pareciéndole una queja de ella un imprudente grito de alarma á un mal sin remedio.

— Tia, dijo Angel, no hay forma de que se quede Melampo cuando sale padre.

— Hace lo que debe, como un buen perro que es, respondió Elvira.

— ¿Y por qué se llama Melampo? siguió preguntando el niño, con ese afan de preguntar de los niños, que los mayores ridiculizan en lugar de respetarlo.

— Se llama así, respondió la buena Elvira, porque es el nombre de uno de los perros que fueron á Belen con los pastores á ver al recien nacido: tres fueron, Melampo, Cubilon y Lobina, y los perros que llevan estos nombres nunca rabian.

— Tia, esclamó Angela, corriendo tras de un pajarillo, no he podido coger á esa golondrina.

— No es golondrina, dijo su tia, esas no vienen hasta la primavera, y á estas nunca las cojas ni hagas daño.

— ¿Por qué, tia?

— Porque son amigas del hombre, confían en él, y hacen su nido bajo su techo. Tambien fueron ellas las que sacaron las espinas de la corona del Salvador, cuando pendia de la Cruz.

En este momento dió Angel una caida, y se echó á llorar. Salió Rita impetuosamente de su habitacion, y cogiéndolo en brazos:

— ¿Qué te has hecho? ¿qué tienes, gloria de tu madre?

Y limpiándole con su delantal la cara, que tenia sucia:

— ¿Qué tienes, prosiguió, cara de Dios llena de basura? Bendito sean estos ojos, esta boquita, estas manitas.

Y chillándolo y cubriéndolo de apasionados cariños, se lo llevó, así como á su hermana, en casa de su madre, y volviendo en seguida, se fué al corral á lavar.

Ya se ha dicho que el corral, contiguo al de la casa de Pedro, estaba separado de este por una tapia de poca altura.

Rita, segun la costumbre del país, se puso á cantar.

Entre las gentes del pueblo de Andalucía, cada cual tiene en su memoria tal archivo de coplas y tan variadas en sus conceptos, que seria difícil se diese una cosa que se quisiese espresar y no se hallase en una copla el modo de hacerlo.

Una hermosa voz, bien modulada y clara, le contestó desde el corral vecino, entablándose así un coloquio cantado, el que concluyó la voz de hombre con esta copla, que indica las alas que las anteriores habian dado á sus deseos:

Lograr es lo que intento,
No perder tiempo;
Ni dar suspiro al aire,
Ni queja al viento.

Entretanto estaba Elvira cosiendo al lado de su madre, y su semblante suave y sereno no acusaba el dolor y angustia de su corazon; y no obstante, Ana la miraba con sus penetrantes ojos de madre y se decia: ¿Serán fallidas las esperanzas que puse en la vuelta de Ventura? ¿La querrá Dios para sí?

Entraron en esto los niños desalentados.

— Mae Ana, tia Elvira, gritaron. Tio Pedro nos ha dicho que esta noche ha parido la burra y que está en la cuadra con el rucho. Acá no lo sabíamos. Vamos á verlo. Vamos á verlo.

Y tirando de su abuela el uno y de su tia el otro, se dirigieron al corral y abrieron de golpe la puerta de par en par.

¡Qué puñal de dos filos para Ana, la mujer honrada, la amante madre! Ventura y Rita, en aquel sitio apartado y oculto, estaban retozando.

Pronto como el rayo, puso Ventura el pié sobre la rueda de una carreta arrimada á la tapia, y desapareció.

Rita, enrabiada, siguió lavando, y con sin igual descaro se puso á cantar:

Quién tuviera la dicha
De Adan y Eva,
Que jamas conocieron
Suegro ni suegra.

Los niños habian corrido sin detenerse á la cuadra. Ana se llevó á su hija casi exánime á su habitacion, y allí sobre el seno de su madre, para quien ya no estaba oculta la causa de su dolor, reventó en sollozos.

Y tú lo sabias, le decia su madre, callada mártir de la prudencia. Llora, pues, ya, llora, que las lágrimas son como la sangre que se vierte por las heridas; las hace ménos mortales. Yo sabia lo que ella era, y se lo avisé. Sabia que la reprobacion pesa sobre la union de la propia sangre, y se lo anuncié. No quiso escucharme. Mejor hubiese sido el dejarlo ir á la guerra. Pero el corazon yerra, como yerra el entendimiento.

Entretanto la mujer descocada volvió á cantar:

De suegras y cuñadas
Va un carro lleno:
Qué lindo cargamento
Para el infierno!

CAPITULO IV.

Despues de una noche de angustias y desvelo, se levantó Ana, al parecer mas tranquila, abrigando alguna esperanza en la determinacion que habia tomado de hablar á Rita, y mostrándole el precipicio al que ciega corria, persuadirla á retroceder.

Tenia Ana una dignidad que hubiese impuesto á todo aquel en quien la noble calidad de respetar no hubiese estado sofocada por el orgullo, que ha sido siempre el peor de los enemigos del hombre: porque cual ningun otro es osado, cual ningun otro levanta la frente ante la virtud, cual ningun otro

se planta y señorea, cual ningun otro esconde su perversidad bajo buenas formas, y cual ningun otro falsea las ideas y condena y califica de servilismo al respeto, ese santo sentimiento que entró en el mundo con la primera bendicion de Dios. Quiere el orgullo á veces erigirse en dignidad; pero no lo consigue jamas. Porque la dignidad, al contrario del orgullo, no se alza á costa ajena, sino que deja y mantiene cada cosa en su lugar, siendo su actitud aun mas noble cuando honra, que cuando es honrada. La dignidad no la dan el puesto, el saber, la riqueza; ni ménos que nada, la soberbia. Ella es el sencillo reflejo de un alma elevada que siente su fuerza. Es natural, como el sonrosado de la robustez, y no postiza, como el rojo de los afeites.

Pero hay gentes que se sobreponen á todo, y descansan con un aplomo portentoso sobre una base falsa y labrada en vago, ostentando una intrepidez y una arrogancia que no tienen los que se apoyan en la firme roca de la infalible justicia y de la eterna verdad. Rita era de estos seres, que pisan con firme paso y frente serena una senda torcida.

El buen sentido de las gentes del campo, que sienten profundamente cuanto hemos dicho, comprendia el carácter de ambas mujeres y lo definia mejor en su incisivo laconismo, cuando hablando de Ana decian: la tia Ana enseña, sin hablar, la ley de Dios. Y de Rita: esa no teme ni á Dios ni al diablo.

Rita estaba cosiendo cuando entró Ana. Echó esta pausadamente el cerrojo á la puerta, y se sentó en frente de su nuera.

— Ya sabes, Rita, le dijo con calma, que nunca fuí gustosa en tu boda.

— ¿Y venís á que os dé las gracias? contestó Rita con descaro.

Ana, sin atender, prosiguió:

— Yo te tenia calado.

— No es menester ser zahorí para eso, repuso Rita; yo soy de par en par, y toro claro: digo lo que pienso, y como lo pienso.

— No es lo malo que digas lo que piensas; lo malo es que pienses lo que dices.

— Ya se ve, mas me valiera hacerme *la sorrita muerta, el agua mansita*, como otras, que parecen copitos de nieve y son granitos de sal.

Este era un tiro contra Elvira, que Ana recibió de lleno; pero del que no hizo caso, y prosiguió:

— Pues me engañé, no te habia calado toda.

— Vamos allá, dijo Rita; hoy hay chubasco.

— Nunca pensé, prosiguió Ana, que llegase el caso que ha llegado.

— Ya escampa y llueven chuzos, dijo Rita con aire socarron, y siguió cosiendo como si tal cosa.

— Puesto, prosiguió Ana, que no te arredra engañar á mi hijo....

— Hola, ¿esas tenemos? dijo Rita con frescura.

— ¡Y matarme á mi pobre hija!....

— ¡Acabáramos! repuso Rita, ahí está el busílis: porque Ventura no se quiere casar con una *espichada*, que para salir tiene que pedir licencia al enterrador, lo he de pagar yo. Y eso, solo porque él tiene el génio alegre y le gusta mas bromearse conmigo, que lo tengo tambien, que no beber con ella agua de malvabisco. ¿Lo puedo yo remediar?

Ana dejó á Rita concluir, sin que su semblante mostrase otra alteracion que una mortal palidez.

— Rita, le dijo despues que esta hubo acabado de hablar, una mujer no se amanceba impunemente.

— ¿Qué decís? esclamó Rita poniéndose en pié y tirando la costura, con las mejillas y los ojos encendidos: ¿qué habéis dicho, señora? ¿Amancebada yo? ¡Pues no es nada lo del ojo, y lo llevaba en la mano! ¡Amancebada! ¡Amancebada! Siempre me habéis querido mal; como suegra al fin, y mala suegra; pero yo no sabia que los que se comen los santos levantasen tales testimonios.

— No digo que lo estés, repuso Ana en el mismo tono grave y moderado que habia observado desde que empezó á hablar; pero que estás en camino, y que vas á estarlo, si Dios no lo remedia abriéndote los ojos.

— ¡Ahora como ántes y siempre profeta! ¡Jonas en persona! (y añadió entre dientes: Así te tragase la ballena).

— Sí, Rita, sí, dijo Ana, y vengo....

— ¿A amenazarme? preguntó Rita con aire rufian.

— ¡No, Rita, no, hija! repuso la noble mujer con voz conmovida y temblorosa: vengo á suplicarte en nombre de Dios, por amor á mi hijo, por respeto á los tuyos, por tu propia suerte, que mires lo que vas á hacer, que entres en tí, que aun es tiempo.

— ¿Os lo ha encargado Perico?

— No, no sospecha nada el hijo de mi alma; líbrenos Dios de despertar al leon que duerme.

— Pues entónces, ¿á que se mete Vd. en camisa de once varas? ¡Vaya! que no lo siente el ahorcado y lo siente el Teatino! Perico no es celoso, señora, ni lo ha sido nunca; ni se le antojan los dedos huéspedes, ni los mosquitos milanos. Ni es ningun *trota-conventos* gazmoño, para poner los gritos en el cielo porque las gentes se chanceen, ni hacer aspavientos porque á su mujer le saquen unos cubos de agua cuando está lavando. ¿Pensará Vd. que me voy á condenar por eso?

— ¡Rita, Rita, no juegues con los hombres!

— ¡Ni Vd. con las mujeres, caramba! que no parece sino que estóy escandalizando el lugar.

— Considera, Rita, prosiguió Ana con crecida severidad, que la afrenta en los hombres suele arrastrar sangre.

— En agua de rosas se habia Vd. de bañar, respondió Rita, si corriese una poca para que se cumpliesen aquellos vaticinios de que *la sangre propia no se goza,* y otros de igual jaez, con los que queria Vd. quitar á su hijo que se casase, y se llevó Vd. chasco, como se lo llevará ahora, si intenta, como lo veo, indisponernos. Yo sé lo que me hago. Perico es moro de paz, y sabe la mujer que tiene. Déjenos Vd. en paz, que así viviremos, si Vd. no se mete á calentarle los cascos á su hijo. Cuide Vd. de las galas de novia de su hija, de la *niña bonita* de la casa, que tan á su gusto toma estado.

Al oir esta sarta de insultos y vejaciones, un instante vaciló el prudente sufrimiento de aquella respetable matrona; venció el santo Angel de la paciencia que Dios les envía á

las madres desde el punto que lo son, para servirles de cirineo en sus cruces; y Ana salió mirando á Rita con una triste sonrisa, en que habia tanta ó mas compasion que desprecio.

Quedó esta digna mujer en un abatimiento lleno de angustia, al ver lo infructuoso del paso que habia dado, y determinó abrirse con Pedro, á fin de que este alejase á su hijo. Finalmente el guarda de la hacienda, en la que Ventura lo habia sido, vino á faltar, y fué este llamado para reemplazarlo. Esta ausencia, aunque interrumpida por frecuentes venidas al lugar, dió algun respiro á la acongojada Ana, que se decia: un dia de vida es vida.

CAPITULO V.

Habian llegado entretanto las alegres Pascuas de Navidad, y habíanles puesto á los niños un hermoso nacimiento, que cogia y cubria de lentisco, romero, alhucema, y otras plantas y hojarasca olorosa, todo el testero de la sala de sus padres. Traíales Perico estas yerbas del campo, con el placer que un enamorado trae flores á su novia.

El dia de Pascua, Perico oyó misa temprano, y se fué á dar una vuelta á su trigo, por haber sabido que andaban cabras por el término.

Volvió sobre las diez del dia, y halló á los niños solos.

— Gracias á Dios, padre, que venís; le gritaron saliéndole alegremente al encuentro: nos han dejado solos.

— ¿Pues y mae Ana y tia Elvira?

— Fueron á misa mayor.

— ¿Con quién quedaron Vds?

— Con madre.

— ¿Y dónde está?

— Acá ¿qué sabemos? Estábamos en la sala con su merced bailando ante el nacimiento, y entró Ventura y nos dijo madre que nos fuésemos con la música á otra parte, que le dolia la cabeza, y al salir (yo lo oí, padre) le dijo Ventura que hacia bien en hacernos tomar la puerta, que los angelitos

de Dios eran testigos del diablo. ¿Es verdad eso, padre? ¿Somos nosotros testiguitos del diablo?

¿Quién no habrá esperimentado alguna vez en su vida, en grandes ó pequeñas circunstancias, el cómo una sola palabra suele ser una llave que abre ó esplica, una antorcha que ilumina lo presente y lo pasado, que saca del olvido y pone en su luz una porcion de circunstancias é incidentes que han pasado desapercibidos, y que unos á otros se enlazan para formar un juicio, fijar una conviccion y arraigar una certeza? Tal fué el efecto que las palabras que el decreto de la espiacion parecia haber puesto en los labios de la inocencia, causó en Perico. Tarde, pero terrible, se presentó la verdad ante sus ojos, que cerraba la buena fe, y entró la desconfianza en su corazon, tan sano y tan escudado por su honradez, que jamas tuvo entrada en él una sospecha.

— ¡Padre! ¡Padre! dijeron los niños al verlo temblar y palidecer.

Perico no los oia.

— Mae Ana, gritaron al verla entrar; acuda Vd., padre está malo.

Al oir entrar á su madre, Perico volvió hácia ella sus desatentados ojos, y en su severa frente creyó leer aquella terrible sentencia que pronunció sobre un porvenir del que queria apartarle su cariño previsor: *la que es mala hija será mala casada.* Aterrado se precipitó fuera de la casa, murmurando entre dientes un pretesto á su fuga que nadie entendió.

Ana se asomó á la ventana y se tranquilizó viéndolo tomar hácia el campo.

— ¿Si le habrán avisado que se ha entrado ganado en el pegujar?

— Bien podria ser, madre; él se lo sospechaba ayer, contestó Elvira.

Pero la hora de comer llegó, y Perico no volvia.

En dia de Pascua era estraño; pero en gentes de campo, que no tienen horas fijas, no era alarmante.

A la noche, á su hora acostumbrada, vinieron Pedro y María; ambos venian solos.

— ¿No ha venido hoy Ventura al lugar? preguntó Ana.

— Sí, respondió Pedro; pero hay fiesta, y se lo llevarán allá los amigos: siempre ha sido tan bailador, que dejaria la comida por un fandango.

— ¿Y Rita, dijo Elvira, no estaba en su casa de Vd., tia María?

— Sí, hija mia, allí se vino; pero se quiso ir con la vecina á la fiesta. Le dije que haria mejor en no ir; pero como nunca me hace caso.....

— Y le dijo Vd. muy bien, María, añadió Pedro, la mujer honrada, la pierna quebrada, y en casa.

Mustias estaban y silenciosas, cuando entró de repente Perico.

La escasa luz del velon, amortiguada por la pantalla, les impidió observar el trastorno completo de su fisonomía. Cercaban sus ojos ardorosos unas ojeras que parecian puestas allí por largos dias de enfermedad: sus labios secos y rojos eran los de un calenturiento.

Echó una rápida mirada en torno suyo, y preguntó bruscamente:

— ¿Dónde está Rita?

Todos callaron: al fin dijo María tímidamente:

— Hijo mio, ha ido con la vecina un ratito á la fiesta... le dió por ahí... como era dia de Pascua... Ya no puede tardar.

Perico salió con ímpetu, sin contestar palabra.

Su madre se levantó precipitadamente y le siguió; mas no le alcanzó.

— Dígole á Vd., María, dijo Pedro, que Perico haria bien en zurrarle la pavana, y que yo no le habia de decir palabra.

— No diga Vd. eso, Pedro, respondió María, no es Perico capaz de ponerle la mano encima á una mujer. ¡Pobrecilla mia! vamos á ver, ¿qué mal hay en que dé cuatro saltos? Pedro, los viejos no se deben olvidar de que fueron mozos.

Entraba en estas Ana azorada.

— Pedro, dijo, vaya Vd. á la fiesta.

— ¿Yo? respondió Pedro, está Vd. fresca. A tres bombas estóy yo con la tal fiesta. Si le calienta Perico las costillas

á la suya, bien empleado se le estará. No será mi pañuelo el que enjugue las lágrimas.

— Pedro, vaya Vd. á la fiesta, volvió á decir Ana; pero esta vez con tal acento de angustia, que Pedro volvió la cabeza y se la quedó mirando.

Ana lo cogió de un brazo, lo levantó, lo llevó consigo á un lado, y le dijo algunas rápidas palabras á media voz.

Al oirlas el anciano, dió un grito sofocado, cruzó las manos en que apoyó su frente, cogió apresuradamente el sombrero, y se arrojó fuera del cuarto.

CAPITULO VI.

Bailaban Ventura y Rita en la fiesta, animados por cuanto monta las cabezas de poca edad ó poco seso, lo que ciega los ojos de la razon, acalla la prudencia, y hace huir al respeto humano; esto es, el vino, un amor todo material, un baile libre bailado con descoco, y necios aplausos embriagadores.

¡En verdad que eran una hermosa pareja Ventura y Rita! Adornada con flores la fresca y garbosa cabeza de Rita, se movia esta y se zarandeaba su talle con aquella inimitable gracia del país, la que es á voluntad modesta ó desgarrada; sus negros ojos brillaban como azabache pulido, y en sus dedos se agitaban los palillos como llamadas provocativas. Ventura era su adecuada pareja, y jamas se vió bailar el fandango con mas gracia y desenvoltura.

Los cantadores entusiasmados, improvisaban, segun la costumbre, coplas en loor de la lucida pareja.

A la que está bailando
Echale rosas,
Porque se lo merece
Por buena moza.
Esta noche en la fiesta
La voz pública,
Que se llevan la palma
Ventura y Rita.

En las últimas mudanzas, en el momento en que las palmadas y los requiebros se redoblaban, llegó Perico, y se paró en el quicio de la puerta.

Ocupados como lo estaban del baile, nadie advirtió su llegada, y Ventura, llevando á Rita convidada á un cuarto en que habia bebida, pasó junto á él sin notar la presencia de Perico, que estaba fuera del rayo de la luz que despedia la sala, y este oyó palabras mediadas entre Ventura y Rita, que le confirmaron toda la estension de su desgracia, toda la infamia de la mujer que tanto amaba, de la madre de sus hijos, toda la traicion de un amigo, de un hermano!

Fué tan terrible el golpe, que el infeliz quedó un momento aturdido; mas vuelto en sí los siguió.

Rita estaba enfrente de un espejillo, arreglando las flores que adornaban su cabeza.

— ¡Marchitas! le decia Ventura. ¿Por qué te pones rosas? ¿No es sabido que siempre se marchitan de envidia en la cabeza de una buena moza?

— Oye, Ventura, dijo uno de sus amigos, á tí parece que te gusta mas que otras frutas, la prohibida.

— A mí, respondió Ventura, me gusta la buena fruta, mas que sea prohibida.

— ¡Eso es una indignidad! dijo un amigo de Perico.

Uno de los presentes tomó al que habia hablado por un brazo, y le dijo apartándolo:

— Calla, hombre, ¿no ves que está bebido? ¿Quién te dá vela para este entierro? ¿Qué tienes tú que decir, si Perico, que es el interesado, lo consiente?

— ¿Quién se atreve á decir que Perico Alvareda consiente una indignidad? dijo este, presentándose en medio del cuarto, pálido, cual si se levantase de un féretro.

Al oir á su marido, Rita se deslizó como una culebra entre los bebedores, y desapareció.

— A buena hora viene á celar á la mujer, dijeron riéndose algunos casquivanos, que hacian una especie de séquito al valiente soldado, al brillante bailador.

— Señores, dijo Perico cruzando sus brazos sobre su

pecho con ademan de comprimida ira, ¿tengo yo alguna danza de monos en la cara?

— Eso, ú otra cosa que mueve á risa, contestó Ventura.

Todos se echaron á reir.

— Tu suerte es, repuso Perico con voz ahogada por el furor, el que no tengo armas.

— ¡Calla, boca! esclamó Ventura soltando una carcajada, que el *manso cordero* la viene echando de guapo: déjate de baladronadas, santo varon; no busques quimeras y véte á sonarles los mocos á tus hijos.

Al oir estas palabras, Perico se precipitó sobre Ventura; este vaciló bajo el repentino choque, pero se afirmó en seguida, y cogiendo á Perico por medio del cuerpo con la fuerza y agilidad que le eran propias, lo derribó al suelo y puso la rodilla sobre el pecho.

Por fortuna Perico no gastaba navaja, y Ventura no sacó la suya; pero en cambio apretaba la garganta de Perico con ambas manos, repitiendo furioso:

— ¿Tú? ¿tú? que puedo hacer añicos con tres dedos; ¿tú ponerme la mano encima? ¿Tú? un matalangostas, un cobarde, un gallina, criado bajo las faldas de tu madre; ¡tú á mí, á mí!

En este instante entró Pedro desatentado.

— ¡Ventura! gritó, ¡Ventura! ¿qué haces? ¿qué haces, desalmado?

Ventura, al ver á su padre, soltó á Perico, y se puso en pié.

— Estás borracho, prosiguió Pedro fuera de sí de indignacion y de dolor. Estás borracho y tienes mal vino; á casa, añadió empujándolo por el hombro; á casa y anda por delante.

Ventura obedeció sin responder, pues con las palabras de Pedro, no era solo la voz del *padre* la que habia llegado á sus oidos, era la voz de la razon, de la conciencia, del corazon; con ella sus nobles instintos se despertaron, y se avergonzó tanto del lance ocurrido, como de la causa que lo habia motivado. Así fué que bajó la cabeza ante cuanto respetaba, y salió seguido de su padre.

Entre tanto habian levantado á Perico, el que poco á poco volvia en sí del vértigo que la presion de las manos de Ven-

tura le habia ocasionado. Pasóse la mano por la frente; echó sobre los que le rodeaban la mirada de un leon herido y maniatado, y salióse diciendo en hueca voz:

— Nos ha perdido á los dos.

Como á Ventura se lo habia llevado su padre, los hombres presentes lo dejaron irse sin oposicion.

— Esto no queda así, dijo el uno meneando la cabeza.

— Claro está, dijo otro; tras de engañado apaleado: ¿cuál es el santo que lo tolera?

— ¿Pues no era preciso meter á esa villana en unas Arrecogidas por lo que le queda de vida? opinó el tercero.

Entre tanto Perico habia llegado á su casa murmurando en quedas y entrecortadas frases.

— ¡Gallina! ¡Cobarde! ¡Cosa que mueve á risa, en mi cara! ¡Y él me lo dice, él! ¡*Manso cordero*! ¡Es que nadie holló su honra hasta que tú la escupiste y la pisoteaste! ¡Oh, ya veremos!

Entró en su cuarto y cogió su escopeta.

— Padre, llamó la vocecita de Angela desde el cuarto inmediato, padre, estamos solos.

— ¡Mas solos estaréis! murmuró Perico sin contestar.

Las vocecitas de los niños siguieron llamando:

— Padre, padre.

— No tenéis ya padre, gritó Perico, y salió al patio.

Apoyó la escopeta al tronco del naranjo para sacar municiones y cargarla; pero cual si el viejo protector de la familia la hubiese rechazado, resbaló y cayó al suelo. Sus hojas, como conmovidas por un lúgubre presentimiento, se pusieron á murmurar tristemente.

Iba á salir Perico, cuando se halló frente á frente con su madre, que desvelada por su inquietud, habia oido entrar á su hijo.

— ¿Dónde vas, Perico? le preguntó.

— Al pegujar, ya os dije que andaban las cabras por el término.

— ¿Fuiste á la fiesta?

— Sí.

— ¿Y Rita?

— No estaba. Mae María chochea.

Ana respiró libremente, aunque por otro lado el tono inusitadamente brusco de su hijo, la aspereza de sus respuestas, sorprendieron á aquella madre ya alarmada.

— No vayas al campo ahora, hijo mio, dijo en tono de súplica.

— ¿Que no salga al campo? ¿y por qué?

— ¿Qué sé yo?; porque me da el corazon que no debes salir, y sabes es leal mi corazon.

— *Sí, lo sé,* contestó Perico con tal acritud y amargura, que su madre empezó á temer que á pesar de no haber hallado á Rita en la fiesta, tuviese sospechas.

— Pues ya que lo sabes, no salgas, le dijo.

— Señora, respondió Perico, las mujeres exasperan á veces á los hombres queriéndolos gobernar; me he criado, dicen, *debajo de vuestras faldas,* y quiero volar solo.

Y se encaminó hácia la puerta.

— ¿Es ese mi hijo? murmuró la pobre madre. ¡Algo tiene! ¡Algo tiene!

Al abrir la puerta Perico, se puso á su lado su fiel compañero, el buen Melampo.

— Atras, dijo Perico, dándole un puntapié.

El pobre animal, poco hecho á malos tratos, retrocedió sorprendido; pero en seguida, y con esa total falta de resentimiento que hacen del perro un modelo de abnegacion como de fidelidad en su cariño, se abalanzó á la puerta para seguir á su amo: estaba ya cerrada. Entónces se puso á aullar lúgubremente, probando ser real el instinto de esos animales cuando anuncian con gemidos una catástrofe.

CAPITULO VII.

Al dia siguiente, Ventura, á quien el sueño habia acabado de despejar la cabeza de los humos que ofuscában su razon, se levantó tan profundamente avergonzado como sinceramente arrepentido. Así, pues, oyó, sin desmentirlos, los justos y

sentidos cargos que le hizo su padre sobre su proceder actual y anterior.

— En todo lleváis razon, padre, decia; no le digo á Vd. mas sino que no supe lo que me hice. ¡Harto me pesa! ¡El vino, el maldito vino!... Le daré á Perico una satisfaccion en presencia de todo el lugar; más me honro en eso á mí propio, que no al ofendido.

— ¿Con que le darás una satisfaccion? dijo Pedro.

— Un ciento, padre.

— ¿Te casas con Elvira?

— Con mil amores.

— ¿La darás buena vida?

— Por esta cruz, dijo, haciendo la señal con los dedos.

— ¿Se irán Vds. á Alcalá?

— Padre, señor, aunque sea al Peñon.

Pedro miró un momento á su hijo profundamente conmovido, y dijo:

— Pues siendo así, que Dios te bendiga, hijo.

Fueron ambos en casa de Ana á buscar á Perico. Mas este habia salido, segun les dijo Ana.

Al verlos, y mas aun al notar la satisfaccion y alegría que demostraba el semblante de Pedro, tranquilizáronse los vagos, pero agitadores temores de Ana, y mas que todo la llenó de esperanzas el ver como Ventura se acercó á Elvira y le habló con cariño y afan, miéntras que Pedro le decia con aire misterioso y guiñando hácia Ventura:

— Ese mozo tiene prisa por casarse; no ande Vd. tan pánfila con las cosas de la boda, comadre, que la gente moza no tiene la pachorra que nosotros.

Salieron en seguida; Ventura para la hacienda en donde era guarda: Pedro, que iba á su pegujal, se fué con él por llevar el mismo camino.

El trigo del pegujal estaba hermoso, pero tenia mucha yerba.

— La yerba se despierta, dijo Ventura.

— En llamando el tiempo á la yerba, repuso Pedro, vence al trijo: pues es hija legítima de la tierra, el trigo es su cria; pero con el favor de Dios, trigo no faltará en casa para nosotros, y, añadió sonriéndose, para mas que vengan.

Despidiéronse, y Ventura se internó en el olivar.

Pedro lo siguió con la vista.

— Un hijo como este, se decia, no lo tiene ni un rey. Ni en toda España habrá ninguno que le iguale. Si el cuerpo es hermoso, mas hermosa es el alma.

Apénas hubo andado algunos pasos en el olivar, cuando vió Ventura á alguna distancia salir á Perico de detras de un olivo con su escopeta.

— Algo, le gritó Perico, tengo, gracias á tí, en mi cara que mueve á risa; pero tambien algo en mis manos que para la risa. Cobarde soy y matalangostas; pero yo me quitaré el baldon que me pusiste.

— Perico, ¿qué vas á hacer? esclamó Ventura, arrojándose hácia él para cogerle la accion.

El tiro partió; Ventura cayó al suelo mortalmente herido.

Pedro oyó el tiro, y se estremeció.

— ¿Qué es esto? esclamó. Pero ¿qué ha de ser? añadió con mas reflexion; Ventura que habrá tirado á alguna perdiz. Ello sonó cerca, voy á verlo.

Siguió apresuradamente el sendero que habia tomado su hijo. Ve un bulto que yace en el suelo. Se acerca. — ¡Dios de cielos y de tierra! ¡Es un hombre asesinado! ¡Ese hombre es mi hijo!

Cae á su lado el pobre anciano.

— Padre, dice Ventura, aun tengo fuerzas, vuelva Vd. en sí, ayúdeme Vd.; vamos á la hacienda que está ya ahí; que vayan por el confesor, que quiero morir como cristiano.

El Señor de las misericordias dió fuerzas al pobre padre. Levanta á su hijo, que apoyado en su padre da algunos pasos, comprimiendo los gemidos que arrancan de su pecho los acerbos dolores.

En la hacienda oyen una voz lastimera que clama por socorro. Todos se precipitan fuera. Ven venir por el sendero al desventurado padre, que trae apoyado en su hombro á su moribundo hijo. Los rodean.

— ¡Un sacerdote! ¡Un sacerdote! gime la apagada voz de Ventura.

Sobre el mas veloz caballo parte un propio para el pueblo.

— ¡El cirujano! ¡El cirujano! clama el padre.

— La justicia, añade el capataz.

Tienden á Ventura en un colchon, y procuran atajar la sangre de la herida.

De este modo pasa una hora, llena de angustias y pavor.

Pero ya resuena el paso acelerado de caballos. Es el propio que vuelve acompañado del cura. El auxilio que primero llega es el de la religion.

El sacerdote entra trayendo sobre su seno la sagrada hostia.

Todos se postran.

El desesperado Pedro halla el alivio de las lágrimas.

Dejan solos al sacerdote y al moribundo. Un solemne silencio reina en la hacienda, tan solo interrumpido por los sollozos de Pedro.

Sale el ministro de Dios de la habitacion. Una dulce calma se ha estendido sobre el rostro del reconciliado.

Entra el cirujano que ha llegado.

Sondea la herida, calla, y se vuelve con un triste movimiento de cabeza hácia los que están á su lado.

Pedro, que con las manos convulsivamente cruzadas, pendia del fallo del facultativo, cae al suelo, y lo retiran de allí.

En este momento llegan el alcalde y el escribano: se aproximan al herido, este tiene los ojos cerrados. La palidez de la muerte cubre su semblante.

— Señor alcalde, dice el cirujano, no está capaz de dar declaracion alguna; está agonizando.

Estas palabras llegan á los oidos de Ventura.

Con aquella energía que le era propia, abre los ojos, y dice con claridad:

— Preguntád, que puedo aun responder.

El escribano alista lo necesario para escribir, y el alcalde pregunta:

— ¿Cuál ha sido la causa de tu muerte?

— Yo mismo, contestó Ventura distintamente.

— ¿Quién te ha matado?

— Aquel á quien se lo he perdonado.

— ¿Con que perdonas al matador?

— Ante Dios y los hombres. Fueron sus últimas palabras.

El cura le aprieta la mano.

— Recemos el Credo, dice.

Todos se postran, y el ángel de la guarda, que ve un alma exhalarse perdonando á su asesino, la abraza como á hermana, aun ántes de oir la divina sentencia.

CAPITULO VIII.

Habíanse reunido las mujeres en la sala de Ana; y aunque ninguna, escepto Rita, sabia los sucesos de la noche anterior, reinaba entre ellas un triste silencio, pues aun les faltaba la sencilla locuacidad de María.

— No sé por qué, dijo esta al fin, ni sé lo que tengo; pero hoy no me cabe el corazon en el pecho.

— A mí me sucede lo propio, añadió Elvira; no respiro bien, no parece sino que tengo una losa sobre el corazon. ¿Será el aire? ¿Irá á haber tormenta, tia María?

— ¡Pobre hija mia, pensó Ana, el remedio viene tarde! ¡La tierra llama á su cuerpo, y el cielo á su alma!

— Pues yo estóy como siempre, dijo Rita, y ella era la que realmente no podia parar de inquietud.

Angela habia hecho una muñeca de trapo, la habia acostado en una teja á guisa de cuna, y el mustio silencio que siguió á estas pocas palabras, solo fué interrumpido por la vocecita de la niña que cantaba, en la suave y monótona melodía de la nana, á la que algunas madres prestan un sencillo encanto y una dulzura infinita, estas palabras:

Entre mis brazos te tengo,
Y no ceso de pensar,
Qué será de tí, ángel mio,
Si yo te llego á faltar.
Los angelitos del cielo
. . . . . .

Fué interrumpido el infantil y dulce canto por un fuerte y grave tañido de la campana de la iglesia; y su vibracion se desvaneció lenta y gradualmente en el aire, como si se alzase á otras regiones.

— ¡Su Majestad! dijeron todos poniéndose en pié.

Ana rezó en alta voz por el que iba á recibir los Santos Sacramentos.

— ¿Para quién podrá ser? dijo María; yo no sé de nadie que esté malo de gravedad en el lugar.

Rita se asomó á la ventana, y preguntó á una mujer que pasaba quién era el enfermo.

— No lo sé, contestó esta; pero es fuera del pueblo.

Otra mujer se acercó diciendo: ¡Jesus! Es una muerte; en seguida del Cura han salido á toda priesa la justicia y el cirujano.

— ¡Jesus, Jesus! Dios le asista, esclamaron todas con aquella profunda emocion y horroroso espanto que infunde la terrible palabra: ¡*una muerte*!

— ¿Y quién podrá ser? preguntó Rita.

— ¿Quién puede saberlo? contestó la mujer.

Tocó entónces la campana el toque de la agonía. Toque solemne, toque lúgubre, voz de la iglesia que avisa al hombre que uno de sus hermanos lucha entre angustias, fatigas y congojas, y va á comparecer ante el tremendo tribunal. Grave saeta con la que la iglesia dice á la multitud que bulle encenagada en intereses frívolos que tiene por importantes, en pasiones pasajeras que sueña eternas: «Paráos un momento por respeto á la muerte, por consideracion á vuestro semejante que va á desaparecer de la tierra, como desapareceréis vos mañana.» Pero esa voz que hablaba de muerte, esa voz que decia: ¡*rogád y acordáos*! era intempestiva en el siglo de las luces. ¡La ilustracion acordarse de la muerte! ¡Eso queda bueno para los cartujos! Y la ilustracion mandó callar á la iglesia, porque su voz le importunaba.

Habian quedado sumidas en un profundo silencio; pero estaban hondamente conmovidas, como acontece á veces en la mar, la que guardando una superficie calma, hinche su

seno en olas interiores y profundas, á lo que llaman los marinos mar de fondo. Pero no eran ellas solas; todo el pueblo estaba consternado, porque es aterrador el espanto que infunde una muerte causada por mano de un hombre, puesto que el anatema que Dios lanzó á Cain subsiste con toda su solemnidad por todas las generaciones.

— ¡Qué largo se me hace el tiempo! dijo al fin María; parece que el dia se ha quedado cuajado.

— Y el sol clavado en el cielo, añadió Elvira; y que el que no sabe es como el que no ve, se desatienta. ¿Si habrán sido ladrones?

— Puede que haya sido sin querer, repuso María.

— Mae Ana, ¿quién y por qué han matado á un hombre? preguntó Angelita.

— ¿Quién puede saber, respondió Ana, cuál es la causa, ni cuál es la mano atrevida que se antepone á la de Dios para apagar una antorcha que él ha encendido?

En aquel instante se oyó un rumor lejano. Las gentes, movidas de interes y curiosidad, corrian por la calle. Llegaban confusas esclamaciones de asombro y lástima.

— ¿Qué es? preguntó Rita acercándose á la ventana.

— Que ahí traen al muerto, contestaron.

Elvira se sintió irresistiblemente impulsada á asomarse tambien.

— Quítate, Elvira, le dijo su madre; ¿no sabes que no puedes resistir la vista de un muerto?

No la oyó Elvira, pues ya se acercaba el tropel de gente, que por amistad, curiosidad é interes rodeaba al muerto y su séquito.

Tambien Ana y María se pusieron en la reja. El muerto venia atravesado sobre un caballo y tapado con una manta.

Sostenido por dos hombres le sigue un anciano, cuya cabeza está caida sobre su pecho.

Le miran.... — ¡Dios poderoso!... ¡Es Pedro!

Lanzan simultáneamente un grito.

Levanta al oirlo Pedro la cabeza, y ve á Rita.... La desesperacion y el despecho lo animan. Se desprende con

violencia de los brazos que lo sostienen, se abalanza al caballo:

— ¡Mira tu obra, liviana! Perico le mató.

Diciendo esto levanta la manta y descubre el cadáver de Ventura, pálido, ensangrentado, con una profunda herida en el pecho.

FIN DE LA PARTE SEGUNDA.

PARTE TERCERA.

CAPITULO I.

Una noche borrascosa cubria el cielo de volantes nubes, que perseguidas por el viento, iban mas allá á descargar sus raudales. Separábanse á veces en su fuga, y entónces aparecia suave y tranquila la luna, cual heraldo de concordia y paz en la refriega.

En los cortos instantes en que aclaraba esta plácida luz el cielo y la tierra, hubiérase podido distinguir en un camino solitario á un hombre macilento y pálido. Su andar incierto, sus ojos asombrados, la agitacion de los músculos de su semblante, manifestaban claro que ese hombre huia.

¡Sí, huia! huia de los sitios habitados; huia de sus semejantes, huia de la justicia humana, huia de sí mismo y de su conciencia, porque ese hombre era un asesino, y nadie, al verlo huir sombrío y agitado cual las nubes arriba ante la invisible fuerza que las perseguia, hubiese reconocido en él al hombre honrado, al hijo sumiso, al marido amante, al padre tierno que habia sido pocos dias ántes, ese ente miserable, sobre el cual la ley echaba el irremisible fallo de espiacion.

Sí, ese hombre era Perico: no buscando una paz ya para siempre perdida, sino huyendo de lo presente y espantado de lo porvenir.

Dias desesperados y noches horrorosas habia pasado en los sitios mas solitarios, sin mas sustento que bellotas y raíces, evitando los ojos de los hombres como jueces, y la luz del dia como acusadora. Pero no habia oscuridad que desvane-

ciese las imágenes que ante sí tenia claras y vivas, ni silencio que acallara sus clamores. Eran aquellas el cadáver sangriento de Ventura, el desconsuelo de su pobre madre, el dolor de su infeliz hermana, el abandono de sus hijos, la desesperacion del anciano amigo de su padre, la reprobacion de su honrada raza, y sobre todo esto sonaba de continuo á sus oidos á los que llegó, el fúnebre, terrible y solemne toque de agonía con que la iglesia amparaba á su víctima.

En vano le insinuaba el orgullo por su órgano mas seductor, la honra, que lo que hizo lo debió hacer, que no hacerlo hubiese sido un baldon, que mas eran las ofensas que la represalia. Una voz, que habian acallado los gritos de las pasiones, pero que se hacia mas distinta y mas severa á medida que aquellas, cual todo lo humano, iban cediendo y desmayando, la eterna voz de la conciencia le decia: ¡Oh! si no lo hubieses hecho!

El viento traia consigo un estraordinario sonido, á veces mas recio, á veces mas desvanecido, segun eran mas ó menos fuertes sus ráfagas. ¡Qué podria ser!! Todo asombra al culpable. ¿Era el rugido del viento, una flauta ó un quejido? Miéntras mas á él se aproximaba Perico, mas inesplicable se le hacia. La direccion que seguia el mísero, lo acercaba hácia su procedencia. Llega. Su asombro se llena cuando, sin poder distinguir nada, pues una negra nube cubria la luna, oyó ese portentoso sonido sobre su cabeza. ¡Sonaba tan triste, tan vago, tan pavoroso!

En este momento se rompieron las nubes; clara y blanquecina se esparció la luz de la luna, como una capa de trasparente nieve. Todo sale fuera de los misterios de las sombras. A sus ojos se presenta Ecija, dormida en su valle como una ave blanca en su nido. Alza la vista hácia donde suena el misterioso clamor. ¡Qué horror!!! ¡Sobre cinco postes ve cinco cabezas humanas!!! Ellas son las que despiden el doloroso quejido, cual una amonestacion del muerto al vivo. [1])

---

1) Varios atestiguan este espantoso fenómeno, que se esplica naturalmente por el ruido que forma el viento colando por los conductos de la garganta, boca y oidos de las cabezas así colocadas.

Perico retrocede despavorido y repara entónces que no está solo. Junto á uno de los postes está parado un hombre. Este hombre es alto y vigoroso, de porte varonil y erguido. Viste ricamente á la manera de los contrabandistas; su rostro tostado es duro, osado y sereno. Tiene en la mano su sombrero, descubriendo ante esos postes de ignominia una cabeza que no se descubre jamas; puesto que esa cabeza es la de un hombre que está fuera de la ley, de un hombre que ha roto todos los vínculos con la sociedad, y que no respeta ya nada en ella; pero ese hombre, aunque desalmado, cree en Dios, y aunque criminal, es cristiano, y reza. [1])

Cuando de esta enérgica é indómita naturaleza, emancipada de *todo*, sale un destello de adoracion religiosa, cual de una roca un chorro de agua viva, ¿qué diréis incrédulos? ¿Es temor supersticioso?

Para ese hombre es el *temor* una palabra vana de sentido.

¿Es hipocresía?

No lo ven sino cinco cabezas de muerto.

¿Es debilidad moral?

Ese hombre tiene una fuerza de alma desconocida en la sociedad, en que todos se apoyan en algo, él, que no se apoya en nada.

¿Es recuerdo de infancia? ¿Holocausto á la madre que le enseñó á rezar?

No existen estos para el desamparado huérfano, criado entre los toros bravos que guardara.

¿Qué es pues, lo que dobla aquella cerviz, y la detiene á orar ante la muerte de su semejante?

Al cabo de algunos minutos ese hombre concluyó su oracion, se tocó el sombrero, se remangó la manta sobre el hombro, y dirigiéndose á Perico, le dijo:

— ¿Dónde se va, caballero?

---

1) El célebre pintor Tegeo ha hecho sobre este mismo asunto un soberbio cuadro. Cuando hemos visto la estampa que de él se ha sacado, estaba escrita esta escena, en cuyo traslado se han unido sin saberlo la pluma y el pincel. Pueda llenar al artista la descripcion de su pensamiento, como á nosotros la pintura del nuestro.

Perico ni quiso, ni pudo responder. Un vértigo le habia acometido.

— Que dónde se va, digo, volvió á preguntar el desconocido.

Perico permaneció callado.

— ¿Es, prosiguió el que interrogaba, es que sois mudo, ó que ¡no os da gana de responder? Si es esto, aquí hay una boca, añadió señalando su trabuco, que saca razones cuando no lo logra la mia.

La desesperada situacion en que se hallaba Perico le habia exasperado á punto que ya no obraba en él la reflexion, y la mancha de cobarde que se le habia infligido, estaba aun roja y ardiente en su frente como la marca reciente del hierro candente que imprime la ignominia; así fué que respondió sin detenerse y agarrando su escopeta:

— Pues aquí hay otra que contesta en el tono que preguntan.

La intencion del desconocido no era hostil, ni tampoco la de llevar á efecto su amenaza; mas no porque le faltase ánimo, puesto que era aquel hombre el mas valiente que pisara las llanuras y las sierras de Andalucía. Y así, léjos de irritarle la arrogancia de aquel jóven delgado y macilento, le agradó; por lo tanto le dijo:

— Camarada, á mí me gusta quitarme el sombrero ántes de sacar la espada; pero pláceme saber con quién hablo y á quién encuentro en mi camino. Animo tenéis, si pisáis este, pues dicen anda por aquí Diego y su partida, y ya sabréis, como toda España, quién es Diego: donde pone el ojo pone la bala: á su vista tiemblan hasta las hojas sobre los árboles, y al oir su nombre hasta los muertos en sus hoyos.

Todo esto lo dijo sin la jactancia andaluza, tan grotescamente exagerada hoy dia; sino con la naturalidad de la conviccion, con la serenidad de la verdad.

— ¿Qué se me da á mí de Diego y su partida? esclamó Perico, no con osadía, sino con el mas profundo desaliento.

Diciendo esto con débil voz, se tambaleó, y apoyó su cabeza sobre su escopeta.

— ¿Qué os dá? ¿Qué tenéis? preguntó el desconocido al notar su desfallecimiento.

Perico no respondió, porque era tal su debilidad y el efecto que habian causado en él sus recientes emociones, que cayó al suelo sin sentido.

El desconocido se arrodilló junto á él, y levantó su cabeza. La luna alumbró de lleno aquella cara, hermosa aun al traves de su mortal palidez y de las señales que las pasiones, angustias y dolores habian impreso en ella.

— ¡Ha muerto! murmuró poniendo su tosca mano sobre el corazon de Perico, que pocos dias ántes era puro como el cielo de mayo.

— No, prosiguió, no ha muerto; pero morirá aquí como un perro si no se le socorre.

Y lo volvió á mirar, sintiendo despertarse en él aquel noble iman que arrastra la fuerza hácia la debilidad, el poder hácia el desamparo: porque, digan lo que quieran los optimistas, el destello divino está en toda naturaleza humana.

Púsose en pié, y silbó.

Oyóse el vivaz y juvenil galope de un hermoso potro, que moviendo el cuello y dando al viento sus crines, llegó, y con un alegre relincho se plantó delante de su amo, volviendo su cara fina y sus brillantes ojos como para ofrecerle el estribo.

El desconocido levantó á Perico inánime en sus robustos brazos, lo terció sobre el caballo, saltó á su lado, apretó suavemente las rodillas á los ijares del caballo, y el noble animal partió gallarda y ligeramente, sin cuidarse del peso de su doblada carga.

CAPITULO II.

En una venta solitaria, agazapada al lado de un camino real como un mendigo, estaban tranquilamente sentados á la lumbre el ventero y su mujer, hechos como estaban á aquella alternativa de bulliciosa actividad de dia y de completo y silencioso aislamiento de noche, como los habitantes de los lugares pantanosos á sus fiebres intermitentes.

— ¡Mal haya, decia la ventera, de aquel testarudo marinero que se le puso que habia de hallar un nuevo mundo, y que no paró hasta topar con él! ¿No tenia el Rey ya bastantes cuidados con este? ¿Y á qué ha servido? A llevarnos para allá nuestros hijos y á traernos la epidemia. Dí Andres, y no te estés durmiendo como un liron; ¿ha servido para otra cosa?

— Sí, mujer, sí, contestó el ventero entreabriendo los ojos; de ahí viene la plata.

— ¡Mal haya la plata! esclamó la ventera.

— Y el tabaco, añadió el marido con lentas y lánguidas palabras, volviendo á dormirse.

— ¡Maldito sea el tabaco! volvió á esclamar con rabia la ventera. ¿Crees tú, mal padre, que valen ni la plata ni el tabaco las vidas que cuestan, y las lágrimas que hacen derramar? ¡Hijo de mi alma! ¡Dios sabe lo que será de él en aquella tierra, en la que se matan los hombres como chinches, y todo es venenoso, hasta el aire!

En este instante se oyó un silbido estraño.

El ventero se puso en pié de un brinco, agarró apresuradamente el candil y corrió hácia la puerta diciendo:

— El capitan.

Al presentarse en el umbral con el candil en la mano, alumbró esta luz roja á un hombre montado á caballo, que traia terciado por delante á otro que parecia cadáver.

— Ayudádme á bajar á este hombre, le dijo el jinete, con la aspereza de la voz poco ejercitada de un hombre de pocas palabras.

El ventero alargó el candil á su mujer que se habia acercado, y se apresuró á hacer lo que se le mandaba.

— ¡Jesus me valga! ¡Un muerto! esclamó la ventera, ¡por María Santísima, Señor, no nos lo metáis en casa!

— No está muerto, contestó el jinete, está malo; cuidádlo, que para eso sirven las mujeres. Aquí hay dinero para costear la cura.

Diciendo esto, tiró una moneda de oro y desapareció en la oscuridad, perdiéndose poco á poco el sonoro y medido ruido del galope de su caballo, como un pensamiento fijo se

va desvaneciendo al apoderarse el sueño de nuestras facultades.

— ¡Pues está bueno el lance! gruñó Marta. ¡Cuánto va que él por sus manos lo ha puesto así, se larga, y ahí queda el tajo! ¡*Cúrelo Vd.*! como si no hubiese mas que curar á uno que está muerto ó poco le falta! ¡Como si esta venta fuese un hospital! ¡Pues no se ha figurado ese *perdonavidas* que no tiene mas que mandar, como si fuese el rey!

— ¡Chiton! dijo el ventero asustado; ¿quieres callar *lengüi-larga*? ¡Hablar así de Diego! ¡El mismo demonio son las mujeres! ¿A qué gruñes si sabes que no hay mas que hacer sino lo que manda esa gente? Ademas esta es una obra de caridad: con que á ello.

Prepararon lo mejor que pudieron un lecho en un desvan.

— No tiene señal de golpe ni herida, dijo Andres desnudando al enfermo: ¿lo ves, mujer? es una enfermedad como otra cualquiera.

— Mira, mira, Andres, esclamó Marta; tiene un escapulario de la Vírgen del Cármen al cuello!

Y como si esta vista ó el santo influjo de la sagrada insignia hubiese despertado en ella todos los buenos sentimientos de humildad cristiana; como si la hermandad en una misma devocion hubiese hecho resonar claro aquel santo precepto: al prójimo como á tí mismo, se puso á esclamar: razon tenias, Andres; es una obra de caridad asistirlo: ¡pobrecillo! ... ¡qué jóven es, y qué desamparado está!.... ¡su pobre madre!.... Vamos, vamos, Andres, ¿qué haces ahí parado como un poste? Anda, corre, trae vino para refregarle las sienes; mata una gallina, que le voy á poner un puchero.

— Eso es, murmuró Andres al irse.... primero no lo quiere en casa, ahora se ha de echar el bodegon por la ventana.... ¡las mujeres! el demonio que las entienda....

Marta fué incansable en la asistencia del infeliz, que se agitaba en su fiebre y hablaba en su delirio de cosas terribles.

A la noche siguiente entró en la venta un hombre mal encarado y de repugnante aspecto. Habia estado en presidio, y era su apodo el Presidiario.

— Dios guarde la persona, dijo el ventero al verlo entrar, con mas miedo que cordialidad: ¿qué le trae á Vd. por acá?

— Un antojito del capitan; ¡mala rabia le mate!.. ¿pues no vengo á saber de un enfermo cómo mandadero de monjas?

— No le va muy bien, contestó el ventero; tiene una calentura como un toro; está desvariando y habla de una muerte que ha hecho, de cabezas de muerto....

— ¡Hola! ¿con que es hombre de armas tomar? dijo el Presidiario; vamos á verlo.

Subieron al desvan.

— En todo el dia se me ha pegado la camisa al cuerpo, iba diciendo el ventero, pues ha habido gentes y hasta soldados, y si lo hubiesen oido....

Examinaba entre tanto el Presidiario la jóven, fina y demacrada persona de Perico, y con un movimiento despreciativo respondió al ventero:

— Pues si os da ruido, plantarlo en la del Rey.

— Eso no, esclamó Marta.... infeliz.... yo tengo un hijo en América, que puede que esté á estas horas como este, abandonado de todos, y que clame, como este lo hace, por su madre. ¡No, no señor! no le desampararemos, ni la Señora cuyo escapulario lleva, ni yo....

— Cómprele Vd. dulces, dijo el Presidiario volviendo á bajar.

— ¿Qué se dice? le preguntó al ventero.

— Que van á poner á premio la cabeza de Diego.

— ¿El qué? volvió á preguntar el Presidiario con estraño y ávido interes.

El ventero repitió lo que habia dicho.

Quedóse un momento suspenso el Presidiario, y luego prosiguió:

— ¿Dónde se cree que estamos?

— Hácia Despeñaperros.

— ¿Se nos persigue?

— Sí; una partida de caballería hay en Sevilla, una de infantería en Córdoba y una de migueletes en Utrera.

— Zapatos han de romper ántes de vernos las caras,

dijo el Presidiario; y si nos las ven, caro les ha de costar.

— Ya, ya sabemos, repuso Andres, que el que se le pone por delante á Diego, bien puede buscar su sepultura.... pero al fin tantos pueden ser....

— ¿Tiene Vd. curiosidad, le interrumpió el Presidiario, de saber á lo qué sabe un soplamocos dado de mi mano?

— Ninguna, dijo Andres retrocediendo dos pasos.

— Pues ponga mas lastre en su lengua.... venga el pan .... y ligero.

Andres se apresuró á obedecer.

Iba á salir el bandido, cuando se oyó la voz de Marta que lo llamaba.

— Se me pasaba, dijo; tome Vd. ese dinero, déselo al capitan, y dígale que lo que hago con este mozo es por caridad y no por interes.

— Seguro está que le dé yo semejante razon, repuso el bandido. No sufre él *no*, ni cuando dice *daca*, ni cuando dice *toma*.... pero para avenir á Vds. me lo guardaré yo.

Metió las espuelas al caballo y desapareció.

— Pusiste una pica en Flándes, dijo impaciente el ventero á su mujer. ¿Estará mejor ese dinero, despilfarradota, en manos de ese bribonazo que en las nuestras? Las mujeres, ¡mal haya su pelo! ¡el demonio que las entienda!

— Yo me entiendo y Dios me entiende, dijo la buena mujer, volviéndose á subir al cuarto del enfermo.

CAPITULO III.

Los cuidados de la buena ventera, la juventud y robustez de Perico vencieron el mal, y al cabo de quince dias estuvo capaz de levantarse.

Perico demostró todo su agradecimiento á Marta con voces del corazon, mas sentidas que elocuentes.

— No me lo tienes que agradecer á mí, le dijo la buena mujer, sino al que te trajo aquí; por cierto que no puse

muy buena cara cuando te vi llegar; pero te he tomado voluntad, porque he visto que eres buen cristiano y buen hijo.

Perico bajó la cabeza con un profundo sentimiento de dolor y vergüenza. Su debilidad física habia amortiguado aquel furioso y ciego arranque, que exalta á veces á las naturalezas suaves y tímidas, á punto de hacerlas traspasar los límites que respetan otras fuertes y aun violentas.

Toda esa efervescencia que habian hecho surgir en él las pasiones, como el gas la espuma de un vino que fermenta, iba cayendo cual esta, quedando la reflexion, que sin disminuir la fuerza de sus cargos, condenaba sus medios de vindicarlos.

Perico recobró con las fuerzas toda la angustia que su porvenir le inspiraba, y esta se aumentó cuando Andres, cogiéndole las vueltas á su mujer, le dijo un dia:

— Amigo, ya que estáis restablecido, preciso es que busquéis la vida por otro lado; pues, señor, miéntras mas amigos mas claridad; allá en los delirios habéis hablado de una muerte que habéis hecho, y si ello es así, y os hallan acá, vamos á tener que sentir, y eso no es razon, ni deben pagar justos por pecadores, y la caridad bien ordenada, por mas que diga Marta, que todo lo quiere saber mejor, empieza por sí mismo, pues solamente esa mujer mia, que es mas tonta que las calabazas, es capaz de sostener que la caridad cristiana empieza por el prójimo; y le digo á Vd. mi verdad, yo no quiero nada con la justicia, que tiene la mano pesada.

Perico no respondió, pero se fué á despedir con lágrimas en los ojos de Marta. La buena mujer sintió en estremo su ida, porque le habia tomado cariño. Un recuerdo de su hijo le hacia apegarse á aquel infeliz; un recuerdo de su madre arrastraba á Perico hácia aquella buena mujer que habia hecho sus veces.

Tomó su escopeta, y al salir se le presentó el Presidiario.

— ¿Dónde se va? le dijo. ¿Así os largáis sin darle un *Dios se lo pague* á la buena alma que os recogió? Esa es una mala partida, camarada. Ademas, ¿adónde vais por esos mundos? ¿Tenéis priesa de que os metan en gayola?

Perico no respondió, ni pensaba, ni discurria, ni tenia voluntad.

— ¡Ea! andád por delante, prosiguió el Presidiario; mas hacemos acá en ampararlo que hacéis vos en dejaros amparar.

Perico lo siguió maquinalmente.

— Mira, Marta, esclamó Andres al ver de léjos que Perico se iba con el Presidiario; mira tu *mimadito* y qué alhaja que es. ¡Se va con el Presidiario!

— ¡Y qué! respondió Marta, *aunque*... Te digo Andres, que es un buen hijo y un buen cristiano.

— Un truhan y un perdido, dijo el ventero, que se ha comido mis gallinas, y que... por vida de... ¡y lo veo ir á la partida y dices que es bueno! ¡El demonio que entienda á las mujeres!

Despues de internarse por espesuras y breñas, llegaron Perico y el Presidiario cerca de un alto, sobre el que estaba apoyado en su trabuco el capitan. En la ladera dormian ocho hombres bajo su custodia. A su lado pacia su hermoso caballo, que de cuando en cuando levantaba la cabeza para mirar á su amo.

— Aquí está este mozo, dijo el Presidiario al llegar.

Sin hacer un solo movimiento aquel hombre, volvió lentamente los ojos y miró de arriba abajo al recien llegado. Despues de un rato, dijo:

— ¿Andáis prófugo?

Perico no respondió y bajó la cabeza.

— No hay que amilanarse, prosiguió su interlocutor; y luego en frases breves añadió:

— Los hombres tienen horas menguadas, y entre estas las hay rojas como sangre, y negras como luto. — Una sola basta para perder á un hombre y volverle el corazon como un guijarro que no siente ni late, pero pesa. — Queda un hombre hundido, porque lo pasado pasado se queda; y no hay mas que á lo hecho pecho. — La vida es una refriega, en la que se mira adelante como valiente, y no atras como cobarde.

— No lo puedo hacer yo, esclamó Perico con esplosion; si supierais...

El capitan alargó el brazo, haciendo un gesto imperativo para hacer callar á Perico, y añadió:

— Aquí cada cual lleva lo suyo en sí como un pliego cerrado, sin que en los otros despierte ni curiosidad ni interes. Si no tenéis donde ir, quedáos con nosotros; acá defendemos lo único que nos resta, nuestras vidas. Por mí no la defiendo por lo que vale, sino para no entregarla al verdugo.

— Pero, ¿robáis? dijo Perico.

— Algo se ha de hacer, contestó el bandolero, volviendo como la tortuga á meterse bajo su áspera y dura concha.

Perico ni admitió ni rehusó la propuesta. Era una masa inerte y sin voluntad; el acaso disponia de su miserable existencia, así como el viento del desierto de sus pesadas y áridas arenas.

CAPITULO IV.

Mas entre tanto que, despues de las vicisitudes referidas, la miserable existencia de Perico se arrastraba á remolque de una banda de criminales, ¿qué era de los demas individuos de esta familia? ¿A qué estremo los habian llevado la desesperacion, el dolor, el resentimiento y la venganza?

Desde el malhadado dia en que Pedro perdió á su hijo, se habia encerrado en su casa con su dolor. El cura y algunos amigos iban de cuando en cuando á acompañarlo, no para consolarlo, era esto imposible, pero para hablar con él de su pena, haciendo como los que aligeran los bajeles de las amargas aguas de la mar, sin poder carenarlos, y solo para impedir que se hundan. Habian procurado que se volviese á tratar con la familia de Perico; mas esto habia sido un imposible.

— ¡No! respondia Pedro en esas ocasiones; le he perdonado ante Dios y los hombres; mi pobre hijo lo hizo ántes

de morir; pero tratarme con su gente como si tal cosa, eso no.

— Pedro, Pedro, eso no es perdonar, decia el cura; es la letra y no el espíritu de la ley.

— Señor cura, respondia el pobre padre, Dios no pide imposibles.

— No, pero cuanto exige es posible.

— Señor, Vd. me quiere santo y no lo soy; harto hago en ser buen cristiano y perdonar. ¿Los he perseguido? ¿He acudido á la justicia? ¿Qué mas puedo hacer?

— Pedro, dando gracias por agravios, caminan los hombres sabios.

— Jesus, señor cura, por María Santísima, no tan calvo que se le vean los sesos: Dios los ayude y los favorezca; pero cada uno en su casa, y Dios en la de todos.

María habia huido con su hija al retiro de su casa, cubriendo el dolor y vergüenza de esta con el santo manto de amor de madre, único refugio que le quedaba contra la unánime reprobacion, la pública indignacion que justamente inspiraba.

Solas, pero sostenidas en su inmenso dolor, por su religion y su conciencia, quedaron las dos infelices víctimas Ana y Elvira.

Así pasaron muchos meses.

Llegó entónces al lugar una mision compuesta de dos capuchinos.

Estas misiones estaban instituidas para convertir al pecador, despertar al tibio, afirmar al bueno y consolar al triste.

En el siglo ilustrado, en que todos somos buenos, fervientes, firmes y felices, se han suprimido como superfluas.

Los misioneros predicaban de noche, y la iglesia se llenaba de un pueblo que venia á oir la palabra de Dios, que enseña al hombre á ser bueno. Ahora hay *clubs* en que se enseña al hombre á ser libre, lo que es mejor y mas *digno*. ¡Pobre pueblo!

La buena María pudo persuadir á su hija que la acompañase á las misiones.

Y la agria, reconcentrada y amarga vergüenza, el deses-

peranzado dolor de Rita, halló en ellas arrepentimiento, lágrimas para lo pasado, penitencia y humillacion para lo presente; y en el porvenir, la mano divina que levanta al caido cuando la implora, bañado en lágrimas y postrado en la ceniza.

Una de aquellas noches fué el testo del sermon el perdon de las ofensas.

¡Magnífico era el tema! ¡Santo y sublime cual ninguno! El ferviente orador supo esplotarlo, y el pueblo creyente comprenderlo.

Al concluir el santo misionero, se postró ante el crucifijo, y con ferviente celo y ardiente caridad prometió al Señor de misericordia, en nombre de aquel pueblo arrodillado á sus piés, que á la otra noche no habria en el templo un solo corazon cerrado y que no estuviese reconciliado. Un murmullo de esclamaciones y llantos confirmó el ofrecimiento del santo apóstol.

El dia siguiente fué un dia de paz y caridad, segun el espíritu del Evangelio. Las mas arraigadas enemistades se acabaron, los mas irreconciliables enemigos se abrazaron por las calles, los ángeles en el cielo debieron alegrarse.

Pedro fué á casa de Ana. [1])

Terrible fué para el infeliz la entrada en aquella casa. Se acercó á Ana y la abrazó en silencio. La desventurada madre temblaba y procuraba en vano hacerse dueña de su dolor. Pero cuando Pedro se volvió hácia Elvira, la que semejante á una sombra deshecha en lágrimas, torcia sus descarnadas manos, cuando estrechó sobre su seno paternal aquella que habia mirado y querido como á hija, entónces su comprimido dolor rebosó esclamando: ¡hija! ¡hija! ¡tú y yo le amábamos!

---

1) La persona que escribe esto, ha presenciado y da testimonio de una mision semejante. ¡Qué religion la que á la voz de un pobre misionero ablanda los altivos y tenaces corazones españoles y obliga á los mas encarnizados enemigos á abrazarse! ¿Ha cambiado jamas la ilustracion del siglo un corazon lleno de odio en uno lleno de amor? ¿Dónde está la mision protestante que pueda vanagloriarse de semejante prodigio?

Tambien Rita fué en casa de Ana á pedir lo que á llevar fué Pedro.

Cuando estuvo enfrente de su ultrajada suegra, se echó de rodillas: ¡yo he sido, esclamó golpeándose el pecho, la causa de todo! ¡No vengo á pedir un perdon que no merezco, vengo á que me castiguéis sin maldecirme!

Y cuando se volvió hácia Elvira, no le bastó estar de rodillas, sino que postrándose con el rostro en tierra, gimió entre sollozos: pues eres un ángel, perdona cual ellos.

La pobre María sostenia con sus brazos á su anonadada hija, é imploraba á Ana con sus miradas y sus lágrimas.

Ana y Elvira levantaron y abrazaron sin una palabra de reconvencion á aquella que tanto mal les habia hecho, poniendo desde ese dia todos sus cuidados en reanimarla, pues era la mas infeliz de las tres, porque era la culpable.

El pueblo todo miró á la franca y públicamente arrepentida con caridad, porque si el mundo llamado culto halla en las demostraciones religiosas un motivo mas de vituperio, añadiendo á la reprobacion de las culpas (que no olvida) el baldon de *hipocresía* en los que se llaman á Dios, el pueblo, mas generoso y mas justo, honra las señales públicas de arrepentimiento y humillacion, y así no hubo quien al ver á Rita postrarse y llorar, no trocase su indignacion en lástima, y la imprecacion ¡*infame*! en la suave voz de ¡pobrecita! Esto es porque el pueblo rudo no sabe lo que es *filantropía;* pero sabe, porque se lo enseña la religion, lo que es *caridad cristiana.*

CAPITULO V.

Espantosa era para él la vida que llevaba Perico. Arrastrado por la necesidad y por el ascendiente que ejercia la vigorosa influencia de Diego; arrastrado como él por una desgracia en la via criminal; pero una vez en ella adoptándola sin vacilar, como un guerrero una armadura de hierro, sin fatigarle ni su peso ni su dureza. Perico seguia como una opaca sombra á esos desalmados, detestándolos. Era

como el plateado pez de un tranquilo lago de agua dulce, que arrastrado por una fatal corriente es llevado al mar, en cuyas amargas y agitadas aguas agoniza sin poder huir de ellas. A veces cuando bajo sus ojos se cometia un crímen, queria en su desesperacion acabar de una vez sus torturas, entregándose á sí mismo á la justicia; pero lo detenia la vergüenza y la falta de energía para sobrellevarla. Era odiado de los demas, que le apellidaban el *Triste;* pero le sostenia la poderosa proteccion de Diego.

Diego se sentia arrastrado hácia aquel hombre, al que habia salvado la vida, hácia aquel hombre que era bueno y honrado, porque la tosca y dura naturaleza de Diego era fuerte y noble, y no habia descendido al peor grado de la maldad, que es odiar lo bueno. Sin llegar á la exageracion novelesca que hace de un bandido ó un pirata un héroe, estamos mas léjos aun del clásico puritanismo que hace de un ladron un monstruo tal, que no cabe en él un solo átomo de humano, desmintiendo así, en honor de la moral sistemática y de la policía matemática, los conocidos hechos de valor, generosidad y nobleza que se han visto en jefes de tales bandas. Solo el llegar á ser jefes de semejantes hombres, prueba una inmensa superioridad, conservando un predominio que en nada se apoya ni nada sostiene, sino su propia fuerza.

En una ocasion en que habia llegado en sus correrías la banda hácia las Ventas de Alocaz, llegó exhalado uno de los espías que tenian en Utrera, avisándoles haber salido de allá con direccion á las Ventas, una partida de migueletes, sin duda avisada por viajeros recientemente despojados. Apresuráronse los bandoleros á meterse en un olivar; pero apénas internados, fueron sorprendidos por otra de caballería.

Entablóse entónces un tiroteo mortal, en el que esos hombres que peleaban por sus vidas, lo hicieron con denuedo.

— Perico, le dijo Diego, ahora ó nunca es la ocasion de demostrar que no comes tu pan sin ganarlo: aquí va de fuerza á fuerza; á ellos, si eres hombre.

Al oir estas palabras, Perico, aturdido y como un hombre ebrio, se arrojó ante las balas, disparando sus armas sobre

esa pobre tropa, que sacrifica todo, hasta su vida, por el bien de la sociedad, que en su egoismo ni se lo agradece siquiera, sucediéndole como á los confesores y médicos, que son burlados en sana salud y llamados con ansia cuando se está en peligro. Un bandolero fué muerto, dos soldados heridos, y una bala de Perico, tirada casi á quema ropa, mató al comandante de la partida. La consternacion que causó esta catástrofe dió lugar á que los ladrones huyesen.

Salvaron á Utrera, pasaron por las haciendas de la Chaparra, de Jesus María y Venagila, y llegaron al anochecer exhaustos á Valobrego. Este valle, no léjos de Alcalá, está circundado por cerros y olivares. En su parte mas aislada, al borde de un arroyo, están las ruinas de un castillo moruno, llamado Marchenilla. Al pié de estas solitarias ruinas cayeron rendidos caballos y jinetes. Apagaron su sed en el arroyo y encendieron una hoguera entrada que fué la noche, y todos se echaron á dormir, ménos Diego y Perico. — Mal dia, Corso, dijo Diego acariciando su hermoso potro, que bajaba y levantaba con gracia su fina cabeza, de manera que parecia á la vez confirmar lo que le decia su amo y decirle: ¿Qué importa, si os he salvado?

— Mala vida te doy, hijo mio, prosiguió el ladron, que amaba profundamente á su caballo, porque era lo único que amaba en el mundo.

El caballo, como si lo hubiese comprendido, dió un alegre relincho, se puso en dos piés, se bamboleó en ellos, y se dejó caer al lado de su amo, presentándole la frente para que se la acariciase.

— ¿Qué será de tí, si me prenden? dijo el ladron, apoyando su cabeza en el pescuezo de su caballo, que quedó inmóvil.

— Por cierto, dijo Diego al sentarse en la lumbre en frente de Perico, que á tí debemos el haber escapado hoy á tan poca costa.

— ¿A mí? preguntó Perico sorprendido.

— Sí, respondió el capitan, puesto que venia la partida mandada por un oficial valiente, que no entendia de chicas

y conocia el país, el hijo de la condesa de Villaoran, que nos hubiese dado que hacer, á no haberlo muerto tú.

— ¡Dios me favorezca! esclamó Perico poniéndose en pié y levantando sus cruzadas manos al cielo: ¿Qué decís? ¡El hijo de la condesa estaba allí, y yo le maté!

— ¿De qué te espantas? respondió Diego: ¿Creias, acaso, que estábamos tirando anises? Caramba, añadió con impaciencia, que me vas amostazando. ¿Pues no pareces un cómico de la legua con tanto ademan y tanto hipio? Por vida de tal, que tiene el Presidiario razon, erraste la vocacion; en lugar de entrar en la vida airada, te debiste meter fraile. ¡Ea, vela! añadió liándose en su manta, poniéndose su trabuco entre sus rodillas y su cabeza sobre una piedra.

Inútil advertencia era esta para Perico. El infeliz, con su dolor desesperado, se arrancaba los cabellos y maldecia de sí mismo. ¡Habia matado al hijo del ama y bienhechora de sus tios, su compañero de infancia!

CAPITULO VI.

¡Cuál se le pintaron al infeliz Perico en esa lúgubre noche las escenas de su tranquila felicidad doméstica, ya para siempre perdida! ¿Y qué las reemplazaba? ¡Su espantosa situacion presente!

Nada se movia en sus derredores, en que solo veia la triste monotonía de la noche como la de su infortunio, un fuego abrasador como su conciencia, una oscuridad fria é impenetrable como la de su porvenir.

— ¡Poder de Dios! se decia. ¡Esto veo, esto recuerdo, esto sufro y no muero!

La roja y vacilante llama de la hoguera arrojaba de cuando en cuando una ráfaga de brillante claridad sobre las oscuras y estrañas formas de las ruinas, dejándolas en seguida en negra sombra, en las que parecian querer refugiarse como un casi borrado recuerdo en el olvido.

Oia su sobresaltada mente suspiros en el silencio, y veia horrores en la oscuridad. Quejidos le acusaban, dedos le

amenazaban, ojos le miraban.... y no, no se habia engañado: al definir y realizar la clara luz de la llama, que se avivó movida por el viento, los objetos, vió Perico tras de uno de los paredones, que aun en pié miraba á sus piés los trozos, derrumbados por el tiempo, unos duros y negros ojos que se clavaban en él. Perico quedó tan asombrado y suspenso entre lo figurado y lo positivo, que no supo si ponerse al amparo del cielo con una señal de la cruz, ó bajo el de los hombres, dando la señal de alarma.

Vió entónces salir de detras de la ruina de piedra una ruina humana, de detras de la degradacion del tiempo la degradacion de la infamia: era una repugnante, vieja y sucia gitana. Cubrian sus descarnados miembros unas enaguas de bayeta parda, que se confundian con el tinte de las ruinas; cubria su pescuezo un pañuelo, y sus lacias canas una mantilla de bayeta negra.

Perico quedaba inerte como la estatua del estupor, ó cual si fuese aquella rechazadora faz la de Medusa.

— No hay cuidado, dijo al acercarse aquella vision; no hay que alarmarse, que no vengo con malos fines; podéis estar descuidado. Sabia que estabais aquí, y he hecho cundir la voz que marcháis hácia la Sierra de Ronda, y que os han visto hácia Espera y Villa Martin.

— ¿Pues á qué venís? esclamó Perico, instintivamente repulsado por aquella mujer.

— Para proporcionaros un golpe de suerte, que baste á asegurarla para siempre, respondió esta.

— Poca confianza inspira, repuso Perico, la que vos podáis proporcionar.

— ¿Porque tengo malas trazas? dijo la gitana. ¡Y qué! si bajo una mala capa hay un buen bebedor. Pues á las manos les traigo un tesoro, no hay sino alargarlas.

— ¡Un tesoro! preguntó Perico, en quien esa palabra, en lugar de codicia, hizo nacer la idea de que aquella vieja estaba demente. ¿Un tesoro? repitió; ¿y dónde se halla?

La vieja, que en esa pregunta solo vió lo que contaba hallar, avidez y sed de oro, se acercó á Perico, y como si temiese que el hálito de la noche interceptase al pasar sus

palabras, y que el anatema las anonadase en el aire, le murmuró al oido:

— En la iglesia.

Perico, aterrado, dió un paso atras; mas dando en seguida el avance de un tigre, agarró á la gitana, y echándola fuera de aquel recinto, solo pudo articular con ahogada voz:

— ¡Idos!

— No me voy, dijo la vieja sin intimidarse, que quiero hablar con el capitan y con el Presidiario, y les hablaré.

En la angustia de que así lo ejecutase, y para forzarla á alejarse, sacó Perico un puñal que blandió, y cuya hoja brilló á la luz de la llama.

La gitana dió voces, los ladrones se despertaron.

— ¡Qué es eso! gritó Diego. ¡Qué sucede! ¿Perico, vas á matar á una mujer?

— No, no, no la quiero matar, esclamó Perico, no quiero sino ahuyentarla.

— Y eso, dijo la vieja, porque he venido hasta aquí despreciando riesgos y fatigas, para proporcionaros el medio de salir de esa vida arrastrada que lleváis, haciéndoos ricos de una vez, como le sucedió al Rubio de Espera, á quien un robo considerable proporcionó el poder ir mas allá de los mares á pasarse buena vida.

Los ladrones se agruparon en derredor de ella. El Presidiario le presentó un trozo de pared caido, como un sillon de presidencia.

— ¡No la escuchéis! ¡No la escuchéis! esclamó Perico fuera de sí; ¡propone un sacrilegio!

— Señor, dijo el Presidiario á Diego, decíd á ese padre agonizante que calle, y no sea como el agua por San Juan, que quita vino y no da pan. A los ciegos por la calle es, y se les escucha. Dejád que hable esta mujer, y veremos lo que trae; con mil de á caballo que calle ese triste avejorro.

Diego titubeó, mas se volvió hácia la vieja. Entónces Perico vió el golpe perdido, pues Diego era siempre y todo de su primer impulso; y desesperado se alejó dando vueltas como un insensato por los olivares.

Todo lo habia calculado la gitana, y sus medidas estaban

bien tomadas. Las grandes ventajas, tan altamente ponderadas, las dificultades tan fácilmente vencidas, las precauciones tan bien combinadas que esplayó largamente, produjeron su efecto. La tentacion que ofrece flores con una mano, y con la otra oculta abrojos, convence á unos y seduce á otros. Todas las medidas se tomaron, se convino en las señas y horas, y ántes que los gallos anunciasen, como sus fieles centinelas, el dia, la cuadrilla se encaminaba hácia la solitaria hacienda del Cuervo, y la vieja se rastreaba cual astuta y venenosa serpiente á su cueva en el monte de Alcalá; allí, en el seno de la tierra donde concibió el atentado, para el cual de noche, entre ruinas, sedujo á malhechores, atentado que se habia de perpetrar en el templo de Dios.

CAPITULO VII.

Lentas pasaron las horas del siguiente dia para los ociosos huéspedes del Cuervo.

Todas las representaciones y súplicas de Perico para disuadir á Diego de su sacrílego intento, habian sido inútiles. Diego jamas supo volverse atras, y esa tenacidad estúpida al conocer que se camina mal, le habia costado el honor y la honradez y le habia de costar la libertad y la vida. Habia mas; por instigacion del Presidiario, forzaba Diego á Perico, que queria al fin apartarse de ellos, á acompañarlos en esta atroz empresa, porque, segun decia aquel hombre vil, era este el único medio para impedir que fuese el *santurron* á delatarlos.

Por fin, volvióle la tierra la espalda al sol y cubrióse con su negro manto.

Montaron todos y llegaron á la media noche al gran castillo arruinado de Alcalá. Diego silbó tres veces. Entónces se vió salir de una de las cuevas abiertas en la base del castillo, á la gitana con una linterna sorda en la mano.

Se apearon y la siguieron.

Perico iba confuso, sospechando el mal paso en que se encontraba; pero sus compañeros le rodeaban, y le arrastraron

á donde les guiaba la gitana. Esta, despues de saludar á los ladrones en voz sumisa, hablándoles una jerga ininteligible, abrió con una ganzúa la puerta de un corralillo, al cual, entre escombros y maderos, daba un postigo de la sacristía, á donde entró aquella sacrílega canalla, no sin pavor y asustándose hasta del rumor de sus pisadas.

¡Qué espectáculo tan altamente sublime y tremendo presenta un templo desierto á deshora de la noche!.... Aun las almas mas puras y mas santas se hunden en profunda y pavorosa meditacion al contemplarlo; y no hay incredulidad que baste á dar aliento al corazon de quien se atreve á recorrerlo. ¡Cuán inmensas y aterradoras aparecen aquellas naves sombrías!... ¡Cuán altas aquellas cimbrias, que, sostenidas por gigantes de piedra, se pierden en la misteriosa oscuridad de un cielo sin estrellas! — Allí, en una honda y lúgubre capilla aterra y pasma la fria estatua que duerme sobre un sepulcro; y aunque apénas se divisan sus contornos, parece que le da movimiento la oscuridad misma. El altar mayor, aun perfumado de incienso y de las flores de la mañana, y cuyas vislumbres chispean en las tinieblas; el altar, universal centro de la Fe, trono de la Caridad, refugio de la Esperanza, espendedor pródigo de dulcísimos consuelos, amparo del desvalido, atrae los ojos, los pasos, los corazones! — Ante el tabernáculo arde la lámpara solitaria, guardiana del sagrario, sin mas objeto que alumbrar, porque la luz es el conocimiento de Dios: lámpara santa y misteriosa, suave y constante holocausto, llama permanente, como la eterna misericordia, que arde como el amor, silenciosa como el respeto, alegre y tranquila como la esperanza. Los destellos y reflejos de esta luz recortan y abrillantan algunos puntos salientes de los follajes y molduras del dorado retablo, dándoles la apariencia fantástica de ojos que velan en religioso insomnio. Allí nada distrae la mente: aquella completa inmovilidad, aquel no interrumpido silencio, forman como una suspension de la vida, que no es la muerte, que no es el sueño; pero que tiene de aquella la solemnidad, de este la dulzura.

Tal estaba la iglesia de Alcalá cuando entraron en ella, alumbrados por la linterna de la repugnante gitana, los fora-

jidos, llevando con ellos á empellones y por fuerza, al desventurado Perico.

— Soltádle, y cerrád y atrancád esa puerta, dijo Diego.

— Va á gritar y nos va á descubrir, le respondieron los otros.

— ¡Soltádle, dijo! repuso el capitan. ¿Quién le ha de oir? ¿qué ha de hacer?

— Puede gritar, contestó Leon, que, ayudado por la gitana, despojaba el altar mayor de las alhajas de plata que lo adornaban.

— Pues estád á la mira, replicó el capitan.

Y dos, sin duda mas tímidos, y que no querian poner la mano sobre cosas santas, se acercaron á Perico.

Este, que como todos los que se contienen, era impetuoso é incontrarestable cuando le sacaban de sí las circunstancias, prorumpió recobrando su energía:

— ¡Abajo esos sombreros, herejes, que estáis en la casa de Dios!

— ¡Pronto! ¡una mordaza! gritó furioso el capitan.

Y al punto le pusieron á la boca un pañuelo, siendo inútil la resistencia.

Pero, á pesar de que el pañuelo le ahogaba, al ver que la gitana y Leon rompian la puerta del sagrario, hizo Perico un esfuerzo desesperado, y cayó de rodillas gritando:

— ¡Sacrilegio! ¡sacrilegio! — ¡Voz tremenda que recorrió las capillas, que retumbó en la bóveda, como entre las nubes el trueno, y que despertando al magno y sonoro instrumento, que suele acompañar al imponente *De profundis*, y al glorioso *Te Deum*, se perdió entre sus cañones de metal, como un doloroso gemido! — Un momento de terror frio sintieron aquellos miserables. ¡Tembló el mismo Diego! — Pero pronto, repuesto, se acercó furioso á Perico, le arrojó contra las losas del pavimento, le pateó, le maldijo, y mandó á los demas que le matasen á culatazos si proferia una palabra. El infeliz, en tierra y maltratado por aquellos bandidos, balbucia confuso:

— ¡Misericordia, Señor, misericordia!

— ¡Matádle si chista! repitió Diego, y despachemos pronto;

que se va aclarando la noche, y nos pueden ver al salir de aquí.

Efectivamente las nubes se rompieron, y un rayo de luna entró en este momento por una alta claraboya de la iglesia, y fué á besar el pié de una milagrosa imágen de la purísima Concepcion.

— ¡Maldita luna! gritó la gitana, añadiendo imprecaciones horribles. — Y espantados todos de verse unos á otros al brillo de aquella repentina claridad, apresuraron el despojo y consumaron el sacrilegio.

Salieron por último, y cuando la gitana los vió partir á caballo cargados con las riquezas, se volvió á ocultar en la tierra.

Aun no doraba el sol la Giralda cuando cargados con su botin llegaron los ladrones cerca de Sevilla. Dejaron sus caballos en un olivar al cuidado del Presidiario, y entraron por diferentes puertas cada cual, reuniéndose en un lugar apartado y señalado por la gitana, en el cual un platero ya prevenido, recibió, pesó y pagó las alhajas. Pero cuando los ladrones volvieron al lugar en que habian dejado al Presidiario con los caballos, nada hallaron.

— ¡El perro nos ha vendido! dijo uno.

— ¿Y á qué? repuso Diego; tiene aquí su parte, que supone mas de lo que pudiese valerle su traicion.

— Habrá visto gente y se habrá refugiado al Cuervo, dijo Perico.

Encamináronse hácia la hacienda, dejándose caminos y carriles y metiéndose por los olivares.

Mas allí tampoco hallaron al Presidiario.

— ¡Mi pobre Corso! dijo Diego, y una lágrima amarga como acíbar brilló un instante en sus ojos. Mas reponiéndose al momento: estamos vendidos, dijo; ea pues, á salvarnos. Rio abajo; al coto del Rey; á Ayamonte; á Portugal: algun dia le hallaré, ¡y mas le valiera en ese dia no haber nacido!

Iban á salir, cuando se presentó la gitana á reclamar su parte en el robo. Todos la asaltaron á preguntas sobre la desaparicion del Presidiario; pero nada sabia, y manifestó mucha inquietud.

— No estáis seguros aquí y os debéis ausentar cuanto ántes, les dijo. El hijo mayor de la condesa de Villaoran ha jurado vengar la muerte de su hermano; ha pedido tropa al capitan general, y os anda persiguiendo. Me temo que haya sorprendido al Presidiario. Por mí, me voy: el suelo arde bajo mis piés.

— ¡Que no te quemara! esclamó uno.

— ¡Que no te tragara! esclamó otro.

La vieja desapareció en silencio entre los olivos como una víbora, despues de haber dejado su veneno en la mordedura que ha hecho.

— ¡El atentado en la casa de Dios! dijo el primero.

— ¡Despojar un sagrario! añadió otro.

— Ea, callarse, gritó Diego: ¿á qué viene ya eso? A lo hecho pecho. Andemos.

Pero en este instante se oyeron pasos de caballos; y Perico, que Diego habia puesto de vigilante, entró corriendo á avisar que llegaba el Presidiario con los caballos. Una aclamacion general de alegría acogió al Presidiario, el que contó que habiendo divisado tropa habia tenido que esconderse, y solo pudo volver dando grandes rodeos. Mas ahora, añadió, no perdamos tiempo, somos perseguidos, Capitan, aquí tenéis á Corso; os lo he cuidado bien, que ya sé lo que lo queréis.

Diego acariciaba lleno de gozo al noble animal, jurándole mentalmente no volver nunca á separarse de él.

Apresuraron su marcha, y al entrar en un desfiladero, resonó repentinamente un grito formidable al frente, á sus espaldas, sobre sus cabezas:

— Rendíos al Rey.

Una partida de caballería los cercaba; dos pistolas apuntaban al pecho de Diego; un hombre tenia cogida la brida de su caballo.

Diego volvió la vista en derredor con no desmentida calma, conociendo el poder de su caballo, que tenia enseñado. Con la rapidez del rayo sacó su puñal, hirió con él las manos que sujetaban las riendas, apretó con fuerza las rodillas á los ijares de su caballo, se echó sobre su pescuezo y le gritó:

— ¡Ea, Corso, salva á tu amo! . . . . . .

El noble y entendido animal se empinó convulso; pero cayó desplomado sobre su cuarto trasero; hizo vanos esfuerzos para levantarse.... ¡Estaba desjarretado!

Diego conoció el golpe y la mano que lo habia dado: frenético de rabia saltó al suelo; pero habia desaparecido el infame entre el tropel que se agolpaba en el desfiladero.

Cogieron á Diego, que no hizo resistencia.

Al salir de aquel estrecho sitio, volvió Diego la cabeza y echó una última mirada sobre su caballo, que siempre inmóvil le seguia tristemente con sus grandes ojos.

Solo á un alma del temple de la de Diego, á su energía agreste, á su fuerza de voluntad, era dado disimular bajo una calma que desafiaba á todo temor, la furia que en su pecho ardia, y el dolor que destrozaba su corazon.

Desarmaron los soldados á los bandoleros, y les ataron los codos á las espaldas.

— ¿Cuál es, preguntó el conde de Villaoran al verlos reunidos; cuál es el que mató á mi hermano?

Los ladrones callaron á una mirada de Diego, que preso y maniatado les imponia aun.

— ¿Quién fué? volvió á preguntar el conde con voz ahogada por la ira.

— Yo fuí; dijo Perico.

El conde se volvió hácia aquel mozo cabizbajo, en el que no habia parado la atencion; mas al fijar en él sus ojos, un grito de asombro salió de sus labios.

— ¡Tú! esclamó: ¡Perico Alvareda!! ¡Iniquidad sin nombre! ¡perversidad sin ejemplo! ¡Pobre Ana! ¡desventurada madre que te dió el ser!: ¡desgraciados hijos! ¡infeliz Rita! Pues sábelo, desalmado, prosiguió el conde con vehemencia, tu mujer ha trabajado con incesante celo y actividad para conseguir tu gracia. Los tribunales y los jueces la vieron siempre á sus piés. Ventura te perdonó ántes de morir. Pedro te ha perdonado. Mi desventurado hermano fué el celoso é incansable agente de los tuyos. Consiguió tu gracia del rey. Todos te buscaban con ansia, y él mas que todos. Te halló.... ¡Oh! que nunca te hubiese hallado!

Diego, que habia observado el inmenso dolor que con

el frio y la palidez de la muerte se pintó en el semblante desencajado de Perico, y que le vió bambolearse, dijo al conde:

— ¡Señor, no veis que lo matáis!

— No me anticiparé al verdugo, contestó el conde montando sobre su caballo. ¡A Sevilla!

— ¡Animo! murmuró Diego al oido del anonadado Perico. Míranos, todos vamos á morir y todos estamos serenos.

En Sevilla entraron entre las maldiciones del pueblo horrorizado de sus últimos delitos; pero aun fué mayor la indignacion cuando vieron venir libre entre ellos al infame traidor que los habia vendido. Era este el vil Presidiario, que de esta suerte compraba su gracia y obtenia el premio prometido al que entregase á Diego, el afamado bandolero, que por tanto tiempo burló los esfuerzos de sus perseguidores.

Tuvo el Presidiario que huir y esconderse para ponerse á salvo de los insultos de que era objeto. Al anochecer, llamó á la puerta de una mal afamada tienda de bebida en el arrabal de la Macarena; mas apénas lo hubo conocido el dueño le dijo:

— Hazme el favor de irte por donde has venido.

— ¿Qué es eso? dijo el Presidiario; ¿desde cuándo se recibe aquí á los amigos de este modo?

— Por tu bien te lo digo, respondió el dueño, pues si te hallan aquí los muchachos, no quisiera yo estar en tu pellejo. Sigue mi consejo, y pon los piés en polvorosa, y ligero, sin volver la cara atras.

— Pues mire Vd. quién habla. Ellos, que son mas malos que yo y capaces de vender á sus padres por una peseta.

— No digo que no: son á cual peor; pero yo no quiero jarana en mi casa, repuso el dueño. Ea, andandito se va á Roma, prosiguió empujando al Presidiario fuera de la puerta, que cerró diciendo:

— La Magdalena te guie, que es la que guia á los enamorados.

— Y á los arrepentidos, añadió una voz que pareció salir de la misma oscuridad; y te arrepentirás, cobarde!

A la mañana siguiente se halló tirado al pié de la pared

del cementerio el cadáver de un hombre cuyo corazon estaba atravesado de una puñalada: era el del traidor.

CAPITULO VIII.

Hallábase entónces la cárcel de Sevilla mal situada en una calle estrecha y de las mas céntricas de esta ciudad. Era un edificio de mal aspecto, mezquino, adusto, al que faltaba la severidad de la autoridad legal y la dignidad que debe la humanidad á la desgracia, aun á la culpable. A pocos pasos de este horrible centro de maldad tosca y cínica degradacion, concluia la calle en la gran plaza de San Francisco, plaza irregular y entre larga, pero que conserva los edificios que la hacen la plaza mas considerable de la insigne decana de Andalucía. A la derecha se ostentan las casas capitulares, cuya preciosa arquitectura es tenida por los naturales y forasteros por una de las galas de la joyera de Sevilla, lo cual no obsta á que por dos veces se haya pretendido derribarlas en estos dias por los *vándalos de la ilustracion,* á los cuales tenemos por mas destructores que los de la barbarie. A la izquierda, formando un ángulo saliente, se presenta el regular y severo edificio de la Audiencia, ese tribunal á quien da su poder omnímodo la justicia, y que corona como una estrella de clemencia su reló que atrasa diez minutos, respetable ilegalidad, porque esos diez minutos mas de vida se dan al reo ántes de señalar la hora cruel de su esterminio; que todas las leyes y costumbres de la vieja España llevan el sello de la caridad: diez minutos no son nada para el que pasea tranquilo por la senda de la vida; ¡pero son tanto para el que va á morir! Diez minutos en el umbral de la muerte pueden decidir del fallo sobre la eternidad; diez minutos podria retardarse un inesperado, pero posible indulto. Pero aunque no existiesen estas consideraciones espirituales y temporales, aunque ese grave acuerdo de nuestros mayores no fuese sino la limosna de diez minutos de vida concedida al que va á morir, esta limosna siempre probaria que aun á sus mas severos fallos supieron aquellos jueces católicos imprimir un

sello de caridad. Así lo reconoce el pueblo que sabe y tiene en mucho esta institucion, que es una de las que mas reverencia. ¡Oh España! ¡qué ejemplos has dado al mundo en todos ramos, tú que hoy se los pides á los estraños!!!

A un lado del ayuntamiento, formando ángulo entrante, se halla el convento de San Francisco, con su gran compas y su grandiosa iglesia. Los demas frentes de la plaza los forman portales, que, como antiguos festones de piedra, guarnecen los costados de la plaza, la que en el estremo opuesto al que al principiar mencionámos, tiene una gran fuente de mármol, cuyas aguas son tan constantes y duraderas en su corriente como el recipiente en su materia.

Veíase aquel dia la plaza de San Francisco y sus calles adyacentes cubiertas de una inusitada multitud de gentes. ¿Qué las reunia? ¿A qué iban allí? ¡A ver morir á un hombre! Pero no; no á ver *morir*, sino á ver *matar* á su hermano. ¡Morir! morir es solemne, pero no horrible, cuando el ángel de la muerte es el que cierra suavemente los ojos ya quebrados de la criatura, y da así alas al alma para elevarse á otras regiones. Pero ver *matar*, matar por mano del hombre en la congoja del espíritu, en la agonía del alma, en las torturas del sufrimiento; esto espanta. ¡Y van, y se apresuran y se atropellan para estar cercanos al suplicio del atentado legal! Pero no es el placer, ni la curiosidad, la que atrae allí á aquella multitud azorada; es esa funesta ansia de emociones que siente el contradictorio corazon humano; esto se lee en aquellos rostros á la vez pálidos y ansiosos.

Un murmullo sordo corria por aquella apiñada muchedumbre, en medio de la cual se alzaba ese gran esqueleto, ese pilar de vergüenza, de la agonía, ese usurpador de la mision de la muerte, ese solar del abandono que solo arrostra el sacerdote; el estremecedor cadalso, que se construye de noche á la mustia luz de linternas, porque los hombres que lo alzan tienen vergüenza de que los vea el sol de Dios, y los miren sus semejantes. Esta muchedumbre se estremecia á intervalos al oir la lúgubre campana de San Francisco doblar por un vivo, que ya solo existia para Dios, pues el

mundo lo habia borrado de la lista de los vivientes! Doblaba tan profundamente triste, cual si esta voz de la iglesia, á la vez de subir á Dios en súplica encomendándole un alma, bajase como sentida y grave amonestacion á los mortales; así toda aquella asombrosa solemnidad que con el aire se respiraba y oprimia el pecho, parecia decir: ¡moríd, culpables, moríd en sacrificio espiatorio, por esta humanidad pecadora y tambien degradada...!

Solo la fuente, pura y limpia, seguia tranquila con su clara voz, su suave y monótona centinela, ajena, cual la niñez y cual la inocencia, á los horrores de la tierra. ¡Oh inocencia! emanacion del paraíso, que aun respiran en nuestra corrompida atmósfera los niños y aquellos seres privilegiados que tienen, como la Fe, una venda sobre los ojos para creer sin ver, y otra sobre el corazon para ver y no comprender; que tienen, como la Caridad, el corazon en la mano, y como la Esperanza, los ojos fijos en el cielo; ¡cérquente siempre el respeto, el amor y la admiracion, que, como hija del cielo, mereces!

Existen dos clases de caridad; la una es la que alivia los padecimientos materiales, materialmente y con dinero: esa es bella y generosa; pero fácil y socialmente obligatoria. La otra es la que alivia las angustias morales moralmente: esta caridad es sublime y divina.

Entre estas es poco celebrada por el mundo, que tantas ocasiones halla para censurar y tan pocas para elogiar, la hermandad de la caridad. ¿Y quiénes componen esta admirable congregacion? ¿Son acaso aquellos que gastan tanto papel y fraseología en favor de la humanidad, filantropía y fraternidad? No; ninguno se digna entrar en esta corporacion, que se compone en la mayor parte de la aristocracia de los pueblos en que se ha establecido. ¿Y por qué? Porque de la teoría á la práctica, así como del dicho al hecho, hay un gran trecho.

Veíanse por las calles de Sevilla, algun tiempo despues de lo referido en el último capítulo, los principales caballeros del pueblo recorrer la ciudad con una esportilla en la mano, repitiendo en voz grave esta frase:

Para los infelices que van á ajusticiar.

Ahora bien, quitando el mérito, la sinceridad y humanidad en estos hombres; quitando, si hacerse pudiese, la ventaja y provecho de esta hermosa obra de caridad en quien la hace y en quien la recibe; mirando, decimos, este hecho despojado de todo; ¿no es por sí solo un grande y magnífico ejemplo al pueblo? ¿Una práctica leccion, que vale algo mas que los papeluchos venenosos que lo rebelan y desencadenan sus malas pasiones en provecho ajeno? [1])

En la cárcel estaban en capilla Diego y los de su banda, acompañados alternativa y constantemente por otros hermanos, que dejando sus casas, sus comodidades y quehaceres, venian á tomar parte en esa agonía prolongada, aliviando los últimos momentos de esos infelices, previniendo sus deseos cual no lo son los de los reyes, y echando bálsamo en la herida de la espada de la justicia.

El conde de Cantillana y el marques de Greñina, dos de los mas celosos y consagrados miembros de esta santa hermandad, habian ido al juzgado que se establece y queda erigido en la cárcel miéntras dura la conduccion al cadalso y la ejecucion de los reos, para pedirle los cadáveres de aquellos infelices. Esta es la fórmula adoptada por esa magnífica y enternecedora institucion católica:

«Venimos en nombre de José y de Nicodemus á pedir permiso para descender el cadáver del suplicio.»

El juez se los concede, y se retiran. [2])

---

1) Séanos permitido poner aquí un hecho reciente y auténtico. En 1847 fué ajusticiado en Jerez José Rojas por una muerte que hizo. Los principales caballeros del pueblo pidieron por el reo, lo asistieron en la capilla, le acompañaron al patíbulo y le pusieron en la caja. La limosna recogida fué de seis mil reales. De ellos dispuso el reo, dejando una suma crecida á la viuda del que habia matado. ¡Sublime caridad católica, nunca bien ponderada, exaltada y admirada!

2) Hemos oido decir á personas *despreocupadas*, como se llaman hoy las que hacen gala de sequedad de corazon, de pobreza de fe y de desden á todo lo que hicieron y pensaron nuestros padres y abuelos, que la sensacion que les causó esta solemne escena que presenciaron, fué tan profunda y conmovedora que jamas se borrará de su alma.

Cada reo tenia á su lado su confesor, santo báculo con el cual se hacen firmes los pasos que llevan al cadalso.

Cuando Perico hubo concluido su confesion sacramental, le dijo al venerable monje que le asistia:

— Mi nombre no es sabido, pues solo me conocen por el de Perico el Triste; pero como entre el cielo y la tierra no queda nada oculto, tarde ó temprano sabrá mi gente mi suerte. Padre, haga usted la caridad de cumplir mi último deseo. Sea Vd. el que le lleve la nueva á mi madre. Dígale Vd. como he muerto arrepentido y contrito, y no tan criminal como aparece. El mal es un derrumbadero en que es uno arrastrado por el peso de la primera culpa, cuando se llega á cometer, y esta culpa, que tanto me ha pesado y me pesa, la cometí porque preferí una cosa vana, que los hombres llaman honra, y que se compra á veces con sangre, á los preceptos del Evangelio, que hacen del sufrimiento una virtud, y del perdon un precepto. ¡Oh padre, cuán otras aparecen las cosas de la vida en el umbral de la muerte! Dígale Vd. á mi pobre hermana, á quien le maté el novio, que le encargo uno inmortal que no le engañará nunca. Al tio Pedro que sé que me ha perdonado, así como lo hizo su hijo, y que llevo ese consuelo á la tierra y mi agradecimiento á Dios. A Rita, que viví y muero queriéndola, y que si hubiese vivido, jamas le habria recordado lo pasado, puesto que se arrepintió. A mi suegra, que tan buena es, que me encomiende á Dios: y mis pobres hijos..... mis huérfanos..... que no sepan, si posible es, la suerte de su padre; que los ben... di... go...

Aquí reventó su destrozado corazon en sollozos.

El padre que le oia, persuadido de la inocencia de corazon de aquel hombre arrastrado al delito, exasperado y ciego por cuanto puede desesperar y sacar de tino á un marido, á un hermano, y á un valiente y empujado á la vida airada por las circunstancias, la necesidad y su falta de energía, padecia el tormento del que ve naufragar á sus piés un barco sin medio ni arbitrio alguno de salvarle.

Las continuas y activas gestiones que hacia Rita para descubrir el paradero de su marido, cuya gracia por medio

de buenas almas habia obtenido del rey, la trajeron aquel dia con su madre á Sevilla.

Al querer atravesar la plaza de San Francisco, ven una multitud de gente agolpada en ella. Preguntan la causa de este bullicio y les señalan el cadalso.

Quieren huir; pero las gentes que tras ellas se han agolpado, se lo impiden. Se aproxima el reo, todos prorumpen en esclamaciones de lástima: «¡qué jóven es, dicen: qué aire «tan conforme y humilde lleva! ¡pobrecillo! Ese es el que llaman «Perico el Triste: dicen que su mujer, una bribona, lo ha «perdido.»

Violentamente late el corazon de Rita. Pasa el reo, lo ve; ¡lo ha conocido! Un grito, cual jamas otro desgarró el aire, resonó por la plaza.

Perico se para. Padre, dice, ella es, es Rita.

— Hijo mio, responde el padre: no pienses sino en Dios, á cuya presencia vas á parecer contrito, reconciliado y bienaventurado, llevándole tu espiacion.

— Padre, quisiera á lo ménos verla ántes de morir.

— Hijo, piensa en el amargo castigo y glorioso alumbramiento que vas á recibir del hombre, que es la mano de tu destino.

Perico quiere volverse.

— ¡Adelante! manda el sarjento.

Sube al cadalso, se postra ante su padre espiritual, que lo bendice con calma frente y alma destrozada, besa con ansia y fervor el crucifijo, ese otro cadalso en que espió el hombre Dios culpas ajenas; vuelve aun los ojos hácia donde sonó la voz que hirió su corazon, se sienta en el banquillo, le atan y le colocan el garrote al cuello; el verdugo está detras, el sacerdote entona el credo, el verdugo tuerce el tornillo, un grito unánime suena en la plaza, «*Ave María Purísima.*» Con esta invocacion de la Madre de Dios se despide la humanidad del condenado, á quien la mano del verdugo separa de ella.

El verdugo tapa la cara al ajusticiado con un paño negro.

Un silencio profundo reina en la plaza, sobre la cual, como el verdugo el paño, estiende la muerte sus negras alas.

A Rita la sacaron accidentada algunas personas compasivas, y la llevaron á una posada. Su estado era terrible, las convulsiones en que se destrozaba la dejaban pocos instantes de conocimiento, y en estos se demostraba su desesperacion de un modo tan espantoso, que era preciso sujetarla como á una demente. En varios dias no fué posible trasladarla á su casa. Al fin trajeron sus parientes una carreta para llevarla. La acostaron en ella sobre un colchon; pero ninguno quiso acompañarla por vergüenza. Solo María iba con su hija, sosteniendo en sus faldas la cabeza de aquella, cuyo largo cabello negro caia cubriéndola toda, como para ocultarla á las curiosas é indiscretas miradas.

— Allí va, decian al verla pasar, la mujer del ajusticiado, que por su liviandad envió á su marido al cadalso; y los bueyes no apresuraban su lento paso, cual si tambien ellos tuviesen mision de infligir el castigo de la reprobacion á aquella que con tanta audacia la habia afrontado.

María iba como una resignada mártir. El suave temple de su alma la hacia como elástica para poder encerrar en ella sin estallar la inmensidad del sufrimiento. De cuando en cuando se estremecia Rita, prorumpia en gemidos y apretaba convulsivamente las rodillas de su madre. Esta nada decia, pues no hallaba palabras de consuelo para tal dolor.

Al anochecer llegaron al lugar. La carreta se paró á la puerta de su casa, y bajaron en brazos á Rita. Ve esta en casa de su suegra una de las ventanas abiertas de par en par. Por esta ventana se aparece una luz estraordinaria. Rita se arranca de los brazos que la sostienen y se precipita á la reja.

En medio de la sala que ella habitó en tiempos felices, está un féretro. Cuatro cirios vierten su grave y solemne luz sobre el sereno cadáver de Elvira. Está blanca como su mortaja, sus manos están cruzadas y en su brazo derecho pasa una palma, símbolo consagrado á la virginidad. Así, sencilla y en actitud de orar, yace la católica doncella del pueblo. El contrasentido moderno de ataviar la muerte, hace estremecer la razon. ¿Qué objeto se lleva en despojar á los cadáveres de su augusta majestad, pintarrajeando su palidez

imponente, descruzando sus manos ántes santamente unidas en señal de implorar la misericordia divina, cubriendo los frios é inertes miembros con sus vestidos de fiesta, poniendo en las frias é inertes manos un ramo de flores de color, símbolo de alegría y de regocijo? ¿Cosa tan ligera y alegre os parece la muerte, que preferís á una oracion por el alma, un elogio para el cuerpo, pasto ya de gusanos?

En el testero de aquella sala abandonada se veian aun las yerbas secas que formaron el nacimiento.

A los piés de la sala estaba sentada Ana, cual otro cadáver, pálida é inmóvil.

A uno de sus lados estaba Pedro, al otro el religioso que acompañó á Perico al suplicio.

EPILOGO.

Años despues de lo referido fué el marques de*** á pasar una temporada en una hacienda á Dos Hermanas.

Una tarde que volvia al anochecer de la hacienda de uno de sus parientes, al pasar cerca de un olivo, notó que el guarda y el capataz que le acompañaban se quitaron el sombrero. Miró y vió clavada en el olivo una cruz roja.

— ¿Ha habido en estos sitios pacíficos una muerte? preguntó.

— Sí señor, contestó el guarda; aquí mataron al mozo mas guapo y mas gallardo que jamas pisara Dos Hermanas.

— Y el matador, añadió el capataz, era el mozo mas honrado y mas hombre de bien del lugar.

— ¿Pues cómo fué eso? preguntó el marques.

— Señor, contestó el guarda, el vino y las mujeres; la causa de todas las desgracias.

Y fueron repitiendo por el camino los sucesos que hemos trasladado, con todos sus pormenores y circunstancias.

— ¿Y existen todavía algunos de la familia en el lugar? preguntó el marques, profundamente interesado en el relato.

— No señor, contestaron. El tio Pedro murió al año. La mujer de Perico se queria dejar morir; pero el religioso que auxilió á su marido le persuadió á que hiciese por vivir por sus hijitos, que así era la voluntad de Dios y de su marido. Pero como deberia haber tenido cara de baqueta para quedarse aquí, donde todos conocian y querian al ma-

rido, se fué con su madre á la sierra, donde tenian parientes. Uno que vino de ella dias pasados, y que la vió, dice que no parece la misma. Las lágrimas le han hecho surcos, está mas delgada que la guadaña de la muerte y no goza salud.

— ¿Y la madre? preguntó el marques.

— La pobre tia Ana murió cabalmente anteayer. La infeliz parecia una sombra, estaba doblada, cual si anduviese buscando su sepultura como lecho de descanso.

Habian llegado en esto al pueblo, y al pasar por una casa grande y oscura, dijo el capataz:

— Esta es su casa.

El marques se detuvo y en seguida entró.

Una anciana, parienta de la difunta, habitaba sola aquella casa triste y vacía, sobre la cual en aquel instante se estendia la blanca luz de la luna como una mortaja.

— ¡Qué destruidos están esos arriates! dijo el marques.

— No era así, repuso la anciana, cuando los cuidaba aquella pobrecita niña, que cerró los ojos el dia que supo la justicia de su hermano para no volverlos á abrir á los horrores de la tierra: los tenia ella llenos de flores, que prevalecian como hijas al cuidado de una madre.

— ¡Oh! esclamó el marques, ¡qué dolor! ¡este magnífico naranjo se ha secado!!

— Sí, era mas viejo que el mundo, señor, dijo la anciana, y estaba hecho á mucho mimo y mucho cuidado. Desde que la pobre Ana perdió á sus hijos, ni ella ni nadie se cuidaba de él, y se secó.

— ¿Y este perro? preguntó el marques, viendo á un pobre perro viejo y ciego, retirado en un rincon.

— ¡El pobre Melampo! Desde que faltó su amo se puso triste y cegó. Ana me recomendó ántes de morir que lo cuidase: fué casi lo único que la pobre habló; pero no será menester, porque cuando salió el cadáver se puso á aullar, y desde entónces no ha querido comer.

El marques se acercó.

El perro estaba muerto.

FIN.

LAGRIMAS,

NOVELA

DE COSTUMBRES CONTEMPORANEAS.

LAGRIMAS.

CAPITULO I.

OCTUBRE, 1837.

Hélas, sur mon froid monument,
L'eau du ciel tombe tristement,
Mais de vos yeux pas une larme.

CASIMIRO DELAVIGNE.

Su alma era como el cristal, la empañaba un soplo, la traspasaba un rayo de sol, un choque la hubiese quebrado: almas de ángeles que tienen su mayor mérito en ignorar lo que valen; que no lloran sobre él, sino sobre el dolor, que es herencia comun.

EL AUTOR.

«¡Dios! ¡ten piedad de nosotros!» Tal era el grito que con débil y exhausta voz repetia una infeliz mujer, que yacia moribunda en el ahogado camarote de una fragata, que en el golfo de las Yeguas corria una horrorosa tempestad.

Era de ver cuál el barco, que en el Océano parecia lo que un grano de arena en los desiertos de Africa, era el juguete de las olas. Ya empujaban su costado y lo doblaban á punto que parecia que rendido en la lucha, caia de una vez para no volver á levantarse; ya le abrian un abismo en que se

hundia precipitado por su propio peso; ya pasaban por cima de él olas espumosas, como una garra con blancas uñas que alargase la mar para asir su presa: ya reventaban azotando sus costados, pareciendo decirle en sus bramidos; ¿no eres peña, y resistes? El barço luchaba cediendo, pero sin desmayar; ¡imágen de la perseverancia que padece sin desalentarse.... y camina!

Habíanse recogido todas las velas, y los masteleros con sus vergas, y las innumerables cuerdas que de ellos pendian, se alzaban como mujeres, que con el cabello suelto y los brazos abiertos, pidiesen al cielo misericordia. Pasaban y repasaban por este negras nubes, frunciendo el ceño, respondiendo con truenos al mar, que rugiendo se empinaba como para desafiarlas ó arrebatar al cielo sus estrellas. Sobre cubierta se notaba un asombroso fenómeno: el horizonte, que es en el mar la senda, la esperanza, la libertad.... habia desaparecido. El barco estaba preso entre sombrías murallas de agua de una altura espantosa, que unas á otras se lo arrojaban como un volante.

— ¡Dios tenga misericordia de nosotros! repetia la infeliz — y nadie respondia á esa tenue y angustiada voz. Nadie respondia, porque en aquel estrecho camarote solo se hallaba una negra, que con el miedo y las ansias del mareo, se habia dejado caer en el suelo, en el que yacia como una masa inerte, y una niña de seis años, que dormia acostada á los piés de lá cama de su Madre.

— ¡Jesus! decia la infeliz: ¡morir así! sin un sacerdote que auxilie y anime mi espíritu, que traiga á la muerte como una libertadora amiga bajo sus auspicios.... sin un médico que alivie en algo mis padecimientos. ¡Oh! el reo á quien ajustician es mas feliz que yo! Hácenle dulces sus últimos pasos á la muerte; arrulla su último sueño una inmensa simpatía! ¡Dios mio! sola..... sola! ni una mirada de compasion, ni un adios! ¡Y esta hija mia que va á perecer al lado del cadáver de su Madre, en este seguro naufragio! ¡Duerme, ángel mio, duerme!.... tú que no sabes aun lo que es el peligro, la angustia, la horfandad, la agonía, la muerte, ninguno de los horrores de la vida! ¡MADRE MIA DE LAS LAGRIMAS,

cuyo nombre lleva, salvádla de este naufragio..... amparádla en su horfandad!

Espantosa se dejó oir en este momento la voz del trueno; una fuerte sacudida que recibió el barco, hizo crujir sus entrañas, como si hiciese un jadeante esfuerzo para no sucumbir. Silbó la ráfaga entre las cuerdas y jarcias, cual si cada una de estas fuese una serpiente.

— Roque, Roque, gimió la infeliz, ¡que me muero!

Entró entónces en el camarote un hombre alto, seco, de estructura huesuda; tenia la fisonomía vulgar, el sello ordinario é inequivocable que parece la naturaleza crear á propósito para el hombre soez enriquecido. En su cara descarnada eran salientes y angulosas sus quijadas, y su frente, que sombreaba á la par de unas cejas espesas, unos ojos redondos y pardos, desviados como dos enemigos. Su boca grande apretaba entre sus labios delgados, por un constante hábito, un *puro*, cuyo continuado uso habia tostado los bordes de unos dientes cortos y anchos. Su tez era de ese moreno subido, sucio y bilioso que imprime el sol de los trópicos con los males físicos que origina á los europeos, y que inocula la fiebre del oro con el ansia y desasosiego que trae consigo.

— ¿Qué quieres, mujer? dijo al entrar, ¿crees que con este temporal nadie pueda atender á nada? Calla, con mil de á caballo! Si quieres algo ¿porqué no llamas á este animal? añadió dando un puntapié á la negra, que no se movió.

— ¡Es que me estóy muriendo, Roque!

— No serás la sola; que creo vamos á perecer todos, por vida de... ¡maldito sea!...

— ¡Calla, calla, Roque! no eches maldiciones á dos pasos de la muerte; pero oye mis últimas palabras. Roque, siempre fuiste áspero y duro para conmigo; me sacaste de mi país y me embarcaste contra mi voluntad, y tan enferma ya, que los médicos te anunciaron que no resistiria la travesía: todo te lo perdono, Roque!... si me prometes amar, cuidar y hacer la vida dulce á mi pobre niña, á tu hija, si Dios os salva!

— ¡Droga con la tonta esta! repuso D. Roque, y los momentos que busca para echarme un sermon sin paño, y recomendarme á mi propia hija!

— Es que son los últimos de que puedo disponer, Roque, pues me estóy muriendo!

— Sí, como siempre! Pero si tú puedes disponer de ellos, yo no, que el capitan me está llamando, porque todos tenemos que dar á la bomba.

Diciendo esto subió D. Roque dando trancadas por la escalera.

Su infeliz mujer le oyó alejarse; vió á la negra que seguia inerte; miró á su hija que seguia durmiendo; que la inocencia, cual la santidad de un Dios hombre, duerme tranquila entre las borrascas. Quiso la moribunda solevantarse para exhalar su alma en un beso y una bendicion sobre la cabeza de su hija, pero no pudo, y el pequeño movimiento que hizo le produjo un vahido con grandes congojas, en que con redoblada fuerza sonaban en sus oidos los horribles mugidos de la mar y los agudos bramidos del viento.

— ¡Madre mia de las lagrimas! — murmuró en un momento de despejo que siguió é hizo intervalo en su agonía: — ¡Madre mia, todo mi consuelo y refugio! tu serás la Mediadora de tu devota para con el Todopoderoso, que por tí se unió á nosotros. A Dios rogamos, y en tus manos clementes ponemos las oraciones. ¡Señor, salvád á mi hija y tenéd piedad de mí! Todo cuanto he sufrido, lo perdono; y ofrezco cuanto perdono y cuanto padezco... por la salvacion de mi hija y la de mi alma!

De allí á un momento se sintió tal balance, que la niña despertó, y oyó entre sueños á su Madre que murmuraba:

Abrázome con los clavos
Y me reclino en la Cruz,
Para que siempre me ampares,
Dulce Redentor Jesus.

La niña, á quien desde que pudo articular sonidos, su Madre habia enseñado esa santa oracion, repitió entre sueños:

Para que siempre me ampares,
Dulce Redentor Jesus.

Y ambas se durmieron; pero la una... para no volver á despertar!

A ambas amparó JESUS segun se lo habia pedido, pues algunas horas despues la tempestad habia calmado un poco. Bajaron el capitan y pasajeros á la cámara, para tomar algun alimento, pues habia veinte y cuatro horas que nadie habia pensado en alimentarse. Encendieron y llevaron luces á los camarotes. En el que ocupaba la señora, hallaron á la negra que seguia inerte, á la niña que seguia dormida; y mas inerte que aquella, y mas dormida que esta, á la señora, que era un cadáver frio ya, como cuanto la rodeaba.

— ¡Dios nos asista! gritó el camarero al entrar con el farol, la señora ha muerto!

— ¿Qué ha muerto? exclamó el capitan arrojándose al camarote, palideciendo aquel rostro de valiente marino que el huracan dejaba impasible, que el peligro no alteraba, ante aquel suave, silencioso y abandonado cadáver.

— Mas ha muerto de miedo y de aprension que otra cosa, dijo D. Roque que habia seguido al capitan. ¡Viajar con mujeres!... A esto se expone uno. Poco me ha hecho pasar en gracia de Dios en la travesía con sus melindres y sus quejumbres: y ahora corona la obra. Sí se le metió en la cabeza que no habia de pisar la tierra de España!

Esta fué la oracion fúnebre que hizo á la pobre mártir, aquel que al fuego lento de durezas y despotismo, la mató; porque ese hombre al casarse con ella, suave criolla habanera, dulce, flexible y criada con mimo, como las cañas de su ingenio, la miró y contó solo como un gravámen ó censo anejo á los cien mil duros que la dió en dote su Padre, un rico mercader de la Habana.

Al oir el ruido que hicieron los que entraron, la niña se habia despertado, y se sentó sobre la cama; la negra se habia puesto en pié y ambas fijaban sus ojos en el pálido cadáver, la una con el asombro de la estupidez, la otra con el espanto de la falta de comprension. De repente la negra se puso á gemir y á gritar:

— ¡Mi ama! ¡Ay, mi ama, mi ama!

— Calla, bestia, le dijo D. Roque, ¿no hay estruendo bastante con el de la tempestad? Si te vuelvo á oir, á fe de Roque que te haga callar. Capitan, añadió, ya esto no tiene

remedio, ni aquí hay nada que hacer; bajemos al entrepuente para ver si se han mojado mis cajones de cigarros. ¡Quinientos cajones! que representan un capital de quinientos mil reales. ¡Droga! Si se han averiado, hice un viaje á China!

Colgó el camarero el farol en el techo del camarote, y todos salieron, ménos la negra y la niña que se sentaron sobre una cama frente á aquella en que yacia el cadáver. La negra, despues de llorar con muchas lágrimas, como lloran los niños, y como se lloran las primeras penas de la vida, se quedó dormida como aquellos. Pero la niña derecha é inmóvil con sus grandes ojos negros desmesuradamente abiertos, los fijaba sin pestañear en el cadáver de su Madre, el que por efecto de las vueltas que daba el farol, movido por los balances del barco, tan pronto aparecia plenamente alumbrado, y como salir de las sombras é ir al encuentro de su hija; tan pronto ocultarse en ellas, como en lo pasado, como en el olvido, como en el misterio. — ¡Madre! ¡madre! decia de cuando en cuando la niña con queda y temerosa voz... y su madre no respondia. — No me responde, pensaba la niña, y no duerme!!!

Esto pensaba porque el cadáver, mecido por los violentos balances del barco, tan pronto se volvia hácia su hija como para mirarla con sus apagados ojos que nadie habia cerrado, tan pronto iba á pegar violentamente contra las tablas del opuesto lado. Era este un horrible cuadro de muerte y abandono en una lúgubre noche de tempestad, en que era juguete de las olas el cadáver de aquella desgraciada, á quien su triste destino negaba hasta el tranquilo y santo rincon de tierra en el que descansan los muertos, que consagran las oraciones y custodian el respeto y los recuerdos.

La niña no se daba cuenta de lo que pasaba; no sabia lo que era muerte, ni lo que era peligro; y no obstante, un instintivo horror le hacia asombrarse de cuanto la rodeaba y estremecerse de los gemidos del viento, de los bufidos del mar, y del hosco silencio que guardaba su Madre. Así, sin ideas para definir, ni voces para expresar lo que por ella pasaba, como suele suceder á los niños á quienes Dios dió en compensacion madres que los adivinan, la pobre niña fué ab-

sorbiendo en su alma una sensacion de horror y de angustia que habian de impregnarla para siempre en su tinte lúgubre y de su impresion tétrica. Sonaban en su alma como vagos y confusos recuerdos, las palabras que habia oido á su Madre cuando se habia embarcado.

Habia dicho la infeliz al acostarse en aquel lecho: — ¡Sí, sí! este será mi féretro: aquí yaceré triste y abandonada, sin un cirio que dé decoro al cadáver y sufragio al alma! A Dios, pues, para siempre, mi suave país, verde y rico como la esperanza! te dejo por la exhausta y caduca Europa, caida en infancia, cubierta de ruinas y llena de recuerdos, que son las ruinas del corazon. ¡A Dios mis árboles altos y frondosos, que no taló aun la mano de los hombres! ¡A Dios mis puros rios, cuyos cristales no enturbian ni esclavizan aun las construcciones de la invadiente industria! A Dios mis espesos manglos, que crecéis fuertes y serenos en la amargura de las aguas del mar!... no he podido imitaros... y sucumbo en la amargura en que vegeta mi existencia.

Esto recordaba la niña como si oyese á lo léjos los sonidos apagados de un solemne *requiem*, que melancólicamente decia algo grave y triste que ella no comprendia. Pero al dia siguiente liaron y cosieron á su Madre en una sábana, ataron á sus pies una bala de cañon... y su Madre no despertaba!... Y la subieron á cubierta, y la callada niña siguió á su madre, sin que nadie pensase en impedirlo, y entónces, delante de la callada niña, su Madre fué... echada al mar. Pero en ese instante la angustia y el horror que presagiaban y no comprendian, comprendieron. — La niña dió un grito desesperado y se abalanzó á tirarse al mar tras de su Madre.

El capitan tuvo la suerte de poder asirla por el vestido, y la bajó á la cámara, presa de una espantosa alferecía.

— ¡Estamos bien, dijo D. Roque, se acaba con la una, y se empieza con la otra!

La niña seguia muy enferma cuando llegaron á Cádiz, donde pensaba fijarse su padre D. Roque la Piedra. Los facultativos consultados declararon que siendo el temperamento de Cádiz notoriamente conocido como nocivo á afeccio-

nes de pecho, se debia alejar de allí á la niña, que con una constitucion débil, un sistema nervioso fuertemente atacado, y un principio de asma, estaba en el mayor peligro de volverse ética.

Parecia natural que con este motivo, D. Roque, dueño y árbitro de sus acciones, hubiese pensado en otro punto para establecerse.

Pero no fué así. Cádiz convenia á sus miras de especulacion, y por tanto se contentó con escribir á otro *americano* (voz genérica aplicada en Andalucía á los que vienen de allá cuando no son hijos de la provincia) establecido en Sevilla, que era compadre y compinche suyo, para que viniese á Cádiz y se llevase á su hija á Sevilla, en donde entraria en un convento para ser allí criada bajo el cuidado é inmediata inspeccion del dicho su compadre y compinche.

CAPITULO II.

NOVIEMBRE, 1837.

Preciso es, aunque no agradable, hacer una pequeña biografía de los dos compadres que van á salir á luz en esta historia, porque es necesario tener algunos antecedentes de las gentes con las que se va á entrar en contacto. Tanto mas necesario es esto, cuanto que es probable que al presentarse á la vista del lector un viejecito pobre, triste y lloron, con todas las señales de la miseria, claras y patentes en su exigua persona, quisiera darle una limosna, que no dejaria de tomar; lo que seria un pecado mortal.

Era D. Jeremías Tembleque, el compadre que aguardaba D. Roque, primitivamente un basurero. Hallóse un dia en el elemento que manejaba un bolsillo lleno de oro. Un momento despues le alcanzó la criada que habia vertido el inmundo canasto en que iba el bolsillo; llorando y fuera de sí, le preguntó si habia hallado un bolsillo que echaba de ménos su amo. El honrado Jeremías afirmó con la mayor buena fe que no lo habia visto, y con la complacencia y bondad de una buena alma, registró escrupulosamente todo el oloroso

contenido del carro. Por la tarde salia despedida é infamada de la casa la infeliz criada, y á la mañana siguiente caminaba el buen Jeremías hácia Gibraltar, donde tanto lloró y gimió miserias, que un capitan de buque mercante se lo llevó de valde á la Habana, pasando así del *refugium peccatorum Gibraltar* al *consolatrix afflictorum Habana* sin cambiar una sola de sus monedas de oro. Allí puso un tendajo de bebida, en el que ademas de esta, se hallaban naipes sucios y tabaco húmedo.

En este santuario se formaron los primeros lazos de estrecha amistad entre el dueño del establecimiento y un gastador de un regimiento, jugador y pendenciero llamado Roque la Piedra. De esto habia veinticinco años. Tenia entónces Roque veinticuatro años y Jeremías treinta y cinco. Desde aquella época habia sido el primero á los ojos del segundo, el guapo hermosote y jaqueton gastador en el que todo admiraba Jeremías ménos el nombre [1]). D. Roque por su lado siempre miró en Jeremías el miserable y servil tabernero.

Andando el tiempo, habian hecho ambos fortuna, cada uno á su manera; el uno á toque de tambor, venciendo obstáculos á empujones; empezando por baratero, acabando por obligar á un medio paisano suyo, rico mercader, á que le diese su hija en matrimonio y se asociase á su negocio. El otro, sin salir de su aire doliente, labró su suerte suplicando y gimiendo á una rica mulata, que por su lado tenia empresas tan honoríficas como las suyas, que le admitiese como humilde consorte. Se casaron, y nunca se vió un casamiento mas feliz. La mulata reventaba de orgullo de ser la mujer de un blanco de purísima sangre española; el consorte, por su lado, no cabia de gozo en su apergaminado pellejo; por causa que su mulata que era generosa, garbosa, despilfarrada, dejaba rodar las onzas que ganaba, las que caian en las garras de su marido, apénas les echaba sus tristes ojos encima. De ahí pasaban á encierro hermético y secuestro perpetuo.

---

1) Gastador, de la clase á que pertenecia en el cuerpo.

La mulata murió con el mismo *¿qué se me da á mí?* en que habia vivido. Jeremías oscureció aun mas su triste figura; le hizo un buen entierro á su morena mitad, esa querida ave doméstica que ponia huevos de oro; conservó en un medallon de plata una de sus pasas, vendió cuanto tenia, cargó con todo el dinero y se vino á España, dejando abandonados unos niños que tenia su mujer ántes de haberse casado con él.

Estos dos entes malignos y despreciables á quienes nadie decente en la Habana miraba siquiera á la cara, fueron recibidos en Europa como *bellos y apreciables* sugetos, mediante á que traian dinero.

¡Europa, Europa! Hija mia, te ha dado por el dinero, como á buena vieja, y te vas volviendo todo lo sin gracia de un avaro: te aviso para que te enmiendes, que eso no le pega á una noble matrona como tú. ¿Qué dirá el Asia? El Gánges no querrá mezclar sus aguas con las de tus rios, y hará bien.

Don Jeremías habia llegado á Cádiz cuatro años ántes que su amigo. Cuando se vió este triste carcelero de sus doblones sin la renta fija que le proporcionaba su consorte, y sin el apoyo y consejo que le suministraba su compadre D. Roque, no supo qué hacerse. Encontrábase como una nave á quien faltasen á un tiempo las velas y el timon. No se atrevia á emplear sus capitales, y aguardaba siempre mejor ocasion, sucediéndole lo que á aquel otro con un corte de pantalon, que no se hacia nunca esperando la última moda.

En Cádiz le propuso un corredor comprar casas, pero como era cosa muy factible que las olas se tragasen á aquella temeraria ciudad, que como una gaviota se ha plantado sobre una peña rodeada de mar, D. Jeremías declaró aventurada la empresa. Sentándole mal el agua de aljibe, se puso sus zapatos de paño, y acompañado de un negro y de un baúl pelado, que era todo su equipaje, se fué al Puerto de Santa María.

Allí le ofrecieron comprar vinos y criarlos para la extraccion, especulacion muy lucrativa. Bien pensado el negocio, D. Jeremías discurrió que el vino podria volverse vinagre, y sentándole mal las aguas delgadas del Puerto, se puso sus

zapatos de paño, cargó con su negro y su baúl, y se fué á Jerez.

Allí le ofrecieron comprar una magnífica viña del pago en que se cria la uva que da el vino que beben el Emperador de Rusia, el de Austria y la Reina de Inglaterra. D. Jeremías se halló seducido por la viña que criaba tales vinos, casi tanto como por su mulata.

El negocio marchaba arrastrando tras sí á nuestro D. Jeremías como un vapor que remolcase á un ponton. Las onzas, conmovidas por un alegre presentimiento, se habian puesto á dar desaforadas voces de *¡viva la libertad!* creyendo las bonachonas que en saliendo del poder de Jeremías iban á campar por su respeto como las estrellas del cielo. Pero ántes de concluir el trato, fué D. Jeremías á ver la viña. Era por enero; todas las cepas estaban podadas, y tenian el triste y árido aspecto que tienen las viñas en aquella estacion. La cara de Don Jeremías, á la cual la idea de abastecer de vinos la mesa de los Emperadores habia animado inusitadamente, se tornó al ver las cepas, triste, mustia y encogida como ellas.

— ¡Jesus! exclamó, estas cepas tan chicas son retoños, y están secas.

Le explicaron que tenian ese aspecto por estar podadas segun la costumbre del país, y que eso mismo las haria meter con mas fuerza en la primavera.

— ¿Y si no meten? dijo D. Jeremías echando á correr como el que huye de una mala tentacion.

Sentándole mal las aguas gordas de Jerez, y desesperado por el mal éxito que tuvo una mina en que se habia interesado, se puso D. Jeremías sus zapatos de paño, cargó con su negro y su baúl, y se fué á Sevilla.

En Sevilla le hallamos establecido en una de las callejuelas de los *Venerables*, no por simpatía hácia el nombre, sino por ser allí las casas mas baratas. Encontró una alhaja en su género.

Era un palacio, de que podia hacerse dueño por la módica suma de cuatro reales diarios, lo que en el mes de febrero le proporcionaba el ahorro de ocho reales. Cabian

en él, sin estar muy apretados, Don Jeremías, su negro y su baúl. Era este palacio, no de orígen árabe, sino, al parecer, anterior. Los ladrillos del pavimento, á imitacion del hombre, polvo fueron y polvo se volvian, formando así un suelo escabroso como el de una sierra. Las puertas aseguraban á unos blancos remiendos que les habia incrustado el carpintero sobre lo apolillado, que en sus buenos tiempos habian sido pintadas y revestidas de un uniforme azul como un General: los remiendos las miraban de soslayo con los negros ojos con que los habia gratificado el carpintero, y por respeto á sus años, no les decian que mentian. Los cristales de pequeñas dimensiones que tenian los postigos, decian á las rejas con añejas reminiscencias que habian sido claros, puros y limpios: el hierro, que tiene buena memoria, les aseguraba que recordaba sus perdidos encantos. El porton algo paralítico, condenaba el uso de las cancelas, como una innovacion impúdica. En la cocina habia hornilla y media; pero D. Jeremías se hizo cargo de que le sobraba la entera. En esta vaina, digna del acero que iba á guarecer, se instaló D. Jeremías con su negro y su baúl.

Pero faltaban los muebles; aquí fueron los apuros, cálculos y cavilaciones. ¿Qué habia de hacer? Se fué D. Jeremías á pensarlo á las Delicias de Arjona.

¡Arjona! ¡bienhechor de Sevilla! tú que has dejado tan profundas huellas de tu celo é ilustracion, que no borrará, y antes sancionará el tiempo; diestro innovador y digno gobernante! vayan estos cuatro renglones á probarte que si los árboles que plantaste coronando á Sevilla con una fresca guirnalda siguen floreciendo, no se han ajado tampoco en los corazones los agradecidos recuerdos con que á su vez coronan tu memoria.

¡Cuántas cavilaciones han abrigado aquellas perfumadas sombras! ¡Cuántas almas tiernas y elevadas habrán poetizado con los ruiseñores por aquellos senderos, en que el árbol cobija al arbusto, el arbusto á la flor, y la flor al césped! ¡Pero cuántas veces tambien le han profanado la langosta y el hormigon! ¿No podrian irse los Jeremías, las langostas

y los hormigones á dar su paseo al Perneo? ¡Qué inoportuna pretension en tiempos de igualdad y comunes derechos!

Volvamos á mi héroe. Nos ha dado por las digresiones: en otro capítulo diremos el porqué; que por ahora tenemos que referir el resultado de las cavilaciones del mas caviloso de los cavilosos.

Fué este el irse al dia siguiente á las callejuelas dé Regina. Si eres tan desgraciado, lector, que nunca hayas estado en Sevilla, te compadecemos en primer lugar; y en segundo te diremos, que las callejuelas de Regina son un respetable club, un distinguido casino, un ilustre liceo de baratilleros. Cuanto allí se muestra á la vista del público, merece llevar la cruz de San Hermenegildo. Allí atrae el *barato* con su dulcísima voz, y convida á pasar adelante la curiosidad con su picante estímulo. Los baratillos han sido tantas veces descritos, se ha gastado tanto chiste en sus descripciones, que nos abstenemos, mal que nos pese, de cansar tu atencion describiéndolos: solo diremos con dolor de nuestro corazon, que hasta los baratillos van perdiendo en el siglo de las luces y de los adelantos, su fisonomía y su color local. Cada baratillero tiene un pintor de brocha gorda, con un furioso arco íris metido en sus pucheros, el que con una celeridad digna de nuestros tiempos, va poniendo grotescas caretas á los mas respetables veteranos. Tiene otro pintor de brocha no ménos gorda, que de un cuadro regular, pero mal tratado, hace un cuadro de tal expresion, tan descompuesto, y subido de color, que parece un borracho saliendo de la taberna. Tiene ademas un apestosísimo barniz que distribuye á modo de palo de ciego, de manera que, si se entrase con hachones en aquellas cuevas de hijos abandonados, relumbraria y brillaria todo como cuevas de estalactitas.

Lo mismo habéis hecho vosotros, ilustrados novadores; habéis fabricado ese atroz barniz de pesada ilustracion, que sobre todo se extiende como un brillo facticio, como una mentira. Ahora que veis tanta deformidad, lo lloráis. ¡Amigo, como ha de ser!

Tú te metistes
Fraile mosten,
Tú lo quisistes
Tú te lo ten.

Las cosas bien hechas, bien pulidas, sacan ellas mismas su brillo, pero lo facticio, ¡qué horror!

D. Jeremías gastó mucho tiempo, mucha parola, muchas negociaciones, pero muy poco dinero, en adquirir para su palacio el siguiente régio ajuar.

Una docena de sillas maltratadas por la suerte y esperando ya la muerte, pero de un verde apio, el mas fresco de los que cria la primavera.

Un sofá, cuyos cojines de un coco ó percal que habia sido negro y se volvia blanco, como le sucede á los caballos tordos, estaban rellenos de hojas de maíz, lo que proporcionaba la ventaja al que se sentaba en él, de recordarle el campestre susurro que forman en las huertas movidas por la brisa. Pero como D. Jeremías en su vida habia leido un idilio, cuando su persona hacia el oficio de la brisa al sentarse sobre su sofá, se le llevaba Barrabas.

Item mas: una mesa de escribir, con una pierna postiza, un poco mas corta que las otras tres y un tintero de peltre, con los petrificados restos de una tinta del siglo pasado; un velon de hoja de lata bastante bien conservado, una copilla de candela elegante por la sencillez de la materia y de la hechura, fabricada en Medina; platos *desborcellados* con moderacion; fuentes lañadas con gusto, tino y solidez; un juego de café que se componia de las siguientes piezas: dos platillos y un pocillo, una cafetera sin asa y un azucarero sin tapadera. Don Jeremías quedó tan satisfecho de dichas compras y tan afecto á las callejuelas de Regina, que dió un mojicon á su negro porque habia comprado de primera mano una olla de Medina.

CAPITULO III.

DICIEMBRE, 1837.

Es tal el brillo que da el dinero hoy en dia, la consideracion, el aprecio, el respeto, y la admiracion que inspira,

la ilusion que lo rodea, la atraccion que ejerce, lo que deslumbra y hechiza, que es preciso ser ciego para no ver renovada la idolatría del becerro de oro. Al ver un Nabab, no hay cabeza que no se incline humildemente; no son las ménos agachadas las de los que pregonan con mas furor que es contra la dignidad inclinarla ante la mitra y el cetro.

Este servilísimo homenaje tributado hoy dia al dinero, es tanto mas extraño, cuanto que no lo disculpan siquiera los beneficios y ayudas que deberian emanar de la riqueza, no solo porque es ley evangélica, sino porque es una obligacion de la razon, y hasta de provecho mutuo. Un rico de los modernos, es la última persona de la sociedad á la que debe acudir un necesitado: puesto que el rico moderno mira al que no lo es, no solo con el mas soberano desprecio, sino con el terror que miraria á un lazarino. Desde que le ve llegar con el sombrero en la mano y la sonrisa en los labios se hace irremisiblemente esta prudente reflexion: este soldado del ejército de Job, viene con las insolentes y hostiles miras de dar un ataque á mi bolsillo: ¡guarda Pablo! En seguida, su cara, que por lo regular no está tan bien dotada por la naturaleza como lo está su bolsillo por la fortuna, adquiere un aire análogo y el colorido local de una fortaleza. Suele bastar la actitud imponente, el *puedo y no quiero* que levanta cual estandarte la fortaleza, para rechazar al necesitado. Cuando no, arroja un proyectil rechazador que miéntras mas hiere mas satisfecho deja al que lo lanzó: el que pide es un enemigo, y debe quedar destruido para siempre.

Un proyectil así se llama en frances, *une rebutade*, en inglés, *to cut*, (cortar, ajar). El diccionario define esto diciendo es un compuesto de repulsa y desden. La noble lengua española no tiene semejante voz. Pero quizas la práctica la adoptará, con anuencia de la Academia que permite que nuevas necesidades creen nuevas palabras, así como la vida material ha adoptado la de *confortable*, la sociedad la de *coqueta*, la literatura la de *spleen*, con lo que, si bien no hemos puesto una pica en Flándes, hemos dado un paso agigantado en la civilizacion europea. Vivimos en la dulce ilusion de tener un lector en las Batuecas, al que mentalmente

nos dirigiremos mas de una vez; una de ellas es ahora, para decirle que bien puede ser el hombre mas instruido y sabio, tener ideas y sentimientos elevados: si no sabe estas y otras palabras, puede estar seguro de que se le condenará por esos ilustrados de tres al cuarto que creen está la cultura en semejantes superficialidades, á imitar á Sócrates, en exclamar: *sé que nada sé.*

Esta ha sido una digresion larga cual abril y mayo: pero como dice *El Heraldo* que son nuestras novelas *de cortas dimensiones*, no teniendo nosotros bastante imaginacion para crear eventos, ni ménos aun el poder necesario para decirles despues de creados, *¡crecéd y multiplicáos!* no nos queda mas recurso que acudir á las digresiones, para atenuar en cuanto esté en poder de nuestra pluma la dicha objecion. Nos ha dado este consejo nuestra cocinera, con la que solemos consultar, á ejemplo del gran Molière, á quien salió la cosa bien. Fundó aquella apreciable mujer su consejo en un ejemplo que nos hizo fuerza, y fué este; que cuando le sale una salsa escasa, la alarga echándole agua de la tinaja. ¡De la tinaja!!! si siquiera hubiese dicho la materialota de la fuente! No podemos civilizarla; tampoco en honor de la verdad, ponemos empeño en ello, no sea que se quiera meter á repostera, y no tengamos quien haga el caldo.

No sabemos, lector, si hallarás que abusamos en esto de tu paciencia, porque el autor y el lector están incomunicados, lo mas incomunicados posible; harto lo sentimos, pues quisiéramos complacerte. Recibe, pues, la intencion.

Volvamos á nuestro asunto. Hay otra cosa que contribuye á poner á los ricos en el pináculo social. Esta tiene algun mérito, porque es un resto de pudor, que haciendo á la generalidad avergonzarse de la vil materia del ídolo que ensalzan, pone el elogio en sus labios para adorarlo con él.

Este subterfugio ha enriquecido el caudal de sinónimos que ya teníamos, y deberán añadirse en una nueva edicion á los de Huerta. Son estos los siguientes:

Cien mil duros — significa — *un buen sugeto.*
Trescientos mil — significa — *sugeto muy apreciable.*
Quinientos mil — significa — *un bello sugeto.*
Un millon — significa — *un excelente sugeto.*

Cuando se pasa al *ísimo*, *bellísimo*, *excelentísimo*, tente por sabido, bellísimo lector de las Batuecas, (pues para nosotros lo eres, aunque no tengas un cuarto en tu faltriquera,) que el sugeto así calificado entre las gentes de dinero tiene, mas de un millon, para servir.... á su dueño.

Encontráronse un dia, poco despues de la llegada de D. Roque la Piedra á Cádiz, en la calle Nueva, dos señores. Era el uno alto, grueso, colorado, gastaba gafas de oro, y la echaba de importante y eleganton; era corredor, y se llamaba D. Trifon Rubicundo. El otro, que acababa de desembarcar del Trajano en que venia de Sevilla en la cámara de proa, era D. Jeremías Tembleque, el compinche y compadre que D. Roque habia mandado comparecer á su presencia.

Era este calificado en la categoría de los sinónimos mencionados entre *bueno y apreciable* sugeto, porque no habian podido averiguar ni los mas listos hurones, cuanto pesaba su caja. Era un hombrecito flaco, encogido, enfermizo, con una cara angustiada, arrugada y amarilla como un limon seco. Vestia un gaban de un color extraordinario é incalificable, bastante claro, para que no se le notase al cabo de sus años las canas que suelen aparecer á los vestidos de paño por las costuras. Llevaba un sombrero gris y verde por debajo del ala, zapatos de paño dos veces mayores que sus piés: un chaleco insolente de feo, el cual, en la multitud de pliegues que formaba en el hueco que dejaba la ausencia del abdómen, ocultaba la impertinencia de la tela del forro que queria sacar las narices.

— ¡Hola..... D. Jeremías! ¿tanto bueno por acá? dijo el corredor al recien llegado. ¿Viene Vd. á ver á su amigo D. Roque la Piedra? ¡*bello sugeto* por cierto!

Es de advertir que D. Trifon Rubicundo habia ido á ofrecer sus servicios al *bello sugeto* que le habia recibido con la mas acabada grosería. Hay existencias en el mundo, que partirian un corazon humano, como un puñal, si por fortuna no consolase la idea de que cada cual siente á su manera.

— Sí, sí, amigo D. Trifon, respondió el recien llegado, vengo á ver á ese compadre mio, que es un guapo chico que

sabe mas que Merlin, y trae sus riñones bien cubiertos; no como yo, D. Trifon: yo no he tenido la suerte que él. La enfermedad de mi mujer ántes de venirme, ¡pobrecita! (¡qué mujer, D. Trifon! ¡cinco juntas de médicos tuve; seis hubiese tenido con tal que no se me hubiese muerto!) un entierro que fué sonado, mi enorme pérdida en el banco de Nueva-York, (¡nueva Sierra Morena!) ¡Malditos yankees, mas ladrones que Geta! Desde que llegué aquí.... pérdidas. En Jerez (infames jerezanos), me metieron en una mina, no en la mina, sino en ser accionista.....

— ¿Y cómo fué Vd. tan inadvertido? Si fuese para las de Almería, esas sí; para esas tengo acciones que ofrecer á Vd., una ganga; son de un sugeto que marcha á Filipinas, y así...

— Si me habla Vd. de minas, echo á correr. Don Trifon, mi enemigo, ¿no estóy diciendo á Vd. que perdí diez mil reales? Me metí en ella, porque lo hizo D. Júdas Tadeo Barbo; un *bellísimo sugeto* que sabe donde escarba, y quise escarbar donde él; porque ese *ha servido,* añadió haciendo una horrorosa mueca á guisa de chusca sonrisa; pero me salió mal la cuenta, perdí diez mil reales, que me han quitado diez años de vida. De nada me he arrepentido nunca como de haberme metido en la *Positiva,* así se llamaba la mina que ha sido la segunda parte del banco de Nueva-York. ¡Pues qué! ¿no hay mas sino hacer un hoyo en el suelo, sacar tierra, y nada mas que tierra? D. Trifon... tierra! ¿y hacerle á uno pagar dinero? ¡Clama al cielo, D. Trifon! lo pagarán el dia del juicio. Así no quiero minas, ni regaladas; ni en el Potosí, ¿está usted?

— ¿Qué son para Vd. diez mil reales, D. Jeremías? Una miseria, una bicoca, un grano de anis.

D. Jeremías se puso á dar vueltas á derecha é izquierda, y á dar con su baston en el suelo repitiendo:

— ¡Diez mil reales miseria! ¡bicoca! ¡grano de anís! ¿Ha perdido Vd. la chaveta, D. Trifon de todos los diablos? ¿Dónde entierra Vd., D. Magnífico? ¡No digo yo que esta gente de Cádiz escupe por el colmillo! ¡Andaluces por fin, andaluces!

— No se nos venga Vd. aquí achicando, D. Jeremías.

Vamos, vamos, que el amor y el dinero no pueden estar ocultos, y aquellas letritas sobre los hermanos Castañeda y compañía...

— Calle Vd., calle V., me está Vd. comprometiendo, D. Trifon de todos los demonios, cotorra mercantil. ¿Lo ve Vd.? ¿lo ve Vd.?

Esto decia señalando á un chiquillo, que por ganar cuatro cuartos se empeñaba en llevarle un horroroso pañuelo de algodon á cuadros, atado por los cuatro picos, en el que traia D. Jeremías todo su equipaje.

— Te he dicho que te largues, holgazan, gritaba el avaro. ¿Crees acaso, garrapata, nigua, sanguijuela, que estóy tan mal con mi dinero que te habia de pagar por llevar este lio que no pesa nada? Que te largues te digo, ó si no...

D. Jeremías levantó el palo; el chiquillo echó á correr sacándole la lengua.

— ¿Sabe V., preguntó el corredor, si su amigo de Vd., el señor D. Roque, que ha tenido en este pueblo hospitalario la acogida que se merece *tan apreciable* sugeto, piensa establecerse aquí?

— ¡Jesus! ¡Jesus! nada sé; contestó D. Jeremías despavorido; tanto le asombró la idea, de poder comprometerse en la respuesta que diese.

— Es que en ese caso tendria que proponerle un excelente negocio; puede que tambien acomodase á usted, D. Jeremías.

— A mí no, no, no, y no! amigo mio, si es cosa de dinero que desembolsar, no tengo un real disponible, ni un cuarto, ni un maravedí.

— Son pagarés á descontar á un año de plazo y á 12 por 100.

Los tristes ojos de D. Jeremías se pusieron á bailar el fandango.

— ¿Con hipoteca? exclamó, ¿con garantías?

— ¡Ah! no, señor: esto no se acostumbra aquí en Cádiz, donde el giro marcha libre y confiado sobre su base honorífica, el crédito: basta la firma, que inspira mas confianza que la hipoteca.

— Pues entónces á otra puerta, amigo Trifon: la confianza no me inspira ninguna, el crédito no me acredita nada, la firma es un papel mojado aunque sea la de *Rothschild*, que puede quebrar como el banco de Nueva-York. Ademas le he dicho á usted, continuó en su tono lloron; vacía la caja, amigo, como bolsa de Marques; la enfermedad de mi mujer; la *Positiva* en que tanto se metió y nada se sacó, esa sepultura funesta de mis diez mil reales; esa *bicoca*, ese *grano de anis* como Vd. dice: ¡caramba con Vd.!... y sobre todo esa quiebra del banco de Nueva-York, me tienen en seco. ¡Malditos Norteamericanos! bien dicen los ingleses, que su Adan y Eva salieron de las cárceles de Lóndres. ¡Pícaros! Ea, D. Trifon, pasarlo bien, que no he almorzado, porque en el vapor llevan por todo un sentido.

D. Jeremías, que sabia que su compadre no le ofreceria de almorzar, entró en un mal café ó medio bodegon, y pidió una taza de caldo, que parecia agua de fregado, en el que migó un poco de pan. Despues de concluir su almuerzo, pasó el viajero á casa de su amigo.

— Con que, dijo D. Jeremías á D. Roque, despues de darle la bienvenida; con que, compadre, ¿se establece Vd. aquí? Por mí, harto me pesa de haberme venido de allá; echo cada dia mas de ménos á mi Pepa, á mi mujer. Vd., compadre, ¿perdió la suya en la travesía?

— Sí, creo que se murió aquella testaruda que no queria venir á España, por salirse con la suya y darme ese chasco, respondió D. Roque.

— ¡Qué chasco, compadre! ya que lo hizo, bueno es que fuese en la mar; así le ahorró á Vd. los gastos del entierro, que no son flojos, compadre, no son flojos: las cuentas las conservo. La caja...

— ¿No le fué á Vd. bien aquí? dijo interrumpiendo las lamentaciones de Jeremías, D. Roque.

— No, compadre; vivir en Cádiz cuesta un sentido.

— ¿Y en el Puerto?

— No se hace nada, nada, sino pasear en la Victoria, que parece un palacio encantado.

— ¿Y en Jerez?

— ¡No me hable Vd. de Jerez! un hato de bribones, compadre!... me armaron una con una mina *Positiva;* hágase Vd. cargo que jamas hubo nada de ménos positivo: ¡me sacaron diez mil reales! Por tener el gusto de hacerme perder, mire Vd. si son malos, perdieron ellos tambien. Diez mil reales que jamas volveré á ver.

— Ya, pero...

— ¡Qué pero, ni qué camuesa! ¡digo á Vd. que no los volveré á ver nunca mas!

— ¿Pero en lo demas?

— Los tengo que contar con los muertos, lo mismo que á mi mujer.

— Me han dicho que hay giro...

— Lo mismo que si los hubiese echado por la ventana.

— Me han asegurado que aquel viñedo...

— Ningunas, ni las mas remotas esperanzas; ¿cómo? ¡si la mina está abandonada!

— ¿Y valen mucho las viñas?

— He visto la gran boca por donde se tragó esa *positiva* ladrona mis diez mil reales!

— Es, dijo D. Roque, que pensaba comprar una viña á uno que está ahorcado.

— ¡Jesus, Jesus, compadre! exclamó D. Jeremías, se pierde Vd. miserablemente: Vd. no sabe lo que son los jerezanos! ya saben á su casa; *han servido,* como Vd., compadre; no venden sino las viñas secas. A mí me la quisieron pegar, pero la jugarreta de la mina *Positiva* me abrió los ojos tamaños, añadió haciendo una C con el dedo pulgar y el índice. ¡Mas de esto ha resultado que me ve Vd. el mas desgraciado de los hombres!

La cara de D. Jeremías se puso aun mas compungida.

— Pues ¿qué le sucede á Vd., compadre? preguntó Don Roque.

— ¡Que no sé qué hacer con mi dinero! exclamó D. Jeremías en tono desesperado y levantando sus manos por cima de su cabeza.

— Vamos, vamos, no se apure Vd., respondió Don Roque, ya veremos dónde colocarlo.

— Y cuatro años de intereses perdidos por haberlo tenido parado, ¿quién me los resarce?

— Su culpa es; á nadie tiene Vd. que quejarse, ¿por qué es Vd. tan encogido y medroso? Amigo, el que no se arriesga, no pasa la mar. Finque Vd.; que las fincas están baratas.

— ¡Fincar!... ¡fincas! exclamó el avaro horrorizado, que con las terribles contribuciones no dan, bien compradas, esto es, en la tercera parte de su valor, un cinco por ciento!... ¿me quiere Vd. arruinar?

— Póngalo Vd. á premio con hipoteca.

— Para que me obliguen á quedarme con la hipoteca, para que haya pleitos; añadió estremecido el avaro; ¿me quiere Vd. asesinar?

— Pues póngalo Vd. en un banco.

— ¿En un banco? Vamos, compadre, veo que usted quiere burlarse de mí. ¿No sabe Vd. lo que he perdido en el banco de Nueva-York? yankees del demonio, asaz peores que los indios bravos, que los negros cimarrones, y que los piratas malayos...

— ¿Quiere Vd. comparar los bancos de allá con los de Europa, compadre? No sea Vd. pusilánime en su vida. Yo he puesto cien mil duros en el banco de Francia; ponga Vd. los sesenta y tantos mil que debe Vd. tener por mi cuenta aquí parados. Cuando vengan los otros sesenta que le quedan á Vd. que cobrar allá, podrá darles otro destino.

— Chiton, chiton, sopló D. Jeremías asustado, poniendo un dedo sobre su boca: nadie le pregunta á Vd. lo que tengo; las paredes tienen oidos, y Vd. un vocejon que parece de sochantre, compadre.

— No hay en la casa, sino la negra y la niña; dijo Don Roque.

— La negra y la niña, repuso D. Jeremías acercándose á la puerta por ver si alguien los estaba escuchando, tienen sus bocas para repetir lo que oyen, como cada hijo de vecino.

— Haga Vd. lo que le digo, hombre de Dios, prosiguió D. Roque; y sino, va Vd. á tener ese dinero para miéntras viva.

D. Jeremías se puso á temblar, como si le hubiese entrado

el frio de una terciana; pero no rechazó del todo la idea. La iba cogiendo y soltando como un gato una sardina puesta sobre unas parrillas. Al cabo de tres dias y tres noches de combates y angustias, en las que ni comió ni durmió, se decidió por fin á seguir el consejo de su amigo, y al cuarto partió llevándose á la pobre niña, su ahijada, de la que no se ocupó *el apreciable sugeto* en todo el viaje.

La niña iba convulsa y hecha un mar de lágrimas, no por separarse de su padre, delante del cual temblaba: sino por dejar á la negra estúpida y amilanada, que al fin era el único ser que desde la muerte de su madre no la repulsaba, y por el espantoso horror que le inspiraba la mar.

Cuando ancló el vapor en Sanlúcar para recibir pasajeros, estaba la infeliz niña tendida en un camarote, mas muerta que viva. Su mal, aumentado con las ansias del mareo y con su miedo, la habian puesto en un estado que daba compasion. Allí se embarcó una señora jóven y hermosa con un caballero de edad y una niña de ocho años. Esta se puso á escudriñarlo todo.

— Quiero ver este camarote, dijo, empujando la puerta del en que estaba Lágrimas.

— No, Reina, le dijo su madre, está cerrado y tendrá dueño.

— Pues quiero verlo... quiero...

— Niña, dijo el caballero anciano, no siempre en el mundo se puede hacer lo que se quiere.

La niña, por respuesta, daba vueltas al pestillo, hasta que consiguió abrirlo.

— ¡Qué picarilla! dijo la Madre; en metiéndosele algo en la cabeza, no para hasta salirse con ello.

— ¡Dios quiera que no le pese á Vd. algun dia lo que ahora le hace gracia, Marquesa! repuso el caballero.

— ¡Madre, madre! gritó su hija: mirád, mirád á esta pobre niña... está mala y sola; pobrecita, pobrecita!

La Marquesa acudió al camarote, y halló á su hija que abrazaba y besaba á la pobre Lágrimas, que parecia un cadáver.

— ¡Pobre niña! dijo la Marquesa. ¿Con quién vienes?

— Con mi padrino, respondió en voz casi ininteligible la niña.

— Que es un pícaro infame que te deja así mala y sola, dijo Reina.

— Reina, Reina, eso es muy feo, y no se dice, dijo su madre.

Pero la niña habia desaparecido, y pronto volvió con un plato de bizcochos: un criado le seguia con una bandeja de café.

— Toma, toma b cochos y café, pobrecita mia, que es bueno para el mareo, dijo Reina. ¡Buen padrino tienes! Si le veo arriba, le doy un empujon para que se caiga al rio.

— Reina ¿no podias haberme avisado, y no ir tú por el café? dijo el caballero.

— ¡Qué avisar! repuso esta; hubiese Vd. echado dos dias, D. Domingo.

— Qué corazon tiene esta hija mia! dijo la Marquesa de Alocaz, cubriendo de apasionados cariños á su hija.

CAPITULO IV.

ENERO, 1838.

Algun tiempo despues estaban sentadas debajo del emparrado del jardin de un convento unas cuantas niñas chicas. Nada podia verse más gracioso que lo eran sus posiciones, movimientos y ademanes. ¡Con cuánta razon se ha dicho que todo lo que lleva el sello de la gracia elegante y ascética, es una copia perfeccionada de la gracia de la infancia! ¿Consistirá esto en que esa gracia que nos encanta, sea el celestial reflejo de la inocencia?

Todas estaban muy ocupadas; unas hacian un jardin con un arte que hubiese envidiado Le Notre... Figuraba en él una ramita de boj, un naranjo; una clavellina, una palma; en el centro un medio cascaron de huevo, figuraba la fuente de alabastro, en la que unos pedacitos de hojas de geranio en-

carnado, representaban los peces; á su alrededor los dedales, rellenos de ramitas de tomillo, figuraban macetas. Otras niñas hechas cocineras, se afanaban en meter en una ollita tamaña como una nuez, unas cuantas coliflores figuradas por jaramagos. Otras vestian un niño de barro con toda la delicadeza necesaria para no dejarlo falto de piernas ó de brazos. Otras, gravemente sentadas en visita, tenian en sus manos una hoja de parra á manera de abanico.

Solo una niña delgada y pálida, estaba sentada en una sillita baja y no se movia.

— ¿Nunca quieres jugar, Lágrimas? dijo una de las otras. ¿Te duele un pié?

— No, respondió la niña.

Pues ¿porqué no quieres jugar?

— Estóy cansada!

— ¿De qué?

— No sé.

— Yo tambien estóy cansada, dijo la cocinera, abandonando la olla á su triste suerte, como lo hacen otras de mucho mas años.

— Yo tambien, yo tambien, repitieron las demas con aquella inconstancia propia de la edad en que nada interesa, ni aun los juegos.

— ¿Vamos á contar cuentos?

— Sí, sí, cuenta tú, Maalena.

— Habia vez y vez una hormiguita...

— Ese nó, ese no, que lo sabemos.

— Pues no sé otro, ea.

— Ay, mira, mira, un bicho. ¡Qué feo es!

— No es feo, es una chinita de humedad; en tocándola, se pone redonda como una bola, mira.

— ¿Y porqué hace eso?

— Para esconderse.

— La voy á matar.

— Jesus, no, no, que si lo ve Lágrimas va á llorar, y nos va á reñir la Madre Socorro por *amor de tí*.

— Pues yo haré que no llore; yo sé como.

— ¿Tú? no es.

— Sí es.

— ¿Pues cómo?

— Con una copla que yo sé, y se le canta á los niños para que callen.

— Cántala.... anda.

La niña se puso á cantar en la mas sencilla de las tonadas, puesto que no salió de una sola y misma nota:

Isabelita no llores
Que se marchitan las flores,
No llores Isabelita
Que las flores se marchitan.

— Maalena, dijo una regordetilla de carita rosada y bobilla; cuéntanos la historia del niño perdido, que es mas bonita, anda!

Maalena se sentó sobre una regadera y empezó la historia del niño perdido.

Madre, á la puerta está un niño,
Mas hermoso que el sol bello,
Y dice que tiene frio
Porque viene medio en cueros.
Pues díle que entre; se calentará.
¡Ay! que en este pueblo ya no hay caridad!
Entró el niño y se sentó;
Hizo que se calentara,
Y preguntó la patrona
¿De qué tierra? ¿de qué patria?
Responde: señora, soy de lejas tierras.
Mi Padre es del cielo; Madre es de la tierra.
Estando el niño cenando,
Las lágrimas se le caen.
— Díme niño, ¿porqué lloras?
— Porque he perdido á mi Madre.
Mi Madre de pena no sabrá que hacer
Aunque la consuele mi Padre José.
— Hazle la camita al niño
En la alcoba con primor.
— Que no se haga, señora;
Que mi cama es un rincon.
Mi cama es el suelo en el que nací,
Y hasta que me muera ha de ser así.
Apénas rompia el alba
El niño se levantó,

Y le dijo á la patrona
Que se quedase con Dios;
Que él se iba al templo porque era su casa;
Donde iremos todos á darle las gracias.

Cuando hubo concluido Maalena, se volvieron las niñas á la niña pálida y le dijeron:

— Lágrimas, cuéntanos el cuento de la Flor del Lililá, que lo cuentas tú mas bien!

— Estóy cansada, respondió la niña pálida.

— Anda, cuenta, no seas premiosa y con su canto y todo. Si lo cuentas, te voy por lechuguino al huerto para tu canario.

Con esta promesa, la niña que parecia tan caida, se animó, y contó como sigue su cuento:

CUENTO DE LA FLOR DEL LILILA.

Habíase un Rey que tenia tres hijos, dos muy malos y uno muy bueno. Todos los dias venia á palacio una pobrecita á pedir limosna, y los dos grandes ni le daban, ni le decian siquiera *perdone Vd. por Dios,* sino que se fuese. Pero el mas chico, aunque no tenia dinero, porque se lo quitaban los grandes, le daba á la pobrecita su pan despues de besarlo. Dióle al Rey una enfermedad en los ojos y cegó; y los médicos dijeron que no habia sino una cosa que lo pudiese poner bueno, y era esa cosa la flor del Lililá. Pero era el caso que nadie sabia dónde estaba la flor del Lililá.

Los hijos dijeron que iban á buscarla, y que no se habian de volver sin ella, aunque tuviesen que ir hasta donde se levanta y hasta donde se acuesta el sol. Salió el mayor, y se encontró con la pobrecita que pedia, que era la VIRGEN, y le preguntó si le podria guiar, ó dar norte, para poder hallar la flor del Lililá. Y como la Vírgen no niega un buen consejo á nadie, sea malo ó sea santo el que se lo pida, le respondió — Ves por aquel camino derechito derechito que te señalo, y llegarás; pero te advierto que hallarás á muchos niños blancos que son los niños buenos, y muchos niños negros que son los malos; estos querrán jugar contigo, entretenerte y sacarte de la buena senda; no les hagas caso, sino á los blancos, que te acompa-

ñarán y mostrarán siempre la buena senda. El niño siguió su camino, pero en lugar de hacer lo que le habia dicho la buena pobrecita, se puso á jugar con los niños negros que le extraviaron; y lo mismo en todo y por todo que sucedió al mayor, sucedió al segundo. Pero no así al chico, que como era bueno, hizo todo lo que le dijo la pobrecita, y así fué que los niños blancos le acompañaron hasta llegar á un jardin muy hermoso donde estaba la flor del Lililá, que era blanca, resplandecia y olia á gloria.

Cortó el niño la flor, y se puso en camino para llevársela á su padre. Pero á poco encontró á sus hermanos con los niños negros, que les dijeron matasen á su hermano para llevarles ellos á su padre la flor; y así lo hicieron los pícaros, y despues de matado enterraron á su hermanito para que nadie lo viese.

En el sitio en que fué enterrado el niño, nació un cañaveral, y un pastorcito que apacentaba por allí sus ovejitas, cortó una caña é hizo una flauta, y cuando se puso á tocarla, salió de ella una voz muy triste que cantaba.

La niña se puso á cantar con una voz débil, pura y dulce como un suspiro sobre una sencilla, pero melodiosa y espresiva tonada:

No me toques, pastorcito,
Que tendré que divulgar,
Que me han muerto mis hermanos
Por la flor del Lililá.

Al pastorcillo le pareció el canto de la flauta una cosa tan rara y tan bonita, que se la llevó al Rey; mas apénas la tenia en las manos el Rey, cuando se oyó el canto mucho mas triste todavía, que cantaba:

No me toques, padre mio,
Que tendré que divulgar,
Que me han muerto mis hermanos
Por la flor del Lililá.

Cuando el padre conoció la voz de su hijo el mas chico, se puso á llorar y á arrancarse los cabellos y mandó traer sus hijos mayores á su presencia. Estos, al oir el canto de la flauta, cayeron de rodillas, deshechos en lágrimas y confesa-

ron su delito. Entónces el Rey los condenó á morir. Pero de la flauta salió una voz, sin que nadie la tocase, que mas suave que nunca cantó:

No los mates, padre mio,
Y ten con ellos piedad,
Que los tengo perdonado; . . .
¡Que es tan dulce perdonar!

Concluido que hubo la niña su cuento, las demas se esparcieron formando nuevos juegos, pero casi todas talareaban en sus infantiles voces, que aun no podian como la de Lágrimas ceñirse á una melodía, en notas vagas, y sin precision, que no tenian aun el freno de la voluntad, así como los pensamientos de entre duerme y vela, que lo han perdido, la cancion del cuento de Lágrimas, miéntras esta con su voz aun mas dulce y triste, seguia cantando:

Que les tengo perdonado...
¡Que es tan dulce perdonar!

Puso la niña su mano en su mejilla y cual si ella misma se hubiese arrullado con su canto, se quedó dormida.

— ¡Angelito! dijo al verla la Madre Socorro; la pobre niña no ha pegado los ojos en toda la noche. ¡Me dá una lástima! ¿La sacaremos adelante, Madre abadesa?

— Con la ayuda de Dios, hermana, contestó esta. Hablád quedo, niñas mias, añadió dirigiéndose á las otras niñas, para no despertar á la pobrecita que no duerme de noche.

Las niñas se alejaron, se internaron en el jardin y empezaron á hablar de quedo, pero con esa graciosa falta de tino de la infancia, tan en extremo de quedo, que no se oian unas á otras.

— ¿A que no adivináis? dijo Maalena, que era la mayor, matrona, ya de siete años.

— ¿El qué?

— Una adivina.

— ¡A que sí!

— Pues... ¿qué es un platito de avellanas que de dia se recoge y de noche se derrama?

Todas se pusieron á meditar por casi medio minuto.

— Nosotras; exclamó la gordiflona dando un salto que la levantó dedo y medio del suelo.

— Al reves me las vestí, dijo la matrona. Eres mas tonta que Pipí, Josefita.

— Pues dílo tú, ya que lo sabes.

— Las estrellas, torpe.

— ¡Que no! Las estrellas no son avellanas.

— ¿Pues qué son? mari-sabidilla.

— Las lágrimas de Maria que se llevaron los ángeles al cielo; por eso son tantas que nadie las puede contar.

Las niñas se pusieron á mirar al cielo, en el que surcaban volantes nubarrones, cubriendo y descubriendo á su paso alternativamente la luna.

— ¡Ay! dijo la regordetita, ¿no ves como se entra y se sale la luna en el cielo? ¿que le habrá dado?

— La estará llamando Padre Dios, contestó su vecina.

— Yo no oigo á su mercé....

— Tampoco lo ves en la Misa, y está, dijo la matrona; si lo viéramos con estos ojos y lo oyéramos con estas orejas, añadió tirándole un tiron de las suyas á la gordifloncilla, ¿qué gracia habria en creer? como dice la Madre Socorro.

La dueña de la oreja dió un chillido. La niña dormida se estremeció, y despertó sobresaltada; sus ojos negros estaban desmesuradamente abiertos y exclamó azorada:

— ¡La mar! ¡la mar! ¡el tiburon! el tiburon! ¡Madre! ¡Madre!

La monja tomó á la niña en sus brazos.

— Vamos, vamos, niña mia, le dijo. Sosiégate, es un sueño, una pesadilla. Tu madre está en el cielo con Dios, con los ángeles, con los santos, rogando por tí. Tú estás aquí con nosotras, que te queremos tanto: á tu lado está el Angel de tu guarda; la mar y sus tiburones están muy léjos: no hay aquí sino la fuente de agua tan dulce y los pececillos colorados: míralos, míralos como corren!

CAPITULO V.

Ya que hemos ido á buscar la filiacion de parte de los personajes que van á figurar en los eventos, (por cierto sencillos y cuotidianos), que vamos á referir, preciso nos será hacer lo mismo con los demas que vamos á poner en escena. Hacemos esto con tanta mas razon, cuanto que mas que eventos, pintamos sucesos; mas que héroes de novela, trazamos retratos verídicos de la vida real.

Hay seres eminentemente felices y envidiablemente dichosos. Son estos los que con una excelente salud, una situacion mediana, en la que nada ahorran, pero en la que tienen su pan asegurado, alejando así esperanzas doradas y temores negros, en un círculo limitado de objetos y de ideas, sin conocer un libro ni de vista, sino el catecismo, tienen la existencia exterior arreglada como un reloj, y la interior tranquila como una balsa de aceite.

El siglo de las luces no es de este parecer; peor para él! No quiere existencias modestas y tranquilas: esto es contra la dignidad de las luces y el *decorum* de la ilustracion.

Así inocula á toda prisa este siglo la *noble ambicion* en todos, no como la vacuna para preservar de un mal al inoculado, sino para ponerle apto á padecer una feroz epidemia. La aplicacion de esta verdad podrá hacerse en el relato que ahora empezamos. Llevando á nuestros lectores á Villamar, puertecito de mar el mas desconocido de España, en el que D. Perfecto Cívico, herrador y albéitar, tenia dignamente y con satisfaccion de todos, la vara de alcalde en sus robustas manos.

Siendo este buen señor veterinario de un Regimiento, conoció en Galicia una gallega que valia y tenia su peso en plata, que no era poco.

Cívico, que era buen mozote, fué bien acogido cuando se presentó de pretendiente, con condicion de retirarse del servicio, y de sentar sus reales y su banco de herrador en su pueblo. Apénas casado, murió su suegro; Cívico realizó la herencia, se trajo esta en buenas letras de cambio, y á su

mujer en un charanguero á Cádiz, desde donde pasaron en amor y compaña á Villamar. El orígen de este caudal heredado era el siguiente.

El abuelo de la novia tuvo dos hijos, Tiburcio y Bartolo; al primero, que era fuerte y robusto, le puso su padre á arar. Al segundo, que era flaco y endeble, le envió á América como género de pacotilla. Despues de muchos años, recibieron carta de Bartolo, en que le decia á su familia que no le habia ido mal, y que habia hecho dinero.

En esta carta se firmaba el que la escribia, Bartolomé. Su hermano Tiburcio, que atribuyó el *me* añadido al Bartolo, al orgullo que le daban sus riquezas y sus viajes, se picó, y le contestó con arrogancia:

Si *pur* que fuiste á las Indias,
Te firmas Bartulumé,
Yu sin salir de Jalicia
Firmume Tiburciumé.

Murió Bartolomé, y heredó Tiburciu*mé* el caudalito que su hija Tiburcia*mé* llevó en dote al enamorado albéitar.

Este enlace fué feliz, porque ambos, él, á pesar de su necia fachenda echándola de ilustrado, y ella, á pesar de su genio tosco y mandon, eran dos buenas y honradas criaturas.

D. Perfecto, sobre todo desde que habia cogido en sus manos la vara que nadie en el pueblo queria tener en las suyas, ostentaba un tono sentencioso y doctoral, y enmendaba la plana al Gobierno con un conocimiento de causa, una ciencia infusa pasmosa. Tiburcia, aunque franca y jovial, no se dejaba intimidar con *tonos ni aires;* no entendia de chicas y llevaba en su casa la voz, por la sencilla razon de que de ella *eran lus cuartus.* Solo un choque habian tenido los consortes. Tiburcia no queria, y en honor de la verdad no podia nombrar á su marido veterinario, y no habia santo que la sacase de la voz *albéitar.* Y desesperaba á D. Perfecto Cívico ver atajarse el progreso en la boca de su propia mitad.

— Tiburcia, le decia á su mujer, el que ejerce el *arte* de la veterinaria se llama *veterinario.*

— Vaite á o demo, respondia Tiburcia con su acento ga-

llego, en mi tierra el que cura las bestias se llama albéitar, y á mucha hunra, es verdad [1]).

Pero llegó el dia en que esta paz doméstica vino á perturbarse de una manera mas séria.

Tenia D. Perfecto fundadas todas sus esperanzas para el futuro engrandecimiento de su estirpe, puestas todas las miras de *su noble ambicion*, las ilusiones de sus *dorados sueños*, en su primogénito, que llevaba el nombre de familia Tiburcio, y este habia llegado á la edad prefijada por su Padre para llevarle á estudiar á Sevilla.

No daremos cuenta de los altercados que tuvieron en esta ocasion la mitad ilustrada y la mitad no ilustrada de este matrimonio, porque seria un nunca acabar.

—¡A estudiare! exclamaba con su buen sentido gallego Tiburcia, estu es, á *jastare* buenus cuartus y que se haga un hulgazan. Que aprenda á herrare é á curar mulas como su padre, é ganará bien su vida; es verdad. ¡Estudiare! ¿te tienta o demo? ¡A estudiare! ¡Te figuras tú, humbre, que Tiburciño es fillo de algun Marques! ¡Nun lu he de cunsentir: es verdad!

Don Perfecto por primera vez en su vida se las calzó. Era el que su hijo subiese á altas regiones, y figurase, el *sueño dorado* de toda su vida: y ántes le hubiesen arrancado la vara de alcalde y le corazon, que estas dulces ilusiones y estas brillantes fantasmagorías.

Así fué todo su conato hacerlas reverberar en la imaginacion algo obtusa de su hijo, y despertar en él la *noble ambicion* de que él mismo estaba poseido. Era esto difícil, porque *Tiburciño*, como le llamaba su madre, malditas las ganas que tenia de estudiar, ni ménos de salir de Villamar, donde á pesar de no tener mas que diez y siete años, tenia ya su novia. Era esta Micaela, ó Quela, como la llamaban siempre, hija del tio Juan Lopez, el rico compadre del alcalde. Los padres habian visto con gusto este principio de

---

1) La alcaldesa no habla gallego, sino el castellano agallegado de las gentes del pueblo.

noviaje, por convenirse mútuamente las circunstancias de los muchachos. Así el tio Juan Lopez hizo algunas prudentes reflexiones al alcalde, pero no hubo tu tía. Tiburcia gruñó, rabió, lloró, gritó; no hubo emboque: partió el inflexible alcalde llevándose á su hijo que era un varal desgavilado, que llevaba muy mal gesto, é iba montado en una mula tan flaca como él.

El niño, que era de Villamar, que tiene tanta fama por ser la tierra clásica de las calabazas vegetales, las llevó muy sendas metafóricas, en los diferentes exámenes que sufrió en su carrera de estudiante haragan: lo que prolongó mucho el tiempo de universidad. Cuáles no serian las lamentaciones, imprecaciones y reconvenciones que salian como de un fecundo manantial, de la boca de la *señá* Tiburcia, cada vez que un trimestre vencido forzaba á la económica gallega á aflojar los apretados cordones de su bolsillo, eso queda en lo incalculable, como las estrellas, los granos de arena del desierto, y las gotas de agua de la mar.

Pero todo lo sufria estóicamente el señor Perfecto Cívico, con tal que su hijo entrase en la senda que conduce al ministerio. Estaba tan entusiasmado, que todo lo sacrificaba á fomentar la ardua empresa. Cada torozon que curaba, se convertia en el Derecho real, y las herraduras puestas, en un Destut Tracy, desesperando con esto á Tiburcia, que exclamaba desconsolada:

— Este hombre es un mal padre; un ladre de sus utros fillos, que non van á vere un cuartu de la herencia de mi tiu Bartulumé. Ven acá, humbre de Dios, ¿si tudus lus albáitares mandan á fillos suyos á estudiare, quién curará las bestias?

— Los hijos de Marqueses, contestaba pomposamente el alcalde, como lo dice el periódico titulado *La Víspera del dia del juicio.*

Diciendo esto se envolvia el alcalde en su capa burda como en una toga, y abandonaba el mezquino y oscuro hogar doméstico.

En las primeras vacaciones que el estudiante vino á pasar á su casa, se le notó muy *cuellisacado*, muy perezoso, muy

desastrado, con un falsete recio y destemplado, y unas ganas de comer que horrorizaron á su Madre.

En estas primeras visitas, no tuvo Quela motivos para quejarse de la inconstancia ni frialdad de su novio; pero en cambio no le gustó oirle celebrar con entusiasmo á las muchachas de la fábrica de tabacos y ponerlas por modelo de gracia campechana. Tampoco le gustó el tufo á vino, inseparable compañero del estudiante lugareño. No obstante, siempre apegada y fiel, vió con gusto á los padres concertar sus bodas.

Mas adelante Tiburcio fué escaseando sus visitas, y multiplicando sus pedidos de dinero. Mas adelante aun, vino el estudiante por pocos dias, con aire jaque y ostentando una superioridad y un predominio que le hicieron insoportable á todos, ménos á su padre, que en esto vió vislumbrarse al hombre superior.

Llévanos esto sencillamente á hacer una reflexion general en punto á educacion, y es que existe una cosa funesta en nuestros dias en que tanto se charla sobre educacion como sobre todo. ¡Epoca de charla si la hubo! La charla priva, la charla reina, la charla aturde, y la charla va haciendo de las ideas un nudo gordiano. Pedimos á Dios que envíe una mudez general á guisa de espada de Alejandro. Esta cosa funesta es el exagerado cuidado que se pone en la parte intelectual de la educacion, es decir, en el saber, y el poco que se da á la parte moral, es decir, al sentimiento. Ver cómo se rellena la cabeza, y se deja vacío el corazon. ¡Esto aturde!... ¡Así sale ello! —

Son los sentimientos la parte suave y femenina de nuestra naturaleza: el entendimiento es la parte dura, áspera y masculina: ahora bien, tenéd presente para vuestro gobierno, que en aquellas partes donde la primera está avasallada y desatendida y prepondera la segunda, son pueblos bárbaros, duros, toscos y crueles. Irrita el ver cómo los chicuelos del dia, especies de vocingleros papagayos, que tanto saben *de memoria*, ostentan su superioridad en todas materias sobre sus mayores, que aprendieron en el gran libro de la experiencia; y cómo gentes de valer, y aun sus propios padres,

les aguantan por faltarles á su recto juicio y sanas razones, acaso la insufrible fraseología, la maceadora locuacidad, y la sofística argumentacion moderna; argumentacion inatacable, porque ni tiene bases ni reconoce aquellas en que se fundan los argumentos de sus contrarios. Si ponemos algun dia un colegio, cata aquí nuestro programa, lector, por si quieres confiarnos algun hijo.

CATEDRA PRIMERA; en que se inculcará:

Que el hombre sin Religion es una fiera rebelde, ingrata y estúpida, que emplea sus facultades en perjuicio propio y ajeno. Que la Religion no es una fabulita ni un sistemita que cada cual se fabrica en el pequeñísimo taller de sus ideas; sino una revelacion divina: no puede ser ni comprenderse de otra suerte. Que nuestra flaqueza puede apartarnos de sus mandamientos, pero que no puede sin apostasía el entendimiento apartarnos de sus principios, y que una apostasía, por pequeña que sea, es un mal mucho mayor que una flaqueza aunque grande.

SEGUNDA CATEDRA; en que se inculcará:

Que la bondad es el suave óleo que debe ungir todos los ejes sobre los que giran nuestras acciones y relaciones con todo el mundo, y hasta con los animales, pobres seres desvalidos que tiraniza el hombre.

TERCERA CATEDRA; en que se probará:

Que el respeto á nuestros superiores, á nuestros semejantes, á nuestros inferiores, al poder y á la desgracia, no es, segun se ve hoy dia, un *mytho*, un sentimiento apócrifo, ó una fósil y antediluviana curiosidad, sino que existe, y es una flor aristocrática del corazon y el sello de una educacion fina y distinguida.

CUARTA CATEDRA; se enseñará:

Que la modestia, esa gemela *señora* de su hermana *santa*, la humildad, es el sello del verdadero mérito; el estigma que le imprime la superioridad.

QUINTA CATEDRA; se enseña la caridad:

Débese ejercer, no por mayor y en teorías; pero al pormenor y en práctica. Débese emplear, no como arma contra los ricos, sino como auxilio para los pobres. Débese ensalzar

en los otros mas que todas las demas virtudes; mas que el saber, el talento y que cuanto hay, pues es la que mas nos asemeja á Dios. Despues que salga de nuestra escuela, querido lector, podrás enseñar á tu hijo la gimnástica, el *avant deux*, el frances, el latin, el griego, y aunque sea el sanscrito. Con ninguna de estas cosas es incompatible nuestro COLEGIO DE PRIMEROS SENTIMIENTOS.

Con el mencionado detestable y chavacano aire de superioridad, miraba Tiburcio, ese lechuguino de arrabal, á su novia la linda Quela. Y no obstante, Quela era una de esas criaturas privilegiadas que nacen en todas las esferas, no para salir de ellas, sino para embellecerlas, porque Dios dispensa sus gracias con igualdad en todas. San Isidro fué labrador y Neron emperador, sin que esto haya contravenido á las leyes morales y físicas que rigen el mundo.

Criada Quela en la *Amiga* de señá Rosita, de quien fué la preferida, desde niña su bonita figura, su docilidad, su aplicacion é índole dulce, la hicieron apta á que germinase cuanta buena semilla se sembró en su corazon. Si por un lado el carácter un poco áspero de su padre la hacia encogida, por otro los mimos de su madre la hacian confiada. Era suave como un dia de calma; caritativa como una santa; alegre, ajuiciada, y se apegaba á las personas á quienes queria, como un suave jazmin que perfuma con sus flores lo que estrecha con sus ramas.

CAPITULO VI.

ABRIL, 1842.

¡Cuán vasta es la esfera de los sentimientos del hombre! Solo ella puede darnos una idea de la inmensidad. Sin ir á buscar su variedad y sus contrastes entre los diferentes individuos de la especie humana, entre los cuales los hallaríamos, en algunos, dignos de ser abrigados en pechos de ángeles, en otros análogos á los de los réprobos, podemos hallar este horizonte sin límites en nosotros mismos.

Pero ¿qué es lo que hoy cubre de nubes este horizonte, y qué poder es el que las disipará mañana, y lo hará resplandecer á los rayos de un brillante sol? La imaginacion. Bien. ¿Mas quién le da ese poder? ¿Quién es quien á ella misma le pone hoy una corona de rosas, y le pondrá mañana una de cipres? El corazon. Bien. ¿Y cuál es el astro que influye en las mareas del corazon? ¿qué lo hace sonreir hoy y mañana suspirar? Es el soplo que despiden al agitarse las alas de un ángel desterrado á la tierra, por haberla creido mejor de lo que es, y que se esfuerza en vano en lanzarse al éter y volver al cielo, cada vez que la lástima, el horror, ó la indignacion destrozan su pecho. ¿A qué, pues, han escrito tantos poetas magníficas estrofas para pintar esta melancolía, este mal estar que no es en los seres superiores, sino el ansia por la santidad, que es el ideal del alma? Ved por qué en el cristiano esta tristeza es humilde, y llora; y por qué en el escéptico es amarga y blasfema. En el primero lleva al pié del altar; en el segundo al suicidio.

¿A qué esta elevada digresion? ¿porqué en una novela, que deberia tener un carácter decidido sentimental ó jocoso, hacernos pasar de repente á los extremos opuestos en estos dos ramos? Contestaremos: que no escribimos novelas, sino cuadros de la vida humana, tal cual es, tal cual la veis vos delante de vuestros ojos. Ahora, pues, el mundo es como la cabeza de Jano, con dos fases, de las cuales, una es la de Demócrito y otra la de Heráclito, que pasan ante vos, alternativamente riendo ó llorando. Acaso si escribieseis la historia de vuestras propias impresiones, ¿no irian igualmente alternados y formando contraste los capítulos que escribieseis bajo las impresiones diversas que recibís? Despues de estas reflexiones esplicativas y vindicatorias, prosigamos.

Jugaban en el convento de monjas de que ya se ha hecho mencion, las niñas que en él vimos, tan chicas, pero que encontramos muy crecidas, porque han pasado desde entónces cuatro años.

El antiguo personal se ha aumentado con otra niña de doce años, llamada Reina, hija de la Marquesa de Alocaz, la que habiendo tenido que hacer un viaje á Madrid, ha

dejado á su hija en el convento donde ella misma habia sido criada. Educar á las niñas en los conventos no se estila hoy dia; la madre que pensase en eso, seria tenida por una madre muy tirana y anticonstitucional. Quitar á las niñas el lucir las *capotas* y las *écharpes* en el paseo, levantando las narices, mirando á todo el mundo á la cara con una insolencia de manolas; quitar á estas *inocentitas* el dar su opinion y emitir su voto sobre la ópera y el prendido de la señora tal ó cual, es contravenir á los *sagrados derechos* de las niñas. Impedir á monitas de ocho años, el ser seguidas en el paseo por miquitos de diez, y recibir esquelitas escritas con palotes, sobre un papel que lleva gravemente las iniciales del que la escribió, y sobre las cuales se ve una corona en lugar de una chichonera, seria una flagrante reaccion hácia el obscurantismo. Enseñar á las niñas á coser una camisa en lugar de bordar un chocante y chillon paisage chinesco, ó el país de las monas en tapicería para un cuadro que lastimará la vista de cuantos lo miren; hacerles leer buenos libros y el Año Cristiano, en lugar del periódico de modas; hacerlas llevar la casa y cuidar de su aseo, en lugar de tocar el piano ocho horas al dia; todo esto seria pecado de *lesa elegancia*; ¿á qué semejante educacion *amillavesca* cuando todos somos ricos, ó esperamos serlo, y cuando por noticias fidedignas recibidas por telégrafos eléctricos, se sabe que va á llegar un surtido completo de novios californianos para dichas princesas?

Así es, que solo á la casualidad que obligó á su madre á ir á Madrid, era debido el que Reina estuviese en el convento. Las otras niñas eran de gentes humildes, la mayor parte huérfanas, que ó bien sus parientes, ó algunas personas caritativas, ó bien las mismas monjas mantenian en el convento. Estaban regando macetas. Reina estaba parada delante de una niña pálida, que sin moverse se mantenia en pié apoyada contra un árbol. Era aquella la misma niña que ya vimos en el vapor, interesarse tan calorosamente por Lágrimas.

— Vamos, ven á correr, le decia reteniendo á duras penas

sus piececillos inquietos que parecian tener alas como los de Mercurio; ¿á que no me coges?

— ¡Estóy cansada! dijo la niña pálida.

— Déjala, Reina, dijeron dos niñas que pasaban en este instante cerca de las otras, llevando entre las dos una maceta de alhelíes, como Santa Justa y Santa Rufina la Giralda, déjala. Si no le gusta correr!... nada le gusta; ni correr, ni jugar, ni hablar, ni comer, ni dormir; nada le gusta sino no hacer nada! Oye, Lágrimas, ¿son en tu tierra todas tan pánfilas?

La niña pálida al oir esta salida hostil, se echó á llorar.

— ¡Eh! ¡ya la hemos hecho buena! dijo una de las agresoras, esa es como la fuente del patio; no hay sino tocar á la llave; sea por el lado que sea, allá va el agua. Si Madre Socorro la ve llorar, ya estamos frescas! ¡Jesus! ¡no llores, mujer, por María Santísima! ¿Qué te hemos hecho? Lágrimas... ¡y qué bien te viene el nombre, y qué guitarra tan mal templada eres!

— Y yo ¿en qué os ofendo que me queréis tan mal? dijo la niña sin cesar de llorar.

A las otras les dió tal coraje ver que no dejaba de llorar, que alternativamente se pusieron á decirle:

— Fuente de lágrimas.

— Valle de lágrimas.

— Mar de lágrimas.

— Chubasco de lágrimas.

— Lloras, para que nos riñan; comadre llorona; pero no tengas cuidado, que conforme te coja las vueltas, le vacío el agua al bebedero de tu canario.

Al oir esta amenaza, Lágrimas se dejó caer en el suelo, su respiracion se agitó con hueco sonido; sus ojos se abrieron desmesuradamente y como desatentados, y apoyó sus manecitas sobre su pecho.

— ¡Jesus nos valga! dijeron las niñas de la maceta asustadas, le da la palpitacion, la suspension, la quisicosa; si viene la Madre Socorro nos podemos encomendar á Dios.

Diciendo esto, habian soltado la maceta, y habian echado á correr, desapareciendo en el extremo opuesto del jardin.

Reina, que tenia dos años mas que Lágrimas, era alta,

bien formada, y llevaba erguida una cabeza en cuyas perfectas líneas se desarrollaba ya una singular belleza, y en cuya frente altiva y ademanes sueltos, se descubria la niña rica, mimada y criada sin sujecion. Bajó ella sus ojos hácia la otra niña que estaba caida en el suelo, y si bien no hubiese hallado un observador en aquella mirada, lo celestial y dulce de la compasion simpática, en cambio hubiese notado en ella la noble expresion de la voluntad enérgica, de la decision activa de proteger lo justo contra lo injusto, lo débil contra lo fuerte.

Sin aturrullarse, sin inmutarse, habia Reina aflojado las cintas del vestido de su compañera, y la sostenia dándole friegas en los brazos como lo habia visto practicar en semejantes ocasiones á las monjas, cuando llegó la Madre Socorro.

— ¿Qué es lo que le ha causado esto? preguntó apurada la buena religiosa.

Ambas niñas callaron: Lágrimas, porque entre sus angélicas cualidades, era la mas espontánea é inherente á su ser, la de perdonar, ó por mejor decir, en aquella suave criatura que se habia criado entre padeceres físicos y sentimientos religiosos, no existia perdon, porque no existia la ofensa; las pocas veces que sufria algun pequeño vejámen, como habia sucedido aquella mañana, este la heria, pero no la ofendia; conseguíase afligirla, pero no irritarla.

Por lo que toca á Reina, tenia la nobleza que impide delatar, cuando se tiene la seguridad de impedir el mal por sí.

Lágrimas habia vuelto en sí de aquella crísis, y aseguraba á la Madre Socorro que se hallaba bien.

— ¿Quién ha puesto aquí esta maceta? preguntó esta, viendo la giralda de alhelíes, que las Santas Justa y Rufina habian dejado plantada en medio de un camino, sin que chistasen los alhelíes de miedo de volver á sufrir las bárbaras sacudidas de que ya habian sido víctimas en manos de sus inhábiles portadoras.

Reina se lo dijo, y la Madre llamó á las nombradas.

Llegaron estas, siendo vivas imágenes de la confusion, de los remordimientos, y del desaliento.

— ¿Dónde llevabais esa maceta? preguntó la religiosa.

Al oir esta pregunta, que no tenia conexion con su mal comportamiento con Lágrimas, un cambio repentino como en una comedia de mágia, se efectuó en la cara y talante de las llamadas á juicio; huyeron las tinieblas, brilló el sol, y contestaron orondas:

— Aquí, cerca de la fuente.

— ¿Y porqué?

— Porque tenemos para regarla que acarrear el agua de tan léjos... y con el calor nos fatigamos.

— Estas macetas, prosiguió la monja, ¿las criáis para poner en el altar de la Señora el dia del Dulce Nombre?

— Sí, señora.

— Pues para que en ese dia estén en toda su flor, necesitan del sol que tienen allí donde están, y no estar como estarian al lado de la fuente á la sombra de los árboles; pero aunque eso no fuese, no queráis nunca cercenar pasos en cosa que fuere del servicio de Dios; aunque os parezcan perdidos, no lo son, y sino oíd un ejemplo:—

Tenia un ermitaño su ermita en un valle cerca de un monte sobre el que habia un hospital. Hubo una gran epidemia, y el hospital se llenó tanto de enfermos, que no habia manos que bastasen para asistirlos, por lo cual acudieron al ermitaño para que fuese á prestarles auxilio; el buen ermitaño se apresuró en acudir, y todas las mañanas, apénas echaba el sol sus luces, tomaba su báculo y trepaba la pendiente cuesta para tomar su puesto en la enfermería.

¿No seria mejor, se dijo un dia en que el calor lo fatigaba mucho al subir aquella cuesta tan empinada, que labrase yo mi ermita aquí arriba?

Oyó entónces una voz que contaba detras de él, uno, dos, tres, cuatro... Se volvió, pero no vió á nadie. ¡Que no hubiese yo discurrido esto ántes! Siguió pensando: ¡qué de fatigas y cansancio me hubiese ahorrado! Oyó entónces de nuevo la voz que seguia contando á sus espaldas. Volvió atónito la cara, pero como la vez primera, á nadie vió. Cerca de la cumbre ya, tendió la vista para buscar un sitio á propósito en que situarse, cuando de nuevo oyó la voz que

siempre contaba. Volviése asombrado y vió un ángel. «Soy el Angel de tu guarda,» le dijo, «y cuento tus pasos.»

Así veis, hijas mias, prosiguió la Madre Socorro, que nada de lo que se hace con buena intencion hay perdido para el cielo, y que para ser meritoria una accion no es preciso lleve consigo una utilidad inmediata. [1])

Tomó la Madre á la pobre niña, que se extremeció con sacudidas nerviosas, por el brazo, y se la llevó.

— Oíd, dijo Reina con el aire de su nombre, á las niñas que cargaban con la maceta viajera para volvérsela á llevar: la de Vds. que se meta para nada con Lágrimas, ó con su canario, de avenírselas ha conmigo; no os digo mas, y basta. Tenéd entendido, que de tanta cosa como me traen de mi casa, hasta no ver que os enmendáis, á ninguna doy ni un *ciento en boca.* ¡Ya lo sabéis, largáos!

Reina hizo un ademan majestuoso con el brazo, y las portamacetas se alejaron carilargas con el precepto de abstinencia decretado por Reina, llevándose el tiesto, en el que los alhelíes iban bamboleándose, como mareados ó borrachos.

— Estaba tan aliviadita, decia la Abadesa á la Madre Socorro, al verla preparar un calmante para Lágrimas que se habia acostado; pero no se puede nunca cantar victoria en un mal que ni los mismos médicos pueden definir; si unos dicen que es asma, otros que es hipocondría; otros piensan podrá declararse una aneurisma, y otros que es todo nervioso.

— Sea lo que sea, repuso la Madre Socorro con tristeza; lo creo incurable y D. Agustin Lopez del Baño, que es el mejor si no el mas alegre de los médicos de Sevilla, bien lo da á entender cuando dice hablando de ella, viva la gallina y viva con su pepita.

Miéntras las buenas religiosas discutian sobre el mal de Lágrimas, Reina que las habia seguido, se habia sentado á

---

1) Véase lo mas ascético de las doctrinas religiosas comprendido y sencillamente expresado al alcance del pueblo y de los niños. ¡Quién no se admira! ¡Quién no se enternece!

la cabecera de la cama en que estaba acostada la pobre niña, y le decia:

— Pero ¿porqué lloras por todo, criatura?

— ¡Porque todo es tan triste!...

— Yo lo hallo todo muy alegre, repuso Reina.

— ¿Y tambien que mi canario se muriese de sed? preguntó acongojada Lágrimas.

— No te apures, tonta, respondió Reina; ya les dije á esas pollas de inmundos corrales cuantas son cinco. No se volverán á meter conmigo ni con tu canario; yo te lo aseguro, mas miedo me tienen que al cancon. Pero vamos á ver: díme ¿es un motivo para que hasta mala te pongas, el solo temor de que pudiese morirse tu canario?

— Sí, Reina, sí. ¡Oh!... ¡si tú supieses lo que es la muerte!... dijo con angustia la niña acostada.

— Lo mismo que el sueño, dijo Reina.

— ¡Oh! no, no: es terrible, es horrible! ¿Has visto algun muerto, Reina?

— ¡Jesus! mas de mil: y si son niños y llevan flores, ¡me hacen una gracia! si me dejasen, los besaria.

— ¡Vírgen Santa! exclamó extremecida la niña acostada.

— Acaso, prosiguió la otra, ¿has visto tú alguno muy feo, muy feo?

— No... no he visto muerta mas que á mi madre; y esa no era fea, que era bonita; — ¡pero la muerte la trastornó tanto! — ¡fijábame con sus ojos tan parados, y no me miraba! ¡y sus labios se habian puesto blancos, y nada me decian... como si fuesen mármol! ¡Y se puso del color de la cera, y cual esta parecia no poder doblarse sin quebrarse! ¿Qué pasaria por mí al verla así, Reina, yo que tanto la queria, que no me atrevia á acercarme á ella? Yo me decia: ¿porqué madre no me llama? no es porque duerma, pues que tiene los ojos abiertos.

— ¿Pero estabas sola con ella? preguntó Reina; cuando hay un muerto, hay muchas gentes, y Padres y médicos.

— No habia nadie, Reina, sino la negra que dormia, porque era esto en un barco en medio del mar, Reina. ¡Oh! de todo me acuerdo: sonaba el viento tan horrible, como los

aullidos del perro que barruntan la muerte, y la mar rugia como si pidiese algo, que no le quisiesen dar, y el barco estaba tan inquieto, y se sacudia como si quisiese arrojar algo fuera de su seno, y mi Madre se volvia á un lado y á otro como si quisiese irse y quedarse;... y el mar pedia algo, Reina, y el barco queria echarle lo que pedia, porque al dia siguiente, añadió la niña con creciente horror y respiracion agitada, al dia siguiente agarraron unos hombres á mi madre como á un fardo, y á presencia de mi padre, Reina... ¡de mi padre!... que no lo impidió, lo arrojaron á la mar, como cosa que nada valia; y en la mar, Reina, se la han comido los tiburones!...

— ¡Madre Socorro! ¡Madre Socorro! gritó Reina; acuda Vd. que á Lágrimas le ha dado la alferecía!

CAPITULO VII.

JUNIO, 1843.

Un autor aleman decia, en una época muy anterior á la presente, con candidez alemana: ¡Santa libertad! Ya que tu culto tiende á mejorar al hombre ¿no podias escoger mejor tus sacerdotes?

La libertad, no hizo maldito el caso de la reconvencion de su apasionado. El incidente pasó desapercibido.

A idéntico desaire nos vamos á exponer, al hacer una deprecacion análoga. Pero á bien que un desaire no rompe hueso.

¡Admirable civilizacion! Elevado anhelo á lo mejor, tú, tan fecunda en dar á luz grandes cosas en los siglos pasados, ¿porqué has dado en abortar? ¡Tus abortos son espantosos, civilizacion, mi amiga! Sentimos no poderlos conservar en espíritu de vino como se hace con los del reino animal, para asombro de los siglos futuros. Civilizacion, civilizacion, mi amiga, ponte una bizma; que sino, estamos mal.

Decimos esto al tropezar en nuestra relacion con uno de estos abortos. Es este el pseudo *ilustrado*. El pseudo ilustrado

es la parodia del verdadero ilustrado, la caricatura del hombre culto. Tiene por *especialidad* el agarrar el rábano por las hojas; es una *notabilidad* en su aptitud á no dar jamas golpe en bola, y el tipo del *quiero y no puedo*. Divídese la categoría de estos *pseudos*, en dos. La una es de los que les da por lo extranjero; la otra de los que les da por lo español. Aunque no aparece en nuestro relato ninguno de los primeros, como nuestro lector de las Batuecas puede por dicha suya no haber conocido á ninguno, nos es forzoso hacer una pequeña fisiología de estos seres interesantes, que se pasean en zancos mirándonos de arriba abajo como mira Napoleon á los franceses desde su columna de la plaza de Vendome.

El *pseudo* extranjerado, sobre todo, si ha estado en Lóndres, Paris ó Portvendres: cuanto ve critica, lanzando el terrible anatema de *cosas de España!* Esta sentencia condenatoria, este tremendo *ultimatum*, no tiene réplica ni contradiccion, porque efectivamente cosas de España no son cosas de Portugal; esto es un axioma, un aforismo, y lo que es aun mas, una verdad de Pero-Grullo. Padece el pobre de *spleen* y de melancolía.

El *pseudo* extranjerado adora lo *confortable* sin disfrutarlo nunca, porque lo *confortable* es una especie de reconcentrado bienestar personal, de mezquina sensualidad, un pálido placer de viejos y débiles, que no le pega á la expansiva juventud, al temple varonil, ni á los españoles, la nacion ménos material de Europa, y que ménos conoce la molicie. Pero el *pseudo* la adora por *tono*, así como todo lo *esbelto*, las mujeres coquetas, las capotas y el champagne. Le conforta el té y le da náuseas el chocolate; la *ropa vieja* le hastía; el gazpacho le indigna. El *pseudo*, desde *que leyó las rimas festivas de Alcázar*, en las que celebra las berengenas con queso, declaró la poesía antigua chavacana. En un rato de *loisir* ú ocio refundirá la letrilla, y en lugar de:

Tres cosas me tienen preso
De amores el corazon;
Ma bella Ines, el jamon,
Y berengenas con queso.

pondrá:

Tiénenme preso á porfía
Tres cosas el corazon:
El beefsteak, el rigodon,
Y el talle *esbelto de Lia.*

Si no sabes, lector de las Batuecas, que beefsteak es carne asada sobre la parrilla, eres calificado por el *pseudo* en la categoría de los vegetales, y tu pueblo entre los antros ó cuevas negras y oscuras, en las que no ha penetrado el mas mínimo reflejo de las luces del siglo.

Vamos ahora al *pseudo* que lo echa de español. Este bicho de luz se cria por todas partes. En la universidad de Sevilla se desarrolla á las mil maravillas, sí: en esa universidad de la que tantos jóvenes brillantes salen y han salido. Pero los *pseudos* forman la zupia de aquel buen criadero de vinos generosos. Tiene el *pseudo* este varias voces que adapta por parecerle mas propias, y mas finas quizas, que las que están en uso y sanciona el diccionario de la Academia. A todo lo extranjero denomina *estranjis*: á los franceses *franchutes*, á los ingleses *inglisman*, á los alemanes *tudescos*, á los rusos *moscovitas*. Estas dos últimas denominaciones las cree, en la inocencia de sus alcances, denigrativas! El *pseudo* declara y sostiene que todo es mejor en España que en otras partes, inclusos los géneros nacionales, y está vestido, si la echa de elegante, de piés á cabeza de géneros extranjeros, incluso el bastoncito, el paráguas y el reloj.

El *pseudo* jura no manchar la túnica virginal de su patriotismo saliendo de España. Desde entónces los postes inamovibles y los marmolejos envalentonados, han formado una junta patriótica en que han declarado follon y traidor á la patria, á todo el que se ausente dos pasos de la frontera. El *pseudo*, que la echa de español, hace un uso inmoderado de la denominacion de *hija mia*, con la que gratifica á una señora la primera vez que la ve, aunque tenga ella treinta y él veinte años.

El *hija mia*, aunque no desciende de Calderon ni Lope, es español rancio (¡y tan rancio!!); así es que esa denominacion tan bonita y cariñosa en boca de la amistad y en la

intimidad, como chavacana y de mal tono cuando estas no la autorizan, ha reemplazado al *Don*, esa apelacion tan digna y noble que llevaron los reyes y que tan castizo y caballeroso suena. Así sucede que se va desterrando sin formarle causa, y sin que se pueda atinar qué delito ha cometido. Podríase inferir que fuese esto por modestia, si se tiene presente aquella rima:

Es el Don de aquel hidalgo,
Como el Don del algodon,
Que no puede tener *Don*
Sin tener ántes el *algo*.

Pero nada ménos que eso, querido lector, ¿florecen en las Batuecas aun violetas? Por acá no, mi amigo, todas se han secado. Valen hoy dia lo que en otro tiempo los tulipanes en Holanda. Flora está de luto por la pérdida de su querida vasalla; no la consuela la camelia, esa flor nueva sin perfume.

No es por modestia; al contrario: ¿sabes su delito? Es que se lo apropiaron un ama de llaves y un mayordomo. Desde entónces el siglo de la igualdad le torció el hocico. Veo que me vas á hacer una objecion.

Nada puedo contestarte á ella ni darte mas respuesta que: *¡anomalías, anomalías!* de las que tenemos una cosecha incómoda por lo abundante, como las que suele haber de cereales en Castilla; así, pues, el *Don* quedó para el algodon; la seda no lo quiere. El *pseudo* que la echa por lo español, lo ha reemplazado con el marcial *hijo mio*, ó *hija mia:* el que la da por lo extranjero, por el *señor* molondro. Para ambos no existe mas Don que el del caballero de la Mancha y un rio en Rusia. En lo demas, muerto, enterrado el *Don:* asesinado por un feroz mayordomo y una sanguinaria ama de llaves! Concluiremos diciéndote, que un pseudo ilustrado español, *rancio, neto,* está haciendo una apoteósis de España, en cuya gloria brilla á guisa de genio el toro *Señorito* con las astas doradas.

Este ilustre pseudo ilustrado español, era Tiburcio como viste y calza, en el momento en que le volvemos á ver en la palestra. Habian corrido los años como perdigones, con

la gracia que les es propia, de redoblar su agilidad cuando se desea que anden despacio; veíalos Tiburcio inexorables á sus ruegos, pasar uno tras otro como las paletas de las ruedas de un vapor, y por consiguiente llegar la época de cubrir su cabeza del bonete de doctor. Causábale esto horror, no porque le sentase mal á la cara, como de cierto habia de suceder, sino porque con sus estudios se acababa su estado en Sevilla, país clásico de las mollares, de las cigarreras, de las veladas, del buen pan y de las aceitunas, puesto que Sevilla, la salada andaluza, para todos tiene. —

Como no hay plazo que no se cumpla, cumplióse el de los estudios de Tiburcio, que por fin se recibió de abogado, lo que no quiere decir que por eso lo fuese, sino que podia ensayarse. Su padre buscó como con un candil un pleito en Villamar para que lo defendiese su hijo; pero en Villamar, ese pueblo feliz, no halló ninguno. Estuvo por ponerle uno á su amigo y compadre el tio Juan Lopez sobre la posesion de un lentisco que habia nacido y crecido en la linde de dos manchones de sus respectivas pertenencias, pero la prudente gallega con cuatro gritos se lo quitó de la cabeza. Así fué que á Tiburcio no le quedó otro arbitrio que el de volver *á vegetar* á su pueblo que odiaba y despreciaba, pueblo que tanto habia amado Stein, el médico aleman que pasó en él tantos años. De estos contrarios sentimientos queda probada una gran verdad, y es, que la manera de mirar las cosas las hace buenas ó malas, y que nosotros mismos las doramos ó ennegrecemos á nuestro albedrío. La filosofía da conformidad en las situaciones en que nos pone la suerte contra nuestro grado. Si el rincon de tierra que nos destina es estéril, la filosofía dejará secar las pocas plantas que tiene, haciéndolo mas estéril, y se contentará estóicamente con la arena. Pero hay en nosotros otro sentimiento muy superior á la resignacion de la filosofía, que nace del contento interior, de la paz del alma, y de la bondad del corazon: esta no solo cultivará las plantas que dé su rincon de tierra, sino que las mejorará con el cultivo y sembrará nuevas con buenas semillas que conserva, ó que le den los ángeles, cuyo oficio divino es esparcirlas. ¡Dichoso aquel que se llega á convencer que la ver-

dadera superioridad moral, no consiste en *deprimir*, sino en *realzar*, y que no es el *desprecio* un sentimiento análogo ni simpático á un alma elevada: sino que lo es el *aprecio!* Así, apreciando su suerte, no se creerá superior á ella, ni vivirá descontento.

Llegó Tiburcio á Villamar, muy mal templado con su bonete de doctor en la cabeza, y gran cosecha de calabazas y calabacines muy escondidos en los grandes bolsillos de su gaban.

Ni Jacob al volver á ver á su hijo José Ministro de hacienda, pudo experimentar los sentimientos de orgullo paternal que abrigó el pecho del alcalde de Villamar al ver á todo un doctor en su primogénito. En cuanto á su madre, al verle altísimo, delgadísimo y palidísimo, le dijo:

— Si viviese tu abuelo te mandaba á las Indias cumo á mi tiu Bartulo; pues no sirves para utra cusa; es verdad.

El dia de su llegada fué uno de los mas sonados en los fastos de Villamar, á causa del convite dado por D. Perfecto en esta ocasion. Este convite merece no solo una *mencion honorable,* sino una descripcion gráfica.

Fueron convidadas todas las *notabilidades* de Villamar. Villamar tambien tiene notabilidades: hasta los gatos quieren zapatos. Ademas, las *notabilidades* se han generalizado prodigiosamente, es especie que se da bien en todas partes, y cunde mucho. Es un dolor que no se pueda comer; serviria para reemplazar las patatas atacadas de un cólera subterráneo.

La mesa del convite era pequeña, y los platos que la habian de componer diformes, por lo cual cada uno fué servido solo y uno despues de otro, como los estudiantes en los exámenes.

Habia seis cubiertos de plata para las *notabilidades* de primera clase, incluso el amo de la casa; los demas los tenian de peltre. La ropa de mesa gallega, blanca como la nieve, ostentaba unas horrorosas listas encarnadas que hacian á la vista el efecto que hace en el oido en el silencio del desierto, un destemplado grito de chacal. El sexo femenino estaba excluido del banquete; no por restos de celosas costumbres árabes, sino porque el bello sexo en tales dias

tiene, en Villamar y en pueblos mas conocidos que este, que estar en la cocina atendiendo á todo.

Allí, pues, se veia á la señá Tiburcia, colorada como un salmonete, con su delantal y sus mangas remangadas, mandando la maniobra, ayudada por una docena de vecinas, media de comadres, y tres ó cuatro amigas, que se regalaban con los restos de la mesa principal.

Estaba de un humor de perros; el tal convite la habia acabado de desesperar, y la habia montado de tal suerte contra el bonete de doctor, que era su vista para ella lo mismo que la vista de una coroza. — ¡Bunete! decia soplando furiosamente una hornilla; — y ¿á qué le sirve á ese fillo miu el bunete? é non le estaria mejur el sumbrero calañez? E decir que me cuesta dus talejas de pesos duros! es verdad.

Vióse primero la mesa cubierta por una enorme cazuela nuevecita, en que venia una sopa de pan, espesa como un budin, y sustanciosa como una jaletina, cubierta de yerba buena y de tomate. Siguió á esta, en una fuente como una plazuela, la olla, que mejor que podrida, denominarémos revuelta, en la que las gallinas y perdices, á fuerza de cocer, andaban unas mancas, otras cojas y otras despechugadas; se abrazaban las calabazas con los chorizos, se enternecia al verlos la carne, y se derretia el tocino; los garbanzos reventaban de gordos, y las flexibles habichuelas se entremetian por todas partes.

Siguió á este lastre, una fuente de Triana con honores de batea, en la cual en un cubo de salsa de encebollado, se bañaban suavemente como turcos, los mal cortados pedazos de seis conejos. A estos siguió una pepitoria de ocho pollos. El alcalde, que no habia querido ser ménos que García del Castañar, habia prefijado estrictamente ese número á su desolada mitad, diciendo perentoriamente, para ocho convidados, ocho pollos.

Tiburcia, que no perdia de vista la economía, habia pasado revista á su corral, y como un sargento á los quintos, habia apartado los inútiles, ya por chicos, ya por viejos, y les habia ido torciendo el pescuezo con coraje, repitiendo á cada ejecucion: — ¡Malditu bunete! ¡llévelo o demo! —

De esta fusion de todas edades desde el parvulillo hasta el caduco en una misma cazuela, resultó que habia pedazo de gallo venerable que rechazaba los dientes como un chino, y pedazo de pollito infantil que se deshacia en la boca como un merengue.

Para igualarlos en cuanto fuera posible, Tiburcia los revistió de un uniforme amarillo como un regimiento de caballería, valiéndose para esto de un subido tinte de azafran.

Este condimento, que ha omitido de mencionar el famoso Careme, que en punto á arte culinario es el *Tu autem* europeo, y que omite igualmente Brillat Savarin en su fisiología del paladar, es para las cocineras del jaez de Tiburcia la capa del justo. Amigos de averiguarlo todo, hemos preguntado á estas tintoreras la razon de esta profusion del detestable condimento, y nos han respondido textualmente: *que pone las salsas bonitas.* Si la ciencia de nuestras cocineras no fuese la cosa mas inamovible de España; si no viesen ellas pasar los siglos, inmutables como las pirámides de Egipto, podríamos temer ver algun dia el añil ó la grana reemplazar este amarillo, caro al corazon de nuestras guisanderas. Pero no, no temáis, no sucederá. A la flor de los campos de Murcia sonríe un largo porvenir. Progreso, muy señor mio, despues de saludarte cortésmente, te suplicamos des un empujon á las cocineras.

Volvamos al banquete, en que vemos seis perdices desmoronadas en pimentilla, á las que siguen tres libras de pescadilla frita y un cabrito cochifrito, y por último, un pavo matado aquella misma mañana, por lo cual seis horas de cochura en el horno no lo han podido enternecer. Jamas se vió semejante caricatura de pavo asado. Estaba negro, casi tanto como el medio pollito del cuento de la tia María. Sus alones, que no se habian doblado hácia la espalda se abrian como si quisiesen bailar el bolero; sus patas que no habian sido sujetas una con otra, se desviaban con tal animadversion, que señalaba una al Poniente y otra al Levante: y por último, el pescuezo que no habia sido cortado, largo, delgado y negro, sobresalia del borde del plato, como si buscase por el suelo su cortada cabeza.

Pero la parte brillante del banquete fueron los postres: á una fuente de arroz con leche pura y exquisita, siguieron otros cuatro de masa frita. Eran estas los rechonchos pestiños amasados con vino duro; las rosas, cuya ligera masa casi toda se compone de huevo. Los hojuelas salpicadas de grajea abigarrada, cual si sobre ella hubiese caido una menuda lluvia de color, y las robustas torrijas. Dos tazones de cristal, uno con dulce de huevo y otro con dulce de tomate elaborado por las hábiles manos de Rosa Mística, la maestra de amiga, ostentaban con orgullo al traves del cristal sus brillantes colores amarillo y rojo, ni mas ni ménos que lo hace la bandera de España. La palma, no obstante, se la llevó el plato de dulce que para esta ocasion hicieron las monjas de Santa Ana. Con la mayor oportunidad habian confeccionado las buenas madres, con mazapan un bonete de doctor, cuyas puntas estaban ribeteadas de tiras de panecillos de oro; una gran borla hecha de huevo hilado, pendia graciosamente y con toda propiedad por los cuatro lados. Esta dulcísima y directa alegoría á la causa de la festividad, entusiasmó tanto á D. Perfecto, que les valió á las monjas una cuartilla de garbanzos extra del importe del plato de dulce, que les envió á escondidas de su mujer.

Por lo que toca á esta, cuando vió llegar el plato que le recordaba la causa de todas sus penas domésticas, el atraso de su casa, lo mal medrado de su *fillu*, el perjuicio que por su causa debian sufrir los menores, y por último, la *razzia* hecha en aquella ocasion en su corral y despensa, exclamó con rabia:

— ¡Utru bunete! ¡como si non hubiese bastante con el que vino de Sevilla, y cuesta dos talejas, es verdad! En la supa me lu he de hallare; asin se le siente este á esus cumilones en la boca del *estógamu* comu á mí el otru.

CAPITULO VIII.

OCTUBRE. 1845.

Era por cierto Tiburcio un ente desgraciado en Villamar. Sacado de la esfera en que tan feliz hubiese sido, veíase

superior á su círculo y á su posicion, sin medios, méritos, relaciones, ni carácter á propósito para adquirir otra.

Por desgracia el amor propio, monstruo que enjendra el tratar siempre con inferiores en alcances, y el vuelo que toma así el espíritu de superioridad, que ya no se para ni modera, le hicieron creer que todo se lo merecia, y que era por consiguiente *una víctima de la fatalidad*, viendo que tantos que *valian ménos que él* hacian carrera, miéntras su mala suerte lo tenia, nuevo Prometeo, atado én Villamar, ese Cáucaso suyo, en donde su madre hacia el papel de buitre, devorándole á cada paso con sus sandeces, si no las entrañas, las ilusiones y esperanzas.

Tenia Tiburcio pretensiones á todo y aptitud para nada. No tenia alcances; se los habia negado la naturaleza, como á tí y á nos, lector (no los alcances) sino un ojo en la frente. En punto á saber, solo y á duras penas aprendió lo estricto necesario, no para ser un Salomon, un Licurgo, ó un Alfonso el Sabio, pero sí un doctor y encasquetarse el bonete que costó dos talegas á su padre, y que su madre hubiese dado por dos cuartos. A pesar de esto, el modesto jóven no reconocia superioridad en nadie, y cuando llega este triste caso para los jóvenes, puédeselos contar como paralíticos morales, ó como apopléticos, esto es, ahogados en su propia sangre.

La clase de enormidades que su amor propio hace creer á ciertas gentes, no es creible ni viéndolo palpable á nuestros ojos; pero ello es que la cosa existe. Así era que Tiburcio lo daba de inteligente filarmónico y no tenia oido, ni habia escuchado mas música que, desde la calle, la de la orquesta de Sevilla, donde no hubo ópera que él no favoreciese con su ausencia. Echábala de político, y sabia tanto de historia antigua como de moderna, esto es, poco mas que nada. Presumia de lingüísta el estudiante Villamarino sin hacer otro estudio que recalcar ridículamente la *z*, *ll*, y la *s*. Presumia sobre todo de poeta, careciendo absolutamente de las dotes que forman al poeta y sin cuya reunion no puede ser perfecto; estas son: un corazon caliente, una imaginacion florida y el estudio del gran arte de interpretar las inspiraciones de aquellas en el lenguaje propio de la poesía. Con cuatro

frases rimadas sin concepto y sin alma; con algunas vulgaridades plagiadas y campanudas, se creia poeta... ¡se creia poeta con un corazon frio y una imaginacion seca!!!

Nunca se le habia ocurrido ir á visitar al soberbio convento abandonado, que estaba cerca del pueblo; no habia ido á sentir y pensar sobre aquella majestad momia, aquel sol sin rayos ni calor, aquella noble azucena ajada y sin perfume... ¡y se creia poeta! Nunca habia ido á las ruinas del fuerte cercano que cubria la yedra como para consolarlo; no habia meditado sobre aquella torre caida que, como todo lo que fué encumbrado y yace por tierra, despierta tan viva y triste simpatía en el corazon; no habia llorado sobre aquella torre que, cual esforzado guerrero, habia resistido sola y sin auxilio, hasta sucumbir al incesante ataque de un enemigo mas fuerte aun que ella, el tiempo; y la que al caer, como los gladiadores antiguos, habia ocultado su cabeza entre las higueras cual ellos en su manto para ocultar su agonía..., ¡y se creia poeta! Nunca se habia sentado sobre las rocas de la playa á seguir con la vista sus caprichosas posiciones, sus misteriosos antros, en que se precipitan curiosas y juguetonas las olas chicas, saliéndose tan luego como los vieron oscuros, á buscar la luz del sol que las dora. Nunca se puso á escuchar el suave murmullo de las olas de verano, que convidan al baño, ni los rugidos de las olas espantosas de invierno, que cuentan naufragios y horrores. Nunca se habia puesto á contemplar la puesta del sol en la mar, magnífico espectáculo, imágen de la muerte; no habia observado en un ocaso sereno este astro, radiante aun al morir como un héroe, ó acostarse entre suaves nubes, como un padre que se apaga entre los brazos de sus hijos; y sobre todo no habia nunca levantado un corazon lleno de amor y de admiracion hácia el Criador de tantas maravillas, entre las cuales es la mayor el alma hecha á su imágen y bastante feliz para conocerle, sentirle y adorarle. Para él, habian sido la tia María, ese tipo de la caridad cristiana, que vivió en el convento, tan solo una vieja curandera; el fray Gabriel, aquel alma inmaculada, que no pudo abandonar su convento, un lego estúpido;

D. Modesto, el honrado comandante del fuerte, un estafermo ridículo!

Tiburcio, pues, á pesar de sus versos amorosos, en que hacian gran papel Vénus y Cupido, tenia ademas de la imaginacion seca como un esparto, el corazon mas frio é insensible á las bellezas y cualidades delicadamente femeninas de la mujer.

No solo se habia alejado de aquella suave y linda criatura que guardaba en su pecho puro, la inocencia y la constancia, esos dos tesoros que hacen inapreciable su compañera al hombre delicado, sino que la miraba con el desden y hastío con que miraba el lechuguino de arrabal, el encumbrado zoquete, cuanto habia en Villamar.

Así fué que habiendo un dia oido decir á su madre que era tiempo de pensar en efectuar la contratada boda con la hija del tio Juan Lopez, resuelto como estaba el *futuro ministro* á no casarse con esa *tosca lugareña*, segun la denominaba en sus monólogos, se decidió á zafarse del compromiso, lo que hizo con toda la delicadeza propia de su buena condicion.

Mas referiremos ántes la escena que dió lugar á esta brusca determinacion.

Entró un dia en su casa la señá Tiburcia muy sofocada, trayendo entre sus brazos como á un recien nacido, una espuerta de tomates, cuya asa se le habia quedado en la mano enmedio de la calle, vaciándose instantáneamente la espuerta, y disparándose en todas direcciones los tomates como los cohetes del remate de un castillo de fuego. Venia tan soplada y colorada que parecia la Emperatriz de los tomates.

— Desde que muriú el hermano Jabriel, exclamó al entrar en su casa, non se hace una espuerta bien hecha en Villamare; ¡ladres! estas espuertas sun pan para hoy é hambre para mañana; es verdad. Perfeutu, valiérate mas poner un bandu para que se hiciesen mejor las espuertas que non dar convites; es verdad. Peru ¿qué haces ahí, Tiburciño? ¡nada, é siempre nada! el hombre debe trabajare, é la mujer parire,

es verdad. Siempre estás con *saudades*, [1]) y solu, comu la marola en Ferrul. Es tiempo, Perfeutu, de casare á este rapaz: esu le alegrará comu á tudos los muchachus, es verdad. Cunferencié cun la cumadre Belen y piensa cumu yu, que se haja la buda.

— ¿Casarme yo? no lo penséis, madre, dijo Tiburcio con aire de desden.

— ¿Qué? ¿qué quiere decir que non te casas cun Quela Lopez, la muchacha mas rica é mas bunita del lugare? ¿te tienta o demu? exclamó atónita la alcaldesa.

— El hombre es libre, repuso en voz grave y honda Cívico *minor*.

— ¿Qué es esu? ¿qué dices, rapaz? exclamó de nuevo su madre, ¿que el humbre es libre cuandu tiene comprumetida su palabra, tiene veinte y cuatro añus; está baju la patria putestad, non gana su pan, é non tiene mas que lu que sus padres le dan? ¡A Perfeutu, Perfeutu! si estu es lu que tú llamas libertad, *lévelo o demo*.

— Pero, Tiburcia, — dijo mediando el Alcalde que veia levantarse una horrorosa tempestad equinoccial, entre las noches que se habian alargado, y los dias activos y robustos que no se querian dejar usurpar su preponderancia; — Tiburcia, ningun padre puede forzar á un hijo á casarse contra su voluntad! Y si Tiburcio no quiere á Quela, si no está enamorado.....

— ¡Eh! ¡pamplinas! dijo con su robusta voz la Alcaldesa, tú tampucu estuvistes enamuradu de mí, e nus casámus, e hemus vividu bien e cumu Dios manda, gracias al Señor é á San Antoniu.

— Es que el muchacho tiene miras mas elevadas que yo, objetó D. Perfecto.

— ¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! ¿qué quiere decir que tiene miras mas elevadas que tú? preguntó Tiburcia con las manos puestas en la cintura.

---

1) Bonita palabra, que creemos de orígen portugues, y que usa la gente del pueblo en Galicia, para significar con ella tristeza, recuerdos, ansias.

— Es, dijo D. Perfecto que se iba ahora asustando por su propia cuenta; es decir, que si acaso quiere seguir otra carrera..... si fuera de aquí..... se le proporciona.....

— ¡Utra carrera! preguntó la Alcaldesa; ¿pues qué, quiere ser clérigu?

— Quiere, respondió su marido, dedicarse á la alta política.

— ¿E cuánto se jana en ese oficiu? preguntó la señá Tiburcia.

— Es segun, respondió su marido; podrá ser muchísimo y podrá ser.....

— ¿Ser nada? interrumpió la Alcaldesa; pues non en mis dias: quiero pucu e seguro, cumu tú janas siendo albéitar.

— ¡Veterinario! exclamó desesperado el Alcalde.

— ¡Vaite á o demo! respondió su consorte, que estóy para mí que has de acabare por herrar las bestias con juantes amarillus comu los lleva ese rapaz. ¡E pensar que cada par cuesta medio duriño! es un contra Dios; ¿é á qué te sirven pur el veranu que no hace frio? jastadur sin cunciencia, cun mas fantasía que un Marques, é mas vientu que un tempural! Malditus juantes, que ellus y el bunete han perdido mi casa y se van trajandu lus cuartus de mi tiu Bartulumé! ¿Y qué provechu se saca? Ese fillo mio non sabe trabajare que es lu que da pan, salud é cuntentu, es verdad... — Es un holgazan é *asin* está siempre con saudades.

— Trabajaré, dijo Tiburcio, cuando me halle en una esfera, en un círculo de accion adecuado á mi saber y análogo á mis miras.

— ¿Qué dice, Perfeutu? preguntó la Alcaldesa, que yu non comprendu sus terminachus.

— Dice, mujer, contestó impaciente su marido, que sus estudios le sirven para trabajar, pero no de mano.

— Mas le valiera, é que non tuviese que mirare á la cara á nadie, sinon á las patas de la bestia é que cumu su Padre fuese albéi.....

— ¡Veterinario! interrumpió el Alcalde; ya te comprendo, mujer, pero eso no puede ser, y debe aprovechar lo que sabe y ha aprendido.

— Pues entónces non queda mas que hacer, opinó su mujer, sino que te plantes en Sevilla, é pidas para tu fillo la plaza del mastro de escuela que está malu, é non la pueda servire.

Al oir estas palabras, Tiburcio, no pudiendo contener su indignacion contra la indigna autora de sus dias, se precipitó fuera del cuarto.

— ¡Fanfarria! le gritó su madre; fanfarria é non mas que fanfarria! el bunete, los guantes, é la fanfarria!..... *¡lévelus o demo!*

CAPITULO IX.

OCTUBRE. 1845.

Aunque respectivamente ricos, el tio Juan Lopez, su mujer y sus hijos trabajaban á la par de sus criados: y así en un patio vasto que toldaba una parra cuyas hojas empezaban á amarillear, cual si el adios de las golondrinas ó los barruntos del invierno las hiciesen palidecer de temor ó de pena, estaban varias muchachas sentadas delante de mesitas bajas que llaman escojedores, escojiendo trigo para enviarlo á la tahona.

Quela, la hija de la casa, estaba en este momento ausente, por haberla llamado su madre, y vacío el puesto que ocupaba en una de las mesas frente de su amiga Paula.

— Oye, Paula, dijo una de las muchachas, ¿es verdad que el médico es novio de Quela?

— Pues ¿cuántos ha de tener si ya tiene uno? contestó la interrogada; ¿se tienen acaso los novios á pares como las calcetas?

— ¿Qué, tiene novio? ¿pues quién es?

— Berlinga, el hijo del tio Urdax.

Al Alcalde le habia quedado este nombre desde que intentó ponérselo al camino de la Viacrucis, y al hijo le habian puesto el primero.

— ¡Pues qué! ¿eso no se habia acabado? pues si no le habla ya, ni ella sale á la reja!

— ¡Y qué! parece que á los que la echan de usías no les place tomar sereno. Su padre, de ella, el tio Lopez, y la madre de él, la tia Urdaxa, los quieren casar, por aquello de que el dinero llama el dinero.

— Y Quela, dijo otra, ¿se habia de casar con ese Berlinga, que lo echa de mas y mejor, mas feo que una noche de truenos, y tan agrio que parece que suda vinagre? quita allá; á mi abuela la tuerta con eso.

— Es que dicen que va á ser *diputao*.

— Oye, ¿y qué es *diputao?*

— Un gobierno.

— ¿Y será mas bonito por eso?

— Creo que no, pero ella será *gobierna*.

— ¿Qué se le da á Quela ser *gobierna?* Mis narices pongo á que lo mismo se casa con él que yo con el Comandante, que tambien es gobierno y *melitar* que puede gastar casaca. ¡Vea Vd!..... Quela mas bonita que el sol, querer á esa cara de pito tan enteco, que parece el espíritu de la guita, que no mira siquiera á las muchachas del lugar porque no son *principesas?*

— Y ese usía que se ha fraguado en el banco de herrador, oye, ¿dónde tendrá los pergaminos?

— Dice Ramon Perez que en el pellejo de su burra.

— ¿Y las armas?

— En las uñas como los gatos.

— Búrlense cuanto quieran, dijo Paula, pero yo que lo sé, os hago saber, que no le parece el espanta pájaros á Quela, costal de paja.

— ¡El pecado sea sordo!

— ¿Qué queréis? cada uno tiene su gusto, bueno ó malo, segun Dios se lo ha dado.

— ¡Por *via* de Chápiro! exclamó una alegre morena, que si ese gusto tuviese pescuezo, se lo torcia. Casar á Quela con ese mostrenco *leio y escribio*, es como si me casaran á mí con el maestro de escuela que está el pobre *torcio*, *esprimio y lleno de flato*.

— Ea, callarse, dijo Paula, que ahí viene Quela; no darle calma, que si lo llega á entender su madre la tia Belen, que

está con ese casamiento mas ancha que una alcachofa, y cree con eso tener al rey cogido por un bigote, nos echa de su casa á cajas destempladas.

Cuando las demas muchachas se hubieron ido, y quedaron solas las dos amigas, le dijo Paula á Quela:

— Pues ¿no te has *encalabrinado* de ese Tiburcio, mal encarado, que parece un alma en pena?

— No me he *encalabrinado*, Paula, respondió Quela; pero le quiero.

— Buen provecho te haga: le quieres, ¿y porqué le quieres, mujer, si no tiene el diablo por donde desecharlo?

— ¿Sabes acaso tú, Paula, el porqué del querer? Los Padres nos dijeron desde muchachos que nos casaríamos, y le tomé voluntad.

— Pues si se la tomaste, devuélvesela.

— No haré tal. ¿Y porqué habia de hacerlo?

— ¿Pues no estás viendo, mujer, que él no te quiere á tí, y que estás echando margaritas á puercos?

— No me digas que no me quiere, dijo la suave jóven bajando por sus mejillas lágrimas que no pudieron retener sus pardos ojos, ¿porqué no me querria?

— Te digo como ántes me dijiste, ¿se sabe el porqué del no querer?

— Si eso fuese, Paula, me moriria de pena y de vergüenza.

— A fe que buena tonta serias; yo que tú, le daria las gracias encima. Te digo que desde que ha estudiado está ese fantasmon con mas vientos que un fuelle; nos mira por encima del hombro á todas, y le ha echado el ojo á alguna usía. Mas le valiera á ese compadre fachenda estar herrando como su padre, que no haberse quedado como el murciélago que ni es pájaro ni es raton.

Acercóse en este instante la madre de Quela, y poniendo la mano sobre el hombro de su hija, dijo con satisfaccion:

— Pues señor, ¿quién sabe si ese trigo que escogéis es para el pan de la boda de Quela?

La cara se le encendió á esta con la prontitud y ardor de

un fósforo, y echó á su amiga una mirada dulce y radiante como lo es una esperanza realizada.

— ¿Tan pronto? preguntó Paula.

— Andandito, respondió la tia Belen con satisfaccion y alisando los cabellos de su hija que levantaba su cara rosada hácia su madre; para hablar de eso vino señá Tiburcia mi comadre, ha poco.

— Ahora me decia Paula que no lo quisiera, dijo Quela en su gozo.

— Pues está bueno el consejo, exclamó la madre; ¡volverse atras de una boda tratada! ¡Pues qué! ¿Una palabra dada es cosa de juego? Y qué, ¿querias que anduviésemos en boca como gente de poca vergüenza? Basta eso para que tuviese *nota* mi hija. ¡Vaya con el consejo! A fe, Paula, que si tales consejos das á mi hija, que te envíe yo á tu madre y con un recadito, diciéndole que en lugar de acá, te mande por otro poco tiempo en casa de señá Rosita, para que te inculque que las muchachas honestas y recogidas, juiciosas y sumisas, no se vuelven atras de una palabra dada, ni andan probando novios como salsas de guisos.

Paula calló, pero echó una mirada de reconvencion á Quela, y se fué encapotada.

La tia Belen salió, y Quela se fué al corral á echar de comer á las gallinas. Habíase colocado entre la oreja y su ancho rodete una rosa y un ramo de nardos: las flores y las gracias de Dios son para el pobre como para el rico. Así con su cara animada por la inocente alegría de su corazon amante, y su delantal recogido, estaba preciosa; no á manera de figurin de moda, ese ideal de los pseudos de que hicimos mencion; pero á la manera que una mujer es bella, cuando se unen para ello la perfeccion de formas, la juventud, la lozanía y la inocencia que deja reflejarse en el rostro como en un cristal un alma hermosa.

De repente se abrió la puerta y entró Tiburcio. Quedóse parada Quela al verlo despues de lo que acababa su madre de decirle; pero al notarse sola con él en un lugar apartado, brilló en sus ojos una mirada con una espresion de gozo y de cortedad á un tiempo tan encantadora, como lo serian uni-

dos en una ficcion uno de los ángeles del Cielo y una de las gracias del Olimpo.

— Quela, dijo *ex abrupto* Tiburcio, parece que nuestros padres todo lo quieren disponer para nuestras próximas bodas.

Quela no respondió, pero apartó su dulce mirada de bienvenida de la fria y repulsiva mirada de Tiburcio, y la llevó al suelo, miéntras un rojo vivo causado por la estrañeza que le produjo el tono desabrido de su novio, se estendió sobre su semblante cual un barniz, como para darle mas brillo.

— ¿Sois en ello gustosa? prosiguió con sequedad el recien llegado.

— ¿Me llamas de usted? preguntó Quela que se habia criado con él, en tono de dulce reconvencion.

— Abomino el tutear, respondió Tiburcio. El *tú* socava la dignidad en el trato, es costumbre lugareña; no somos parientes para usar de esa exagerada franqueza. Así, respondédme con confianza, que el *usted* no disminuye ni á esta ni al aprecio.

— ¡Aprecio! murmuró Quela entre dientes.

— Cariño, si queréis, repuso con impaciencia Tiburcio; pero respondéd, ¿sois gustosa?

La jóven levantó con despacio sus grandes ojos, cual se levanta el sol en el horizonte, y dió con una mirada tan modesta como amante una elocuente respuesta.

— ¿No respondéis? dijo el lechuguino de arrabal rechazando con aspereza todo el amor y apego que le brindaba aquella mirada.

— Sí que soy gustosa, respondió Quela, ¿porqué no habia de serlo ahora como ántes?

— Porque, respondió Tiburcio con la crueldad que imprime el orgullo, podiais haber mudado como yo.

Quela, al oir estas acerbas palabras, palideció, pero no respondió nada.

— Así, pues, prosiguió Tiburcio, como no podéis amar á un hombre por el que no es posible tengáis ni simpatías ni afinidades, como no tenemos puntos de contacto y somos in-

compatibles, lo mejor será que digáis francamente, y ántes y con tiempo, que os negáis á este enlace.

— ¡Yo! exclamó asombrada la pobre Quela, que habia comprendido la última frase y adivinado las demas que habia usado el ilustrado patan; yo ¡volverme atras de una palábra que he dado! eso no puede ser, Tiburcio, perderia mi estimacion, mi padre me mataria.

— Pues entónces, dijo este, seré yo el que lo diga.

— ¡Tú! exclamó Quela, preñándose sus ojos de lágrimas, ¡Vírgen Santísima! ¿y porqué?

— Porque ya os dije éramos incompatibles, y no podríamos ser felices.

— Pues ¿qué es lo que quieres para ser feliz? preguntó Quela con ahogada voz.

— Amar á la que fuese mi compañera.

— Me volverás á querer, Tiburcio, dijo Quela, sonriendo al traves de sus lágrimas su mirada, como brilla una luz mas suave bajo su globo de cristal. Me querrás cuando sea tu mujer y el sacerdote haya echado la bendicion de la iglesia sobre nosotros. Seremos felices bajo su santa influencia.

— No, respondió Tiburcio, en cuyo corazon seco y henchido de vanidad no hacian mella tanto amor, tanta candidez y tanta dulzura: no, yo nunca podré serlo con una mujer que no está á mi altura.

Las lágrimas se secaron en los ojos de Quela. Como de una diadema que se hubiese en un momento de abandono dejado arrancar por el amor, y de la que hubiese echado mano y vuelto á colocar en su puesto, levantó Quela su frente ceñida de la dignidad mujeril tan instintiva en la mujer española.

— Bien está, dijo, nada digas tú, ni nada hagas, que de mi cuenta queda cortar esto. No porque sintiese que se sonase que me habias plantado: que el bochorno es para aquel que falta, y no para aquel á quien faltan; pero mi padre y mi hermano no habian de dejar la cosa así, y quiero evitar un lance.

— Es que yo nada temo, exclamó Tiburcio con altanería.

— Pero yo sí, repuso Quela, cuyos labios blancos temblaban. Adios, Tiburcio, no quiera Dios que pagues una par-

tida tan mala y de la que no es capaz el último de los lugareños que tú tanto desprecias.

Tiburcio, sin cuidarse siquiera de endulzar su cruel comportamiento, se alejó diciendo con ironía:

— Ya que creéis que la bendicion de la Iglesia es un filtro amoroso, lo mismo da que os la echéis con otro, puesto que lo querréis despues; sobre mí no hacen mella semejantes *fanatismos*. ¡Oh! no, no, no soy árbol yo para echar raíces en este suelo.

— Estóy impuesta, y no hablemos mas, le dijo Quela, señalándole la puerta con un ademan lleno de grave decoro.

Apénas se hubo ido Tiburcio, corrió Quela á encerrarse en su cuarto. Allí se dejó ir á una afliccion que no por ser callada y tranquila fué ménos destrozadora. Veia perdido y pagado con la mas negra ingratitud el amor que desde la infancia era anexo á su corazon; ese corazon que habia guardado para el hombre que amaba, como una perfumada rosa matizada de amor y de inocencia. Veíase objeto de escarnio ó de censura para el lugar, porque en los lugares, donde no hay ni puede haber corrupcion de costumbres, pues que no hay ni ocio ni dinero, el amor no tiene alas, y sin ser ménos bello es mas grave. Pero lo que mas le apuraba era la vehemente indignacion que este suceso habia de causar á su padre y hermano, tan rígidos en punto á honra, tan severos en el cumplimiento de la palabra dada, rasgos anticuados y castizos que se hallan aun en los pueblos de campo, así como se oyen en boca de sus moradores palabras castizas y fuera de uso, rasgos y palabras que solo en sus corazones, en sus labios y en las crónicas antiguas, se encuentran metidos entre sus pergaminos, como nobles hidalgos que huyen de una república. Postróse la pobre abandonada, y suplicó á Dios con mil lágrimas le abriese camino para salir de aquella situacion angustiosa, en la que no podia ni callar, ni hablar, ni obrar, ni quedar pasiva. Al cabo de una hora de angustias y agitacion, Quela se habia decidido sobre el partido que debia tomar, cuando su madre llamó á la puerta. Quela se enjugó sus lágrimas, serenó su rostro y abrió.

Entró la tia Belen cargada de piezas de lienzo que habia

ido á buscar, tal era la prisa que las dos madres tenian de apresurar las cosas de la boda. Venia tan llena del asunto que la preocupaba, que no fijó su atencion en el abatido rostro de su hija.

— Vaya, dijo ¿á qué santo echas el cerrojo al aposento? ¿Tienes miedo de ladrones ó del cancon? Aquí tienes, añadió, poniendo sobre la mesa lo que traia, dos piezas de crea para sábanas y una de Bretaña para las almohadas; bien puedes irlas cortando que ya hablé á doña Rosita para que haga las randas.

— ¿Qué prisa corre, madre? dijo Quela.

La madre soltó la pieza que examinaba, levantó la cabeza, y miró á su hija con sorpresa.

— Digo, exclamó, cuando se ha estado tantos años aguardando á ese Tiburcio, que nunca acababa de estudiar, y que no habia santos que lo sacasen de Sevilla, que tiene veinte y cuatro años cumplidos, y tú veinte y uno, ahora te descuelgas diciendo, que qué prisa hay? No he oido otra. Vaya que son ustedes los primeros novios que me haya echado á la cara á los que sea preciso arrear?

— Madre, dijo Quela apoyándose en el hombro de su madré y bajando la cabeza, yo no quisiera casarme.

— ¡Jesus me valga! exclamó la tia Belen, ¿ahora salimos con esa? ¿Qué mosca te pica, muchacha? ¿Qué ventolina es esa? ¿Desde cuándo has mudado de parecer?

— No lo he dicho ántes, madre... porque... porque tan poco corria prisa decirlo.

— Pero, chiquilla, repuso su madre, ¿no hay mas entre gentes de vergüenza que volverse atras de su palabra? y siempre será por un *quítame allá esas pajas,* porque estarás regañada con Tiburcio, y por eso con la frescura del mundo quieres abochornar á tu familia. No, no, de eso no ha de haber nada. ¿Porqué no quieres casarte, cabeza de chorlito, veleta, con mas pareceres que un escribano, ¿porqué no quieres casarte? dí ¿porqué?

Quela levantó su frente pura y tranquila que coronaba la abnegacion con una de sus coronas de espinas y dijo con voz suave y firme:

— Quiero ser monja.

La madre se quedó atónita.

— Muchacha, exclamó al fin, ¿ahora que te vas á tomar los dichos, te entra la vocacion de monja, de sopeton y como un trabucazo? Vamos, que esa vocacion será como las olas del mar, que se vienen y se van... No salgas ahora con esa sopa de ensalada que sabes que tu padre no lo ha de consentir...

— Mi padre no puede oponerse, dijo Quela.

— ¡O sí, que está mas abajo! — ¡Jesus! ¡Jesus! ¡qué trueno! ¿qué dirá tu padre?... ¿qué dirá mi comadre? ¿qué dirán las gentes? repetia la tia Belen poniéndose las manos en la cabeza.

Hay demasiada solemnidad en una resolucion que lleva á elegir lo poco, lo pobre, lo oscuro y lo santo, sobre todo en un pueblo católico, ferviente como lo era, á Dios gracias, aquel, para que la que habia tomado Quela sufriese otros obstáculos por parte de sus padres, que los de la oposicion moderada y de los ruegos. Pero todo fué en vano y Quela se sostuvo en su propósito con tanta firmeza como dulzura; hizo mas, y cual el cielo de sus estrellas no se cubria su rostro de lágrimas, sino de noche y en silencio, de dia estaba tranquila y serena; nadie adivinó lo que habia pasado.

La abnegacion, que es el heroismo femenino, lleva su corona como aquel, pero no de laurel sino de espinas... quita á la fama su clarin y le pone en los labios un candado... y cubre su apoteósis de un denso velo.

Algunos dias despues de lo que hemos referido, viendo que Quela permanecia firme y constante en su determinacion, el tio Juan Lopez se encaminó entre afligido y abochornado en casa del alcalde.

— ¿Qué tiene Vd. compadre? le dijo al verlo llegar D. Perfecto; ¿qué le trae acá tan mohino? ¿Se le murió á Vd. el rucho?... ¡Me lo temí!...

— ¿Qué es esu, compadre? ¿tiene *saudades?* dijo Tiburcia.

Pero apénas hubo el tio Juan Lopez, entre suspiros y recriminaciones contra el mudar de pareceres de las que visten

por la cabeza, hecho saber á los futuros consuegros el objeto de su visita, cuando la señá Tiburcia prorumpió en desaforadas exclamaciones, poniendo sus manos en la cabeza y sus gritos en el cielo. Tiburcio con su *bunete* y sus *juantes* habia hecho una brecha demasiado grande en su modesta fortuna, para que no viese su madre con desconsuelo desaparecer la esperanza de verlo bien establecido, y fijada su suerte de manera que no les fuese gravoso en adelante.

— Peru cumpadre, exclamaba la desolada madre, si non puede entrar munja ni prufesare que lu pruhibe el prugresu, ¿es verdad?

— Cierto, comadre, contestó el tio Lopez, pero quiere entrar aunque sea sin profesar; para eso tengo yo que estarla manteniendo, y tengo con qué, á Dios gracias. ¿Cómo me niego si ya la muchacha tiene veinte y un años, y sabe lo que se hace? ¿Qué le hago?

— Mucho será, dijo la señá Tiburcia cuando se hubo ido su compadre, que aquí non haya *jato* encerradu é que esa sardina sin sal de mio fillo non haya hechu alguna trastada, es verdad.

Trató la alcaldesa de averiguar lo que sospechaba: con este motivo y las exigencias con las que perseguia á su hijo para que tratase de disuadir á Quela de su propósito, hubo entre madre é hijo tan vivos altercados; estos desesperaron tanto al empingorotado botarate, que exigió de su Padre lo enviase á Madrid á *pretender*, porque en este país, que es el país del mundo donde mas se clama contra las contribuciones, es el país del mundo en que hay mas sugetos que quieren vivir de ellas; y esto que se quejan amargamente de no estar pagados, y en cambio siempre expuestos á quedar cesantes. ¡Qué seria, pues, si estuviesen pagados y el destino perdurable! y lo que mas escandaliza, es que hombres acomodados abandonen sus haciendas y negocios por esa ansia de figurar y de meter sus uñas en esa bolsa del público, llena de gotas de sangre y de lágrimas.

El alcalde, convencido por los argumentos que le hizo su hijo en favor de su viaje, deslumbrado por sus esperanzas, aturdido por su soberbia y arrogancia, vendió para sufragar

las costas del viaje sin que lo supiese su mujer, un olivarito de su propiedad, y un dia cuando se levantó la *señá* Tiburcia halló que su hijo, cual el águila, habia tomado su vuelo á altas regiones, perdiéndose á la vista de los humildes moradores de Villamar.

CAPITULO X.

JUNIO, 1844.

Formaban estas dos niñas, Lágrimas y Reina, en todo el mas marcado contraste. Reina, hermosa, robusta, llena de vida, era la hija única de la brillante marquesa de Alocaz, la que á los pocos años de casada, habiendo quedado viuda de un hombre que amaba con pasion, concentró en su hija toda la fuerza de amor de su corazon, y crió á su ídolo con los mas exagerados mimos.

Aunque separada de ella momentáneamente por su viaje á Madrid, los cuidados y desvelos de la madre rodeaban á su hija. Parientes, amigos, criados antiguos, vigilaban y visitaban de continuo á la niña, trayéndole en profusion juguetes, golosinas, flores, y en fin, cuanto puede agradar en esa edad. Anticipábanse los criados en tono chancero á darle tratamiento, y le hablaban de su hermosura, de sus riquezas y de sus pergaminos.

Lágrimas, la niña enferma, que solo debia la vida al cuidado de las monjas, era pequeña y delgada. Nadie, fuera del convento, se habia ocupado de ella, ni nunca habia recibido ni un recuerdo, ni un regalo.

Solo una vez al año, habia ido su padrino Don Jeremías Tembleque á verla al locutorio. La primera vez que fué, le llevó un rosquete comprado á un confitero ambulante, el qué estaba salpicado por las moscas de negra grajea. A la niña, que no era golosa, dió asco el rosquete y no lo quiso comer; con ese motivo D. Jeremías, que se picó, escribió á su compadre que las monjas criaban á su hija muy melindrosa, y propuso no volverse á despilfarrar.

Reina sabia que era hermosa, rica, noble y querida. Lágrimas sabia que no era ni bien parecida ni querida, y estaba en la persuasion, así como las monjas, de que era pobre. Cuando la hermosa marquesa de Alocaz decia mirando á su hija: «¡cómo crece! ¡cómo se desarrolla esa hija de mi alma!» un coro respondia, y sin que en ello entrase adulacion, porque lo que decia era la pura verdad: es hermosa, airosa, tiene un señorío y una gracia innata; es idéntica á su madre. Al contrario de la marquesa, la primera vez que despues de cuatro años vió D. Roque la Piedra, que sus negocios trajeron á Sevilla, á su hija, dijo á su compadre:

— ¡Qué delgada, qué amarilla está y qué pequeña se va quedando la chica! ¡qué encogida, que compungida y que poquita cosa es! La sangre americana, compadre, que parece melaza. Nada ha sacado á mí, es idéntica á su madre.

— Idéntica á su madre, hasta en los melindres, contestaba D. Jeremías.

Fácil es comprender que el apoyo y la proteccion que halló la niña sola, débil, encogida, en la niña fuerte, animada y llena de vida, hicieron brotar en aquel ser amante y aislado, una profunda y apasionada ternura hácia su amiga. Reina, por su lado, se apegó á aquella niña tímida y asombradiza, y halló un placer perfectamente adecuado á su genio en guiar, gobernar y animar al ser débil que buscaba su sombra, en tener á raya las *polluelas de inmundos corrales*, y dominarlas hasta el punto de obligarlas, cuando podia á escondidas de las madres, á que limpiasen bajo su inmediata inspeccion la jaula del canario que se habian atrevido á amenazar, convirtiendo así, cual una adorable hada para el pajarito, sus enemigas en esclavas. Las *polluelas* á todo callaban y obedecian por dos razones: la una era que Reina tenia unos dedos dotados de una singular aptitud y fuerza para tirar pellizcos, cuyos cardenales no se iban tan pronto como se venian. Esta detestable, soez y denigrante costumbre, la habia traido la niña mal criada al convento. La otra razon que ponia sobre los despotismos de Reina un candado en los labios de sus víctimas, era que todos los dias aparecia esta á los ojos de aquellas con un papelon de dulces, bizcochos y tortas en

la mano, bella como la fortuna que reparte sus dones, y tirándoselo aunque fuese en el suelo, si no hallaba mesa ó banco á la mano, les decia con dignidad: «Tomád, lambrucias, engullíd y hartáos.»

Con el trato de Reina se habia esparcido algo el tétrico y asombradizo genio de la pobre niña enferma, y aun sobre su salud habia influido benéficamente. Sufria esta siempre alternativas, en las que obraba poderosamente el estado de la atmósfera, así como las impresiones que recibia. Su alma era como el cristal, la empañaba solo un aliento, la traspasaba un rayo de sol, un choque la habria quebrado. Son estos pobres entes desgraciados, sin fuerzas morales ni físicas, como un tenue manantial de agua clara, que sin caudal ni poder para abrirse una senda vuelve á consumir la tierra y á absorber el cielo. Existencias que solo conocen de la parte humana los padeceres y de la espiritual solo la angustia y la tristeza, y son como esos cometas que se lanzan en el espacio, que vagan sin rumbo ni direccion y que están sujetas á la tierra solo por una tosca guita, que por lo regular manejan manos torpes y bruscas; almas de ángeles que tienen su mayor mérito en ignorar lo que valen, que no lloran sobre sí, sino sobre el dolor que es herencia comun.

— ¿No ves, le decia algunas veces á Reina, mirando al cielo, esas nubes que vienen corriendo de la mar? vienen huyendo y llorando de los horrores que habrán visto en ella.

— ¿Esas nubes? respondió Reina: te equivocas; no vienen del mar sino del cielo; las manda el Señor para regar los campos, porque ha habido rogativas por el agua.

— ¿No oyes, preguntaba otras veces con la cara asombrada la niña, el ruido de la mar muy léjos, muy léjos?

— Vaya, respondia Reina riendo, si es un moscon; ojalá se te plantase en las narices, y verias si es la mar. Siempre estás con la mar, la mar, la mar, ¡qué cansera de mar!

— ¿Has visto la mar, Reina?

— Sí, que fuí á las corridas de caballos á Sanlúcar y la ví, porque se mete en el rio. ¿No te acuerdas que volvimos juntas?

— ¿Y estaba enfadada, Reina?

— No se lo pregunté, porque nada se me daba de que lo estuviese ó no su merced.

— ¡Oh! Reina, ¡si vieras cuán espantosa se pone cuando se enfada! se levanta en ondas como una furiosa serpiente, echa espuma de coraje, y brama de rabia; entónces todo lo rompe, todo lo destroza, todo lo aniquila, todo lo traga, los vivos para matarlos; los muertos...

Levantábase entónces Reina con viveza y se ponia á bailar tocando las palmas y cantando:

Alegría, alegría, alegría,
Que ha parido la Vírgen María,
Sin dolor ni pena,
A las doce de la noche buena,
Un infante tierno,
En la fuerza y rigor del invierno:
Y los angelitos
Cuando vieron á su Dios chiquito
Metido entre paja,
Le bailaban al son de sonaja.

Al oir la alegre voz de su amiga, y al sentir el profundo y santo gozo que les es propio y que infunden los cantos de noche buena, Lágrimas se serenaba, los lúgubres pensamientos se borraban y sonreia suavemente, como la tristeza al consuelo.

Así pasaron reunidas estas niñas dos años que le fué preciso á la Marquesa permanecer en la capital. Pero á su regreso le faltó tiempo para llevarse consigo á su hija.

El dolor de Lágrimas al separarse de Reina, fué tan acerbo y tan profundo, que á poco recayó en aquellos accesos de triste angustia, de inquietos insomnios que tan perjudiciales eran á su salud. Reina, que lo supo por las monjas, pidió á su madre se empeñase con ellas para que dejasen á Lágrimas pasar los dias festivos en su compañía. Las madres pidieron su vénia á D. Jeremías, que la dió, poniendo á esto como á todo lo que concernia á la niña, tan poca importancia, que ni aun se lo dijo ni escribió á su padre.

La pobre niña que tan poco lugar ocupaba en todas partes, que no se oia nunca, que no llamaba la atencion, que parecia un pálido satélite del brillante astro en cuya órbita

giraba silencioso, no podia ménos de ser querida por los que se ponian en contacto con ella. Así era que la Marquesa la veia con gusto en su casa, pues son contadas (si es que existen) las naturalezas que no tengan un placer en causárselo á otras, sobre todo si no les cuesta nada. Así, pues, sin interrumpir esta amistad, que era todo el encanto de la modesta vida de Lágrimas, pasaron cuatro años, contaba ahora Reina diez y ocho, y Lágrimas diez y seis. Era esta siempre la niña delicada de salud, delgada y pálida. Su debilidad física y su dejadez americana le daban un aire cansado y doliente, que hacia á los que activamente recorrian el camino de la vida, dejarla á un lado, como al cansado caminante, que se ha apartado de él y se ha sentado en un marmolejo sin estorbar á nadie. Sus movimientos eran tímidos y lentos, sin dejar por esto de tener una gracia lánguida y suave, tanto mas simpática, cuanto estaba léjos de toda afectacion. El trato con las monjas habia hecho ménos sombrías las miradas de aquella pobre asombrada niña; el roce con Reina y con la sociedad las habia hecho ménos ariscas, pero nada habia podido desprenderlas de aquella tristeza profunda que habia grabado en ellas la terrible catástrofe que le abrió tan niña aun los ojos á los horrores de la tierra; una extremada timidez que se unia á esto, le hacia tener sus ojos siempre bajos; así sucedia que cuando los levantaba, como eran tan estraordinariamente hermosos, causaba su vista casi una sorpresa.

Reina, que habia crecido mucho, era alta y airosa: su cara aguileña tenia el blanco puro y mate de la cera; su nariz, un poco larga, era fina y bien formada; su frente era alta y altiva; su boca de delgados labios, desdeñosa y burlona; sus ojos pardos eran penetrantes como dardos. Tenia una desenvoltura que no era propia de su edad, pero estaba unida á tanto señorío y tanta gracia natural, que la crítica, indulgente con ella, como lo era su madre, se resignaba á tolerarle ese lunar inherente que no la desgraciaba.

Ya que al bosquejar uno de los tipos que figuran en esta relacion hemos indicado defectos, por desgracia harto comunes entre las jóvenes españolas, nos permitiremos darles un con-

sejo, aunque no sea mas que para probar que el espíritu de nacionalidad no nos ciega al punto de tomar defectos por méritos, ni malas tendencias por gracias. Este consejo de amigos es, que al adoptar las cosas elegantes y de buen gusto del estranjero, no se limiten en esta imitacion á las capotas, bertas y cosas semejantes, sino que la estiendan á ciertas reglas de alto buen tono que siguen las jóvenes en la buena sociedad estranjera. Allá las jóvenes no llevan el sello de la elegancia fabricado en casa de sus modistas; lo llevan genuino y no se aja ni pasa de moda como aquel. Consiste en una reserva modesta, que hace hablar bajo, pero nunca de quedo; en un no desmentido respeto para toda persona de edad, fea ó bonita, discreta ó tonta, y entre la rica y la pobre con preferencia á esta última, respeto que es hasta una inocente coquetería, por la suavidad y frescura que imprime á la juventud. Ha de ocuparse mucho mas de las mujeres que de los hombres, lo que procura amigas, y no quita admiradores; y sobre todo, este sello de buen tono *real*, escluye completamente de los labios de la juventud la burla personal como cosa atrevida, chabacana, que debe quedar relegada á las antesalas; á la gracia, así como á un manantial de agua cristalina y brillante, se le dirige su cauce, y corre lo mismo entre flores que entre espinas. Cuando las jóvenes españolas se convenzan de estas verdades, podremos gloriarnos los españoles de tener en nuestro país las mujeres mas cumplidas de Europa.

La marquesa de Alocaz era una mujer hermosa, que aun no contaba cuarenta años. Era tan parecida á su hija, que al verlas juntas parecian la tarde y la mañana de un hermoso dia. Era la marquesa una de esas mujeres que solo en España se encuentran, las que como las flores deben sus colores y su perfume á su propia savia, y no á pinceles y esencias, es decir, que criada en un convento, sin mas nociones ni educacion que las que se necesitan para formar una mujer virtuosa, una buena madre, y una mujer de su casa; sin jamas haber leido un libro, ignorando del todo las melifluosidades de novelas, ella sola, su instinto, su talento, su tacto, su natural señorío la habian hecho una mujer altamente distinguida,

delicadamente culta, que tenia el aplomo y el mundo de una cortesana de la corte de Luis XV. No habia conversacion en la que no alternase con tino y gusto, ni lance que no jugase con acierto y decoro. Orgullosa como ninguna, era tambien como ninguna fina y amable. Era cuando se ofrecia *oportuna* como decian sus amigos; *boquifresca* segun decian aquellos que, como inoportunas mariposas, se acercaban bastante á la luz para que esta quemase sus alas.

La marquesa, aunque habia quedado muy jóven viuda, no se habia vuelto á casar á causa de sus extremos por su hija; porque Reina, desde chica, con ese instinto de egoismo y de celos de los niños consentidos, habia tomado entre ojos á cuantos se habian inclinado á su madre, á punto de obligar á esta estremosa madre á alejarlos, lo que alguna vez llegó á ser un doloroso sacrificio para ella; sacrificio que su hija no comprendió entónces ni supo despues; pero así son los sacrificios de las madres, — ni ellas le ponen precio, ni créen que se les deba poner. Llamábanla con razon sus amigas: la perfecta viuda.

CAPITULO XI.

OCTUBRE, 1846.

Lector de las Batuecas, habrás notado que hemos tomado mucha confianza contigo, la cual es porque nos eres simpático, y nos interesamos por tí, y queremos instruirte. No es que no sepas acaso mas que nosotros, lo que es muy probable, pero de cierto no sabes una porcion de palabras, entradas de contrabando, sin que autoricen su introduccion ni aranceles, ni amnistía, ni indulto. El diccionario no las trae, pero acá te las esplicaremos. El diccionario está un poco anticuado; es un dolor, porque es un escelente sugeto; á nosotros nos gusta muchísimo, un poco testarudo es, pero muy amigo de complacer.

Como pintor de costumbres de la época, tenemos que rozarnos con estas palabras, con las que por todas partes nos

damos de narices. Te las iremos esplicando é indicando su orígen, para que no creas al leernos que el español tira al griego. No, al griego no, al poliglotismo y á la república de las palabras.

Los introductores de tanta palabra de *último gusto*, en honor á la verdad, no han recibido ningun sofion por eso, y ni el inglés, frances ni aleman, nos han dicho con grosería de rascarnos con nuestras propias uñas; eso no, lo que hacen es abrir sus graneros como Faraon.

Al hablar de la marquesa íbamos á decir, que esta amable señora española, aunque tenia graves cuidados, se la hallaba siempre igual, siempre animada y afable, sin que la melancolía ni el *spleen* viniesen á nublar su frente hermosa y serena.

Te esplicaremos, pues, quién y qué cosa es *spleen*.

El *spleen* es hijo de la saciedad y de las neblinas opacas del Támesis. Fué su padrino el humo de carbon de piedra, y lo crió un lord gotoso al lado de su chimenea en silencio y soledad. Tiene el *spleen* el pelo lacio, los ojos tristes, los estremos de la boca caidos hácia abajo y el entrecejo arrugado; es alto y delgado, y no tiene el pobrecito mio maldita la gracia. No quiere salir de su país, y los demas países se disputan su dulce posesion. Primero se lo llevaron los franceses por los cabellos á Francia, en donde ha hecho las mayores fechorías, de que solo te referiremos la primera, que á pesar de ser trágica, es el de menor consideracion de sus lances. Lo primero que hizo, pues, ese cara de pito, fué disponer que en lugar de *bailados* fuesen *andados* los rigodones (cosas del *spleen*). Terpsícore se puso furiosa y lo desafió. Fué padrino del *spleen* un buho, y de Terpsícore la Taglioni. El *spleen* derribó á Terpsícore con un suspiro, pero esta, como es tan ligera, se levantó al punto, y con un *entrechat*, (perdona, lector, con una cabriola cruzada en el aire) echó á rodar el *spleen*. Los padrinos declararon el honor satisfecho, y cada uno se fué por su lado. El *spleen* se fué al rio Sena con intencion de tirarse en él de cabeza: Terpsícore á la ópera á divertirse. Te diré para tranquilizarte, lector, que lo han traido aquí tambien, pero que toma al instante las de villadiego. El sol de por acá deslumbra sus tristes ojos;

las castañuelas le atacan los nervios, zambomba y panderetas le dan jaqueca, la gracia andaluza lo hace huir, las boleras y fandangos le son mortales.

La marquesa, sin tener spleen, abrigaba en su pecho roedores cuidados. Eran estos tocante á los intereses del caudal de su hija que manejaba.

Es una máxima muy general y muy cierta la de que un alma superior y elevada, mira con desden los intereses pecuniarios, y por mas que el siglo de ideas positivas quiera condenarla al ridículo, y relegarla al zaquizamí literario con los idilios y las pastorelas, quedará esta máxima una eterna verdad, miéntras haya almas superiores y elevadas.

Pero este desden es aplicable al ansia ávida y al sórdido afan que se tuviese por aumentar su caudal; no al digno y loable deseo de conservar el que nos legaron nuestros padres, y debemos dejar á nuestros hijos. Por eso instituyeron los sabios antepasados los mayorazgos; sello de la época de grandes miras, que abrazaba toda una descendencia como lo fué la que fundó los mayorazgos, como sello de época de pequeñas y egoistas miras, es el haberlos destruido; señal de fuerza y de porvenir fué su institucion: señal de debilidad y de incertidumbre es la de su destruccion.

¡Y cuántos mas, pues, serán estos cuidados, si al cariño de la madre se une la responsabilidad de tutora!

El difunto marques, que era gastador, habia dejado deudas que, como debia, reconoció tan luego la marquesa en nombre de su hija. Herederos colaterales disputaron á Reina su caudal, pretendiendo que su fundacion escluia hembra. Este era el pleito que habia llevado á la marquesa á Madrid. Ganó el pleito, pero sus crecidas costas vinieron á engruesar la deuda que ya tenia, y últimamente un considerable tributo que gravitaba sobre una de las mejores fincas del mayorazgo, olvidado y desatendido desde infinidad de años, resucitaba como una fantasma crecida en grandes dimensiones, por sus caidos plazos y fuerte de su indisputable derecho. Así era que aquella frente serena en el estrado, se cubria de sombras y nubes, cuando, sola en su cuarto, los apuros de su situa-

cion oprimian aquel ánimo de mujer, que no sabe ser fuerte cuando el corazon no le auxilia.

Estaba un dia la marquesa tristemente absorta y ensimismada, cuando entró su anciano é íntimo amigo el maestrante D. Domingo de Osorio.

Era este caballero un hombre bueno, honrado, digno, sincero y recto, de quien no se ocupaba mucho la sociedad, porque tomaba pocas cartas en ella, pero que todo el mundo queria y respetaba. Era un acérrimo carlino, de esos que cual firmes rocas se mantienen debajo del mar, dejando pasar sobre sus cabezas las olas de los eventos, sin oponerles resistencia, pero sin que sus vaivenes los muevan; seres para los que no hay mas inspiraciones ni mas luz que las de su conciencia, en la que descansan como en un lecho de plumas blancas; monólitos morales para los que la voz concesion, equivale á la de traicion; fees robustas porque no tienen su asiento en la cabeza que calcula, sino en el corazon que siente; imposibles de estraviar, y fáciles de engañar; llámalos el siglo *Quijotes*, pero están de tal suerte rodeados de innobles Sanchos, que entre estos descuellan tanto mas elevados y caballeros. Llámalos el progreso *dementes;* si lo son es á la manera de la reina Doña Juana, sin enterrar jamas el objeto de su culto; hombres de los que algunos se burlan, pero que todos quieren por amigos; correligionarios que son pobres auxiliares á la parte activa y militante de un partido, pero que en cambio lo honran y autorizan.

— Marquesa, dijo con semblante animado D. Domingo, ¿sabe Vd. la noticia? Zaldivar está en Ubrique, su pueblo; tiene ya tres mil hombres armados y diseminados por la Sierra de Ronda, prontos á reunirse á la primera señal.

— ¡Zaldivar! esclamó la marquesa. ¿El infeliz que fué fusilado?

— ¿Y Vd. se lo ha creido? no hubo tal, pagó otro infeliz y dijeron era Zaldivar; pero á él no lo han podido jamas coger. ¿Coger? ¿Pues qué, no hay mas que coger á Zaldivar? ¿Pero qué tiene Vd? me parece que está Vd. triste. ¿Tiene Vd. algun disgusto?

— ¿Y le parecen á Vd. pocos los que me rodean? ¿el

abismo en que me voy hundiendo sin hallar medio de evitarlo?

— Es preciso que gaste Vd. ménos y recoja velas.

— Imposible. Bien sabe Vd. el arreglo de mi casa, en la que no hay despilfarro.

— Despida Vd. criados, tiene Vd. un ciento.

— Y todos son pocos y están ocupados en este caseron.

— Múdese Vd. á una casa mas chica.

— ¡Dejar la casa solariega! ¿Está Vd. en sí?

— Suprima Vd. la tertulia.

— A buen tiempo, cuando toda mi vida la he tenido, ¿la quitaria ahora que mi hija tiene diez y ocho años, y que la disfruta y brilla en ella? Ademas, valiente gasto es ese. D. Domingo, me está Vd. pareciendo al Duque aquel que estableció la economía en su casa, suprimiendo algunas rodíllas en la cocina. El pleito me ha empeñado hasta los ojos; los deudores anteriores claman. Ahora aparece este censo que resucita cebado de sus propios caidos, todo á la vez. ¡Todo apremiante! ¡qué hacer! ¡qué hacer!

— Acuda Vd. á un capitalista, á un comerciante.

— Hato de judíos, exclamó la marquesa, usureros sin pudor! que especulan sobre la ruina ajena. Usted se chancea, D. Domingo.

— La necesidad carece de ley, amiga.

— Harto lo sé; pero no me pongo en manos de esos fariseos. Sé por amigas mias con la perfidia, con la que ayudados de sus fieles consejeros los abogados y escribanos, hunden el puñal en las entrañas de sus caidas víctimas.

— A eso os dirán, dijo D. Domingo, que el dinero es una mercancía como otra cualquiera, y que su valor es arbitrario. Estas son de estas claridades nuevas que nos trae el siglo de las luces.

— No manche Vd. su boca, D. Domingo, repitiendo los sofismas de la usura; esa despenadora quiere tambien enseñorearse con capa de terciopelo, así como la irreligiosidad con la de *despreocupacion*: el agiotaje con la de *especulacion;* el desenfreno con la de *libertad;* un casamiento de solo in-

teres con la de *casamiento de razon*, y el acabar con la sociedad con la de *socialismo*.

— Acaba de llegar aquí, dijo D. Domingo, de vuelta de un viaje á Madrid, un comerciante de Cádiz millonario; lo sé por un amigo mio á quien le es forzoso vender una hacienda á retroventa, y á quien este peruano se la va á comprar. Vd. sabe que en Cádiz viven los comerciantes de fuste en plata como el pez en el agua, y que son por lo tanto generosos, garbosos y caballeros.

— Sé que hay de todo, D. Domingo, sé que hay de todo, y el epíteto de *Peruano* no me infunde confianza en las calidades que Vd. le presta.

— Pues este de que hablo á Vd. es de los mas poderosos y encopetados. Ha hecho gran papel en Madrid.

— ¿Y qué significa eso hoy dia, D. Domingo?

— Mucho, porque significa que es rico. Le gusta la buena sociedad y figurar en ella, pero figurar tal cual Dios lo crió, sin amoldarse á ella. Con la grosería, sello de ordinariez, se engalanan estos papatachos, como honorífico distintivo de la independencia, y señal de no necesitar á nadie, puesto que en la candidez de sus convicciones, creen la política y la finura una adulacion solo en uso del que quiere ser favorecido hácia aquel que lo puede favorecer. Estóy seguro de que haria Vd. con él lo que quisiese.

— Nunca habia yo de querer, respondió la marquesa, sino aquello que sacándome á mí de una situacion tan apurada, tuviese cuenta á los intereses del que me sacase de ella. Pero bajarme yo á suplicar como un favor lo que no lo es, no me seria posible, D. Domingo.

— Pues déjese Vd. embargar; es lo mas prudente. Su padre de Vd. que tanto la queria, vendió una soberbia posesion que estaba ruinosa; pero de la que se podia sacar un inmenso partido, en renta vitalicia sobre la cabeza de Vd.: esta es de treinta mil reales; la viudedad del marquesado de su hija, es de veinte mil; con esos cincuenta mil reales, le queda á Vd. para vivir con economía, es cierto, pero con sosiego.

— ¿Que me deje embargar? D. Domingo, ¿qué decís?

¡Pasar ese bochorno! ¿esponerme á que hagan paz y guerra del mayorazgo de mi hija? ántes morir.

— Pues entónces vea Vd. de hacer un arreglo con ese D. Roque la Piedra, como lo va á hacer mi amigo...

— ¿D. Roque la Piedra ha dicho Vd.?

— Sí, así se llama el Creso.

— ¡Qué casualidad! ese debe ser el padre de Lágrimas, pues así se apellida esa pobre niña amiga de convento de Reina, que tiene tal pasion por mi hija que empeoró de una manera alarmante su delicada salud cuando me traje á Reina del convento. Reina la quiere mucho, y así viene á pasar aquí casi todos los dias de fiesta.

— ¿Qué me dice Vd., marquesa? esa niña tan calladita, tan humilde, tan bien portada, que me hace tanta gracia por lo compuesta; ¡es hija de ese coloso de plata, de ese bambolla! No gasta mucha con respecto á su hija; cuanto tiene se lo ha regalado Reina.

— Eso no es nada, D. Domingo; no lo nombre usted siquiera. Ademas Reina el dia que no tuviese que regalar, me regalaria á mí y se quedaria huérfana.

— Pero en fin, dijo D. Domingo, es natural que con motivo de las bondades demostradas por Vd. á su hija, D. Roque la Piedra venga á darle á V. las gracias, y esto viene bien, puesto que *hablando se entienden las gentes.* Es este un refran antiguo que ha caducado, mi amiga... murió; despues se enterró, y es su panteon el salon de las Cortes. Pero como aquí no son Vds. mas que dos, podrá hacerse á mutua satisfaccion un negocio en que D. Roque pueda favorecer á Vd. con utilidad y provecho suyo.

Pocos dias despues, habiendo sabido D. Roque por D. Jeremías la amistad demostrada por Reina y las atenciones tenidas por la marquesa hácia su hija, pasó á verla para darle las gracias.

Aunque habian pasado diez años desde su llegada á Cádiz, la persona de D. Roque seca y angulosa como una mala estatua de hierro, habia cambiado poco ó nada. Siempre era la fria y vulgar fisonomía del villano enriquecido — no habia en él mas diferencia sino la de vestir mejor y mas

primorosamente, á lo que obligaba el alternar en la buena sociedad, así como á gastar un lenguaje algo ménos tosco, si no mas delicado.

— Señora, dijo al presentarse con todo el atrevimiento de la ignorancia y el aplomo de la gansería: tengo tanto mas placer en visitar la casa de Vd., cuanto que jamas he necesitado á ninguno de Vds.; y si he podido servir á varios, así tendré una satisfaccion en que Vd. me ocupe.

La marquesa estuvo por contestarle que el dia que la sirviese le pagaria, como lo habrian hecho los otros, á tanto por ciento sus favores, pero se contuvo.

D. Domingo corrió á llamar á Lágrimas, que por ser dia de fiesta estaba en casa de la marquesa.

— ¡Ah! ¿ahí está la chica? dijo D. Roque al ver entrar á su hija con Reina. La enseñáis mal, marquesa, con tanta tertulia y diversiones, luego no se va á hallar conmigo en casa, y ahora que tiene diez y seis años me la voy á llevar.

La pobre niña, al oir á su padre, se estremeció y apretó con angustia el brazo de Reina.

— ¿Qué, se le va Vd. á llevar? dijo esta á D. Roque; ó no, que está mas abajo.

D. Roque se volvió atónito al oir aquella contradiccion despótica que se le plantaba delante; pero al verla brotar de aquella boca tan bella, tan fresca y tan juvenil, se sonrió como se sonreiria un rey al ver posarse en su corona una bella mariposa, y dijo:

— ¿Y porqué no, señorita?

— Porque yo no quiero, respondió Reina.

Es muy probable, que con la aspereza del orgullo y la mezquindad del egoismo, D. Roque, sin atender al cariño á su hija, solo hubiese contestado con su marcial desatencion, á la prosopopeya que encerraban las palabras de Reina, á no haber intervenido la marquesa, la que con el tono mas fino y con las expresiones mas amables, suplicó á D. Roque, dejase pasar á su hija una temporada en su casa al lado de Reina.

— ¿Te quieres quedar, chica? preguntó á su hija D. Roque, que no deseaba otra cosa, por hallarse muy lisonjeada su

vanidad con poder decir por todas partes que su hija habia quedado á puros ruegos de esta en casa de la marquesa de Alocaz.

La pobre niña, que temblaba, se apresuró en contestar:

— Yo quiero lo que Vd. mande.

— Bien, bien, dijo D. Roque, como dispensando un favor; pues que todos se empeñan, no quiero que se diga que no soy condescendiente, ni que Vd. crea, señora, que le niego lo primero que me pide. No gasto *parola*, pero sepa Vd. que tiene en mí un amigo en *efectivo*, y no en *pagarés*.

— ¡Qué feo es tu padre! le dijo Reina á Lágrimas cuando este se hubo ido, se me figura que ha de ser idéntico al Hércules de la alameda de Cádiz, que tanto ponderan de feo. En nada te pareces á él, hija mia, de lo que te felicito.

— Dice mi padrino, respondió Lágrimas, que me parezco á mi madre. — ¡Pobrecita!

— A tu padrino, á esa rata de caño sucio, mándale á decir que no venga acá á verte, que se me figura que trae en los bolsillos de su inmundo gaban el cólera, la sarna, y la peste. ¿Nunca te regala ese padrino miseria?

— Una vez me dió un rosquete.

Reina se puso á reir tanto y tan de corazon, que se dejó caer rendida sobre un sofá.

— Creo que es pobre, dijo disculpándolo Lágrimas.

— Deja que venga, repuso Reina, te aseguro que reuno á los criados con cacerolas y almireces, y llevo una cencerrada por padrino pelon.

— No vendrá, dijo Lágrimas: solo una vez al año iba á verme al convento.

CAPITULO XII.

OCTUBRE, 1846.

En este tiempo aparece D. Roque la Piedra, subido de categoría, como hemos visto, pues de *bello y escelente* sugeto, ha llegado á *bellísimo y excelentísimo* sugeto segun la no-

menclatura de los modernos sinónimos; lo que quiere decir que ha llegado y pasado de millonario, siguiendo al reves de los rios un curso ascendente.

Como es probable que no conozcas al millonario moderno, querido lector de las Batuecas, porque el millonario moderno no se da en los aires puros que tú allá disfrutas, tendremos que hacerte su fisiología.

Pero distingamos: no tratamos del millonario que por medios honoríficos, ayudado de su buena cabeza, por su trabajo y por la fortuna, que favorece al que se le antoja, bueno ó malo, al buen tuntun, ha llegado á serlo. Léjos está de nosotros semejante propósito; condenar á un millonario por solo serlo, y confundirlo con el tipo que vamos á delinear, seria faltar á la verdad, á la justicia, á la equidad, y dar márgen á que pensaras tú que mueve nuestra pluma la envidia. No, no, jamas hemos envidiado sino á tí, querido y simpático lector de las Batuecas. Habrás podido notar, puesto que segun se nos asegura, la imparcialidad que ha desaparecido de por acá, se ha ido á tu país; habrás conocido, decimos, que no abrigamos malevolencia, y que aun las cosas que nos son antipáticas las tratamos sin hiel, á pesar que este condimento está á la órden del dia para la confeccion de los escritos, como lo está para la confeccion de los guisados de nuestras cocineras el detestable azafran, sucediéndole á los que escriben como á las que guisan, que sin lograr al servirse de su condimento poner los escritos ni los guisados bonitos, les dan un repugnante paladar. En una sola cosa no transigimos y es en las cosas de Religion, puesto que la eterna verdad dijo: *el que no está conmigo está contra mí;* admirable y concisa regla como todas las que salieron de aquellos divinos labios, pulverizando en su sentido la tolerancia en punto á cosas de Dios, y en su concision todas las fraseologías. Adquiriremos con esto el epíteto de *fanático;* á mucha honra lo tenemos. El que echó ese epíteto como baldon á los católicos, es mal intencionado ó ignorante. Es lo primero, si sabe el sentido de la voz y sabiéndolo la aplica; y es ignorante si lo dice sin conocer el sentido de la voz que el diccionario define así:

Fanático: el que defiende con tenacidad y furor opiniones erradas en materia de religion.

No siendo erradas las opiniones ni defendidas con furor, no es aplicable la palabra *fanatismo* al católico ferviente. Lo que á la palabra *fanático* se puede aplicar á la de *supersticion* de la que dice Balzac: se sabe que en el lenguaje de los liberales se llama *supersticion* toda religion, es decir, toda creencia en un poder y de una ley superior.

Necesaria era esta digresion para que mas de cuatro *neutrales* á quien las voces *fanatismo* y *supersticion* erizan los cabellos, y que no se toman el trabajo de desentrañar ni su sentido ni su aplicacion, supusiesen lo uno y lo otro. El medio era, puesto que los *neutrales* no leen buenos libros religiosos, hacer aparecer esta verdad en una novela á imitacion de las floristas de Paris, que al hacer un ramo de flores contrahechas, ponen con un brillante una gota de rocío del cielo sobre una rosa de poco valor.

Cerremos este paréntesis, tamaño como el cuarto creciente y el cuarto menguante de la luna. No vamos, pues, á pintar los millonarios respetables y honrados, los que hacen un digno uso de sus caudales, como conocemos y veneramos á muchos, á la par que los pobres los bendicen y el público los aplaude. Dejamos á la envidia, que nada puede ver sobresalir, sacudir sus palos de ciego. Apreciamos á todo aquel á quien la suerte favoreció, sin haber tenido que obtener sus favores por infamias. Dios nos libre de echar anatema sobre el que hace suerte: eso seria tan malévolo como injusto y ridículo.

El tipo que vamos á delinear, es aquel que, salido del polvo de malos lugares, sin educacion, sin principios, sin conciencia, sin honor y hasta sin vergüenza (este último lazo por el que pertenece un hombre á la sociedad), sin mas Dios que la codicia, ni mas ambicion que la de atesorar, dando de barato su buen nombre, la dignidad, la opinion ajena, sin reparar en medios, llega al apogeo de la riqueza por caminos bajos, ilícitos y criminales. Este ente odioso que amalgama admirablemente los vicios de ambas clases, los del pobre y los del rico, es una plaga que sale de la zupia de las revoluciones, ó bien de la confusion de ideas y de delitos de las guerras ci-

viles, ó bien del cáos de los desórdenes, ó de los misterios de la impunidad vagabunda en todos países, y que se alza con frente impávida al desprecio, guarecido contra la reprobacion con su escudo de oro.

El millonario de este jaez, por lo regular es feo: pero por lo regular tambien se le da un bledo de serlo; comprende la idolatría del becerro de oro, pero no concibe la de Narciso.

El millonario padece (ademas de otros achaques) unas calenturas intermitentes contra las cuales nada puede la quinina. Cuando le entra el acceso de calor, se desemboza, se estira, bufa, hace sonar el dinero en su bolsillo, y está pronto á pagar seis maravedís á un muchacho para que le escriba con tiza en la espalda: *este señor tiene un millon de duros.* Poco despues le entra la reaccion, el frio: se encoge, se echa á temblar al ruido que él mismo ha metido, se arropa y pone á llorar miserias, dando diente con diente y pronosticando á su mujer é hijos que pedirán limosna. Da un dia un festin de Heliogábalo: al dia siguiente toma él mismo la cuenta de la plaza, suprimiendo cuanto no sea el cocido, como lujo superfluo.

El millonario se ofende de que le digan rico y se indigna de que le crean pobre; quiere gozar de un crédito ilimitado, y quiere pasar por no tener un cuarto como la vieja que queria sacar á la lotería sin haber puesto.

El millonario está revestido de negativas como el erizo de puas; cree el *no* su derecho y propiedad exclusiva: el *no* es inherente á sus labios como el cigarro habano. El *no*, al reves del peso duro, le parece objeto de *esportacion* y no de *introduccion;* género ilícito contra el cual no hay aranceles que valgan. Así el que se atreve á dar un *no* á un millonario comete un delito de *leso-millon.*

El millonario goza rara vez de su millon: pero como el virtuoso goza con la conciencia de serlo, el millonario goza á su ejemplo con la conciencia de serlo.

Para este millonario los mandamientos se encierran en dos: *tomar y no dar.*

El millonario tiene un problema que nunca acaba de re-

solver, y es, á cuál ha de despreciar mas: si á un artista ó á un noble, á un poeta ó á un militar, á un deudor ó á un facineroso, y entre las acciones de Júdas, si la de vender á su Señor, ó la de tirar despues el dinero.

El millonario no comprende la dignidad del hombre, pero sí mucho la del dinero.

El millonario no se incomoda ni sale de su paso ni por la madre que lo parió, pero no quedará en zagas de Diógenes para decirle á un Alejandro que se le quite de delante.

El millonario ha oido hablar de generosidad, y la cree de buena fe *vicio de pobre.*

El millonario considera el orgullo inherente al dinero como su sonido metálico.

El millonario tiene dos ideales á los que compondria versos si supiese, y son su *yo,* y las letras de Rothschild.

Concluiremos este bosquejo con una última pincelada: para el millonario de este jaez hizo Larochefoucauld aquella inconcebible y atroz máxima que hay en nosotros algo, que goza en las desgracias ajenas..... pues el millonario goza en la ruina de otros.

Ahora, pues, que hemos colocado á D. Roque en su nueva luz, prosigamos nuestro relato.

Todas las nubes del otoño estaban reasumidas en la feísima cara de D. Jeremías Tembleque, que, sentado delante de su mesa paticoja, frente á su tintero de peltre, sumaba, restaba, multiplicaba, y cada número añadia una arruga mas á su frente.

Llamaron á la puerta.

— Bonifacio, Bonifacio, gritó el amo de la casa á su negro, no abras sin saber ántes á quién.

— Es D. Roque, mi amo, respondió el negro.

Efectivamente, subia el millonario aquella escalera entapizada de lamparones de aceite, y combatia con el humo de su puro aquel ambiente que no lo era.

— Perdido estóy, compadre, exclamó D. Jeremías al verlo entrar, y si Vd. no me saca de este apuro, de este conflicto, no sé que será de mí.

- ¡Vd. apuros! repuso D. Roque, ¡por via de los gatos!

¡Vd. que no ha tocado sus réditos caidos en el banco de Francia desde diez años! Pero sea el que fuere su apuro de Vd., yo no puedo sacar á nadie de apuros, porque en estos tiempos cada cual tiene que rascarse con sus propias uñas. ¿Qué hay, pues, compadre Angustias?

D. Jeremías se levantó y fué á cerrar la puerta asegurándose de que no podria oirle su negro; hizo sentar á D. Roque en su sofá de hojas de maíz, se sentó á su lado, y dejando al vejetal el tiempo suficiente para acallar sus murmullos, que á medida que habia envejecido se habian hecho mas ásperos y chillones, dijo acercándose al oido de su compadre:

— He recibido los sesenta mil duros que me quedaban por allá y que me han quitado sesenta mil noches de sueño.

— ¡Droga! compadre, ¿y este es el apuro?

— No, no es ese, sino que en primer lugar el cambio me cuesta un sentido, y lo otro, compadre!.... ¡Que no sé que hacer con ellos!

— Póngalos Vd. en el banco.

— ¡Un demonio! ¡Colgar todo á un clavo! no, no, eso no; no tengo la manía de los bancos como Vd. ¡Quien tiene la experiencia de Nueva-York!... ¡ya, ya sé lo que es!!!

Al decir esto hizo D. Jeremías un movimiento tan brusco y trágico, que las hojas de maíz se pusieron á murmurar en coro de la poca consideracion con que se les trataba.

— Pero en el banco de Francia no le ha ido á Vd. tan mal, compadre, dijo D. Roque; los fondos han subido, el crédito y riqueza de la Francia crece por dias.

— Amigo, lo que no sucede en diez años, sucede en un dia; no quiero mas bancos, y se acabó la fiesta. Compadre, ya sé que es Vd. un hijo de la dicha y que apalea el dinero; así solo en Vd. tengo confianza, tome Vd. ese dinero.

— ¡Yo! ¿pues si no sé que hacer con el mio?

— Compadre, se lo doy á Vd. sin ejemplar, sin hipotecas.

— No lo quiero, no tomo dinero.

— Compadre, á miserables ocho por ciento.

— Ni que Vd. lo piense.

— Compadre, al seis.

— No puede ser.

— Compadre, al cinco y medio.

— Que no.

— Compadre, al cinco.

— Ni de valde.

— Al cinco, compadre, eso es sacar á la lotería.

— ¿Hablo griego, mi amigo? ¿No le digo á Vd. que no, no, y no? ¿cómo quiere Vd. que se lo diga, cantado, llorado ó rezado? ¡droga!

— ¡Compadre, Vd. quiere mi ruina! exclamó indignado D. Jeremías, que por una de esas manías ó agüeros de los avaros, solo en las manos de su afortunado compadre consideraba su dinero seguro. Yo, que pensaba dejar á su hija de Vd. en mi testamento seis onzas; ¡ni un cuarto le dejaré! añadió con arrogancia, dejándose caer con el orgullo y aire de taco de una venganza satisfecha sobre uno de los cojines de los lados del sofá.

Un coro subterráneo parecido al de los malignos espíritus en la ópera de Roberto el Diablo sonó en las profundidades del mencionado cojin. D. Jeremías ya exaltado y dispuesto al despotismo, dió sobre él un vigoroso puñetazo; las hojas callaron, como obedeciendo al gran mal espíritu su amo.

D. Roque soltó una carcajada con toda la impertinencia y sonido agrio metálico de sus millones.

— ¿Para qué necesita mi hija, dijo, la gran miseria de las seis onzas de Vd.? Cuatro veces mas he gastado yo ahora poco en Madrid en obsequiar á las señoras de un amigo mio.

— Cuando Vd. lo hizo, cuenta le tendria; vamos, vamos, compadre, no escupa Vd. tanto por el colmillo que nos conocemos de atras: Vd. toma mis sesenta mil duros, ó perdemos las amistades, y puede Vd. ir buscando otro para encargarle aquí de sus trapisondas, y servirle de testa-ferro.

— Vamos, vamos, dijo D. Roque que alarmó mas esta amenaza de D. Jeremías, que no la de desheredar á su hija; vamos, no se amostace Vd. que se va Vd. haciendo mas gruñon que su sofá.

— Pues ¡tome Vd. mis sesenta mil duros, con sesenta mil demonios encima!

— Veremos.

— Nada de veremos, que eso dijo el ciego y nunca vió. Las letras van á cumplir y no tengo donde meter el dinero. No tengo caja de hierro, añadió angustiándose á medida que iba hablando, abriendo los ojos y arqueando las cejas progresivamente, y echándose á temblar de tal suerte, que las hojas de maíz se echaron á reir ruidosamente. Vivo solo, solo con ese animal que podria robarme, asesinarme; la casa no es segura, el barrio es malo, los vecinos me quieren mal, las paredes tienen oidos, los ladrones son osados. ¡Oh, oh! ¡yo tener dinero en casa! no, no, no.

— Bien, bien, dijo D. Roque á quien el estado casi convulso de su amigo no dió lástima, pero que reflexionó seria para él el tomar ese dinero un excelente negocio: vamos, vengan esas letras, las tomaré para hacer á Vd. ese favor, é impedirle que se muera de miedo: pero compadre, Roque la Piedra no toma dinero á mas de un cuatro, es contra su crédito.

D. Jeremías dando saltos en su sofá puso los gritos en el cielo y con él las hojas de maíz, pero no hubo tu tia; despues del *sí*, volvióse á entronizar y á enseñorear el *no* en los labios del millonario, con un nuevo cigarro habano que encendió en la elegante copilla de Medina que con sus diez abriles, contradecia el comun adagio de *frágil como barro*. En una hora que tuvieron los dos compadres de discusion á duo de bajo y contrabajo coreado por las hojas de maíz, no se adelantó nada, nada, ni mas ni ménos que en una sesion de..... cualesquier cosa. Ni un cuartillo subió D. Roque de sus 4 por 100, por mas que plagueó D. Jeremías y gimieron las hojas de maíz. Pero la antipatía á los bancos, el pánico á negocios, el horror á fincar, el frenesí que le entraba solo con la idea de meter el dinero en su casa, la supersticiosa fe en la estrella de su compadre obligaron á D. Jeremías, llorando y murmurando en compañía de su sofá á poner su dinero en manos de D. Roque.

Don Roque, al tomar el dinero de su compadre, habia echado sus cuentas como lo veremos.

Habia seguido este señor visitando con mucha frecuencia la casa de la marquesa, en la que era perfectamente recibido,

pues esta, como mujer de mundo, sabia disimular todo el alejamiento que le inspiraba ese hombre soez y vulgar.

Algunos dias ántes, habian tenido una entrevista particular, en la que se habia arreglado el asunto que D. Domingo Osorio habia indicado á su amiga para salir de apuros. Pero ni la hermosura, ni la amabilidad, ni la situacion apurada de aquella honrada y noble mujer, ni aun las grandes seguridades que le daba el buen caudal de Reina, bastaron para haber hecho perder de vista á D. Roque por un momento su codicia, ni para hacerle ceder un ápice de sus exigencias. Ni el talento, ni la gracia de la marquesa, pudieron impedir se hiciese el arreglo sobre unas bases muy perjudiciales para ella. Pero al hallarse entre el embargo y las condiciones que le puso D. Roque, tuvo que escoger la ménos cruel de estas alternativas, esto es, la que, defraudando sus intereses, al ménos no lastimaba su decoro. D. Roque dió á la marquesa treinta mil duros al *moderado precio de diez por ciento por hacerla favor.* Pero para eso, *no siendo posible al buen padre comprometer los intereses de su hija*, la marquesa como tutora y curadora de la suya, tuvo que hipotecarle un cortijo que valia ochenta mil. Exigió ademas el prestamista que, para hipotecarlo, constase dicho cortijo en la parte libre del mayorazgo, para lo cual se tuvo que hacer la particion del caudal, gasto inútil no habiendo mas heredera que Reina, gasto que tuvo que sufragar la marquesa. Item mas: quedó hipotecada y embargada la renta de dicho cortijo para el pago de los premios del dinero. Este era el gran favor que dispensando proteccion, habia hecho D. Roque la Piedra á la marquesa de Alocaz. Para completar la satisfaccion de este señor, dejaba en Sevilla á su hija, que queria poco, alejándola de Cádiz, en donde siendo conocida su riqueza y el especular cosa mas corriente que tierra adentro, no dejarian de presentarse pretendientes á ella.

Es de advertir que el casamiento de su hija era la nube negra de aquel brillante horizonte; porque Lágrimas no solo habia heredado de su madre los cien mil duros que llevó en dote, sino otros cien mil que le tocaban de los gananciales hechos durante la vida de aquella, en compañía de su suegro;

de todo esto llevaba este último estrecha cuenta en favor de su nieta. Aunque D. Roque habia llegado á ser mas que millonario, doscientos mil duros son un bocado gordo aun para un millonario, cuanto mas para aquel que mira con profundo respeto dos pesetas, considerándolas como la primera piedra (como él decia), sobre la que se labra un caudal de un millon. Como al casar á Lágrimas tenia que entregarlos, era el casamiento de esta la pesadilla que solia turbar sus dorados sueños.

CAPITULO XIII.

OCTUBRE, 1846.

Si alguien hubiera querido pintar un *cuarto revuelto*, así como se pinta *una mesa revuelta*, habria podido servirle de modelo una sala que se hallaba situada en el primer piso de una casa de pupilos de Sevilla, en la calle de San Eloy. Con nada podia compararse mejor, que con el campo de Agramante en que se hubiesen batido á muerte los numerosos soldados de la ciencia, con los no ménos numerosos de la moda.

Aquí yacia en el suelo una botella de aceite de Macasar, habiendo perdido hasta la última gota de su sangre. Un diccionario latino mostraba sus mutiladas entrañas, con algunas manchas de negra gangrena. Un frac con el cuello inclinado y los brazos pendientes, estaba desmayado sobre una silla hospitalaria. Algunos libros quizas cobardes ó afiliados en las sociedades de la paz, habian huido y se apiñaban en una rinconera.

Sobre la mesa mostraba un tintero su negra boca, y parecia un mortero cuyos fuegos se hubiesen apagado; á su lado estaban las plumas caidas como estandartes vencidos. El Derecho real de España habia recibido la descarga de un bote de la esquisita agua de lavanda que se fabrica en Sevilla, en la plazuela de San Vicente. La constitucion era oprimida por un pícaro reaccionario tarro de pomada de mil flores, y algunos guantes daban voces por su cuartel de inválidos.

Eran las seis de la tarde, y se ocupaban en ese cuarto tres jóvenes en hacer su tocador.

Era el uno en estremo alto y bastante grueso; tenia hermosas y simétricas facciones, grandes ojos pardos abiertos de par en par, como su corazon que era franco, noble y bondadoso. No se hubiese encontrado otro que tuviese una idea mas alta de sí mismo con la mejor fe del mundo, y sin tener por eso orgullo. Queria á sus amigos con la mas sincera benevolencia, sin por eso dejar de tratarlos con superioridad inaudita; pero era esta tan bonaza é inofensiva, que no heria, porque siempre al traves de sus jactancias y de su prosopopeya se traslucia su hermoso corazon, como la luz del sol á traves de los nublados. Era aplicado, pero tenia falta de memoria y un singular don de equivocarse, de lo que resultaba que decia mil disparates, y una vez dichos, los sostenia con una imperturbable y fatua suficiencia, aunque fuese contra las personas mas autorizadas. Tenia en su cabeza un gran mixtíforis de ideas, y no se cuidaba ni de digerirlas ni de clasificarlas. Así es, que solia lanzar, sin pararse á reflexionar, algunas proposiciones *sui generis* que dejaban estupefactos á quienes las oian, sin hacer esto retroceder un paso al que las decia en su decision, ni hacerle perder su constante gravedad é inamovible aplomo. Llamábase Marcial.

El otro era alto, delgado, bien formado y airoso; sus maneras eran medidas y elegantes, porque la elegancia era en él genuina, le era aneja como su corriente al arroyo. Tenia la cara fina y menuda; sus ojos graciosos que siempre interrogaban y nunca respondian, eran sombreados de espesas y bien dibujadas cejas; una poblada y rizada cabellera rodeaba su frente angosta; su sonrisa tenia todo lo agradable de un delicado agridulce. Era este uno de esos hombres reconcentrados, cuyo interior está herméticamente cerrado, y en los que nada hay espontáneo sino la reserva. Aunque muy jóven, miraba la vida con los espejuelos de la ancianidad, buscando en ella la felicidad, no del modo negativo del filósofo, ni á la manera material del epicúreo, ni del modo espiritual del cristiano, ni en la auréola del poder, ni en la embriaguez de la gloria; pero la buscaba firme, positiva, duradera y bella

bastante para llenar su vida y satisfacer su corazon. Era su entendimiento observador, incisivo, sarcástico, á veces duro, pero siempre penetrante, claro y sereno. Este se llamaba Genaro.

El tercero de estos jóvenes, de mediana estatura, ni era hermoso como el primero, ni bonito como el segundo; pero tenia uno de esos conjuntos simpáticos, de esas figuras que no llaman la atencion, pero que miéntras mas se ven mas gustan. Nada en él admiraba y todo agradaba. Veíase en su cara alegre y risueña esa superabundancia de savia que en la juventud bulle y cria flores, y que mas adelante obra y da fruto. En su mirada inteligente y á vèces distraida, se notaba el sello de los hombres superiores, pero cuya superioridad, de que no se dan cuenta, que no rige la voluntad ni estimula la ambicion, anda vagando como las *willis* sin objeto ni mision, y que sin el estímulo de la ambicion ni del egoismo, brotan y florecen cuando el tiempo las ha madurado y las circunstancias han descorrido el velo á su lugar de accion. Llamábase Fabian, y era en esta época la alegre aurora de un hermoso dia con su aire puro, el canto de sus pájaros y la ausencia del ruido de la vida práctica. Acodado en la mesa leia y escribia alternativamente. Los otros dos estaban frente de sus espejos. Eran los tres de nobles y distinguidas casas de Estremadura.

— Pues no es, dijo Marcial, apretándose la hebilla de sus pantalones, para darse á todos los diablos el ver con la insolencia que se va redondeando mi barriga! verán Vds. como me va á echar á perder mi talle *esbelto*. ¿No es verdad, Genaro, querido Maquiavelo, que tengo el talle *esbelto?* ¿no parezco una palma del Líbano?

— En el Líbano hay cedros, contestó Genaro: las palmas son del desierto, y los alcornoques de tu pueblo.

— Las palmas son del Líbano, afirmó Marcial con su acostumbrado atrevimiento y aplomo. Y eso, prosiguió volviendo á su tema, que no tengo mas que veinte y cuatro años, los mismos que tú, y uno mas que Fabian. Pero tú, Fabian, *padre Dauro, manso rio,* (así llamaba Marcial á Fabian por su suave carácter, desde que leyó las poesías de Martinez de

la Rosa), ¿qué haces ahí? ¿y porqué no vienes á cubrir como nosotros nuestra mísera humanidad con estos atavíos de las bellas artes?

— Objetos de tocador no pertenecen á las bellas artes, dijo Fabian, pero tú, Marcial, adoras la retumbancia.

— Pertenecen á las bellas artes, afirmó Marcial.

Los otros se callaron como tenian de costumbre, cuando Marcial, con voz estentórea, lanzaba uno de sus axiomas, que ellos dejaban rodar cual proyectil inofensivo.

— ¿Qué haces? prosiguió: ¿acaso versos á una Fílis que no los sepa leer?

— No. Traduzco la oda de Lamartine, á la lámpara del templo. Oye esta estrofa á ver que te parece:

Y en esa lumbre aérea, me agrada
Suspender mis miradas langorosas,
Y les digo: tal vez sin saber nada,
Vosotras hacéis bien, luces piadosas.
De inmensa creacion en el destino
Quizas esa partícula brillante
Imita ante su trono de contino
La adoracion eterna é incesante[1]).

— Lo que me parece, manso Dauro, dijo Marcial, es que el traducir es cosa muy fácil.

— ¡Fácil traducir poesía! Solo tú eres capaz de sostener semejante despropósito, exclamó Fabian.

— Y de probarlo, prosiguió Marcial; mi padre estuvo prisionero en Francia cuando la guerra de la Independencia, y aprendió allí una cancion que talareaba siempre. La aprendí y la he traducido; y lo que es mas, en el mismísimo metro, de suerte que la canto en la misma tonada. ¿Y esa?

— Gratifícanos con esa obra maestra de tu ingenio, dijo Fabian.

— Marcial se puso á cantar:

Si el Rey me quisiera dar
Madrid su gran villa,
Obligándome á dejar
Por eso á Sevilla,

1) Traducido por un amigo del autor.

Le diria al rey así:
No quiero vuestro Madrid,
Prefiero á Sevilla, sí,
Prefiero á Sevilla.

Genaro y Fabian se ahogaban de risa.

— ¡Envidia! dijo Marcial anudando su corbata; mejor harias, padre Dauro, manso rio, en nutrirte como yo de nuestros buenos poetas españoles. Yo he leido y sé de memoria las mil comedias de Calderon.

— Son trescientas y tantas, observó Fabian.

— Son mil, sostuvo Marcial.

— Ya veo, dijo Fabian, que fundas tu ambicion en ser el primer literato y bibliófilo de España.

— Te engañas, manso rio, si crees que fundo mi ambicion en cosa tan mezquina. No hubiese dicho eso este *Maquiavelo* que tiene penetracion y una facilidad y gracia para anudarse la corbata que le envidio. Yo, hijo mio, no soy un rio tan manso como tú, soy un torrente y quiero meter ruido, mucho ruido: el ruido me es simpático. Toda cosa grande hace ruido. Quiero ser diputado y hacer unos discursos que se pongan en letras de molde en todos los papeles. El discurso del señor Marcial, dirán, (si es que aun no he heredado título, lo que Dios no permita), que habla con tanta soltura como energía, conmovió al congreso, electrizó á las tribunas, consternó á los exaltados: no envidia ya Madrid á Aténas su Demóstenes. Soy capaz, por adquirir fama, de quemar el Escorial, como quemó Eróstrato el templo de Vénus.

— Fué el de Diana, rectificó Fabian.

— El de Vénus, afirmó Marcial. Oye, Genaro, ¿cuál es tu ambicion?

— Yo quiero, respondió este, una posicion honorífica, feliz y estable con ruido ó sin él.

— ¡Vegetar! exclamó Marcial, ¡cruzarse de brazos cuando peligra la sociedad! quita allá, verdadero tipo del moderado de provincia que quiere que todo se lo den hecho. Y tú, mi manso Dauro, ¿cuáles son tus miras? ¿qué quieres?

— ¿Yo? contestó Fabian, nada.

— Un Lazaroni romano, exclamó Marcial, mira qué carrera para quien no tiene un mayorazgo.

— Los Lazaronis son napolitanos, observó Fabian.

— Romanos, sostuvo Marcial. ¡Ay, amigos! añadió poniéndose el chaleco y observando lo vacío de sus bolsillos: ¿cuál de Vds. me presta algun dinero?

— ¿Prestarte á tí? ¿yo? dijo Fabian, ¡yo que tengo un bolsillo que le sucede lo que á tu barriga en sentido inverso, á tí tan rico! ¿te burlas, Marcial?

— Rico, es decir que mi padre lo es, diez dehesas, á cuál mejor, ocho molinos, montes, haciendas, ganados como un patriarca, pesetas como un bolsista; pero ¿qué me sirve á mí, si no quiere ese padre avaro salir de los dos mil reales mensualea que me envía?

— Debian bastarte, dijo Genaro; á mí con la mitad que tengo me alcanza y me luce mas que á tí.

— Verdad es, repuso Marcial, pero sepan ustedes, añadió con jactancia, que esta noche pasada he jugado y he perdido hasta el último real, y eso que mi madre me envió anteayer estrajudicialmente tres mil reales, ciento cincuenta duros que se fueron unos tras otros como otros tantos carneros.

— ¡Jugado! exclamaron á un tiempo sus dos amigos con aire de desden.

— Sí, jugado, ¿y bien? en mi borrascosa juventud quiero regalarme de todos los vicios, con la intrepidez de D. Juan. ¿Ignoráis acaso que tengo azogue en la cabeza y alquitran en las venas, como se dice en la moderna escuela literaria francesa? Quiero ser el mas pródigo de los hijos, y que despues me reciba mi padre en sus brazos y mate un ternero, ó un cerdo, lo mismo me da. ¿No os parece esta idea acalaverada, de caballero de buena ley? El caballerismo, como lo entendia el caballero de la Mancha, es cosa de mal gusto y de mal tono. Hacer de una Maritórnes una Dulcinea, ¡qué inocente! Es mucho mas del dia y mas cómodo hacer de una Dulcinea una Maritórnes. Esta ancha Castilla que me he propuesto dar á mis fogosas é indomables pasiones (siempre con el propósito de enmendarme), tiene de romántico por ser á lo Byron, y de clásico por lo de la Biblia.

— La escritura santa no pertenece á ningun género de literatura, observó Fabian.

— Es clásica, afirmó Marcial, con las notas mas graves de su estentórea voz.

— Yo no juego, dijo Genaro, soy mas razonable, mas delicado y sibarita en la eleccion de mis placeres y de mis pasatiempos.

— Lo que tú eres, repuso Marcial, es un hipocriton; ademas, ni tienes mis pasiones volcánicas, ni mi fuerza de alma para levantar tu frente serena, apacible y tranquila ánte la reprobacion.

— Don Pleonasmo, se te olvidó impasible, dijo Fabian.

— Quiero, prosiguió Marcial cada vez mas exaltado, seducir á unas cuantas chicas; lo malo es que no se dejan seducir, saben mas que las culebras. La inocencia bien hizo Reinoso en llorarla perdida. La candidez bien hizo Melendez en buscarla en Italia.

— En Arcadia, enmendó Fabian.

— ¡En Italia! sostuvo Marcial. Tú, padre Dauro, que te nutres de la miel hiblea y bebes de la dulce Hipocrene, eres inofensivo, pero sosito. Mas á pesar de eso os quiero á ambos; somos tres en uno; somos los tres Gracios, los tres Parcos...

— ¡Parco tú! exclamó Genaro, tú que tienes la despensa atestada de los chorizos y jamones que te envía tu madre.

— Por supuesto: os he dicho que me quiero echar á todos los escesos; quiero ser otro D. Miguel de Mañara, solo que cuando me recoja á buen vivir, en vista de que el fundar hospitales como hizo aquel, no tiene actualidad, fundaré en mi pueblo un casino. ¿No os arrastra mi ejemplo?

— No, hijo mio, respondió Genaro, las calaveradas desacreditan; la buena fama es un pedestal.

— Los escesos me repugnan, opinó Fabian, como el olor de una taberna, como la atmósfera de una zahurda, como el vapor de una sentina.

— ¡Oh! *padre Dauro, manso rio,* exclamó Marcial, ¡que no te pueda yo sacar de madre! Pero vístete, pesado, que nos estarán echando ménos las muchachas en el Duque. Ge-

naro, me parece inclinas mucho á la perla, como la nombra Fabian. ¿Porqué la nombras así, *manso rio?*

— Porque se llama Lágrimas, y estas son las perlas del corazon, y porque es ademas una perla. Dios quiera, Genaro, que la sepas apreciar como lo hubiese hecho yo.

— Estos poetas, exclamó Marcial, siempre lloran por lo que queda. Pues, ¿no eres el mas feliz de los mortales con captarte la atencion y recibir preferencias de Flora, esa rubia Feba, que parece una azucena engarzada en oro? ¡Qué bonito pensamiento! no me lo plagíes, manso rio.

— No temas, respondió riéndose Fabian, ni yo, ni ningun platero aprovecharemos tu idea.

— Pero ambas, prosiguió Marcial, Flora, la blanca azucena, y Lágrimas, la humilde violeta, pasan desapercibidas al lado de aquella, que es reina de las flores y reina de cuanto hay. Se me figura que le gustan los calaveras; ¿qué te parece Genaro, tú, que observas?

— Me parece que sí, respondió este.

— Sí, sí, prosiguió Marcial, he notado que desde que he tomado los aires de tronera, le hago mas gracia.

— No te ilusiones, Marcial, le dijo Fabian, Reina no te quiere.

— Pues ¿á quién quiere? preguntó Marcial volviéndose tan bruscamente que echó una silla al suelo.

— No lo sé, pero no es á tí.

— ¿Cómo lo sabes, *Don Oráculo?*

— Como sé que es de dia, porque lo veo; y mira, querido, que la desilusion, con el cólera y la demagogia son las plagas de este siglo.

— Pero, ¿quién ha de querer competir conmigo? Vds., ademas de estar enamorados, nunca les pasaria por la imaginacion el quererme hacer mal tercio, puesto que yo no habia de tener la magnanimidad de Focion.

— De Escipion, observó Genaro.

— De Focion, repitió Marcial. Yo que le he compuesto unos versos. Esos sí que son originales y castizos.

— Otorgo lo primero y pongo en duda lo segundo, dijo Fa-

bian. Pero vamos, recítanos esa composicion que desde hace quince dias te trae á mal traer.

— ¿Para que me robes mis conceptos? objetó Marcial.

— Te doy mi palabra que no lo haré.

Marcial, que estaba rabiando por lucir su composicion, la recitó pomposamente:

Reina de los corazones,
Infundes tanta lealtad,
Que tus vasallos se oponen
A que les des libertad.

Esta extraña anomalía
En este siglo de luces,
A tus ojos es debida,
Con que á las luces desluces.

— ¿Me querrán Vds. decir porqué se rien tanto? preguntó Marcial á sus amigos cuando hubo concluido la lectura de sus versos.

— Por la gracia que me han hecho, respondió Genaro: son preciosos, conceptuosos, agudos. Quevedo te los envidiaria. ¡Qué oportuno retruécano!

— ¿Y á tí, qué te parecen, Fabian, preguntó Marcial, tú que eres el *tu autem* de la lira andaluza?

— Los mas malos entre los muchos malos que has hecho, Marcial; pésimos, ridículos.

— ¡Envidia! dijo Marcial; envidia, *manso rio,* porque no puedes ser torrente.

— Oye, Marcial, dijo Genaro; ¿quién es ese íntimo nuevo que te has echado que parece un arenque curado?

— ¡Oh! un guapo chico.

— Pero ¿quién es?

— ¿Quién es? ¡qué sé yo!

— Pero ¿cómo se llama?

— Tiburcio Cívico.

— ¡Ay, qué nombre! exclamaron los otros.

— El nombre es fatal, no lo niego, contestó Marcial; no he podido hallarle una rima á Tiburcio.

— Mira, Marcial, dijo Genaro, que era el mas vano de los tres; te aconsejo que no andes mucho con ese don *Nadie;*

parecen Vds. la torre del Oro y una caña de bracero. Rabias por formar relaciones nuevas: acuérdate de aquello de *dime con quién andas, te diré quién eres.*

— Amigo, el que quiere ser diputado como yo, tiene que popularizarse. ¡Malditas carnes! añadió abrochándose el frac; mas enemigas aun del cuerpo que del alma! Si aguardase esta barriga á presentarse cuando yo fuese diputado, ¡anda con Dios! en el congreso haria bien. ¡Me daria un aire de Don Mamerto Peel.

— Roberto, dijo Fabian.

— Mamerto, afirmó Marcial.

— ¿Pero qué iman tiene para tí ese desconocido enteco? preguntó Genaro.

— El de la controversia; es un socialista y lo quiero convertir.

— Pierdes en eso tu tiempo, dijo Fabian, no perdiendo él poco en los esfuerzos que hacia para ponerse unos guantes la mitad mas chicos que su mano.

Al salir á la calle encontraron á un chiquillo parado en medio del zaguan. Sin desviar la direccion de su marcha, Marcial que iba en medio de los tres, entreabrió sus largas piernas y pasó por encima del chiquillo, sin salir de su aire grave ni decir mas que «¡insecto!»

El *insecto* se quedó estático al ver pasar por encima de su cabeza aquel coloso de Rodas.

CAPITULO XIV.

OCTUBRE. 1846.

Aquelle misma tarde estaban en el balcon que caia al hermoso jardin de la Marquesa de Alocaz, tres jóvenes que se esforzaban en cubrir con sus flores y ramas, las enredaderas, como si el jardin quisiese ocultar con un velo verde sus mas bellas flores.

Vuelta de espalda, puestas las manos sobre el barandal y apoyada en ella su cintura, descollaba la mas alta de las

tres, luciendo en esta posicion toda la gallardía, riqueza y perfeccion de formas de su persona. Caian desde su cintura hasta el suelo los anchos y ricos pliegues que formaba la seda de moiré azul turquí de su vestido. Un camisolin de encaje cubria su cuello, y estaba sujeto sobre su pecho por un gran alfiler de oro y esmalte. Su cabello castaño oscuro formaba cortinas ahuecadas, y coronaba su frente una *ferroniere*, que tan bien sienta á las frentes altas, á los perfiles de marcados y severos contornos, y á las caras pálidas.

Frente de esta, estaba otra jóven de mediana estatura, que si bien apoyaba su hombro en el quicio de la puerta de la sala, cambiaba tan á menudo de postura, que no se la podia señalar ninguna determinada.

Era blanca y rosada, rubia, cosa poco comun en Andalucía, y que por lo tanto tiene en las bonitas toda la delicadeza y distincion de las flores exóticas. Sus ojos azules eran graciosos, vivos, maliciosos y dulces á un tiempo, como lo era su dueña. Su boca, que era semejante á una fresa, siempre risueña, dejaba ver una magnífica sarta de perlas que brillaban constantemente con el reflejo de la luz y de la alegría. Vestia un traje de tafetan verde, y unian su camisolin de gasa sobre su pecho, tres lazos de cinta de color de rosa, teniendo el último, que estaba colocado sobre la punta de la cotilla, dos largos cabos tan movibles á los impulsos del aire, como lo era su dueña á los de su alegre actividad. Pendian á ambos lados de su fina cara los largos tirabuzones casi desrizados que dan tanta dulzura al semblante. A cada lado de su ancho rodete, habia colocado un lazo color de rosa que parecia infundirle al oido con su voz de seda, ideas de su color. Era esta Flora de Osorio, sobrina del íntimo amigo de la marquesa, D. Domingo Osorio, parienta é inseparable compañera de Reina.

Apoyada sobre el barandal del balcon, el codo puesto sobre la meseta, y la cara descansando en su mano, miraba la tercera de estas jóvenes tristemente al cielo. Era pequeña y en estremo delgada. Vestia un traje de linó lila y blanco, de hechura de saco y cruzado por delante. Un grueso cordon le sujetaba al talle, y las borlas que lo terminaban

haciendo peso, le daban la forma de punta que ordena la moda sin ayuda de ballenas, cuya dureza, por poca que fuese, no podia soportar aquel cuerpo débil y delicado. Su cabello negro formaba sin pretensiones unas cortinas achatadas que, pasando debajo de la oreja, se unian al magnífico rodete que formaba su cabello, cuya abundancia y fuerza era un vicio orgánico, como suele suceder en naturalezas débiles.

— ¡Qué ingrata eres con Marcial! Reina, dijo la de los moños rosa, y eso que es un novio de los pocos, un novio pintiparado, tenlo por seguro, porque mi madre lo celebra y esto es señal infalible y patente segura de buen novio; y eso, mujer insensible, que segun dice Fabian, te está componiendo unos versos.

— Sea por el amor de Dios, dijo Reina, pero hija mia, si los versos toman por asalto los corazones, muy apurado estará el tuyo, porque Fabian...

— Sí, sí, interrumpió Flora, en punto á versos es Fabian, lo que es el mes de María en punto á flores, le cuesta poco el producirlas; pero no así el pobre Marcial, que se está devanando los sesos.

— ¡Qué persistencia en cultivar un terreno que no ha de producir para él sino calabazas! repuso Reina.

— Marcial quiere enseñarte geografía, sabes?

— ¿A mí? Si me hace semejante proposicion, le enseñaré yo á tomar á la puerta.

— ¡Qué ingratitud, Reina! Fabian me queria enseñar á mí el frances. Como yo no me inclinaba á ello, ni tenia disposicion, no salímos en un mes de *ponchu*, que quiere decir: *buenos dias*. Como que el *ponchu* me salia ya por cima de los cabellos, le dije que para variar me enseñara el latin, que de ese al fin algo sé, como es el *dominus tecum* y el *sursum corda*.

— ¿Y te lo enseñó? dijo Reina soltando una carcajada.

— *Por suponido*. Pero verás lo que hizo ese traidor; me enseñó unos versos que aprendí mucho mejor que no el *ponchu*, porque se parece mas el latin al español que no el

frances. Me dijo que querian decir: *atendéd, amád, ángeles bellos, que despues de los siglos seréis atendidos y amados.* Me pareció esto muy bonito, aunque no lo entendia bien; pero como me sucede otro tanto con muchos versos modernos, no me pareció justo negarles mi aprobacion, por ese pequeño inconveniente, tanto mas cuanto habia oido una traduccion de Lamartine, hecha por un amigo de mi hermano que sonaba por el mismo estilo.

Lo aprendí, pues, y lo recitaba como una cotorra ó por mejor decir, lo declamaba, que ni Matilde Diez lo hubiese hecho mejor. Un dia me oyó mi padre, y me preguntó: ¿qué estás ahí diciendo, niña? Yo tan ancha y satisfecha como el cuervo de la fábula á quien le dicen que luzca su voz, abrí mi pico y dije clara y melancólicamente:

Vivite, bibite, collegiales,
Post multa secula pocula nulla.

Pero como al alumbrado de gas que se apaga de repente le sucedió á mi gozo, cuando vi á mi padre fruncir el entrecejo, y decirme que seguramente habria oido eso á mi hermano; pero que si semejantes vaciedades grotescas eran pasaderas en la boca de un estudiante, eran ridículas é indecorosas en boca de una señorita. — Pero, padre, exclamé consternada, ¿me quiere Vd. decir el sentido de esas palabras que yo tenia por sublimes? — Me respondió su merced:

Vivíd, bebéd, colegiales,
Que despues de los siglos ni se come ni se bebe.

Fué tal mi furor contra ese traidor perverso, que á la noche le declaré que no tenia ni ántes ni despues de los siglos que volverme á mirar á la cara; y en cuanto á nuestro trato, le declaraba en bueno y decoroso latin que *ite missa est.* Pero me pidió en prosa y en verso, con manos cruzadas y miradas melancólicas tantos perdones, que al fin le concedí uno, por no oir suspiros que ya me iban atacando los nervios.

— Debias haberte mantenido en no perdonarle, dijo Reina riéndose, y heredarme en vida la posesion del corazon de

Fabian, á quien decididamente pesa y estorba, tal es el empeño que tiéne de colocarlo.

— No, hija mia, estóy muy bien avenida con Fabian que ahora me va á enseñar el griego. Pero Lágrimas, añadió Flora volviéndose á la niña apoyada en el balcon, ¿qué estás ahí pensando, un poco mas callada aun que otras veces?

La niña al oir su nombre tuvo un pequeño estremecimiento nervioso y respondió con dulzura:

— Miraba aquella pequeña nube y pensaba que está tan purpurina por echarle el sol una mirada bajo la cual se ruboriza, como lo haria una pastorcita si la mirase un rey.

— Pues lo que á mí se me ocurre, dijo Flora mirando la roja nube, es que si descargase ahora ese nubladito, seria vertiendo una lluvia colorada, y mañana todo amaneceria rojo, empezando por el apacible Bétis que pareceria un *rio de sangre* y acabando por las narices de Marcial que aparecerian erisipeladas.

— Pues á mí, dijo Reina, lo que se me ocurre es, que habrá buen tiempo mañana, que arreboles al poniente, soles al amaneciente; y tengo mañana que ir á las tiendas y al jubileo que está nada ménos que en San Julian.

— Esta Lágrimas, observó Flora, vive siempre entre las nubes como las estrellas, entre los vientos como las veletas, y en el mar como las perlas: mira, hija mia, esto pica en manía, y parece un resto del delirio que tienes cuando te dan las suspensiones en que pierdes el sentido y desbarras.

— Bien podrá ser, respondió Lágrimas.

— No, no, intervino Reina, es el resultado de las fuertes impresiones que ha recibido cuando niña, y es preciso, Flora, distraerla y no combatirla, como dice la Madre Socorro.

— ¿Sabes, Lágrimas, dijo Flora, que comprendió la intencion de Reina, que si el asqueroso reptil, nombrado celos, tuviese cabida en mi corazon, que llama Fabian el mas puro y mas inmaculado de los copos de nieve del Monte Parnaso; ¡ah! no, del *Mont Blanc* (me confundo con los muchos montes que trae al retortero) pero, como decia, si tuviese ca-

bida en él esa sabandija revolucionaria, seria debido á tí? porque has de tener entendido que á mi risueño suspirante no le pesaria el ser el paño de esas lágrimas. Su *númen poético* (que así se llama qué sé yo qué) simpatiza mucho con tus visiones. El otro dia al oirme decir el efecto que te causaban y las cosas que dices sobre los vientos y vendavales, te llamó *arpa eolia.* Como yo no sabia qué especie de instrumento era ese, y si se parecia á la gaita gallega, al bajon ó á los palillos, me explicó lo que era. Han de saber Vds. que los alemanes son tan afectos á la música, á las ideas románticas y cosas fantásticas, que inventaron una cosa que participaba de las tres, y fué un arpa que colocada en las altas torres de los castillos feudales, sonaba armoniosamente al soplo de los vientos. Llamáronla eolia, por ser Eolo el padre de los vientos (se me olvidó preguntarle quién era su madre). Ya veis vos, que vivís en las mas oscuras tinieblas sobre el orígen y efectos del arpa eolia, la ventaja que os llevo escuchando á un caballero *estudiante.*

— Lo que nada quiere decir, opinó Reina.

— ¡A un poeta!

— Lo que quiere decir *renada.*

— ¡A un ilustrado!

— Lo que significa *retenada,* dijo Reina usando ese modismo andaluz poco fino.

— ¡Ay Reina! ¡Reina! exclamó Flora: ¡qué modo de echarlo todo por tierra! ¿pues cómo clasificas á Fabian?

— Un hombre instruido, hija mia, lo que las otras tres denominaciones no determinan.

— ¿Y cómo clasificas á Marcial, severa jueza?

— ¿Marcial? De distinguido en la pesadez, sobresaliente en la retumbancia, notable en lo porfiado.

— ¿A Genaro?

— Un cena á oscuras.

— ¡Vamos allá, todos quedan lucidos! ¡Reina, Reina, muy empingorotada estás! á todos miras de arriba á abajo como el César de la Alameda Vieja. Te lo predigo, torre encumbrada, al primer traspiés, caes aplastada.

Reina echó una carcajada y se puso á cantar. Flora, dijo: ¿no has oido cantar á Lágrimas?

— No, nunca. ¿Canta? no lo extraño, Fabian os llama la perla y el brillante, si tú que eres el brillante, bailas, no es mucho que cante la perla. ¡Vamos, Lágrimas, canta!

— Ni tengo voz, ni sé ninguna cancion, respondió esta. ¿No es verdad, Reina?

— Sí y no..., tienes poquita voz; pero es dulcísima y melodiosa; no sabes canciones pero sabes otras cosas que se cantan. No te hagas de rogar, Lágrimas, que no pega eso á tu genio complaciente: estamos solas, así no tendrás cortedad; canta lo que acostumbras cantar, la tonadilla del cuento la flor del Lililá aunque sea cuento de niños, la melodía de las estrofitas es preciosa. Te haré la segunda voz.

La dócil niña se puso á cantar con una voz muy tenue, pero cuya dulzura era incomparable acompañada de la pura y fuerte voz de Reina, que parecia sostener la suya, las estrofas que acaban así:

Y ten con ellos piedad,
Que les tengo perdonado,
¡Que es tan dulce perdonar!

— ¡Con qué espresion canta! dijo Flora cuando hubo concluido.

— Es, dijo Lágrimas, porque de todas las escelencias de Dios, es la que mejor comprendo, el perdon.

— Pues yo, dijo Reina, la justicia.

— Pues yo, añadió Flora, la de no cansarse de dar. Dar, ese es el placer de los placeres, la felicidad de las felicidades.

— ¡Eh! dijo Reina, vamos al Duque, que ya es tarde; ven, Lágrimas.

— Yo no quisiera ir, respondió esta.

— ¿Y porqué no, criatura?

— Estóy cansada.

— Déjala, Reina, el mejor modo de complacer á las gentes es dejarles hacer lo que desean, grande y soberbia má-

xima, que no puedo inculcar á mi madre por mas que hago, dijo Flora.

— ¿Qué harás aquí sola? preguntó Reina á Lágrimas; las nubes rosadas se han ido.

— Contará las estrellas conforme vayan saliendo, dijo Flora, por ver si falta alguna.

— Vas á oir, prosiguió Reina, el ruido que te parece del mar lejano, y que te acongoja.

— No, Reina, hoy estóy tan tranquila, que oiré música.

— Oirás el viento y pensarás que la naturaleza gime, como te sucede siempre.

— No, Reina, el viento que suspira es débil, callado é inofensivo.

— Como tú, dijo Reina besando la frente de Lágrimas que se habia acercado á ella, la habia abrazado y habia apoyado su cabeza en su hombro.

— Callado, calladito, afirmó Flora, no dice ni *ponchu*, ese chiquitin de Eolo, bien criadito.

Y pasando detras de las amigas abrazadas, la niña de los lazos rosas se subió en el rodapié del balcon, tomó una de las ramas de la enredadera, y coronando sin soltarla con ella á las otras, *un cuadro vivo*, dijo.

CAPITULO XV.

OCTUBRE, 1846.

Paseaban los amigos estremeños por el Duque, cuando vieron descollar por cima del apiñado gentío una cabeza pequeña, con una cara de filo, dotada de una nariz larga, ojos pequeños, negros, melancólicos y distraidos, aunque de cuando en cuando lanzaban una penetrante, desconfiada y hostil mirada, como el apagado volcan entre su opaco y monótono humo echa á veces una llamarada. Vestia con pésimo gusto chaleco y pantalon de tremendos cuadros y furiosos colores, y un gaban blancuzco que parecia un traje talar.

Un sombrero húngaro, republicano ó á la Montalban, de igual color, que cubria su *jefe*, como llaman con razon los franceses á sus cabezas, hacia aparecer mas morena su triste cara. Unos grandes bigotes que parecian colgar de sus narices, acababan de poner un sello de actualidad ridícula á ese personaje.

Era este nuestro amigo Tiburcio, el que despues de un año de residencia en Madrid, se volvia no como se fué, sino con los bolsillos vacíos, habiéndose gastado allá el importe hasta del último olivo, sacrificado en las aras de la *noble ambicion*, y que acababa de comerse en Sevilla un pedazo de vallado, recalcando el modo de pronunciar castellano de los *s*, *ll* y *z*, que habia aprendido en Madrid, con un aire capaz de confundir á los andaluces. Apénas lo vió Marcial, cuando separándose de sus amigos le fué al encuentro.

— ¡Oh! invicto demagogo, le gritó; me alegro hallaros, quiero presentaros á mis amigos.

— Me honráis, respondió en voz grave Tiburcio, que á pesar de sus doctrinas se moria por las gentes de fuste.

Pero los amigos, siguiendo su paseo y el objeto que los preocupaba, habian desaparecido entre las gentes.

Siguieron, pues, Marcial y Tiburcio paseando, y á la primera vuelta se hallaron frente á frente con Reina. Marcial la saludó, pero esta hubo de no verlo, porque no le devolvió el saludo.

— Señor, decia Tiburcio, la humanidad necesita regenerarse.

— Las mejoras brotan, respondia Marcial, al vivificante calor del sol, y no á la abrasadora llama del incendio, y así mi amigo... Reina, aunque no quieras, estóy á tus piés.

— Agur, Marcial, respondió esta, pero al notar la estraña figura de Tiburcio, clavó en él su mirada firme, y volviéndose hácia Flora, ¡Jesus, qué facha! dijo: ¿de qué baratillo habrá sacado Marcial esa baratija curiosa? y se echó á reir.

— ¿Lo veis*h*? dijo Tiburcio furioso, veis si son insolentes y orgullosas vuestras aristócratas.

— ¿Porque se ha reido mirándoos? Lo mismo hubiese hecho con el Buti Bamba mas encopetado si se presentase con vuestra facha. Mi amigo, Reina, esa prima mia, es la burla increada como vos sois la oposicion ídem. No es en ella orgullo, es su corriente, su impulso, su montaña rusa, es la espina de esa rosa; ¡si la hace hasta de mí!..... ¿Queréis conocerla? ¿queréis que os lleve allá? añadió Marcial con marcialidad.

Era esta oferta demasiado grata á Tiburcio, para que no se apresurase á acogerla.

— Solo os advierto, observó Marcial, que no salgáis allá con alguna de esas vuestras máximas, cataclismos morales, principios anti-religiosos que levantarian la tertulia en peso. Eso allá no pasa, amigo. Se destierra como los perros en misa. Por lo demas, la marquesa es mi tia, y lleva en palmas á los que yo presento en su casa.

Los amigos para hacer hora fueron á beber á la nevería, pero los helados no entibiaron el fuego de sus discusiones políticas.

Entretanto se iban reuniendo los tertulianos en casa de la marquesa. Aunque ya el otoño enviaba de precurseras sus noches largas y húmedas, el verano habia dejado tan arraigado su calor, que aun se conservaban las puertas y ventanas abiertas de par en par. Lágrimas estaba sentada cerca del balcon, y quedaba en la sombra que proyectaban las puertas. Genaro estaba sentado á su lado.

Frente de ellos, pero fuera de la sombra, y como dorada por la brillante luz de los reverberos, se hallaba Reina, cerca de la cual estaban sentadas Flora y otras muchachas, rodeadas de un grupo de hombres entre los que estaba Fabian. Genaro habia tomado el abanico de Lágrimas y jugaba con él.

Esta costumbre de tomar los pretendientes en sus manos el abanico de sus pretendidas, sea dicho de paso, es la mas mal entendida y la que ménos está en sus intereses. Si bien demuestra un deseo afectuoso de poseer, aunque sea momentáneamente, algo que pertenezca á la que se ama, y denota un galante placer en tener en sus manos lo que las suyas

tocaron, tiene esto varios fatales resultados. El primero, sobre todo, si son los usurpadores de los que manejan la espada, es que no saben manejar el abanico; y así, ó le rompen ó le dan mal cierro, y tenéd entendido que un abanico con mal cierro, es lo que una espada sin puño, ó una pluma con las puntas abiertas, como un cinco romano. Si bien no dudamos existan heroinas que sacrifiquen noblemente el buen cierro de su abanico á un jóven de mérito y elegante, hay otras hijas de Eva que no llegan á esa altura, y que siguen con tristes ojos y angustiado espíritu las poco hábiles evoluciones de que es mártir su caro compañero, lo que las distrae, apura y despoetiza evidentemente la situacion. Pero hay aun mas: arrebatando á sus dueñas su propiedad, les quitan lo que llaman los franceses su *contenance*, esto es, su continente, el manejo, el aire del cuerpo y de la persona, que halla un punto de apoyo en el abanico. Condena, en particular á las tímidas, á la inmovilidad, y sus manos á una inacostumbrada inaccion que las fatiga, dejando á estas caidas é inertes como lo haria la ausencia de la brisa á dos blancas grímpolas. Un pequeño movimiento de impaciencia, tenédlo por seguro, sigue á cada rapto de abanico, si no tan furioso como el de los sabinos contra los romanos, pero que con él tiene cierta analogía. Aconsejámoste, pues, lector, en tus intereses, que si propendes á este acto de vandalismo amoroso, te enmiendes y abstengas de él. Tú conocerás en el curso de tu vida las ventajas, y algun dia dirás: bendito sea Fernan Caballero, á quien no conozco sino para servirla.

Tenia, pues, Lágrimas cruzadas sus manitas sobre sus rodillas una encima de otra, como en un jazmin se cruzan dos de sus florecitas. Echaba de ménos su abanico, no por otra cosa sino por ocupar sus manos, pues en su dejadez y desprendimiento americano, no la fatigaba el calor, ni se cuidaba de sus alhajas. Callaba la suave niña y miraba al cielo.

— Siempre estáis triste, dijo Genaro, y no participáis de las bromas de los demas.

— Es verdad, respondió Lágrimas, no sé reir.

— Yo tampoco soy amigo de la risa, es esta un sonido discordante al corazon; lo hace ligero y frio.

— ¡Oh, no! dijo Lágrimas, la risa es un bello don de Dios, como lo es un dia de sol, y la envidio, porque vidas hay sin risa y sin sol, y que están envueltas en tristeza cual ahora lo está el cielo de nubes como en una blanca mortaja.

Lágrimas bajó la cabeza y se puso á meditar con esa tristeza que comunica la noche aun á la clara luna.

Siguió un rato de silencio, porque Genaro aplicó su finísimo oido y toda su atencion á lo que en voz baja hablaban Flora y Reina, creyendo, sin equivocarse, haber oido su nombre.

— Genaro está muerto y penado por Lágrimas, eso salta á los ojos, decia Flora.

— Hace bien, respondió Reina, porque ella es una bendita, una paloma sin hiel; un poco pesada es, pero como él lo es un mucho no le chocará lo poco en ella.

— ¡Genaro pesado! exclamó Flora, solo á tí que tienes los gustos mas remontados que panderos, se le ocurre eso; no hay uno solo á quien no halles faltas que poner. Vea Vd. ¡Genaro pesado! ¡Pues si tiene la sangre mas ligera que un pájaro!

— Lo disimula.

— No digo que no, porque tiene mas debajo que encima de tierra; pero ¿sabes lo que el rector ha dicho á mi padre? que es el muchacho mas vivo, más despierto y mas aplicado de la universidad.

— Hija mia, dijo Reina, yo no juzgo por las opiniones de nadíe, pero ménos aun por las de padres graves.

Este aparte terminó con una carcajada que esta frase de Reina hizo pegar á Flora.

Con las repentinas mutaciones del equinoccio, el cielo habia cambiado de aspecto.

— Ved, dijo Genaro á Lágrimas, el cielo parece resucitar y haber desgarrado su mortaja que va desapareciendo hecha girones. Debéis imitar al cielo, Lágrimas, y sacar vuestra vida de esa mortaja de tristeza, porque la vida es bella á los diez y seis años.

— No hacen la vida bella el mas ó ménos número de años, respondió Lágrimas, sino el mas ó ménos contento y alegría. ¿Es alegre la noche aunque empieza ahora?

— Sí lo es; y mirád sus estrellas, cual os sonríen como para animaros.

— Las veo al traves de la diáfana blancura de esos celajes, como ojos tristes al traves de lágrimas. Todo es triste, Genaro, ora álzese, ora bájese la vista.

— Si amaseis, Lágrimas, no os pareceria triste la vida.

— ¿Da alegría el amor? preguntó la suave niña.

— Da la felicidad que es aun preferible, contestó Genaro.

— Lo dudo.

— Convencéos de ello.

— ¿Y si no me convenzo?

— Volveréis á vuestra indiferencia.

— ¿Y si fuese la indiferencia como el paraíso, que no se pudiese volver á él despues de abandonarlo?

— No es un paraíso la indiferencia, Lágrimas, es un desierto.

Atravesaba en este momento Marcial el estrado, seguido de Tiburcio que presentaba á su tia. Marcial se ocupaba tanto de sí, que no habia otro que notase ménos lo que pasaba al rededor suyo. Así no observó el efecto que su entrada triunfal causaba en el grupo burlonísimo de las muchachas.

— ¿Qué arco íris en pié nos trae Marcial, ese gran primo mio? dijo Reina.

— Oíd, Fabian, preguntó Flora; ¿es ese chorizo de Estremadura?

— Puede echar plantas Marcial con sus descubrimientos, prosiguió Reina. ¿Si habrá hecho ese en el Gabinete de historia natural?

— No, dijo Flora, es una *creacion fantástica*, como dice Fabian que lo es el vampiro: y las demas se pusieron á clasificarlo diciendo:

— Es un habitante de la luna.

— Ese habrá venido entre los palos de Segura.

— Ese ha crecido á la sombra.

— ¿No veis que es un *porta bigotes?*

— Es un *facha.*

— Es un cursi.

— ¿Pero Fabian, debéis saberlo, quién es ese fenómeno? preguntó Reina.

— Es el inmediato á una alcaldía, respondió este.

— ¿Y cómo se llama?

— Tiburcio Cívico.

— ¡Jesus qué nombre! dijo Flora, si me lo hubiesen dado, lo devolvia, aunque me quedase sin ninguno.

— El nombre es poco armonioso, así es, que Marcial que le queria hacer unos versos, como hace á todos sus amigos, se devana los sesos inútilmente, para hallarle un consonante. Reina, os ha dado ya Marcial los que os ha compuesto, ¿lo sabéis?

— Por sabidos.

— Os los diré, que los sé de memoria.

— Ni por pienso.

— Fabian, Fabian, exclamó Flora, eso seria una alta traicion, ¡indigna de un socio del Liceo! si la hicieseis, en mi vida os volvia á decir, ni *ponchu.*

De repente se levantó Genaro, y llamando á Fabian á parte, le dijo:

— Mira, si quieres que nos divertamos, persuádele á Reina, tú que tienes confianza con ella, á que reciba con agrado á ese estafermo, y nos darán un sainete entre Marcial y él.

Genaro se volvió en seguida junto á Lágrimas, y le dijo:

— ¡Cuán ligeras y frívolas deben pareceros las personas que no saben sino reir!

— No por cierto, Genaro. Hay actividad y vida en la alegría; es ella la robustez del alma, así como la tristeza es su debilidad; así en mí es debida á males físicos y morales.

— ¡Interesa tanto, Lágrimas!

— Oh no, no, fastidia á todos ménos á las madres en el convento, á quienes compadece.

— ¿Qué os dijo Genaro? preguntaba entretanto Reina á Fabian.

— Que os persuadiese que acogieseis con agrado al *íntimo* de Marcial para hacer rabiar á su patrocinador.

— Podéisle decir á ese patron araña, que si se quiere divertir que compre una monita.

Acercáronse entónces Marcial y Tiburcio, tan desigualmente dotados en anchuras.

Despues de los primeros cumplidos, dijo Reina á Tiburcio:

— ¿Sois madrileño?

— No señora, soy de *Villlamar.*

— ¿Y dónde está Villamar?

— Prima, ¿quieres que te enseñe la geografía? dijo Marcial.

— No quiero aprender nada que acabe en *ia,* respondió Reina.

— No *esh eshtraño,* no *shepáis* donde eshtá shituado un pueblo tan deshconocido que lo ha omitido en su diccionario el sheñor Madozzz [1]).

— Lo que será un borron eterno para su obra, opinó Marcial. Si Madoz me hubiese consultado á mí, no hubiese sucedido eso.

— Flora, decia Fabian á la alegre jóven que llevaba los lazos rosa como su divisa; ¿es posible que me tengáis desde hace seis meses de rodillas, ofreciéndoos mi corazon, y que cual si fuese un vaso de ajenjo no os podáis determinar á tomarlo?

— Vamos, lo tomaré; y sin hacer mohines para que no criéis rodilleras; pero en calidad de reíntegro.

— Bien, con tal que deis premios.

— No, nada de premios, ni apremios.

— ¿Ni siquiera un suspiro?

---

1) Creemos que está demas advertir que esto es una broma, pues que el pueblo Villamar solo existe en la imaginacion del autor.

— ¡Un suspiro! ¡qué horror! En punto á suspiros no me gustan mas que los de Pepe el confitero.

— ¡Válgame Dios, Flora, siempre habéis de reir y hacer reir!

— Siempre hasta *post multa secula.*

— Trae la vida sus dias nublados, Flora.

— Por eso gocemos del sol miéntras dure.

— Reina, decia entretanto Marcial, ¿te gustan los versos?

— Los detesto, respondió esta.

— Es que Cívico los hace muy buenos, á la par que oposicion.

— ¡Jesus, Jesus! más vale que se limite á hacer oposicion. Pero ya que tanto te ha dado por la poesía, ¿porqué no le haces unos versos á Lágrimas á ver si le alegran un poco y le hacen reir?

— No hago mal tercio á mis amigos, Reina, eso no.

— ¿A qué amigo se la harias?

— Toma, á Genaro, ¿ignoras acaso que la quiere?

— ¿Lo ha dicho él? preguntó ansiosa Reina.

— Nó, él no dice en su vida nada; pero está á la vista.

Reina se mordió los labios de despecho.

Fuera aparte del mérito poco comun y distinguido de Genaro, Reina vana, fria y desdeñosa, se habia prendado del único hombre, que marcadamente no le rendia homenaje, aunque estaba léjos de darse cuenta á sí misma de este sentimiento; al contrario, tomaba el despecho que le causaba la marcada indiferencia que por ella demostraba Genaro, por un sentimiento antipático hácia su persona.

Por su lado, Genaro, como altivo y astuto, habia sabido hábilmente adoptar el medio de hacerse valer y distinguir por aquella á quien debian empalagar los obsequios y rendimientos, siendo esta la mujer que llenaba su alma, conmovia su corazon, lisonjeaba su amor propio, satisfacia su ambicion, colmaba sus planes de felicidad, y en una palabra, realizaba su ideal. Lágrimas era para él lo que decíamos del abanico, una ocupacion, un punto de apoyo, un conti-

nente, de la que se ocupaba esteriormente, digamos, miéntras toda su atencion la llenaba Reina.

— ¿Fué Vd. á Madrid á divertirse? preguntó Reina á Tiburcio que no soltaba el sombrero; lucia una sortija de oro, cuyo orígen no era de California, *por cima* del guante, y estaba mas serio y grave que un entierro.

— En parte, respondió este con fatuidad, en parte llevado por la *noble ambicion* de todo buen patriota de *shervir shu paish.*

— Hizo Vd. bien, que hay allá gran escasez de sugetos disponibles.

— ¡Ah! no e*sh*tá ahí el mal, e*sh*tá en que lo*sh* que nada valen se anteponen á lo*sh* que valen.

— ¿Y no obtuvo Vd. nada?

— ¡Nada!!

Entretanto las otras muchachas decian á Flora:

— Díme, Flora, ¿qué es eso de vampiro que dijistes ántes?

— Vampiro, contestó la interrogada, es un hombre alto, seco, pálido, triste, que padece de una sed particular que no estanca como nosotras en las claras fuentes ni en las frescas alcarrazas, sino en los cementerios en donde desentierra los muertos y se bebe su sangre.

No es ponderable el efecto que hizo esa tremenda creacion de las tétricas fantasías del Norte, sobre la florida y alegre imaginacion de las niñas andaluzas.

— ¡Qué espanto! exclamó la una, ese es un delirio de calentura maligna.

— Eso lo inventó un loco furioso, dijo otra.

— ¡Flora! ¿cómo puedes ni repetir eso? se me ha levantado el estómago, tengo náuseas, opinó la tercera.

— Esas invenciones se debian prohibir, aseguró otra.

— No lo harán, porque acá se lo digamos; así sosegarse, dijo Flora; ¡al órden! como en las cortes se dice. Allá en el Norte no cesan de hablar contra los toros, y miéntras mas hablan y escriben, mas garrochazos, mas estocadas, mas agonías, sangre y porrazos por acá. Con que así, no gastéis tanta elocuencia en valde, y convencéos de que el hombre

es una fiera concebida por la mujer, como una horrorosa oruga por una mariposa, y de que solo por eso anda en dos piés.

— ¡Válgame Dios, Flora! dijo Fabian, ¿y qué serian las mujeres sin los hombres?

— Mejores, contestó esta.

— ¿Qué me querrá tu madre, dijo Marcial ántes de irse, á Reina, que me ha dicho que me llegue acá mañana á las doce?

— Ha sabido que has jugado, respondió Reina, y está muy escandalizada; puede que sea para echarte una peluca.

Marcial se puso tan ancho como si le hubiesen hecho el mayor cumplido, y dijo:

— ¿Qué quieres, Reina? ¡los pocos años!

— Los pocos años no disculpan ciertas cosas, Marcial.

— Las mujeres se mueren por las malas cabezas.

— ¿Dónde has sacado semejante absurdo, Marcial? eso podrá suceder con alguna que otra loca, y que tenga tan malas propensiones como ellos; pero en mujeres delicadas, sensatas y de buenos principios, no hallarás jamas sino la repulsa que merecen los escesos y los vicios, los que dejan manchas que no se borran. Si crees otra cosa, te equivocas, Marcial.

— Yo no me equivoco nunca, Reina.

— Ese sí que es un privilegio esclusivo, exclamó Reina soltando una carcajada.

— Así tuviese el de agradarte, témpano inderretible.

— Pues ese, amigo, nequaquam.

CAPITULO XVI.

OCTUBRE, 1846.

— Tengo una cita, decia Marcial al dia siguiente á sus amigos al empezar la obra de las Danaides: *el tocador*.

Fabian y Genaro que estudiaban no contestaron.

— Me fatigan tantas citas, prosiguió Marcial, me quitan el tiempo.

El mismo silencio.

— No digo, añadió Marcial despues de haber vuelto la cara para asegurarse de que sus callados amigos no dormian, no digo, ni es decir por eso que no me gustan las aventuras; soy hombre capaz de llevar de frente veinte intrigas, en buenhora lo diga, porque si no con el partido que tengo.....

El mismo silencio.

— Pero la de esta mañana, prosiguió Marcial despues de una pausa, en la que se confirmó en *que el partido que tenia* no hacia desplegar los lábios á sus amigos, se la cederia á cualquiera de vosotros, porque me ha dado ahora por guardarle consecuencia á Reina.

Aumento de silencio.

— Señores, exclamó Marcial, ¿estamos por ventura en la Trapa?

— ¡Ojalá! dijo Genaro.

— No seria malo, repuso Marcial, pues que así no se hubiese pronunciado ese impertinente *ojalá*. *Sépaste*, aprendiz diplomático, que los Maquiavelos pierden un ciento por ciento con ser boqui-frescos. Talleyrand que lo entendia, ha dicho que el pensamiento sirve para ocultar la palabra.....

— No ha dicho tal, exclamó Fabian, ha dicho lo contrario que la palabra.....

— Calla, calla, manso rio, y cuájate como el Neva en enero; te mueres por enmendarme la plana, debo saber mejor que tú lo que ha dicho Talleyrand, que no era poeta para que lo sepas tú de memoria. Vamos al caso, ¿á cuál de vosotros cedo una cita?

— Tengo bastante con las de mis libros, dijo Fabian.

— No suplo en citas, ausencias y enfermedades, añadió Genaro.

Se restableció el anterior silencio.

— ¿Y no me preguntáis, dijo al cabo de un rato Marcial, sacándose con primor una raya la mas perfecta en su género, quién es la citadora?

— Apuesto, respondió Genaro, que es la hermana de aquel escribano que tiene la dentadura á la desbandada, la nariz en línea diagonal, tez que nunca pierde y cuerpo que nunca medra.

— Ya sabéis, repuso Marcial con voz grave, que me formalizo, me incomodo, me siento y me pico con esa broma vieja, antigua y caduca; broma que se funda en un principio falso, inexacto é incierto; broma que carece á un tiempo de verdad, de gracia y de actualidad, y que tú, Genaro, zorra sutil, sacaste de tu cabeza, foco de arcanos incoherentes y de utopias anti-platónicas.

— ¡Oh! Marcial, exclamó Fabian, ese párrafo te coloca en el apogeo de gran maestro de pleonasmos y retumbancias. Te sopla la musa finchada; brillas como la Via láctea. Pero díme, ¿tiene mas actualidad la sospecha que sea esa cita de tu costurera, que te llama D. *Jastial*, y se queja de que arrancas todas las *travillas* mas que se *cuesan* con hilo á carreto?

— Viajáis por los países bajos, amigos, miéntras la verdad que allí no hallareis, está en las elevadas regiones de cumbres altas.

— Dános tu norte, dijo Fabian.

— No puede ser.

— Vamos, hombre, si estás rabiando por decirlo.

— Y vosotros por saberlo.

— Lo uno y lo otro.

— ¿Lo queréis saber, hé?

— Sí, abre tu corazon y tu boca.

— ¿Lo queréis saber?

— Sí, hombre, sí, no seas pesado en tu vida, que la pesadez es el octavo pecado mortal.

— ¿Con que lo queréis saber?

— ¡Dále, qué toston! Sí, sí.

— Pues no lo sabréis.

Dijo Marcial esto con tal valentía, que hasta la mano que tenia el batidor se resintió, y como electrizada dió un tajo que hizo variar de rumbo á la raya, que vino via recta á topar con la oreja.

— ¿A qué esa pretension á misterio, si yo lo sé? dijo Genaro sin dejar de escribir.

— ¿Que tú lo sabes? exclamó Marcial, hasta ahí podian llegar tus pretensiones *á sábelo todo;* pues hijo mio, en tus cálculos yerras, te equivocas, te engañas y te alucinas.

— Una persona hay, Marcial, que te celebra siempre, dijo Genaro, inventando cuanto iba diciendo.

— Ya, eso es natural, respondió naturalmente Marcial, estirándose la tirilla ante su espejo.

— Dice, añadió con imperturbable seriedad Genaro, que eres el mejor mozo que pasea las calles de Sevilla.

— Nada precisas ni á nadie descubres con lo que vas diciendo, repuso Marcial, puesto que esas cosas muchos hay que las pueden haber dicho.

— La que las ha pronunciado, dijo Genaro, es la persona que anoche te dijo á media voz que fueses hoy allá á las doce; la hermosa Marquesa de Alocaz, que por lo visto no es tan insensible como se le supone, porque esta cita, despues de los encomios que hace de tí, me huele á que has conquistado á la par la lechuga y el lechuguino. Feliz mortal que, cual las pirámides, ves pasar ante tí las generaciones rindiéndote homenaje. Aun hemos de ver una hija de Reina adorarte.

— Pues mira, Genaro, si fuese así, á fé de hidalgo que lo sentiria, dijo Marcial, que se creia con una candidez asombrosa cuanto lisonjeaba su amor propio.

— ¿Porqué, aventajado jóven?

— Porque es de suponer que como la caridad bien ordenada empieza por sí mismo, se opusiese á mis relaciones con su hija. Pero tú tienes oidos de ético y lengua de cotorra, con mas, ojos de lince, falaz Genaro, zorra sutil, otra vez oye, ve y calla; impon silencio á tu voz, pon un candado á tus labios y una mordaza á tu boca, y observa prudencia, recato, silencio y decoro. Sírvante los hijos de Noé de norma, de ejemplo, de estímulo y de modelo.

Diciendo esto, salió Marcial magistralmente del cuarto despues de darse el último estiron al chaleco.

— El demonio es ese Genaro, iba pensando al bajar la

escalera, todo lo sabe y ha descubierto que tiene mi tia capricho por mí. ¡Quién lo hubiese creido! ¡Una mujer que tiene la fama de una Numancia! ¡Pero al fin qué mortal, qué criatura de carne y hueso está exenta de las debilidades humanas! No se debe ser demasiado severo, rigoroso, rígido y exigente, con esas pobres hijas de Eva. Sobre todo, no debe serlo el agraciado, favorecido, beneficiado y honrado. ¿Cómo salir de este lance de amor y fortuna, puesto que estóy decidido por la hija? ¿Cómo hacer entrar en razon á esta Fedra? No todo es flores en la juventud, por mas que lo repitan cantando los poetas y llorando los viejos.

Entró Marcial en casa de la marquesa, con un aire que se parecia en lo grave y digno al del casto José, en lo arrogante y satisfecho al del hombre que sabe es apreciado y querido.

Cuando se hubo sentado, la marquesa se levantó y cerró la puerta.

— ¡Ciertos son los toros! pensó Marcial estirándose el chaleco.

La marquesa se sentó en seguida en el sofá y le dijo:

— Acércate, Marcial, que no quiero hablar recio.

— Estas *perfectas viudas*, pensó Marcial, no se andan con aquí la puse.

— Marcial, dijo la Marquesa con tono seco é incisivo; por ventura, ¿te has figurado tú que mi casa es un café ó un casino?

Marcial cayó de las nubes y quedó aplastado en la humilde tierra como una rana; levantó los ojos y miró á su tia, que tenia los suyos clavados en él, amenazantes como dos bocas de pistola.

— Señora, dijo, ¿porqué me dice Vd. eso?

— ¿Y lo preguntas? repuso esta encendida de cólera, pues que, ¿no hay mas que introducir en mi casa al primero que se te antoja?

— Señora, contestó Marcial, si lo decís por el que introduje anoche, ese es...

— ¿Quién?

— Un escelente muchacho.

— Un pelgar.
— Un doctor.
— Un harapo.
— Un poeta.
— Un arambel.
— Un escritor.
— Un guiñapo.
— Un amigo mio.
— Un pendon.
— Un chico que sabe.
— ¿El qué?
— Leyes.
— Pues mira que la recomendacion..... ¿pero quién es?
— El hijo de un alcalde, respondió gravemente Marcial.
— Eres un niño atrevido y aturdido, repuso la marquesa, que sabes poco de mundo y de sociedad y que tienes que aprender; pues está bien que con una marcialidad ridícula y sin encomendarte á Dios ni al diablo comprometas á tus parientes y amigos. Hazme el favor de aquí en adelante de abstenerte de formarme mi tertulia, que sin tí lo sé yo hacer. No trato, sobrino imberbe, de que se diga que en la tertulia de la Marquesa de Alocaz, alternan bullangueros de mala nota, calaverillas de mala especie, de pésimo concepto en la universidad, lechuguinos de arrabal sin maneras ni educacion, con fama de petardistas, sin otra recomendacion que ser hijo de un herrador.

Marcial se quedó algo sorprendido al oir á su tia, pero en seguida dijo con el imperturbable aplomo con que formaba axiomas:

— Tia, *el herrar forma parte de las nobles artes.*

— No me meto en disputas ni discusiones contigo, repuso la marquesa, solo te digo que eres dueño de escoger á quien gustes por amigo, así como yo lo soy de elegir mi sociedad.

— ¿Es posible, tia, exclamó Marcial, á quien no derrotaba nadie fácilmente; es posible que aun deis importancia á esas antiguallas de mal gusto y proscritas por el buen sentido, que aun penséis en pergaminos y jerarquías? Todos

somos iguales como los corderitos; el hombre no merece por la eventualidad de su nacimiento, sino por su mérito personal, sus prendas, sus virtudes y sus cualidades.

— Haces bien, respondió la marquesa, en atacar los pergaminos, pues aunque por tu padre, mi primo, eres muy caballero y de lo mas encopetado, por tu madre... ¿qué sé yo?... siempre oí decir que tu padre casó mal y descendió de clase.

— ¡Señora! exclamó Marcial furioso, poniéndose en pié de un brinco. ¡Señora! ¿qué decís? ¡pues si mi madre es mas señora aun, que mi padre caballero! ¡pues si mi madre es de la cepa! ¡pues si mi madre es prima del Duque de Balbaina, y tiene opcion á ese ducado y á una grandeza! ¡mi madre! ¡vea Vd.!

— Lo sé, lo sé, dijo la Marquesa soltando una alegre y burlona carcajada; queria al decirte esto, solo ver la práctica de tus teorías, hijo mio; anda con Dios, campana hueca, te puedes ir, no te detengo, sé mas mirado en lo sucesivo.

Marcial entró furioso en su casa.

— Me vuelvo exaltado, exclamó tirando el sombrero.

— No es para ménos, dijo el taimado de Genaro.

— ¡Vana, intolerante! aristócrata del año de la enanita, con ideas pergaminosas, máximas rancias y sentencias apolilladas.

— ¿Quién, tu apasionada?

— ¡Qué apasionada ni qué niño muerto! no he tenido que plagiar al José hijo de Jacob, nieto de Abraham. Tu perspicacia, hijo mio, esta vez falló y te ha dejado deslucido, desairado y *desmaquiavelizado*. Figuráos, si podéis, que hallé una furia, una harpía, una Euménide, una serpiente con siete cabezas: un gato montés con trescientas uñas.

— ¿Y porqué estaba furiosa? preguntó Fabian.

— Porque llevé allá á Tiburcio. ¡Vea Vd! ni que fuese el cólera; pero de esto ha resultado que por fin hallé lo que buscaba mas que el alquimista la fabricacion del oro, mas que se ha buscado la piedra filosofal y las fuentes del Gánges.

— Del Nilo, rectificó Fabian.

— Del Ganges, costuvo Marcial, pero lo hallé, lo hallé.

— ¿El qué?

— Un consonante á Tiburcio.

— Vamos, me alegro, dijo Genaro; es una prueba patente de la existencia de las compensaciones, traes á Cupido alicaído; pero en cambio á Apolo radiante, el corazon humilde, la cabeza gloriosa, el amor humillado, la amistad arrogante.

— Dínos el consonante, añadió Fabian, que estóy curioso de saberlo. Dejarás atras á Quevedo con su famoso *ego te absolvo.*

— Pues oíd, *medias cucharas.*

Lo que por tí batallo, gran Tiburcio,
Podria cantarlo solo Quinto Curcio.

Genaro y Fabian se echaron á reir, pero Marcial prosiguió sin atenderles, ni salir de su gravedad: en fin, el resultado es que he tocado un bajon, y me he desprestigiado con la madre, lo qué ofrezco en las aras de la amistad. Anda con Dios, tal dia hará un año, con tal que marche mi plan con la hija. Es Reina arisquilla, un tanto desabrida, cuando se le habla de amores; pero eso me gústa, las mujeres se deben hacer valer, no deben nunca decir sí, sino al pié del altar, y eso porque sin este requisito no es válido el casamiento.

— Dices bien, Marcial, opinó Genaro. El *sí*, es el suave viento Sur que afloja; el *no*, el tirante viento Norte que entona.

— Tan recio puede ser que hiele, observó Fabian: no estóy por los tónicos.

— ¿Sabes Marcial, le dijo Genaro, que tu plan con Reina, como tú dices, estóy para mí que lo has entorpecido?

— ¿Cómo? ¿de qué modo? preguntó alarmado Marcial.

— Con haber llevado allá á Tiburcio, respondió Genaro, que me parece haber causado en la hija una impresion muy distinta que en la madre.

— ¡Qué! ¡qué tontería! no es posible.

— Si lo es, Marcial. Tú no sabes aun los caprichos de las mujeres.

— No hables disparates. ¡Vea usted, Tiburcio mas feo!

— ¿Y qué? si dice Reina que tiene cierto colorido romántico.

— ¡Romántico! ¡vaya una idea! ridículo y original; eso sí.

— Dice Reina que le gusta lo original. Dice tambien que su aire sombrío, su estremada delgadez, lo bien que pronuncia el castellano le hacen gracia: lo ha llamado *Antony*.

— ¿Qué me dices? exclamó aterrado Marcial. *¡Antony!* ¡dónde fué á dar! ¡sí, sí podrá ser! es posible, es dable, es factible, y es probable. Las estravagancias de las mujeres, no están escritas, impresas, calificadas ni definidas. El móvil y las fuentes de sus caprichos son desconocidas como las del Gánges. Calla, calla, Fabian, es el Gánges y no el Nilo, por mas que te empeñes. Por hacer buenos versos no es uno buen geógrafo, ni orador, ni hombre de estado: y si no ahí tienes á Lamartine, el primer poeta moderno, mírate en ese espejo, y calla, calla por amor de Dios, que me sueles desconcertar en los momentos críticos de desenvolver un pensamiento. Porque te llamo manso Dauro, quieres saber mas de rios que nadie. El que tiene las fuentes desconocidas es el Gánges, el Gánges y tres mas. Ahora, no vuelvas á salir con el Nilo, sino cuando se trate de inundaciones ó de cocodrilos, que es por lo que descuella y no por fuentes desconocidas. Sus fuentes las descubrió Mungo Park en el cabo de Buena Esperanza; de ellas beben los cafres, los hotentotes, y el rey de los mosquitos.

— ¡El rey de los mosquitos que está en América! exclamó Fabian soltando una carcajada, qué batiburrillo, Marcial!

— Lo sé, contestó este, pero como en todas partes hay mosquitos, no les faltará á los del Cabo ni rey que los mande, ni papa que los excomulgue, ¿estás, *métome en todo?* pero tú, Genaro, zorra sutil, que sabes mas que las

culebras, ¿porqué no me quitaste de la cabeza el llevar allá á ese culebron tu abuelo?

— Pero Marcial, ¿acaso me dijiste que lo ibas á llevar? dijo Genaro, ¿acaso tomas tú en tu vida consejo de nadie?

— Segun sean estos. Ahora caigo en que cuando me acerqué á ellos, estaban en gran conversacion: oí á esa Reina indigna de serlo, decirle que habia escasez de sugetos disponibles, á lo que contestó ese patan de altas miras, que no era ese el mal, sino que estaba en que los que nada valian se anteponian á los que valian; claro está, ya lo veo, que esto aludia á ella, á él y á mí. ¡Pues está bueno! yo les seguiré los pasos; á mí no se me engaña. ¡Pues no podia ir á herrar asnos como él! ¡querer competir conmigo! ¡al diablo no se le ocurre otra! si fuera con uno de vosotros, seria ridículo, pero conmigo es una arrogancia piramidal, un atrevimiento fenomenal, una osadía portentosa, una pifia pasmosa y una torpeza colosal.

CAPITULO XVII.

FEBRERO, 1848.

Habian pasado algunos meses. Disputábanse aun el cielo, el Sur con sus vendavales y sus nubes, y el Norte con su fria serenidad, como se disputan las pasiones y la razon el corazon del hombre.

En este tiempo habia pasado la frialdad que habia existido entre Reina y Genaro, á una constante hostilidad por parte de Reina, que Genaro sufria y rechazaba impávido como una roca la embestida de las olas del mar. Resultaba de este perenne choque entre ambos, un hervidero amargo, una posicion hostil que hacia padecer profundamente á la pobre y suave Lágrimas, tan tiernamente apegada á ambos. Pero hay seres destinados á que cuanto les brinde en su copa la vida, aunque parezca dulce, se vuelva hiel ántes de

llegar á sus labios. Esforzábase en vano la pobre niña en persuadir á Genaro á no gastar con esa amiga que tanto queria, el tono frio y á veces hasta desdeñoso con el que contestaba á los ataques y contradicciones que de ella continuamente recibia. Genaro era uno de aquellos hombres tenazmente voluntariosos, que jamas ceden un ápice en nada, ni por consideraciones, ni por condescendencia ni por cariño, y que sin jamas porfiar, no cejan nunca; hombres que toman la testaradez por carácter, y la falta de corazon por fuerza moral; hombres que se creen de acero y son de palo.

La que es Reina, ni comprendia ni tomaba en cuenta lo que padecia Lágrimas.

Esta guerra sorda entre ambos, no llamaba la atencion á nadie, porque simpatías y antipatías son en el mundo cosas tan comunes y tan poco motivadas á veces, que nadie se para á buscarles causa.

Pero no era así con la marquesa, mujer de mundo, vigilante Argos, que veia mas con sus ojos de madre, que aquel con su centenar. Conoció en breve en lo que necesariamente deberia terminar entre dos personas del mérito y valer de Reina y de Genaro, esa constante preocupacion el uno del otro, en un roce diario, y que esa lucha sostenida entre jóvenes de diferentes sexos, los llevarian á no dudarlo, por lo picante de la contrariedad y el gusto del contraste, la gloria que hay en vencer, y el encanto que hay en subyugar, á sentimientos diametralmente opuestos á los que originaban la pugna.

Genaro habia previsto todo esto, que era su obra, y cual Pigmaleon se iba apasionando de ella; pero por lo mismo, temia perder su anhelada felicidad por una torpeza ó un paso prematuro. Enfrenaba su voluntad como un déspota su corazon, y no descendia de su puesto de adversario frio é impasible. Reina era aun muy jóven y tenia demasiada rectitud y nobleza de corazon para adivinar ni comprender los artificios de un hombre astuto, ni para saber el infalible medio de derrotar tan hábiles planes estratégicos, que es el de los celos, y así rechazaba con redoblado desden todos los homenajes de sus apasionados, en particular los del conde

de Navia, que su madre recibia con marcado agrado; esto alimentaba las esperanzas de Genaro, y le hacia perseverar en el plan de conducta que se habia trazado.

Aunque era Genaro un jóven de talento, de mérito distinguido y caballero, era pobre y no tenia aun ni posicion ni porvenir seguro, ni rango en la sociedad. Ademas, hoy dia es el porvenir de un jóven de clase, tan incierto como eventual, á no ser de una casa muy opulenta, y las casas que lo son, así como el porvenir de la nobleza, han sido las víctimas en las guerras, trastornos y revoluciones que ha sufrido la España. Así no podia ser Genaro, con todas sus ventajas, el partido adecuado, ni que eligiese la madre orgullosa, la tutora equitativa para la hermosa y brillante Reina, esta jóven, pudiente, y vana marquesita.

A pesar de obsequiar Genaro á las claras á Lágrimas, la marquesa no paró su pensamiento en que esto podria ser un motivo para que Genaro no aspirase á Reina. Cuando la apasionada madre pensaba en su hija, todo lo demas desaparecia á sus ojos, nada merecia tomarse en cuenta, nada podia anteponerse á aquel astro, todo caia en la nulidad mas completa.

Pero la marquesa se hizo esta reflexion. Antes que Reina y Genaro se den cuenta del peligro que corren, ántes que se reconozcan, bueno seria aprovechar la inclinacion que tiene á Lágrimas y casarlos, lo que seria una cosa acertada conviniéndose y trayendo cada cual al matrimonio lo que al otro faltase.

Así es, que pensaba la marquesa con sensatez, que la buena niña que nada tenia en su favor, sino ser rica, debia mirar como una boda brillante y una suerte feliz, la de unirse á un hombre que tenia todas las ventajas ménos esa. Creyó igualmente ventajosa para Genaro la boda que con una excelente compañera que él ya distinguia, aseguraba su suerte. Así fué que todo le pareció llano y suave como rasoliso.

Por este tiempo un desastroso *evento*, digno de figurar entre los mas *deplorables*, y de hacer gemir la prensa bajo el interesante, el insigne y nunca bien ponderado *séate la*

tierra ligera, habia traido á D. Roque la Piedra á Sevilla. Era este el caso:

Un dia, Bonifacio, el negro de D. Jeremías, habia notado que su amo no se ponia el gaban lleno de años y de servicios, pero sin esperanzas aun de obtener el retiro á que le daban derecho las cicatrices que le honraban, y que no iba, como solia hacerlo, á ver á su escribano: mas no hizo caso. Pero llegó la hora de la pitanza y su amo no la pidió. Viendo que en esta demora se habia consumido un carbon mas, y se iba consumiendo otro, Bonifacio, alarmado entró en el cuarto de su amo. Encontró á este sentado en un sofá, muerto, tan muerto como los habitantes de Pompeya bajo la erupcion del volcan. En sus manos tenia el diario que daba la noticia de la revolucion de Paris del 17 de febrero de 1848.

Bonifacio avisó al escribano; este que era gran amigo de D. Roque, le dió al momento aviso; de suerte que llegó de Cádiz al siguiente dia. Al otro, acompañaba D. Roque un pobre entierro en que en una mezquina caja, iban los mezquinos restos del mas mezquino de los hombres, D. Jeremías Tembleque, que murió mezquinamente de la mezquina desgracia de haber bajado los fondos en Francia. Su vida, como su muerte, fué una patente prueba de los goces, satisfacciones y bienes que saca el miserable avaro de su dinero. Murió *ab intestato*, y sus herederos, á quienes se avisó por los diarios, cuando acudieron, solo hallaron las inscripciones del gran libro de Paris, las que compró D. Roque por poco ménos de nada, el famoso baúl con tres camisas de algodon, tres pares de calcetines de hilo, dos pañuelos de yerbas, todo calado y bordado; los platos lañados, el sofá de hojas de maíz que ya chocheaban, y una subida cuenta de gastos de entierro, derechos de herencia y *tutti cuanti*; sin olvidar un aviso puesto en un diario concebido en estos términos: «Tenemos que lamentar la muerte del apreciable D. Jeremías Tembleque, que ha fallecido prematuramente de resultas de una congestion cerebral. Se hizo acreedor al aprecio de todos y su muerte es muy sentida: *séale la tierra ligera.*»

El resultado de las referidas combinaciones de la marquesa, fué el decirle un dia en que estaban solos á D. Roque:

— D. Roque, ¿no piensa Vd. en casar á su hija?

La marquesa, sin saberlo, habia tocado la cuerda mas destemplada del alma de D. Roque. Ya sabemos que el casamiento de su hija era para este tierno padre el buitre del Prometeo, la sombra de Nino para Semíramis, la espada de Damocles, el *Mane, Thecel, Phares* del festin de oro en que se arrellenaba en su dorada butaca D. Roque la Piedra; así fué que respondió con desabridez:

— ¿Y Vd. porqué no casa la suya que es mayor?

La marquesa disimuló esta, como otras groserías, que estaba sujeta á sufrir de ese ente vulgar é indelicado, y respondió:

— Afortunadamente el carácter festivo, el gusto difícil y el genio independiente y poco afectuoso de mi hija, le han hecho hasta ahora mirar á todos sus apasionados con igual indiferencia, y considerar las galanterías y obsequios como pasatiempos sin consecuencias, que recibe riendo, como flores sin raíces y que se ajan luego. Pero si mi hija amase y fuese amada, y que algun amigo que se interesase por ella y por mí me hablase sobre el asunto, lo discutiria. Como ese caso no ha llegado, dejemos á mi hija á un lado.

— ¿Y qué me quiere Vd. decir con eso? preguntó D. Roque con impaciencia, ¿acaso que mi hija tiene novio?

— No digo que lo tenga ni me pasa semejante cosa por la cabeza. Pero caso que lo tuviese, Don Roque, no veo en ello una razon para que Vd. se haya incomodado; las preferencias no se les pueden tachar á las hijas, sino cuando los preferidos no son dignos de ellas ó no convienen á sus padres.

— ¡Hola! ¿Con qué Vd. piensa que el novio me conviene?

— Yo no he dicho que tenga novio, D. Roque.

— Pues bien, quítele Vd. *novio*, y ponga *pretendiente*, ¿es eso?

— Podrá tener pretendientes, eso es natural, todas las muchachas los tienen, y...

— ¡Viva la Pepa! ¿Con qué todas las muchachas tienen por aquí esa pelilla? bueno es saberlo.

— Y mas Lágrimas, que es angelical, y se hace querer de todo el que la trata.

— ¡Y Vd. cree me embolsaré por yerno á ese *pretendiente*, con la misma facilidad que se embolsa un peso duro? ¿hé?

— ¿Y porqué no, si en este fuese todo conveniente y pudiese hacer á su hija de Vd. feliz?

— ¿Con qué, dijo D. Roque con una risita rabiosa, tiene ese pretendiente ademas de prisa en casarse, otras muchas ventajas?

— Por decontado, D. Roque, si no, yo no hubiese tocado este punto. Es el que yo pienso, sin tener de ello una certeza, que es pretendiente de Lágrimas, de ilustre cuna, jóven aprovechado, de buenas prendas, de conducta arreglada: tiene un talento poco comun, una capacidad sobresaliente, segun dice el rector de la universidad.

— Esos méritos los tienen ó se los atribuyen las nueve décimas partes de los estudiantes de Sevilla. Su nombre, señora.

— Genaro E.***

— ¡Voto á brios! murmuró entre sus apretados dientes D. Roque poniéndose en pié.

— Señor, dijo la marquesa sorprendida, ¿en qué puede incomodarle á Vd. mi proposicion? ¿he nombrado acaso algun mal sugeto?

— ¡Pss!! silbó con despreciativo coraje D. Roque.

— Señor, prosiguió atónita la marquesa, ¿he propuesto á Vd. acaso un hombre de nada, un indecente?. ¿Merece acaso Genaro las señales de menosprecio con que Vd. acoge un nombre respetado desde siglos, y que Genaro honra?

D. Roque prorumpió en una grosera é insultante risa.

— D. Roque, dijo la marquesa casi alarmada, ¿podrá ser que sepa Vd. acaso algo de infame ó denigrante acerca de ese muchacho? si ello es así, espero que Vd. me hará la justicia de creer que lo he ignorado.

— Usted sabe por lo que me tiene que levantar en peso esa proposicion tan bien como yo, señora; dijo D. Roque bufando.

— No por cierto, repuso la marquesa; protesto á Vd. que no lo sé, y suplico que me lo diga; mas todavía, lo exijo. Nada de palabras preñadas, Don Roque, explíquese Vd.

— ¡Pues no creen, dijo este, que se mama uno el dedo!

— Digo á Vd., repuso la marquesa incomodada, que me diga que es lo que de tal manera lo monta é indigna contra un jóven que yo aprecio.

— ¡Pues no es nada, señora! ¡Es una friolera! ¡Se atreve á pensar en mi hija y... por vida del Dios Baco! ¡y no tiene un real en la faltriquera!!!!

La marquesa se echó á reir.

— Don Roque, dijo al cabo de un rato al amable millonario; es preciso verlo para creer que un hombre como Vd., que apalea el dinero, y para el que por consiguiente, teniendo una hija única, es cosa que no deberia importarle en la eleccion de un yerno, deseche con desprecio á uno que reune todas cuantas ventajas reconocen la razon y la sociedad, que pueden llenar el corazon de su hija y hacerla feliz, solo por esta consideracion que deberia serle indiferente al buscar el bienestar y la posicion social de su hija.

— ¡Ah, sí! habrán creido, contestó D. Roque, que yo soy hombre capaz de deslumbrarme por los pergaminos, y que caeria como un burro ciego en la trampa, porque mis nietos tuviesen sangre azul. ¡Por viche de la sangre azul! Hato de perdidos, que piden prestado para comer, y fiado para cenar. ¡Mi hija! ese bocadito quisiera el Genarito para hartarse de reir. ¡Vea Vd! ¡un descamisado, un pobre de solemnidad! añadió con una clase de desprecio triturador, que solo se halla en los labios del millonario al clasificar la pobreza, ¡buen yerno me echaba á cuestas! ¡linda alhaja! ¡Droga!

— Está Vd. muy poco enterado del valor de las personas de un círculo que no es el de Vd., dijo la marquesa incisi-

vamente. Sepa Vd. que Genaro es todo un caballero, y entre los jóvenes anda de nones.

— Anda viendo donde guisan y á caza de talegones; puede Vd. decirle, que si ha creido que yo he ganado mi caudal con el sudor de mi frente, para pagar las trampas de su casa y reedificar el *palacio* solariego, que será un cascajo ruinoso, para que él lo eche de buche y se cruce de brazos, se lleva chasco.

Al decir estas últimas palabras, salió D. Roque del cuarto sin aguardar la respuesta de la marquesa, que estaba estupefacta al oir aquel lenguaje tan nuevo como incomprensible para ella.

Estaban Reina y Lágrimas sentadas en una galería cerrada de cristales, que formaba uno de los anchos corredores de la casa, y que servia de costurero.

— Ahí viene tu padre, dijo Reina, al ver por entre los cristales salir á D. Roque de la sala y dirigirse hácia el costurero donde solia ver un momento á su hija; ahí viene ese carromato, me voy que no soy gaditana para gozarme en mirar al Hércules de su alameda.

Diciendo y haciendo se echó á correr.

Lágrimas, que estaba bordando, al oir los pasos de su padre se puso á temblar: tal era el efecto que causaba en aquel ánimo apocado y en aquella constitucion débil y nerviosa, la presencia de su padre.

— Este es el resultado, dijo D. Roque al entrar, de haberte dejado, porque en ello te empeñastes, en una casa como esta, que parece el jubileo de los chisgaravís, de los barbilampiños y de los polluelos sin cresta. ¿Con que la niña apénas ha salido del convento, y ya tiene novio? ¿Piensa en casarse, y cree tener el oro y el moro?

— Padre, señor, murmuró con trémula voz la pobre Lágrimas, aseguro á Vd. que no.

— ¡Embustera ademas! Bien, muy bien. Ya puedes hacer tu baúl, que mañana temprano sale el vapor para Cádiz. A casa, bajo mis ojos, yo le enseñaré á la emancipadita á tener novio. Ahora, á fe de Roque, que te vas á aburrir, todo lo que aquí te has divertido; yo haré que se te sienten

los cascos, y que se te pasen los conatos á noviajo con novios de tres al cuarto. Cuando tengas edad yo te buscaré el marido que te convenga, y por mi cuenta que no sea ningun *casqui-vano*, *bolsi-vacío*, con gran frac que deba al sastre.

Reina, que no estaba léjos, al oir las voces destempladas que daba D. Roque, se habia acercado, y al notar el temblor convulso y la cara desencajada de Lágrimas, corrió por un vaso de agua y se lo aplicó á los labios.

— ¿Qué es esto? exclamó: ¿qué tienes, Lágrimas?

— ¡Mañana me voy! murmuró esta en ahogada voz.

— ¿Qué es esto? dijo Reina: ¿qué repente es este?

— A Cádiz, recalcó D. Roque.

— ¡Señor, por Dios! exclamó Reina, que veia irse dibujando la herradura de la muerte en la cara pálida de Lágrimas.

— Ni por Dios, ni por los santos, respondió en voz clara y seca, como lo es el castañeteo de una matraca, el suave millonario; á casa y tres mas, á mí no se me lleva con hipíos.

— ¡En el vapor! ¡la mar! ¡la mar! gimió la pobre niña, entrechocándose sus dientes y asiéndose con fuerza á Reina.

— Al ménos, señor, dijo esta viendo la decision de D. Roque, por Dios, no os la llevéis por mar. Sabéis el profundo horror que le tiene, y que se pone mala solo de pensar en él.

— ¡Qué simpleza! respondió este, esos miedos necios y pueriles se quitan como á los potros los asombros, con látigo y espuela.

— Señor, repuso Reina, que sentia estremecerse á la pobre niña que se estrechaba á ella, como á su tabla de salvacion el que se ahoga; este es un horror harto motivado; acordáos.....

— ¿De la tempestad de ahora diez años? ¡toma, toma! ¿dónde queda eso? pues si todos los que pasan tempestades en la mar se negasen á volverse á embarcar, ya se podian echar á pique todos los barcos. Melindres, aspavientos,

escarceos, espantijos, toda la retahila de lo que mas me puede y mas me choca.

— Señor, señor, dijo Reina indignada, no es miedo pueril ni horror inmotivado: traéd á la memoria todo lo que significa aquel recuerdo para vuestra hija. Es para ella el mar á la vez un juez sin clemencia, un verdugo sin caridad, y un cementerio sin cruz.

— ¡Bah! ¡bah! repuso D. Roque, palabras altisonantes, señorita. No tengas cuidado, medrosa, que no te morirás en el vapor, y si te mueres no te echaremos al mar.

Lágrimas cayó sin sentido y presa de convulsiones en los brazos de Reina.

— ¡Oh, qué hombre tan atroz! exclamó esta; llamád á mi madre, llamád á mi madre.

A la noche volvió D. Roque para saber de su hija; la marquesa, profundamente compadecida del estado en que se encontraba esta, hizo secamente presente á su padre que no estaba capaz de viajar, y que los médicos habian recomendado el mas absoluto sosiego. Le hizo presente igualmente que Lágrimas habia demostrado el mayor empeño en volver al convento, y que ántes de entregarse al sueño que le habian proporcionado las bebidas narcóticas que le habian sido suministradas, le rogó hiciese presente esta súplica á su padre. D. Roque la negó redondamente y añadió, que si pensaba la niña que habia de estar pagando siempre una pension por ella, pudiéndola tener en su casa sin que le fuése gravosa.

Reina asistió con esmero á su amiga, y no se separó de su lado un momento; pero á los tres dias apénas convalecia, cuando D. Roque, sordo á todas razones, insensible á todo ruego, se llevó á su infeliz hija, á la que destrozaba el alma el alejarse de Sevilla, y horrorizaba su viaje y estada en Cádiz, sin que hubiese vuelto á ver á Genaro. Ocultaba esta al partir su pálido rostro, sus lágrimas, y el temblor convulsivo de sus labios, bajo un espeso velo negro.

CAPITULO XVIII.

FEBRERO, 1848.

Aquella misma noche en la tertulia, el que hubiese observado con cuidado á Reina, hubiese notado en ella una preocupacion que no era habitual, ni propia de su genio activo y siempre alerta.

Llevaba de contínuo sus miradas hácia la puerta, y un imperceptible movimiento de impaciencia se notaba en ella á cada recien entrado, que no era por lo visto la persona que aguardaba.

Abrióse la puerta con estrépito de par en par, y apareció Marcial en toda su gloria con los pantalones tan estirados, y el talle tan apretado, que parecia hecho de una sola pieza. Un gesto de impaciencia pasó rápido como la sombra de un volante pájaro, por la cara de Reina; y miéntras Marcial iba á saludar á su madre, llamó á su perrito faldero y lo hizo acostar sobre una silla que estaba á su lado, con la marcada intencion de que Marcial no la ocupase. Pero este era poco obstáculo para el intrépido Marcial, que trajo otra y se sentó lo mas cerca que pudo de su prima. Esta lo recibió con un bostezo que ocultó detras de su abanico.

— Esta noche no viene Tiburcio Cívico, mi amigo, dijo Marcial con un airecito entre satisfecho y rabioso.

— ¿Y á mí qué se me dá? respondió Reina: siéntelo tú si gustas.

— Esta noche, prosiguió con sorna Marcial y con un retintin que hacia vibrar su voz como la cuerda mas gruesa de un violon, los *que nada valen* se pueden anteponer á los *que valen* sin que se lo quiten, se lo estorben, se lo impidan ni se lo dificulten.

— ¡Machaca y mas machaca! ¿Me querrás explicar, Marcial, qué muletilla has tomado ahora con ese *los que valen y los que no valen*, y Tiburcio para arriba y Tiburcio para abajo, que me tienes de Tiburcio y de *los que valen* hasta por cima de los cabellos?

— Nos entendemos, mi amada prima, nos entendemos, pero sábete que *los que valen*, en lugar de venir á hacerse valer, se van á conspirar; así *el que vale* como es socialista, ha ido esta noche á una junta humanitaria, compuesta de un frances, un lombardo y un polaco, bajo la presidencia de un inglés; por consiguiente no ha venido, no viene, y no vendrá. La humanidad ante las bellas, la sociedad ante la tertulia, Caton ante Luis XIV. ¿Te gustan los socialistas? ¿Te parece que son *los que valen*, prima?

— Los odio, primo.

— ¿Y los exaltados?

— Los detesto.

— ¿Y los moderados?

— Los aborrezco.

— ¿Y los carlinos?

— No los puedo ver.

— ¿No perteneces, pues, á ningun partido, autómata ideal?

— Sí por cierto, al mio.

— ¿Y ese cuál es?

— El de los callados, Marcial, el de los callados.

— Ese es un partido ilusorio, prima, fantástico, fantasmagórico, nulo y estúpido, que debe ir á la escuela del abate L'Epée.

— No lo creas, Marcial, porque como dice D. Domingo, desde que todos gritan nadie se entiende.

— Si eres de la escuela de D. Domingo, estarás por las fiestas inmovibles, como lo son todos sus tocayos.

— ¿Qué quieres decir con esa frase que es un logogrifo, como los del semanario?

— Que los domingos son fiestas, que estas son inmovibles, y que las ideas de ese señor lo son tambien; pero te digo, prima, que tu escuela ó doctrina del silencio no meterá ruido, y que es intempestiva en el siglo de las asambleas y discursos.

— Ya comprendo que así te parezca, Marcial, puesto que el dia que tú no puedas *hablar*, *discutir*, *perorar y declamar* (estilo tuyo), te elevarás por los aires como un

globo elevado por tus ideas encumbradas, que no hallen salida, como aquel lo es por el gas.

— Pero dejemos esta cuestion, repuso Marcial, que los débiles alcances mujeriles no pueden comprender, graduar, apreciar ni definir. Vds., hijas de su madre Eva, eternamente hermosas, seductoras, instigadoras, y pecadoras como ella, sin haber escarmentado desde tantos siglos, no saben juzgar en punto á partidos, sino los que se presentan para sacarlas del infeliz estado.

— Se engaña Vd., Marcial, dijo la alegre Flora, ¿quiere Vd. que le defina los partidos?

— Lo quiero, lo apetezco, lo deseo, y lo anhelo, respondió Marcial.

— Pues vaya de cuento, dijo Flora, que estamos en Andalucía, el país de las morenas, de las naranjas, de los cuentos y de los altramuces saladitos y dulces. Reinaba un gallo en su corral. Hízose amigo suyo un pato, que tenia buena pluma, habia navegado por el mar Pacífico, habia zambullido en el pozo de la ciencia, y patullado en la fuente del saber; su andar no era garboso, pero firme, su voz no era melodiosa, pero grave y sostenida. Este le aconsejó á su amigo, el gallo, que se cortase la cresta, que era chocante, y los espolones que eran inútiles. El gallo condescendió y se fué á dar un paseo con su amigo.

Este que era muy confiado dejó la puerta del corral abierta. Cuando volvieron fué el gallo á su hogar á encender, y vió en el hogar dos luces encendidas. ¡Qué luces tan raras son estas! dijo el gallo, y acercándose vió que eran los ojos de un gato que se le abalanzó. Pusiéronse á pelear.

El pato que esto veia no paraba de repetir, y Flora arremedando el graznar de los patos se puso á decir: *Paz, caballeros, paz, paz, caballeros, paz, paz.*

— Flora, dijo Marcial, con una voz tan honda que parecia salir de debajo de tierra, ese cuento es un libelo de la humanidad varonil.

— Es un cuento precioso, dijo Flora riéndose.

— Es un cuento subversivo, antisocial, inmoral y pro-

fanador. Carece de dignidad y de lógica. Cuando vaya á las Cortes, propondré la *censura de los cuentos.*

— Como yo no aspiro á ser diputada como Vd. á ser diputado, Marcial, dijo Flora, que se ahogaba de risa, no estudio ni gravedad ni elocuencia.

— Fabian, dijo Marcial á este que entraba, ven á convencer á esta burlonísima Flora, que dejando las flores por las espinas, acaba de hacer la mas sangrienta sátira de todos los hombres: dí que no eres pato, pues de patos nos ha puesto.

— No puede ser, Marcial, dijo Flora, lo mas que hará es convencerme de que en esa familia hay cisnes, como me convenceréis vos, si os empeñáis en tomarlo á lo trágico, que en esa familia hay gansos.

— Este David me va á dar en la frente, exclamó Marcial; pido cuartel, clamo alafia, imploro merced, me acojo á amnistía y deseo indulto. Siento, prosiguió Marcial, dirigiéndose á Reina miéntras Flora satisfacia la curiosidad de Fabian repitiendo su cuento, siento haberte dado un mal rato anunciándote la ausencia *del que vale*, porque por mas que desde algun tiempo te estás haciendo la desentendida, siempre que te hablo *del que vale*, sabes muy bien á quien aludo.

— Pero, Marcial, si absolutamente sé quién es ese *que vale*, ni lo que vale; solo sé tu *dále que dále.*

— *El que vale*, ó cree que *vale*, es ese Tiburcio Cívico, ese antibello socialista, constándome tu parcialidad por él, parcialidad incomprensible, inconcebible, inesplicable é inaveriguable.

— ¿Qué estás diciendo, Marcial?

— Que hay gustos, así como cuentos, que se deberian mandar recoger por órden de buen gobierno, porque preferirme á mí, Marcial, ese pobre chico.....

— Qué preferir, ni qué preferir; te digo francamente, Marcial, que si me dan á escoger me quedo sin ninguno.

— ¿Pues no lo has llamado Antony?

— ¿Yo? ¿Dónde sacas semejante disfraz? si jamas le he nombrado sino *cursi, abatido y abollado.*

Al oir esto Marcial se levantó de repente.

— Voy, pensó, á decirle esto á Fabian para que vea lo inverídico, embustero, mentiroso y paparruchero que es ese Genaro, zorra sutil si las hay.

Apénas se alejaba Marcial cuando entró Genaro y vino á saludar á Reina.

— Acompaño á Vd. en su sentimiento, le dijo esta con el aire de triunfo que tiene una persona que está en pugna con otra cuando puede mortificarla.

— No lo creo, respondió Genaro.

Reina, que en seguida se habia puesto á hablar con Flora, volvió bruscamente la cabeza, y dijo:

— ¿Y porqué?

— Porque no sabéis sentir ni por vuestra cuenta ni por la ajena.

— Muchas gracias. Lo que decís, si se clasifica con indulgencia, se llama una fresca.

— Sí, así se suelen apellidar las verdades por aquellos que no quieren oirlas.

— Por cierto, exclamó Reina con altivez, que desearia saber el por qué vivís en la ilusion de poseer las llaves del sacristan.

— Diréis esto porque no adulo como lo hacen los que componen vuestra corte, y pueden daros patente de estar á prueba de empalago, porque no os traigo alborotando el barrio, la música como el magnífico coronel Astorga; no suspiro como el conde de Navia; no enflaquezco haciendo un prodigio, como el camaleon Villamarino que dice no ha hallado una herradura *mash* dura que el corazzzon de lash arishtócratas, y no canto con vuestro poeta laureado:

Reina de los corazones,
Infundes tanta lealtad.....

— Calle Vd., calle Vd. ahora mismo, exclamó Reina colorada como una amapola; si volvéis á pronunciar una sola sílaba de los tales ridículos versos, á fe de Reina que.....

— ¿Qué, qué? dijo con cachaza Genaro sentándose á su lado.

— Que os prohiba la basa.

— Con lo que probaréis sois Reina déspota y arbitraria, y haréis mentir los versos de Marcial, porque portándoos así, no podréis *infundir tanta lealtad que se opongan los vasallos á que les deis libertad.*

— Genaro, que llamo á mi madre, exclamó Reina furiosa.

— ¿Qué es eso? ¿porqué riñen Vds? preguntó Marcial, volviéndose al oir las recias voces de Reina.

— Marcial, esta es la ocasion pintiparada que digáis: *paz, caballeros, paz*, dijo Flora.

— Es, respondió Genaro á Marcial, que Reina desea se impriman los versos que le compusiste, y porque le he dicho que eso prueba un deseo inmoderado de que luzcáis los dos, se ha incomodado conmigo.

— Es natural se haya sentido, repuso Marcial, porque no veo en ese deseo ninguna *inmoderacion.*

— Pues ¡no ves, decia en voz baja Reina á Flora enjugándose una lágrima de rábia, no ves cómo me está provocando, cómo me trata, con qué descoco me está calmeando, con qué camastronería me saca de quicio y se queda riendo! ¿Puede esto tolerarse?

— ¿Y porqué le haces caso? ¿porqué te ocupas de él? respondió Flora, ¿no hay aquí otros ciento que te están bailando el agua delante?

— Es que viene á buscarme.

— No tal; al saludarte echaste tu perrito de la silla en que dormia, como para que no le faltase á Genaro asiento á tu lado.

— Lo hice distraida; y para enmendar el yerro, ya que se ha sentado, seré yo la que me levante. Vente al piano, cantarás *el mocito del barrio.*

Levantáronse ambas y atravesaron el estrado ligeras y airosas como dos ninfas. Flora se puso al piano.

— Vamos, legionarios de Hebe, dijo Marcial, sigamos la atraccion de la belleza, el iman femenino, la corriente de la elegancia, y el arrastre de la gracia. Donde va la Reina va la corte, donde va Flora van las mariposas.

Miéntras Flora cantaba, como á Marcial no le gustaba la música y ménos estar callado, le decia á media voz á Genaro:

— Antípoda de la verdad, antítesis de la sinceridad, adversario de la franqueza, hijo predilecto de la mentira, ¿cómo pudiste afirmar con esa seriedad llena de doblez que Reina llama á Tiburcio Cívico *Antony?*

— Calla, Marcial, que se está cantando.

— No quiero callar, zorra sutil, cuando no quiero no callaria ni en el congreso si me tocasen la campanilla, y que fuese esta del calibre de la de Glasgow.

— De Moscou.

— La de Glasgow, afirmó Marcial; ¿si lo sabré yo? ¿crees acaso que estás hablando con el *ángel del silencio*, como llamaba Fabian á Lágrimas? estóy para mí que esa denominacion la ha plagiado en uno de sus poetas franceses.

— Sí, dijo Genaro, la trae Paul de Kock.

— Bien lo decia yo; pero no estaba cierto si era Paul de Kock ó Lamartine. Con que, hijo mio, se fué, llegó el instante fiero, Silvia, de mi despedida, como dice Hartzenbusch en sus Amantes de Teruel.

— Lo dice Arriaza en su cancion.

— Hartzenbusch en los Amantes de Teruel, afirmó Marcial. Tú, como eres el mismo disimulo, Maquiavelo perfeccionado, no demuestras dolor en tu rostro juvenil.

— Hablas sobre suposiciones falsas y yerras, infalible Marcial.

— ¡Yo errar! *herrar*, queda bueno para mi amigo Tiburcio. No, no, me desdigo, un retruécano á costa de la amistad es desleal, innoble, indelicado; por no dicho. No sacrifico la amistad á un chiste, eso es bueno para un frances, y yo soy español por todos cuatro costados como la lonja.

— Marcial, ¿no oyes que se canta? le dijo Reina con sequedad porque parte de su censura caia sobre Genaro; el hablar cuando se canta no solo prueba mal gusto, sino falta de educacion.

Concluia Flora de cantar, y así pudo contestar Marcial.

— Perdona, prima, fué una distraccion; ademas soy demasiado *positivo* para ser melómano.

— Marcial, exclamó Fabian, temprano empiezas á ser positivo. A mí me choca tanto hasta esa palabra jóven, raquítica, que haria pagar multa al que la pronunciase.

— Ten presente, hombre afecto á lo ideal, que tengo que renunciar á esto, puesto que quiero ser diputado; abandonar los senderos del Parnaso por los caminos vecinales; el cultivar las musas, por el cultivo de las tierras; la inspiracion por la discusion; el cantar por el hablar. Pero vamos á ver; ¿es posible que á tí, poeta, te guste la música que siempre estropea los versos?

— ¿No me ha de gustar, Marcial? respondió Fabian con espansion. La prosa es el lenguaje del entendimiento, la poesía el del alma, y la música el del corazon. Léjos de estropearlos, la música es á los conceptos lo que la expresion es á la fisonomía. La música es á la vez el presentimiento y el recuerdo de todos nuestros goces y de todos nuestros dolores; es la transicion de nuestras sensaciones físicas y morales; la percibe el oido y la siente el alma.

— Pues, hijo mio, la música me choca, dijo Marcial, no tiene sentido comun, lo que se dice cantando ni es conciso ni es claro. Si yo hubiese sido el Cancérbero, seguro que se hubiese llevado Orfeo á su mujer Berenice.

— Eurídice, rectificó Fabian.

— Berenice, afirmó Marcial; dále, añadió á media voz, con el maestro ciruela.

— Otra coplita *del mocito del barrio*, decia entre tanto Genaro á Flora, que seguia sentada al piano, apoyándose en el respaldar de su silla; cante Vd. las coplas que le ha compuesto Marcial á Reina, que se apropian á la tonada.

— No, no, respondió riéndose Flora, ha abdicado Reina su reinado sin tener en cuenta *la lealtad que infunde*, le escrupuliza *deslucir las luces;* y no quiere ser causa de *estrañas anomalías*. Cantaré mas bien aquella copla:

¿Cuál de los dos amantes
Tendrá mas pena,
El que va de viaje,
O el que se queda?

— Flora, respondió Genaro, una escritora inglesa [1]) ha dicho que los recuerdos de lo pasado no sirven sino para aciparar los goces presentes. Cante Vd., Flora, cante Vd., pues le es tan apropiado el canto, que parece no deberia Vd. hacer otra cosa; cante Vd. con esa voz que va derecha al corazon como una flecha.

— ¿Qué es corazon? ¿acaso lo sabéis? dijo Reina, que aunque en conversacion con otros, no habia perdido una palabra del coloquio de Flora y Genaro.

— Como no son mis vasallos, no podré saber tan bien lo que son, como su Reina, respondió Genaro.

— Marcial, Marcial, exclamó esta encendida de coraje, si me vuelves á hacer versos, quedamos reñidos para siempre: no quiero que me canten, no quiero que me celebren; aparecer en versos, es peor que aparecer á la pública vergüenza en un pilar.

— Si todas las hermosas, bellas, lindas y bonitas pensasen como tú, repuso Marcial, no sabríamos los poetas donde dar de cabeza, y tendríamos que cantar á las ancianas, viejas, caducas y á las senectudes.

— Esto es hablar en razon, decia Genaro á Reina miéntras proseguia Marcial su demostracion; las mujeres no deben parecer bellas sino á los que aman.

— Ya, por eso queriais á la pobre Lágrimas, porque la anulabais en vuestro egoismo.

— Por eso, afirmó Genaro.

— Pues su padre, que ha sabido sus relaciones con Vd. está furioso, dijo Reina con triunfante rabia, y para cortarlas se la ha llevado; así, contádla entre los muertos.

— Nunca le conté por mucho tiempo entre los vivos, repuso con calma Genaro; la pobre no tiene un año de vida.

— ¡Jesus! ¡y con qué impasibilidad decís eso!

---

1) Mistress Trollope.

— Con la que se dicen las cosas que se saben de atras.

— Entónces no la amáis.

— La quiero como á una hermana.

— Ella creia otra cosa.

— Lo siento.

— Eso es infame.

— ¿Y qué queréis que haga? ¿Que me vaya á buscar por esos mundos como un héroe de cuentos de encantamientos el hada que expende el elíxir de larga vida, que estudie la homeopatía, ó haga una promesa al patriarca Matusalen?

— No tiene respuesta lo que decís; sois un corazon de mármol; un Neron, un hombre atroz.

— No le parecia tal á vuestra amiga.

— Porque no os conocia á fondo como yo.

— Pues mas profundo de lo que creéis fondo, hay cosas que no conocéis.

— ¡Buenas serán cuando tanto las ocultáis!

— No las oculto por malas, Reina.

— ¿Pues entónces, porqué?

— Porque me place ocultarlas.

— No faltará quien os sonsaque para divertirnos con esos *misterios de monte preñado.*

— ¿Preguntaréislos vos?

— ¡Yo! Soy muy altiva para ser curiosa.

— O muy egoista para interesaros por nada.

— ¡Vaya con Genaro, que solo le está dando á Reina! decia Marcial á Flora y Fabian; apuesto que esa prolongada audiencia tiene aburrida á nuestra soberana.

— No me lo parece, repuso Flora, ni tampoco que sea necesario que vayáis á decir ahora: *paz, caballeros, paz.*

— ¿Eres celoso, Marcial? preguntó Fabian.

— ¡Jesus! como un Petrarca.

— Un Tetrarca, Marcial.

— Un Petrarca, Marisabidillo, bien sé lo que me dijo, pero no lo estaria nunca de ese buen muchacho, que no tiene bastante maldad, ni calza bastantes puntos para hacerme á mí mal tercio. No obstante, el fuego junto la estopa, el diablo sopla. Le voy á recordar á su amado bien, así de una

pedrada mato dos pájaros. Interrumpo la conversacion y doy otro curso á las ideas.

— ¡Genaro! prosiguió acercándose á este. ¿Dónde estará? ¿qué estará haciendo ahora aquella suave niña, que ha pasado entre nosotros como una flor blanca y sin espinas, dejando al pasar un recuerdo que parece un perfume?

— Vaya, dijo Reina, cuando estaba aquí no le hacias caso, y ahora te remontas en los zancos de la retumbancia para celebrarla.

— Es un interes retrospectivo, respondió Marcial, me interesa..... Siempre parecia decir aquel refran de los indios orientales: mas vale estar sentada que en pié, acostada que sentada, muerta que acostada.

— ¡Dulce flor de los trópicos! añadió Fabian con la mirada vaga con que fijaba en su mente de poeta las imágenes que evocaba la fantasía ó el recuerdo; desterrada de su frondoso y caliente suelo, que conserva algo de lo estraño y desconocido de aquellas selvas, que se marchita en suelo estraño por no hallar invernáculo de cristal que la defienda del frio ambiente que la rodea.

— Bien dicho, Fabian, observó Flora, ¡pobrecita! con ese monstruo de padre que se lleva la flor á una nevera. ¡Tirano, verdugo, asesino!

— ¡Hé! dijo Reina á Genaro, ahora falta que le compongáis vos la cuarta estrofa á ese poema laudatorio.

— Se la escribiré, respondió Genaro á media voz.

— Haréis bien. Si no sabéis cómo dirigirle la carta, la incluiré en la mia, dijo Reina afectando ligereza.

— Mañana la traeré, respondió Genaro.

— Es, añadió Reina, que yo le escribiré tambien para decirle el caso que debe hacer de la tal carta.

— Si fueseis capaz solo de comprender el amor, ya que no lo sois de sentirlo, sabriais que os cansariais en valde.

— Y porqué?

— Porque, Reina, es tan poderosa la voz del hombre para la mujer que lo ama, que ninguna otra oye cuando ella suena.

— ¡Qué fatuidad!!

— No es fatuidad, Reina, puesto que esto consiste, no en el mérito del hombre, sino en la fuerza de amor que hay en el corazon de la mujer, cual Dios la crió para la felicidad del hombre. Vos no sabéis nada de eso.

— Ni quiero.

— Sois una amazona.

— No, porque no combato; solo desprecio.

— ¡Con eso se gana la gloria! repuso Genaro.

— ¿Con qué, don Teólogo? preguntó acercándose Marcial.

— ¡Con la paciencia! contestó Genaro.

CAPITULO XIX.

A la noche siguiente trajo Genaro la consabida carta para Lágrimas, que Reina tomó y guardó al entregársela Genaro con la mayor indiferencia, aunque rebosaba su corazon de un sentimiento amargo y airado cuya causa no definia, pero que originaba una infinidad de sentimientos contradictorios.

Vehementemente escitada por ellos, se encerró Reina aquella noche en su cuarto, despues de haber cortado á tajos y reveses las cabezas á las esperanzas de Marcial, que semejantes á las de la hidra, volvian tan luego á nacer, y á imitacion de las plantas brotaban mas lozanas despues de podadas. Sacó Reina la carta de la faltriquera de su vestido, y la tiró con desprecio sobre la mesa. Notó entónces que la carta no estaba cerrada y se paró.

Dice el poeta aleman Müllner en su famosa tragedia, *La culpa:*

«Cuando el mal no es mas que *pensado*, no existe. Si se hace en profundo misterio, sin mas testigo que el corazon, aun no existe; y ahí está, ahí está la terrible acechanza del infierno, que es, dar al hombre el poder de ocultar sus maldades *pensadas*, pues con esto le arrastra á cometerlas en secreto, prometiéndole quedará oculto el hecho, así como oculto quedó el pensamiento.»

Y si sacamos un solemne trozo de tragedia en unas circunstancias sencillas y cuotidianas como las que vamos tra-

zando, es porque hay hechos en la vida, que se califican de naturales y no lo son. El acechar, el leer un papel destinado á otras manos, son hechos que no solo carecen de honradez, de nobleza y de dignidad, sino que son una *culpa*, una *infamia*.

No conocen esto bastante los jóvenes, ni se les inculca lo suficiente. Hay reglas de honor que las madres deberian inculcar á sus hijos con mas esmero, que el gérmen saludable que los ha de libertar de una enfermedad mortal: reglas que deberian los niños sacar de las entrañas de sus madres, para nutrir su corazon, como lo hacen con la leche de sus pechos para nutrir su vida. El respeto al secreto ajeno es una de ellas, en cuya observancia no cabe ni puritanismo ni exageracion, y que en la juventud, y con colorido de broma, se desatiende, con una ligereza que no admite el asunto, que es grave, y en el que no hay nada indiferente.

Reina, arrastrada por un desleal impulso, pensó en leer aquella carta que no era dirigida á ella; la nobleza instintiva del carácter español, á falta de principios fijos y fundamentales que le faltaban, le hizo rechazar con dignidad esa innoble tentacion. Pero volvió, porque estaba sola y la noche aleja testigos; volvió porque la carta abierta no se cuidaba de ser leida; volvió porque aquel papel no podia conservar vestigios de sus miradas; volvió porque el mal espíritu le infundió, *quedaria oculto el hecho así como el pensamiento*. Reina, no obstante, no se rindió sino á esta sencilla, pero sofística reflexion: Si Lágrimas estuviese aquí, ella que nada me ocultaba, me la hubiese enseñado; le escribiré que la he leido: no se enfadará por eso.

Una vez decidida, se acercó á la mesa, abrió con mano firme la carta, y leyó:

«Como sé que leeréis esta carta, me dirijo á vos, Reina.»

Reina quedó aterrada y confundida.

— ¡Insolente! exclamó indignada. ¡Qué osadía! pero ¿qué puede decirme?

«¿Habéis podido creer jamas, Reina, que yo amase ó pudiese amar á otra que á vos? He buscado la sombra del árbol encumbrado, para poder así oculto en ella, medir la

altura de sus ramas, calar la profundidad de sus raíces; esto he hecho.»

— ¡Me ama! exclamó Reina, dándose cuenta de su triunfo, pero no de su profundo goce. Y cual si el papel adivinase sus pensamientos y les contestase, añadia la carta:

«No dijo por eso que os amo. Todo en mí, Reina, está sujeto á la voluntad, y sufre su freno. Yo, Reina, como el prudente marino, que no se arriesga en una ensenada hasta saber que no tiene escollos, no os amaré hasta convencerme de que será apreciado y correspondido mi cariño; si lo fuese, entónces, Reina, os amaria como debéis serlo, porque yo solo sé apreciar lo que valéis, y amaros con el amor digno de la que lo inspirase; este seria un amor para el que fuesen pocas todas las facultades de mi ser, todas las fuerzas de mi alma, y corta mi vida entera: porque yo no os quiero por hermosa, como os quiere Marcial; ni por discreta, como os podria querer Fabian; os quiero por difícil de asir como el águila, y difícil de retener como la serpiente; os quiero porque con vos, amar es lograr un triunfo, y perseverar un combate.

«Pero, Reina, con la misma franqueza que os dijo esto, añado que no os pido vuestro amor como una gracia, cuando en cambio os ofrezco el mio. No quiero que la mujer que yo ame alce sus ojos para mirarme como Lágrimas, ni que los baje como vos pensáis poder hacerlo hácia los que os aman.»

— ¡Esto no se puede leer! exclamó Reina tirando la carta. ¡Tal orgullo, tal insolencia, tal osadía!

Reina, cuyas mejillas ardian, cuyos ojos chispeaban de rabia, dió varias vueltas por el cuarto; poniendo su mano blanca y fria sobre su ardorosa frente se soltó su hermoso cabello, que quedó colgando sobre sus hombros como las suaves y brillantes caidas de un manto de terciopelo. Pero al cabo de un rato se volvió á sentar y prosiguió su lectura:

«La mujer que yo ame, Reina, ha de estar á mi nivel y mirarme cara á cara como se miran seres de un mismo valer y de una misma alzada. La mujer que yo ame ha de olvidar el *yo*, ese *yo* que lleváis vos por cima de vuestra frente, como

lleva su estrella la ninfa que figura la mañana; ese *yo*, Reina, tiene que palidecer ante el *tú*, como palidece aquella ante el sol.»

— Hácese valer con inaudito descaro ese presuntuoso! exclamó Reina; cree merecer mas que los otros todos. Pero si es cierto tambien, añadió en lentas y sentidas palabras, apoyando su frente sobre su mano, que vale mas. ¿Es orgullo sentir su valer? ¿Es ostentacion reconocer su fuerza? ¡Cuántos quieren imitarlo y solo logran ser ridículos, impertinentes y fatuos! Pelea porque son brillantes y diestras sus armas; mas no por eso ha de vencer, puesto que no quiere gracia, sino triunfo. No sabe aun con quién se las aviene. Amainará ó abandonará la empresa.

Al cabo de un rato añadió la jóven tan escitada por diversos sentimientos:

— Sí, sí, él sabrá amar como ninguno, sabrá apreciar, embellecer, saborear y eternizar el amor que Marcial engulle, y que Fabian despilfarra. Es el amor para Genaro un sentimiento, una esencia que concentra, y para los otros es un pebete que disipan en humo.

Reina volvió á coger la carta y leyó:

«No os apresuréis en contestarme ni deis ligeramente un fallo que conmigo, Reina, es indefectible causa para no insistir.»

— ¿Qué tal? exclamó Reina, volviendo á montarse en su despecho.

«No sea, prosiguió leyendo, esa corta sílaba, el *no* ó el *sí* pronunciado al aire, puesto que no se ha de desvanecer en este como las notas de vuestro piano. Pensádlo bien, no sea que os arrepentáis del *sí* ó que os pese el *no*.

GENARO.»

— Esta carta es un portento de atrevimiento, una obra maestra de insolencia, dijo Reina casi acongojada, ganas tengo de llevársela á mi madre. Pero no, no puede ser, le diria que no volviese; mas vale hacer como si no la hubiese leido. ¡Jesus! eso no puede ser tampoco, porque de no haberla leido, deberia llegar á manos de Lágrimas, y esto es imposible!

¿Qué perfidia? ¡cómo con esa carta que me dió abierta me ha colocado entre la espada y la pared! ¡Oh! ¡ojalá no la hubiese leido!

En todo este monólogo de Reina, en que luchaban un amor enérgico y un orgullo inmenso, no hubo, tal es el profundo egoismo de estos dos sentimientos, un leve recuerdo, una leve consideracion para aquella pobre ausente é infeliz criatura, la que entretanto guardaba en su corazon como en un tabernáculo, el amor y la amistad mas tiernos y consagrados. Y esto lo vemos escrito y nos conmueve, y lo vemos pasar ante nuestros ojos todos los dias y nos deja frios. ¿Se siente mas con los dolores que nos pinta la imaginacion, que con los que nos enseña la realidad? es probable, así como en los sueños son las sensaciones mas enérgicas.

Reina no durmió aquella noche, y cuando el alba vino suavemente á despertar á los pajaritos que ante su ventana empezaron uno á uno á darse pitando los buenos dias, Reina, pálida y ojerosa, escribia con soberbia y con lágrimas estos renglones al pié de la carta de Genaro.

«Sí, leí la abierta carta, tenia curiosidad de ver el cómo engañaba un falso á una confiada. Tenéis muchas cuerdas en vuestra guitarra, pero ninguna al diapason de mi voz.»

A la noche, Reina con la cabeza mas erguida que nunca, devolvió la carta á Genaro; este la tomó, se sentó en seguida á una mesa de tresillo, de la que no se levantó sino para retirarse á su hora acostumbrada.

Al llegar á su casa leyó los renglones que habia escrito Reina.

— Primera descarga, dijo, pólvora doble y bala roja; retirémonos, que una retirada á tiempo aprovecha mas que un importuno ataque. Tomemos cuarteles de invierno; mutis.

Genaro dejó de ir á casa de la marquesa, pasando, á pesar de su aparente flema, los dias desesperados y rabiando; miéntras Reina pasaba las noches llorando y renegando de sus lágrimas.

Algun tiempo despues recibió esta una carta de Cádiz, era este su contenido:

«Reina mia de mi corazon. No te he escrito ántes, por-

que al llegar aquí tuve uno de mis ataques que me ha tenido á las puertas de la muerte. Aunque he salido de la gravedad, no acabo de restablecerme, porque dice el médico que este pueblo me sienta muy mal; pero es tambien, á mi parecer, porque no puedo sobrellevar vuestra ausencia.

«¿Qué te diré de mi viaje? solo el acordarlo me horroriza. Cuando al salir del rio el barco empezó su pugna con las olas; cuando estas vinieron á asaltar sus costados como para medir su altura; cuando me consideré en medio de esas pérfidas, sin mas punto de apoyo que el equilibrio, pensé morirme de angustia, y esto que no estaban soberbias; eran cortas y pequeñas, aunque espumosas, y parecian huir del viento que venia de tierra, como una manada de carneros huye del lobo. Consideraba, Reina, cuán sin mision desafía el hombre á los elementos, y temblé, porque no es la temeridad una virtud, es un esceso. El peligro no se hizo para buscarlo, sino para precaverlo.

«Me decias para animarme, Reina mia, que Cádiz era bonito; tú no lo has visto: figúrate, muchas piedras, mucho hierro, casas altas y apiñadas en líneas rectas como filas de soldados, sombrías murallas que miran á los que se acercan, con sus cañones que parecen ojos amenazadores, esto es Cádiz, una cárcel grande rodeada de mar. Como apénas he salido, no he visto aun una suave hoja verde que me recuerde que la tierra cria flores. Solo en un balcon de la casa de enfrente abre un árbol de Pascua deshojado sus rojas flores, que parecen sangrientas heridas en un cuerpo exhausto. Me han dicho que ese arbusto cuando se le hiere se desangra y muere; yo creo que perderá tambien mi corazon toda la suya, por la herida que le ha hecho vuestra ausencia.

«De dia me distraigo con mirar á las nubes, aunque se ria esa alegre Flora, á la que envidio su alegría y aun mas el estar á tu lado; me embelesan esas surcadoras del cielo, que en él dibujan tan fantásticos cuadros. He observado que entre ellas las hay buenas y malas; las buenas las llama el sol para sí, y se elevan hasta perderlas de vista; las otras las castiga desterrándolas á la tierra, en la que caen llorando.

«Pero de noche, Reina, en que no puedo dormir, que la debilidad me ha quitado el poco sueño que disfrutaba, me oprime la angustia el pecho, cual si me faltase el ambiente. Tú, Reina, no sabes lo que es angustia. ¡Ojalá nunca lo sepas! La angustia, Reina, es una agonía del alma, con la que no se cabe en el mundo, y solo se ansía por el cielo; todo la causa, pero sobre todo la noche y la mar, y aquí toda la noche oigo su horroroso bramido. Es este tan terrífico, que á veces creo que se rebela la mar contra el poder de Dios que le puso límites, porque solo blasfemias pueden sonar tan espantosas. Otras veces, cuando no está tan brava, suena tan triste que me figuro debe padecer y que se queja, porque abrigue en lo profundo de su seno algun gran dolor, y eso será la causa de que se agite tanto y sean tan amargas sus aguas. ¡Mi pobre madre lo sabrá, pues en su seno yace! ¡Madre mia! ¡Madre mia! único ser que me ha querido; puesto que tú, Reina, ni *él* tampoco, me queréis como yo os quiero, y no os reconvengo por eso; el querer, como la tristeza y la alegría, son cosas que el sentirlas no pende de la voluntad, y así serian en mí vanos los esfuerzos que hiciese para quereros ménos, por tal de aliviar el dolor de la ausencia. El no me ha escrito, Reina, y ha hecho bien, pues no debo recibir cartas sin autorizacion de mi padre, y si se la pidiese, no me la daria. Pero tú, Reina mia, ¿porqué no me has escrito? ¿No sabes que aunque me estuviese muriendo, volveria la vida á mi corazon una carta tuya?

«Reina, una cosa te pido, no me la niegues! no estés tan amarga con *él*, y quiérelo por amor mio: díle de mi parte, que pondremos el porvenir en manos de Dios, y que miéntras me quede una esperanza, habrá un punto claro en mi vida, como se vé entre nubes una estrella recordar que hay cielo.

«Ambos están Vds. en mi corazon como dos ángeles que lo sostienen en sus sufrimientos.

«Perdona mi triste carta, ¿pero acaso concibes, que se pueda no estarlo en la ausencia?

LAGRIMAS.»

Despues de unos dias contestó Reina á su amiga.

«Mucho siento, hija mia, que hayas vuelto á tener uno de tus ataques: me hubiese alegrado estar á tu lado para asistirte. Espero que seguirás aliviándote y que te vaya gustando mas Cádiz, y algun gaditanito con muy buenos patacones, que será por eso, y no por agradarte á tí, del gusto de tu padre, ya que tan mal le parecen los *bolsi-vacíos* de por acá.

«No te he escrito aguardando lo hicieses tú, como suelen hacerlo ántes los que se van.

«No me hablas casi sino de la mar, y sabes que no debes parar tu imaginacion en esas cosas que te impresionan mal. La mar no es mas que mucha agua, muy estúpida, que va donde el viento la lleva, y que á nadie puede ni mojar la punta del pié si no la va á buscar. Mas valiera que me dijeses, si has visto al Hércules de la Alameda, tan famoso por lo feo, y si es como me lo he figurado idéntico á tu padre. Cierto sugeto ha sabido, que ese señor ha hablado de él en términos groseros y ofensivos. Como es tan orgulloso, no le habrá hecho gracia, pero como tambien es muy disimulado, no le ha hecho una arruga la frente.

«La ausencia labra de distinto modo en cada cual. En Marcial ha sido entusiasmándolo tanto por tí, que te llama flor suave, blanca y sin espinas. Si lo deseas, ó sin que lo desees, te hará un ciento de versos, y hasta diputada, cuando él lo sea. Por mí te lo cedo sin que tengas que darme las gracias: mi querido primo bien podrá llegar á ser *diputado*, pero jamas llegará á ser *disputado*. Fabian acaba de llevar un réspice del rector, porque no estudia leyes; se ha consolado con componerle una meditacion á la pereza. No olvida la *perla*, ni Flora tampoco, y dejan de reir para hablar de tu ausencia.

«Mi madre, D. Domingo, y sobre todo yo, nos acordamos de tí con mucho cariño. Adios, cuídate mucho, y no dés memorias á tu padre.

REINA.»

¡Qué lectura para la pobre niña para la cual era esta carta el único lazo que unia su corazon á la vida! ¿No existen, se

decia despues de haberla leido, son ilusiones el amor y la amistad? No, no, no son ilusiones, puesto que los siento en mi corazon. Pero si existen en ellos, ¿se expresan acaso así? No dice que han sentido mi ausencia, ni *él* ni ella..... ¡No dice que desean verme! su tono burlon y chancero de siempre; lo veo, mi ida no ha dejado allá vacío, ni mi presencia huellas. ¿Porqué no me querrá nadie á mí? — ¿es culpa mia? — ¿es culpa de ellos? — ¿es que no lo merezco? — ¿es mi suerte? — ¿es una maldicion? ¡es una herencia! añadió estremeciéndose al oir en el patio la voz de su padre, que despedia con aspereza á un pordiosero.

Lágrimas se asomó al barandal del patio y vió á la pobre negra estúpida que la habia criado, que su padre le habia dicho habia vuelto á América, pero que en realidad por vieja é inútil habia echado á la calle, la que apoyaba una mano en su muleta y estendia la otra hácia su amo, pidiéndole con angustia socorro.

— ¡Francisca, Francisca! ¡Pobre Francisca! gritó Lágrimas, aguarda, aguarda.

Pero en aquel momento cerró su padre con estrépito el porton.

Era tal la timidez de Lágrimas, y el terror que tenia á su padre, que no se atrevió á insistir en ver la negra, y huyó á su cuarto en el que le dió una fuerte congoja.

Cuando se hubo serenado, llamó á un galleguito que hacia los mandados, y como no tenia dinero, porque jamas se lo pedia á su padre y que este no era hombre de dar espontáneamente, le entregó unos zarcillos de oro que habian sido de su madre, para que se los diese á la negra, con el fin de que los vendiese y se socorriese con su importe. Como apénas comia la pobre niña, guardó y envióle su almuerzo con el muchacho á la infeliz negra.

— La señorita almuerza mejor, decia la criada á D. Roque, me parece que se va reponiendo; con lo que vivia tranquilo el tierno padre, y así, aunque la pobre niña que rara vez podia acostarse, pasaba sus noches sentada en una butaca, aunque estaba tan delgada que sus huesos parecian querer traspasar el fino y blanco cútis que los cubria con

un olan, aunque el médico repetia era urgente sacarla de Cádiz, D. Roque respondia: veremos.

CAPITULO XX.

JUNIO, 1848.

— ¿Una carta? decia Genaro á Marcial, al verlo esconder lo mas visiblemente que pudo un papel. Feliz mortal, si una esperanza se te marchita, otra florece; apénas tu entusiasmo amistoso te ha arrebatado una conquista á medio cuajar, cuando van saliendo otras del cascaron como pollos piando; ¡qué estrella tienes! es una gallina sobre huevos.

— Esto daria materia á Azais para añadir un capítulo mas á su obra sobre las compensaciones, opinó Fabian.

— Ya salió lo frances, dijo Marcial: manso Dauro, estóy para mí que le envidias su posicion al Bidasoa. Y ya que hablamos geográficamente ¿sabéis que estóy componiendo una geografía poética para enseñarle esta ciencia á Reina, que no la sabe, ni la conoce, ni la aprecia, ni la admira?

— ¿Y será acaso medio en prosa, medio en verso, como Demoustier enseñó la mitología á Emilia? preguntó Fabian.

— No, no plagío yo á nadie, soy original, á punto de merecer como escritor, este distintivo esclusivo, como lo lleva el pecado de Adan. Queda bueno para tí, Dauro de afrancesadas aguas, el plagiar á Paul de Kock su *ángel del silencio.*

— ¿Qué estás diciendo, Marcial? exclamó Fabian soltando una carcajada.

— Nada, nada, padre Dauro, sino que no se me da gato por liebre.

— Vamos, Marcial, dános una muestra de tu geografía poética, dijo Genaro; si la imprimes, cuenta con mi suscricion. Empieza por España nuestra patria.

— Pues oíd, escuchád, atendéd y enteráos. La España es una ninfa.

— ¡Hola! dijo Genaro.

— La pintarás en las astas del toro Señorito, como la

otra ninfa Europa en las astas del toro Júpiter, añadió Fabian.

— Calla, manso Dauro, cántales la nana á tus aguas, y no me distraigas. Esta ninfa morena y garbosa tiene por cabeza á Cádiz, por corazon á Sevilla, y por estómago á Madrid.

— Muy bien, muy bien, dijo Genaro, ¿y dónde fijas tu residencia?

— ¿Queréis callar, ó callo yo? repuso impaciente Marcial. Cataluña es su mano derecha, Galicia la izquierda, que es ménos diestra. La Sierra-Morena es un cinturon del que pende Granada, que es un hermoso alfanje moruno cubierto de pedrerías. Valencia es un ramo de flores y cintas con que se adorna su lado derecho. Toledo la escarcela sobre la que está estampado en oro su escudo de armas. Los Pirineos la verde guirnalda que guarnece su túnica. ¿Es esto ó no, darle un colorido poético aun á las ciencias mas positivas? Esto es la mnemónica que sacaron los alemanes á bailar (pero que por lo visto no ha bailado mas que una alemanda), afianzar en la memoria las ideas por signos: se apellida así por derivar el nombre de Mnemosine, diosa de la memoria, madre de las musas y.....

— Toma aliento, Marcial, que peligran tus pulmones, dijo Genaro: sigue tu curso de geografía y deja á los alemanes que por lo presente están reñidos con las musas, las ciencias y la cordura, y dínos qué es Gibraltar de la ninfa?

— Un cáustico en la cabeza.

— ¿Y Portugal? preguntó Fabian.

— Portugal, Portugal, dijo Marcial, no me habia acordado de Portugal. Portugal es su joroba. Basta de geografía, añadió, que tengo que salir y se me va pasando la hora. Caspitina, cerca de las doce; con el curso de geografía se me ha ido el tiempo, y media cara que me queda que afeitar.

Marcial cogió con denuedo la navaja de afeitar, dándose tajos y reveses en su soplado carrillo.

— Pero, vamos, le dijo Fabian, ¿á qué andas con tapujos? ¿de quién es esa carta?

— Mia.

— Lo infiero, pero ¿quién la escribió?

— No ignoras, puro y manso rio, que el honor obliga á veces á ser reservados á los hombres, aun con sus mas íntimos.

— Sí, pero tú lo has dicho, tú, Genaro, y yo, somos tres unos que formamos un solo tres, como en la cartilla.

— No puede ser, no me dejo arrastrar por tu suave corriente, Dauro. Punto, pues, si sois mis amigos.

Acabóse de vestir Marcial; se puso un frac y dejó el gaban, con el que habia entrado por la mañana, rodando sobre una silla segun su loable costumbre; se estiró el chaleco, encasquetó el sombrero y salió.

Apénas habia vuelto la espalda, cuando Genaro, que habia observado cuanto habia hecho, y notado que habia dejado olvidada la carta en el gaban, se levantó, corrió á la silla en que estaba, sacó la carta y leyó:

«Querío *Massial:* — La pejiguera de mi tía, no me *eja* ni á sol ni á sombra; pero mañana por la *mañaita*, como que es *sábao* se va su mercé á *jofifar* la escalera en *ca D. Luardo el méico. Asina poé* verte á las *oce* en la plazuela de los Trapos; tráete algo que meter bajo los dientes, mas que sea un bizcocho de Mallorca, que si tú tienes capricho como *ices* por mí, yo lo tengo por ellos. Abú, real moso. Dios te dé lo que te falta.

SALU.»

Apénas concluia Genaro de leer la esquela, cuando se oyeron en la escalera las zancajadas apresuradas de Marcial, que venia subiendo. Volvió Genaro á guardar la esquela en el bolsillo de que la habia sacado, y se sentó gravemente en la mesa, en la que siguió escribiendo.

Entró Marcial con estrépito, acelerada la respiracion, y fijó en sus amigos una mirada escudriñadora.

Viendo á Genaro, que tenia de cara, impasible, se serenó y se dirigió hácia la silla en que estaba su gaban.

Miéntras sacaba de la faltriquera la carta cuyo olvido lo habia hecho volver con tanta precipitacion, murmuraba:

— ¡Las doce y media! entre estas y las otras he perdido

media hora. ¡Inexacto á una cita! es esto poco galante, poco delicado, poco caballeresco y poco juvenil.

Entretanto, Genaro habia hecho una seña á Fabian, ambos se habian salido silenciosamente del cuarto y habian cerrado la puerta por fuera.

— Vamos, jóvenes, abríd, dijo Marcial, no es sazon de bromas, que tengo prisa.

— Si no necesitas *salud*, hombre, que te sobra, dijo Genaro desde el lado de afuera.

— Vamos, vamos, Genaro, zorra sutil, taimada, astuta y socarrona, abre, que me haces mal tercio y comprometes mi formalidad, exactitud, puntualidad y galantería.

— Ya es tarde, Marcial, dijo Fabian, y para poca *salud*, mas vale ninguna.

— Fabian, Fabian, traidora y profunda agua mansa, abre, abríd, que me incomodo de veras; no seáis los perros del hortelano.

— No hay perros del hortelano; Genaro ha ido á avisar á tu Ariadna que no viene Teseo, pero que no le faltará un Baco.

Al oir esto Marcial, furioso se puso á patear y á dar voces y golpes en la puerta.

Fabian se esquivó, y cuando la patrona acudió al oir el estrépito, y mandó abrir la puerta, por de prisa que corrió Marcial á la plazuela de los Trapos, halló muchos de estos; pero en cuanto á prendas de mas valor, no habia ninguna.

Aquella misma noche decia la alegre Flora á Reina:

— Te contaré una cosa muy graciosa que me ha contado mi hermano, que la sabe por Fabian. Hoy á las doce parece que tu fidelísimo y consecuente apasionado Marcial, tenia una cita amorosa con una locuela de medio pelo. Lo supieron Genaro y Fabian, lo encerraron, y la linda alhaja de Genaro fué á consolar á la citadora *cursi* de la ausencia de Marcial.

Reina sintió al oir esto tan punzante dolor, y tal movimiento de ira, que se le llenaron los ojos de lágrimas. ¡Qué infamia! exclamó.

— No, mujer, dijo Flora, no seas tan acerba; calaveradas,

falta de buenas costumbres, inmoralidad, chavacanerías, pero no exageres, infamia no.

— ¡Ah! y tú no crees infame, vil, criminal y bajo, revolcarse en tales inmundicias, tales lodazales, y luego venir á decirnos que nos quieren? Atreverse á pretender que los amemos, brindarnos un corazon en el que tiene parte una rabanera, es infame, te digo.

— Mujer, repuso Flora con estrañeza, ¿quién habia de haber pensado que te interesases tanto por Marcial, á quien de continuo estás haciendo burla? Vamos, que no se puede uno fiar de las apariencias masculinas ni femeninas. Si lo hubiese sabido, no te lo habria dicho.

— ¡Corazon perverso, y costumbres disolutas! es completo, murmuraba Reina.

— ¡Quién habia de haber pensado que te interesaba Marcial, Reina!

— Flora, por Dios, ¿quiéres callar?

— ¿Prefieres al coronel Astorga que tan enamorado está de tí? es por cierto un buen mozo.

— Calla, Flora, es un uniforme metido en un uniforme; cuando me habla, siempre oigo tambores.

— ¡Vaya con la delicadita de gusto! vamos, que el predilecto será el marques de Navia que tu madre recibe tan bien.

— Es un tonto forrado en fatuo.

— Espero que no recaerá la preferència en Fabian, pues en ese caso preciso seria recurriésemos al verdugo de Salomon.

— No, no, Fabian te quiere á tí, es decir, te quiere todo lo que puede querer un poeta.

— ¡Oh! no hay cuidado, hija mia, dijo riéndose Flora, que nos engañamos mutuamente. Si él me prefiere la musa, yo le prefiero un buen novio, como te lo probaré el dia que se presente. ¿Y Genaro?

— Es un monstruo que abomino, esclamó Reina.

— Vamos, amiga, que el que habla mal de la pera...

— Si esa pera hubiese sido la manzana del paraíso, y yo, Eva, es cierto, Flora, que habria perdido su tiempo la serpiente.

En este momento se acercaron Marcial y Fabian.

— Dígame Vd., le dijo Flora ¿qué se ha hecho de Genaro, que tantos dias ha que no vemos?

— Genaro es un arcano, respondió Marcial; se mete en sí mismo, es decir, está ensimismado. A veces creo que posee el sombrero de Merlin, así como posee su saber y sus picardías.

— Siempre que vamos á casa lo hallamos estudiando, añadió Fabian. Ademas padece, y está de mal humor; le están saliendo las muelas del juicio.

— ¿Te han salido á tí, primo? preguntó Reina con mal humor á Marcial.

— Si me saliesen me las arrancaria, contestó este, que seguia en la ilusion que á las bellas les hacian gracia los calaveras, y perseveraba en tomar por modelo á D. Miguel de Mañara.

— Apuesto, dijo Flora, que Genaro no viene, porque tendrá la cara hinchada y estará feo.

— ¡Feo Genaro! exclamó Marcial, ¡oh, qué suposicion! ¡Genaro feo! Genaro, el Antínoo estremeño, el Narciso que se mira en las aguas de la fuente del Abanico! ¡qué suposicion! ¡qué suposicion! Flora, en su vida se la perdona á Vd. el Adónis maquiavelesco. Genaro, como la luna en su menguante, no perderia nada de sus encantos por tener una mejilla mas abultada que la otra. Predigo á Vd., Flora, que al saber la estraña suposicion de Vd. dejará sus recuerdos amorosos, y pasatiempos estudiosos, para venir á probar á Vd. que su bien parecer, hermosura, bonitura y belleza, están á prueba de bomba y de hinchazones.

— ¿A qué dices todo eso, Marcial, dijo Fabian, si las mejillas de Genaro están sin novedad como las patrullas, y sin las menguantes y crecientes de la luna?

— No lo creo, dijo Flora.

— ¿Aunque yo lo asegure? preguntó Fabian.

— Aunque lo asegure el obispo. Miéntras no me desengañe por mis ojos, he de creer que está hecho, Genaro, un Quijote á la derecha, y un Sancho á la izquierda.

Toda esta disparada conversacion, en la que Flora procu-

raba evidentemente que volviese Genaro á la tertulia, le fué repetida por sus amigos; él, que no deseaba sino un pretesto para volver en casa de la marquesa, fué á la noche siguiente. Pero siguiendo la táctica que se habia propuesto, solo saludó á Reina, y se alejó despues de haber trocado algunas bromas con Flora, sobre la dolencia, con la que lo gratificaba.

— No se apresuraria tanto ese presumido de Genaro, dijo Marcial, en vindicarse de algunas de sus muchas picardías, como se apresura en probar que su carita sigue sin novedad en su importante hermosura. Pero, Reina, ¡qué distraida estás! ¡no hay quién te saque una palabra!

— Tengo un humor de ministro de Hacienda.

— ¡Ya! ¡como que todos te piden audiencia!

— Y que á nadie quiero darla.

— Ven, Genaro, decia Fabian, ven para que Reina se convenza que no dejabas de venir por desfigurado, como opinaba Flora.

— ¿Con que tambien Reina creia que yo no venia por esa causa? Eso es atribuirme un escesivo deseo de parecer bien que no tengo, dijo Genaro.

— Es una suerte, respondió Reina, no abrigar deseos que no siempre son realizables.

Por una de esas casualidades siempre propicias á los amantes, un amigo suyo llamó en ese instante á Marcial, y Genaro ocupó su asiento al lado de Reina.

Ambos hacian heróicos esfuerzos para parecer serenos.

— ¿Habéis pensado vuestra respuesta? preguntó Genaro tan bajo, que apénas Reina lo oyó.

— ¿Pues qué, contestó esta, acaso no la he dado?

— Aquello no era respuesta, Reina, era un brote de coraje, al ver que habia adivinado que leeriais mi carta. Os decia, que tomaseis tiempo para decidiros, por consiguiente, no podia tomar aquella *tremenda* por una respuesta.

— Pues la *tremenda* era respuesta, ó la respuesta era *tremenda*. No hay otra, que á mí no se me impone tiempo para nada, pero ménos que nada, para contestar; una respuesta me ahoga.

— Reina, Reina, por soberbia, por orgullo nos vais á ha-

cer á ambos desgraciados. Pues qué, ¿os placen solo aduladores? ¿No queréis sino rendidos á vuestro desden, y no sabéis apreciar al hombre que se rendirá al amor sí, á la altanería no?

— Pero si no os quiero, contestó Reina en voz trémula.

— ¿Y porqué no, Reina?

— Porque no *quiero* quereros, y que yo tambien obedezco á mi voluntad.

— ¿Con que es solo porque no queréis, que no me amáis?

— Aunque fuese *solo* por eso, ¿os parece poco?

— Me parece mucho, porque la terquedad es un enemigo inatacable.

— ¿Con que es terquedad?..... ¡Pues está bien!

— ¡En vos, sí, Reina, así como en mí no es sino la prudencia que está como el ángel, ante la puerta del paraíso, hasta que me abráis.

— Hariais un infierno del paraíso.

— No pensáis lo que decís, Reina: cual la frondosa y lozana vid que no se podó jamas, necesitáis un sosten, pero de tal fuerza que no lo quebréis: este, vos sola le podéis elegir y graduar su resistencia.

Y despues de un rato de silencio añadió, miéntras sus manos temblaban y el pecho de Reina se agitaba:

— Reina, Reina, ¿á qué batallar contra la corriente que nos arrastra, si nos conduce á la felicidad?

Reina calló.

— Decidíd nuestra suerte, Reina; en breve seré graduado: parto en seguida para Madrid, y me veis por última vez esta noche si me rechazáis.

En este momento se acercó Marcial.

— ¿A qué me estabas guardando el asiento? le dijo á Genaro; porque si bién eres un Maquiavelo en capullo, eres tambien un Pílades en flor.

— ¿Vuelvo mañana? preguntó Genaro á Reina levantándose.

— No, respondió Reina con vehemencia como despertada por un funesto recuerdo, y olvidando toda delicadeza y recato,

añadió con indignacion, ¡no! que mejor emplearéis vuestro tiempo en ir á consolar ausencias de Marcial.

¿Porqué una miserable intriga causaba mas celos á Reina que el suave y puro recuerdo de Lágrimas? Dícese en teoría que no es así, y que los celos son profundos y punzantes, cuando son causados por entes superiores capaces de inspirar sentimientos ideales. No hay tal. Los celos, como todo lo que es *pasion*, tienen su esfera terrestre en que se debaten con otras pasiones cual ellos agitadas y pasajeras. En el cielo, que es la mansion del amor ideal y perfecto, hay jerarquías y ángeles mas cercanos á Dios que otros, y no hay celos.

Genaro al oir á Reina, se habia levantado con aire radiante, y volvia trayendo del brazo á Don Domingo de Osorio.

Cierto es que formaban un bello contraste el elegante y airoso jóven, con su negra y ensortijada cabellera, su porte garboso y suelto, con el despacioso anciano que llevaba sus años y sus canas honrándolas, como el militar sus cicatrices, como el vino su calidad, como la encina sus coposas ramas.

— Don Domingo, le dijo Genaro, ¿no es verdad que ayer tuvo Vd. la bondad de llevarme á las doce y media, segun me tenia ofrecido, en casa de su amigo el señor canónigo C.*** para ver su hermosa coleccion de cuadros? Reina no quiere creerlo.

— Sí, por cierto, respondió D. Domingo, ¿y porqué no quiere Reina creerlo?

— Porque afirma que no tengo suficiente paciencia para estar dos horas viendo cuadros.

— Pues se equivoca mi niña, repuso D. Domingo; por cierto que sois muy inteligente. Mucho tiempo estuvo parado delante de una Judit que decia se parecia á tí, Reina.

Reina durante esta conversacion, habia sentido tan intensa alegría, que su cara, habitualmente pálida, se habia puesto rosada como la vida.

— ¿Vuelvo mañana? dijo Genaro al entregarle el pañuelo que se le habia caido, con una mirada de ansioso deseo.

Reina afectó no oir.

— Pero por mas que Vd. diga, prosiguió D. Domingo, no es de Villavicencio esa Judit.

— Será de Morales, respondió Genaro, y volviéndose á Reina, ¿le gustan á Vd. las pinturas? preguntó, añadiendo solo con el movimiento de los labios y la espresion de los ojos, ¿vuelvo mañana?

— Me gustan, respondió distraida y fatigada Reina.

— ¿Desde cuándo será, niña mia? preguntó D. Domingo, ¿no decias que las odiabas y que te parecian almas en pena?

— Es que á Reina le gustan las almas en pena, observó Genaro.

— ¿De dónde sacáis eso? preguntó esta.

— De que no me sacáis de este purgatorio, Reina, respondió á media voz Genaro, ¿vuelvo mañana?

— Esa Judit es de Alonso Cano á no dudarlo, Genaro, decia D. Domingo.

— Es de la escuela de Murillo evidentemente, Don Domingo, es su colorido; volveré á verla, ¿y acá vuelvo, Reina?

— Decidídlo vos.

— No entro en parte alguna donde hallo la puerta cerrada, Reina.

— Pues yo no abro á nadie.

— ¿Sabe Vd., Genaro, cuánto daba un inglés por ese cuadro? dijo D. Domingo.

— ¿Por qué cuadro? preguntó Marcial.

— Por una Judit que tiene C.*** que se parece á Reina. Daba mil libras.

— Si se parece á Reina vale mil arrobas, repuso Marcial. Si esa Judit fiera, añadió acercándose á Reina, eres tú, la cabeza que lleva del hombre que asesina, será la mia.

— ¡La cabeza de Holoférnes! exclamó Flora que lo habia oido, soltando una alegre carcajada: ¡qué extraña pretension, Marcial!

— ¿Y quién le dice á Vd. que el general de los Asirios no fuese buen mozo? ¿Habia acaso entónces daguerreotipos para que se conserve un tipo exacto, perfecto, auténtico, idéntico y genuino de su físico?

— ¿Vuelvo mañana? decia entretanto Genaro á Reina.

— ¡Qué terco! contestó esta.

— Terco no, precavido sí.

— ¿Te vienes, Genaro? dijo Marcial, que ha rato dieron las doce campanadas que marcan el fin de la vuelta del cuadrante.

— Siempre tenéis el reloj en la mano como el feísimo viejo que figura el tiempo, dijo Flora.

— En la mano no, repuso Marcial, en la cabeza como la Giralda. Buenas noches, Flora, séaos la noche ligera como os lo son vuestros dias: que descanses, Reina, ¡dichoso el mosquito que te quite el sueño!

— Tengo mosquitero, primo.

— No basta, Reina, murmuró Genaro, es preciso un mosqueador para este enjambre. ¿Cómo estará la puerta mañana?

— Entornada, dijo Flora, nada hay mas pesado en este mundo que una terca, á no ser un porfiado.

Reina puso su pañuelo ante su boca para disimular una sonrisa, la que brilló en sus ojos y no se ocultó á Genaro, que al verla pensó con júbilo: victoria.

CAPITULO XXI.

Fácil es el colegir que con razon cantaba Genaro victoria. Reina se rindió al sentimiento que la dominaba, con toda la postracion del que ha perdido todas sus fuerzas en una larga y sostenida lucha. Este amor vehemente en esa Reina, tan altiva, que tenia á ménos todo disimulo, tan intenso en Genaro que se gloriaba de él, no fué en breve secreto para nadie.

La marquesa ántes que todos lo conoció y vió confirmadas sus sospechas. Llamó á su hija, y le hizo sérias reflexiones; le hizo ver las ventajas del enlace que para ella tenia proyectado con el marques de Navia; le habló de Marcial, de su brillante porvenir y buen carácter; pero nada de cuanto le

dijo su madre pudo, ni por un momento, conmover la firmeza de Reina. La marquesa exasperada le prohibió el hablar á Genaro, lo que despertando en este todo su orgullo, movido tanto por este, como por cálculo, al primer desaire que recibió, dejó de ir á la casa.

Pero todo esto pasaba desapercibido de Marcial, el que aunque pretendia ser celoso como un *Petrarca*, se ocupaba tanto de sí, y tenia tan buena fe, que bien podian pasar ante sus ojos carros y carretas sin que en ellos fijase su atencion; así seguia impasible en sus pretensiones con su prima. Fabian, que queria mucho á Marcial, y padecia al ver su obcecacion, determinó disuadirlo de persistir en ella y abrirle los ojos acerca de los amores de Reina y Genaro que nadie ignoraba. Pero si habia una empresa difícil en este mundo era esta, la de persuadir á Marcial que su prima pudiese preferir á otro. Ya hemos dicho que su amor propio lo cegaba en punto á no ser querido de Reina, y su buena fe en punto á que Genaro fuese capaz de hacerle mal tercio.

Una mañana en que habia salido Genaro, y que estaban Marcial y Fabian reunidos en el comedor para almorzar, fué la ocasion que aprovechó Fabian para su difícil empresa.

— ¿Qué quiere Vd. almorzar, señorito? preguntó la criada, que era una lugareña sin desbastar, con sus naguas de bayeta y su castaña.

— No quiero mas que chocolate, respondió Fabian.

— ¿Y Vd., señorito *Parcial?*

— Tráeme dos ó tres posturas del ave doméstica, con otras tantas lonjas de jamon, respondió Marcial.

La criada no se movió, y miró á Marcial con la boca abierta.

— Mira, le dijo este viendo que no se movia: un predicador muy elocuente que predicaba por primera vez, se le fué el santo al cielo, y se quedó en la misma garbosa facha que tú ostentas. Su padre, que era genoves, se hallaba entre los concurrentes frente al púlpito; viendo á su hijo tan cuajado y tan ojiabierto, como yo te estóy viendo ahora á tí, le dijo á voces: *¿é purqué te paras?* aplica el cuento.

— Señorito, repuso la criada, es que no entiendo á Vd.

— Pues ven acá, fregona no ilustre, ¿no sabes lo que es ave?

— Jesus, sí señor, ¿pues no he de saber? y que es *gracia plena.*

— Ave, en la lengua y sentido en que hablo, quiere decir gallina, ¿estás?

— ¡Gallina!!! exclamó la mujer.

— Sí. ¿Sabes tú, desdoro del bello sexo, lo que es postura?

— ¡Vaya! pues no he de saber, si era yo la que amasaba en *ca* mi amo.

— Postura es, ¡oh tú! mínimum de los alcances humanos, lo que se pone. La gallina pone un huevo, ¿no es así?

— Sí señor, cuando no están cluecas.

— Pues bien, una postura de gallina que no está clueca como tú, será un huevo, ¿no es así? No te detengas pues *asina* perpendicular, pon en movimiento acelerado tus dos lanchas cañoneras pedestres, que mi estómago no gusta sentirse hueco como tu mollera, ni vacío como tu cráneo.

La criada, que medio entendió, se fué diciendo:

— ¿De qué tierra será el señorito Parcial que tiene el habla tan atravesada?

— Oye, Marcial, le dijo Fabian cuando estuvieron solos, yo te quiero sinceramente, porque con todos tus defectos eres honrado, bueno, y tienes un corazon sano y leal.

— Puedes lisonjearte, manso Dauro, que te pago, te aprecio, distingo, estimo y protejo. Esto que dijo no es caudal de voces, sino riqueza de sentimientos; pero á mí pega el decir que te quiero á pesar de tus defectos: tú podrás decirme á mí, me quieres á pesar de..... mis vicios. Por tí, futuro Melendez, y por Genaro, ese Maquiavelo en ciernes, pasaria por el fuego como una salamandra, y por el agua como una balandra.

— Pues atiende, Marcial, como tu verdadero amigo que soy, me intereso en que no hagas un papel ridículo.

— ¿Qué quiere decir que yo no haga un papel ridículo? exclamó Marcial, ¿gradúas tú, inocente, la cosa posible?

— Todos en este mundo podemos alguna vez hacer un papel ridículo: tú como yo, yo como tú.

— ¿Yo? vamos, manso rio, tus cristales é ideas están hoy turbios. Hablemos de otra cosa si no quieres que crea que tus aguas quieren tomar hoy una mala direccion, y no seguir su curso apacible. He recibido dinero. ¿Quieres mil reales en calidad de no reintegro? entre amigos.....

— Gracias, hijo mio, no se trata de eso, sino de abrirte los ojos, Marcial, y decirte que estás haciendo un triste papel, y no quiero que lo hagas.

— Padre Dauro, no puede ser por ménos, de que hoy en lugar de agua clara murmulle en tu cauce el jugo de la cepa. Y ahora que me acuerdo, Mari Tornes, Mari Tornes!

Viendo que la criada no parecia, Marcial á estilo de fonda se puso á dar golpes con un cuchillo en el vaso.

— Emula del caracol, que cruzas tus brazos y te pones al sol, en lugar de servir á la mesa y copiar á Ganimédes, ¿porqué no vienes cuando se te llama? ¿no tienes esas orejas mayúsculas sino para ponerte en ellas zarcillos cínicamente falsos? ¿no me oias, linterna de malhechor?

— Ya se ve que oia, ¿quién no habia de oir la voz de Vd., señorito, que parece el bombo de la tropa? pero como no me llamo Mari Tornes, pensó que *asina* se llamaria la vecinita de enfrente, y que la estaria Vd. llamando para saber de las flores que me mandó llevarle su mercé.

— Calla, imprudente Mercurio, mas te valiera ser muda que no sorda; anda, fámula inactiva, y tráeme el precioso don de Baco, pero que no sea del de por aquí, sino del de Sanlúcar, manzanilla.

La criada se quedó de nuevo parada.

— ¿Qué haces, poste inamovible, *statu quo* humano? ¿porqué no me traes el néctar de Baco?

— Señorito, por amor de María Santísima, hable su mercé claro.

— ¿Pues qué, no sabes quién es Baco, incivilizada cortijana?

—No, señor; ¿á la fuerza he de conocer á todo hijo de Cristo?

— Pide vino, le dijo Fabian á la criada.

— ¡Acabáramos! murmuró esta al salir.

— ¡No saber mitología! dijo Marcial; ¡la cosa mas vulgar, mas conocida, sabida y manoseada! Bien dice Tiburcio, ese flaco, delgado, demagrado y enteco amigo, que estamos atrasados.

— Marcial, dijo Fabian, te lo he de decir aunque no quieras oirlo. Reina y Genaro se quieren y están de acuerdo; todo el mundo lo ve, lo sabe, estraña tu ceguedad en no conocerlo, y censuran tu pertinacia en persistir en tus pretensiones visiblemente rechazadas.

Marcial se echó á reir.

— Tambien, dijo, me quisieron Vds. hacer creer que se inclinaba Reina á Tiburcio, y que lo llamaba *Antony*, y ella me ha dado despues las mas completas satisfacciones, llamándolo *cursi*, *abatido* y *abollado*. Siento que así clasifique á mi amigo; pero su culpa es ¿porqué se metió á competir conmigo?

— Y ¿quieres comparar á Genaro, que es la flor y la nata de la *legion de Hebe*, como tú dices, con ese feo, ordinario, grotesco y necio Tiburcio?

— Es verdad que uno tiene tanto debajo de tierra como el otro encima; pero sin compararlos, te dijo que ni el uno ni el otro, ni tú, el mas manso de los rios, ni San Quintin, que dió su nombre á una sangrienta batalla, como un rio te lo ha dado á tí, hacen mal tercio á Marcial, ni hay quien usurpe su puesto al hijo de mi padre.

— Pero ¿Reina, acaso te ha dicho que te quiere? preguntó Fabian.

— No precisamente; pero vamos á ver, Fabian, ¿á tí te puede caber duda que pueda no quererme?

— ¿Acaso eres doblon de á ocho, Marcial?

— Soy doblon de á ochenta, padre Dauro.

— Pues hijo mio, Genaro lo será de ciento, porque lo cierto es, que él es el preferido.

— ¿Preferido? Vamos, Dauro, hoy en lugar de reflejar tus cristales el cielo sereno, reflejan nubarrones confusos; párate, obcecado, compara; Genaro, es guapo chico, no dijo que no, pero su cara de ochavo segoviano, ¿puédese comparar á la mia de estatua ecuestre?

— Estatua colosal querrás decir.

— Calla, manso rio, hiélate como el Elba, miéntras hablo yo... sigamos; Genaro no es tonto, eso no; pero no lucirá como yo en el Senado y en el Congreso, le falta verbosidad y elocuencia, voz y aplomo. Es de buenos pañales, eso sí, pero de casa pobre, y segundon, yo...

— Adelante, Marcial, que sé de memoria tu alcurnia y el estado del caudal que has de heredar; te compondré un drama que se titulará: Marcial con tierra y sin novia.

— Quieres, prosiguió Marcial enfucionado, comparar su cuerpo *frelo* [1]) como tú dices, empeñándote en españolizar voces francesas, con mi estatura, musculatura, mis anchuras, que son las del bello tipo del gladiador, las de un Alcibíades como se ven en el Circo?

— Alcídes, rectificó Fabian.

— Alcibíades, afirmó Marcial, el brillante y hermoso discípulo de Sócrates, que es el tipo y modelo que me he propuesto imitar. Lo primero que haré cuando vaya á mi pueblo será cortarle la cola á mi perro; era él, voluptuoso, filósofo y guerrero, haré una variante, seré voluptuoso, filósofo y político; era él galan en Aténas, sobrio en Esparta, yo seré galan en Sevilla, sobrio en Badajoz.

— Vamos, Marcial, no te entusiasmes por Alcibíades y contráete. Dando por de contado todas tus ventajas sobre Genaro, nada probará esto, sino que Reina tiene mal gusto, peor eleccion, reflexiona poco y no es interesada; pero no por eso es ménos cierto que tienes que cantar con Espronceda:

Las ilusiones perdidas
Son las hojas desprendidas
Del árbol del corazon.

— No lloro, ni con Espronceda, ni con Jeremías; tú y los demas veis visiones. Tú, manso rio, ostentas á imitacion del golfo de Nápoles una *Fata morgana*, en la que todo se ve al reves: que me prefieran á mí, á Genarillo, no lo creeria aunque me lo dijese la misma Reina.

---

1) *Frêle* quiere decir delgado, frágil, quebradizo. Aplícase á los niños delicados y débiles.

— Bien sabia yo, dijo Fabian, que seria difícil el convencerte, y por eso no he querido intentarlo hasta tener una prueba auténtica; pero ya que lo que dijera Reina no pudiese convencerte, ¿tampoco lo logrará lo que la propia Reina escribiese de su puño y letra?

— ¿Cómo de su puño y letra? preguntó Marcial bajando el tono.

— Con esta esquela que ha dejado Genaro en un libro que leia.

Marcial arrebató de las manos de Fabian la esquela que habia sacado y leyó:

«¡Genaro, Genaro! no persistas en no venir, si no quieres que me desespere. Ven, de rodillas te lo pido, sufre por amor de mí, el mal gesto de mi madre; pronto cederá, conoces mi ascendiente sobre ella. Pero si no cediese, no desconfíes como me lo dices, que decidida estóy á que me saques por la Iglesia, y á ser tu mujer y tu esclava. Ven esta noche con Marcialote, y miéntras este saluda á mi madre, podrás meter tu respuesta entre los papeles de música.»

— ¡Hola! ¡hola! ¡hola! dijo Marcial al terminar la lectura sin dejar de fijar la vista en la esquela, haciendo con la copa que tenia en la mano una libacion á las Euménides; ¡hola! con que miéntras yo saludo á la madre, ¿eh? que la salude el demonio. ¡Pérfido amigo! ¡zorra sutil si las hay! ¡maligna, dañina, traicionera! ¡falsa mujer, agria y desabrida media naranja! ¡Vaya, vaya! ¡por eso recalcaba tanto el *primo* cuando me nombraba! esto es una traicion, una villanía, una alevosía, una usurpacion en él: en ella un pésimo gusto. ¡Y qué carta! ¡qué carta! ¡es un tapiz, una alfombra, un tapete, un felpudo! ¡esta es la desdeñosa, la vana, la orgullosa y altiva! ¿lo concibes, Fabian?

— Sí, dijo Fabian, porque esta es la suerte de todas las altivas; regla general, Marcial, ninguna mas sumisa que las altivas en las que un orgullo personal embota la dignidad mujeril. No hubiese escrito la suave y modesta Lágrimas una carta así; no, la mujer suave y amante, sufre,

calla y muere, pero no se degrada, y esa carta es degradante, Marcial, escrita por una mujer como Reina.

— Por supuesto que lo es, exclamó ese; si hubiese sido dirigida á mí, anda con Dios; pero á ese cazurro, á ese trucha; es una pifia, un rasgo de locura humilde, y así conmigo se ha desprestigiado; esa Reina ha bajado de su trono, esa diosa de su Olimpo y esa santa de su altar.

— ¿Por fin te has convencido? preguntó Fabian, te lo avisé con tiempo, Marcial, que no te queria, ¿no te acuerdas?

— ¿Y lo habia de creer porque tú lo dijeses? ¿tienes patente de infalible, ó diploma de *sábelo todo?*

— Debias haber recordado el dicho frances de que lo cierto puede á veces no ser verosímil.

— No necesito tus testos gavachos para comprender las cosas que pasan por acá; bástame haberme puesto á considerar lo que son las mujeres, sacos de embustes, abismos de caprichos, tipos de estravagancias, conjunto de anomalías, cáos de contradicciones, coleccion completa de falsedades, que engañan sin querer, y mienten sin poderlo remediar; culebras, escorpiones, camaleones y basiliscos.

— Pero, vamos á ver, Marcial, cálmate; ¿qué derecho tienes de culpar á Reina? ¿te ha dado acaso alguna vez esperanzas?

— ¿Pues qué, crees, exclamó Marcial, que he vivido sin esperanza como los condenados del Dante?

— Las habrás abrigado de tu propia cosecha, pero no porque ella te las haya dado; es preciso ser justo. ¿Te ha escrito acaso una carta como esta?

— No, pero no era necesaria, porque jamas me ha puesto mi tia mala cara sino el dia que llevé allá á Tiburcio.

— ¡Y qué, tu aguardabas otra cosa!

— Aunque así hubiese sido, de ménos nos hizo Dios. Falsos, refalsos, mancomunados en mi daño ¡oh! pero yo me vengaré; la venganza es el placer de los Dioses, como dice San Agustin.

— ¡Jesus! ¡Jesus! Marcial, esta cita escede á todas las pifias; si hubiese Santo Oficio te tomarian cuenta.

— Bien, bien, lo dice Hipócrates en sus aforismos; lo mismo tiene, dígalo uno ú otro le daré razon, gozando en vengarme.

— ¿Y qué harás, Marcial? sosiégate. ¿Qué puedes hacer? ¿qué harás?

— Retirarla á ella mi amor, á él mi amistad y á ambos mi aprecio. Pero díme, Fabian, ¿no queria ese Heliogábalo amoroso á Lágrimas?

— Sí, pero dice que no hipoteca su corazon.

— ¡Linda alhaja! ¿qué filtro, qué talisman, qué hechizo tiene ese *frelo*, el mas *frelo* de los *frelos* despues de Cívico, para hacerse querer de tal suerte? Otelo se hizo querer de Desdemona contándole sus proezas; este solo puede haberlo logrado contándole sus picardías.

— Genaro, dijo Fabian, tiene mérito, talento, saber y gracia; es picante y sobre todo tiene el *no sé qué* que define Balzac así: un compuesto de talento, buen gusto y deseo de agradar.

— Su *no sé qué*, bien sé yo lo que es, son sus tretas, sus camándulas, sus conchas, sus triquiñuelas, sus trazas, sus amaños, y sobre todo su gramática parda.

— Ahora, Marcial, dijo Fabian, lo que te pido es que no me vayas á comprometer. Lo que he hecho por amistad por tí es lo que debia hacer un verdadero amigo con otro; pero sentiria que Genaro creyese otra cosa, ni que pensara que me quiero entremeter en sus asuntos, cuando mi solo objeto ha sido impedir que se rian de tí.

En ese momento entró Genaro.

— Oye, Genaro, exclamó Marcial apénas lo percibió, ¿tú crees que voy esta noche en casa de mi tia?

— Lo supongo, respondió Genaro.

— Pues te llevas chasco, un gran chasco, un tremendo chasco.

Marcial se echó á reir con unas fingidas risotadas.

— ¿Eso es para mí un chasco? preguntó Genaro sin salir de su calma; no entiendo, no comprendo, no me entero y no me impongo (estilo Marcial).

— Tú que todo lo quieres saber, entender, comprender, oler y adivinar, (ambicion *Genarística*); no sabes una cosa que te importa saber.

— ¿Y qué cosa? preguntó Genaro.

— Que yo, Marcial, yo, donde aquí me ves, yo el *Marcialote* ex-amigo del *Genarillo*, no he nacido para pantalla.

— ¿No? dijo con camastronería Genaro.

— No..... ni para biombo.

— Sea en buen hora. Doy el parabien al viento.

— Ni para cortina, ni para tapadera, ni ménos que nada para saludar mamás.

— Pero, ¿á qué me dices eso? con un énfasis, prosopopeya y dignidad, dignas de mejor causa, preguntó Genaro.

— Para que lo sepas, respondió Marcial con las notas mas graves de su voz, saliendo en seguida del cuarto con pasos recios y aire magestuoso.

— ¿Qué manía le ha dado? preguntó Genaro á Fabian.

— Por lo visto la de ser trasparente, respondió este.

— ¿Habla formal? ¿qué mosca le pica? volvió á preguntar Genaro.

— Paréceme que es la del desengaño.

— ¡Ay, ay! repuso Genaro rascándose la oreja, esos picotazos duelen.

— Genaro, Genaro, no has jugado limpio: ¿porqué mantenerlo en su error?

— ¿Quién se ha mantenido en el error, sino él mismo? repuso Genaro, él mismo, con el aplomo que Ratel sobre el cuello de su botella; quien se forja engaños tiene que ver desengaños. Ademas, hijo mio, en este mundo cada uno debe atender á su juego, como Anton Perulero.

— ¿Y la pobre Lágrimas, Genaro, esa perla que no has sabido apreciar?

— Es fruta vedada, Fabian, la guarda un Cancérbero, porque representa un capital.

CAPITULO XXII.

AGOSTO, 1848.

A pesar del brusco arranque con que se habia separado Marcial de sus amigos aquella mañana, el que hacia sospechar que su desengaño amoroso lo llevase á colgar las armas de Cupido, y á retirarse al ménos por el pronto bajo su tienda como Aquiles, cuando llegó la hora en que solian reunirse para ir á la tertulia, lo vieron llegar sus amigos con un aire que participaba de desdeñoso y de satisfecho.

Se pusieron en camino, precediendo Marcial por la acera á sus dos amigos, tararreando la cancion que él mismo habia traducido:

Si el rey me quisiera dar
Madrid su gran villa,
Obligándome á dejar
Por eso á Sevilla.

— La montaña está preñada, dijo Genaro á Fabian.

— Sí, sí, respondió este, el volcan humea. De aquí á dos mil años desenterrarán debajo de su erupcion á Reina y á Genaro, cual á Herculano y Pompeya; os prometo ser vuestro Plinio.

Llegado que hubieron, Marcial se paró á la puerta de la sala, y en lugar de pasar el primero, como tenia de costumbre, se hizo á un lado, y con la finura y etiqueta del mejor tono, con mil atentas cortesías, obligó á sus amigos á pasar por delante. Miéntras estos iban á saludar á la marquesa, Marcial, valido de la franqueza que le daba en la casa su calidad de pariente, se acercó al piano, cargó con todo el rimero de papeles de música, y los puso sobre una silla desocupada que se hallaba en el hueco de la puerta de una ventana no léjos del grupo en que estaba sentada Reina con sus amigas.

— ¿Qué es esto, Marcial? dijo esta. ¿Dónde vas cargado con toda la música? ¿Vas á cantar un solo?

Marcial no respondió, y despues de haber puesto á re-

cando los papeles de música, encubridores de la traicion que se le hacia, se dirigió á saludar á su tia.

Aprovechó Reina este instante para llamar á un criado y mandarle poner los papeles en su lugar; pero Marcial que volvia á su puesto, se abalanzó á ellos como una leona á sus hijuelos, los volvió á colocar en la silla y se sentó encima; de lo que resultó que con su gran estatura parecia un predicador en el púlpito.

Tres cosas se unieron para que al cabo de un rato le fuera faltando la paciencia á Marcial. La primera fué, que estando apartado de los demas no podia alternar en las conversaciones. La segunda era, porque se deshacia en impacientes deseos por tener una esplicacion con su prima, y cerciorarse de una cosa á la que aun no podia resolverse á dar crédito, y si se confirmaba confundir á su prima bajo sus justos cargos, concluyentes argumentos, sensatas reflexiones y merecidas reconvenciones. En fin, la tercera razon era, el hallarse cansado en una posicion muy incómoda; pero tampoco queria de modo alguno, dejar la importante custodia de los papeles de música.

— Oye, *enjuaga vasos*, le dijo á un criado que pasaba llevando unos candeleros á una mesa de tresillo, llama de mi parte al señorito D. Fabian.

Fabian acudió á la cita.

— ¿Eres mi amigo? le preguntó Marcial solemnemente.

— Hombre, ¿puedes dudarlo? respondió Fabian.

— ¿Me quieres dar una prueba de ello en una de las circunstancias mas apuradas de mi vida?

— Te daré todas las que me pidas, Marcial.

— Sabes, amigo perfecto, reverso de la medalla de otros, lo que ha pasado esta mañana, el cúmulo de perfidias negras, que han salido á mi vista de su antro, cueva, gruta y caverna.

— Marcial, te he dicho ya que te ofuscas, y que no tienes derecho á quejarte.

— Tengo derecho, repuso cada vez mas grave Marcial, á desbaratar sus planes como ellos han desbaratado los mios. ¿Quieren guerra? pues guerra habrá.

Si queréis sangre,
Sangre tendremos.
La verteremos
Y sangre habrá;
Pero mezclada
Con sangre nuestra,
Veréis la vuestra
Cual correrá.

— ¡Marcial! ¡Marcial! por Dios, deja esos recuerdos de los tiempos bárbaros de la poesía y pasiones políticas; me horripila oirte.

— Tienes razon, ¡oh! manso y poético Dauro: ¡oh! tú, que eres una de las plumas del Fénix español resucitante; pero esto no quita que tenga derecho á desbaratar planes usurpatorios de mis derechos anteriores, incontestables, indisputables y fundamentales.

— ¿Y qué intentas, Marcial? preguntó Fabian con alguna inquietud, ¿me quieres comprometer en tus intentos que no apruebo?

— No, no hay compromiso.

— ¿Pues qué exiges de mí? ¿qué quieres que haga?

— Exijo, respondió Marcial con su voz mas campanuda, que te sientes aquí.

Fabian entre rabia y risa le volvió la espalda.

— ¡Ingrato rio! le gritó Marcial, al que en su impaciencia se le olvidó el *manso* y el *Dauro;* yo me hubiese sentado por tí, aunque hubiese sido en las astas de una res vacuna.

Por suerte de Marcial acertó á abrirse en este instante la puerta de la sala y apareció la larga, angosta y triste figura de Tiburcio.

— ¡Cívico! exclamó regocijado Marcial.

Tiburcio despues de saludar, se acercó á Marcial.

— ¿Es Vd. mi amigo?

— La *amishtad* avanza en mi *corazzzon* como *lash ideash* en mi *cabezzza*, respondió el Villamarino.

— ¿Me quiere Vd. dar una prueba de ello?

— *Sherá* un *desheo realizzzado.*

— ¿No me lo negará Vd. como lo ha hecho Fabian, ese manso Leteo que olvida sus promesas?

— Nada debe negar el hombre al hombre.

— Apruebo la idea ampliándola á la mujer; ¿con que estás dispuesto?

— A todo.

— Pues siéntese Vd. aquí, dijo Marcial encaramando á Cívico sobre los papeles de música, el que quedó en su puesto aislado formando un cuadro vivo y masculino de Dido abandonada.

— Parece que has cedido la presidencia, *primo*, dijo Reina á Marcial, al verlo plantarse delante de ella con los brazos cruzados.

— No recalques tanto el *primo*, Reina, arbitraria é ingrata, que no lo soy tanto como á tí te parece.

— Quisiera que lo fueras aun ménos, para que no te atrevieses á tomar esos aires importantes tan ridículos como chocantes.

— ¡No lo hubiese creido!.... exclamó Marcial.

— ¿El qué?

— No lo hubiese pensado.

— ¿Qué cosa?

— ¡No lo hubiese imaginado!

— ¿Qué maravilla? ¿qué fenómeno? ¿qué asombro?

— Que no me quieras, cuando veinte mil veces te he dicho que te quiero.

— Pues mira, Marcial, las diez y nueve mil novecientas noventa y nueve estaban de mas, desde que la primera te dije que te fueses con la música á otra parte; lo que no has hecho hasta esta noche.

— ¿Y porqué tal dijiste? ¿porqué no me quieres, prima ingrata y de mal gusto?

— Mira, Marcial:

El porqué no te quiero,
Eso no lo sé:
Pero que no te quiero,
Eso sí lo sé.

— ¿Sabes, mujer hermosa, pero poco reflexiva (como dice la zorra al busto) que tu madre me hubiese llamado yerno á boca llena?

— ¡Fatuo! la gloria hubiese sido la tuya al llamar á mi hermosa madre suegra.

— No digo que no; lo uno no quita lo otro. ¿Pero de veras, Reina caprichosa, y sin mas consejeros de la *corona* que esa Flora (que no puede ser consejera sino de la *guirnalda*) amas á ese taimadísimo de Genaro, á ese mal amante y peor amigo?

— ¿Quién te ha dicho ese? preguntó Reina mortificada.

— Yo que lo sé.

— Pues sabes mal eso, como otras muchas cosas.

— Sé, y *muy bien*, y de *buena tinta*, repuso Marcial con retintin, que el *primo*, el *Marcialote*, debia servir esta noche de pantalla para esconder cierta esquelita entre los papeles de música; pero... pero no engaña el que quiere á *Marcialote*. Ya ves como he sabido desbaratar vuestros planes. Los papeles de música bien guardados están si no bajo de llave, bajo de peso. Arias, duos, coros, todos están bajo la inspeccion de la policía y sujetos á una activa vigilancia.

— Ya sabíamos que os preciabais de poco filarmónico, dijo Flora, pero no sabíamos á qué punto habiais declarado la guerra á la música. Al principio pensábamos la poniais así en prensa, con el fin de sacar aceite de música para dar suavidad y gusto al oido; pero vemos que pasa la pobre de la opresion de Heródes á la de Pilatos sin razon, y sin mas resultado que salir del aprieto que sufren los alegros tornados en plegarias, los coros en miaereres, y los walses de Strauss en lamentaciones. Santa Cecilia va á dejar de cantar, y se va á poner á llorar, Marcial.

— La música es poco callada para servir de confidenta y hacer buenos oficios, contestó este; pégale esto mejor á *la diosa de las flores;* pero no de aquellas que tienen la suave miel en su seno, sino de las que bajo su bella apariencia, encierran sutil veneno, como la *belladona* y compársa.

— Marcial, os advierto que Cívico va á absorber tanta armonía, que va á prorumpir en un furibundo recitado en honor á *monchu* Cabet, como dice Fabian.

— Pues esta noche no se va á Icaria, ni se mueve de ahí por mas que Vd. lo procure y otros lo deseen. Nada; esta noche no hay *estafeta*, contentarse han con *telégrafo*. La venganza es el placer de los dioses, como dice Hipócrates ó Sócrates, lo mismo da.

— Marcial, dijo Flora con toda la zumba y la chuscada andaluza; publicád indulto, proclamád amnistía, librád de fiera opresion á las arias, duos, walses, injustamente acusados de complicidad en una traicion, y arbitrariamente puestos en un estado de sitio de nueva invencion. Ved, añadió alzando una esquina bordada de su pañuelo y enseñándole el pico de una esquela, y convencéos de que ese pobre Cívico pierde ahora sus esfuerzos en mantener su equilibrio personal, como lo pierde en otras ocasiones en querer destruir el social, segun dice Fabian.

— Flora, Flora, exclamó furioso Marcial, sabéd que un imprudente amigo es peor que un enemigo. Te pierdo, añadió volviéndose á Reina, lo veo, lo noto, lo percibo y lo conozco; pero en cambio, tú me pierdes á mí, así en el pecado llevas la penitencia. ¡Perder, rechazar, desapreciar y rehusar un partido como yo!

— Si *partido* abultas tanto, ¿qué serias entero? Marcial.

— Ya, ya, por eso me nombras indecorosamente Marcialote. Ya, ya, como te gustan los *frelos*. Prima, sépaste que nunca por mucho trigo hubo mal año. ¿Te has parado, prima, en considerar lo que pierdes? ¡Un partido como yo, tan ilustre!

— Mas es el obispo que es ilustrísimo.

— ¡Inmediato á una grandeza!

— Que yo para mí no deseo.

— ¡Con derechos á un ducado!

— Y ningunos á mí, así no seas pesado. ¿Será preciso inocularte el no como la vacuna con bisturí?

— ¡Con tan pingüe caudal!!!

— Y otro mejor de voces.

— ¡Con tantos molinos!

— Y todas sus moliendas.

— ¡Con tantas dehesas!

— Y todos sus pelos.

— Te retiro mi amor, mi afecto, mi cariño, mi admiracion y mis simpatías.

— No se me conocerá en la cara.

— Adios, pues, tú, que has llevado la ingratitud y sequedad hasta lo fabuloso, portentoso y fenomenal. ¡Adios, hasta nunca!

— ¡Jamas amen! dijo Reina; anda, releva á Tiburcio, al ménos que el estar ahí, como lo has puesto, no sea un nuevo método de enseñar música de tu invencion. Cívico, añadió, miéntras iba Marcial con pasos agigantados á coger su sombrero para irse, ¿le gusta á Vd. la *música?*

— ¡Oh! *Shí Sheñora;* pero solo la española; en Francia es nula.

— Pues y Auber, Adam, Halevy, Herold, Berlioz, F. David, dijo Fabian.

— ¡Ah! ¡bah! ¡fárrago! respondió Tiburcio con un desprecio de pseudo ilustrado; primo hermano del que brilla en el millonario soez.

— Pues, ¿y la italiana? dijo Reina.

— Esh sholo *cantábile.*

— ¿Y la alemana? exclamó Flora que era muy música.

— *Sho*lo *she* puede oir en los wal*shes* de *Straush.* No hay ma*sh* mú*shica* que la *esh*pañola. Mi amigo el maestro Arpegio ha compu*eshto* una ópera, que reune todosh los *dhotes* del genio univershal.

— Nunca he oido nombrar á semejante maestro, dijo Reina.

— ¡Ya! ¡qué quiere *ush*ted! ¡como *esh esh*pañol! Es su ópera una obra ma*eshtra,* y puede *ushted* creerme, pu*eshto,* añadió poniendo gravemente su largo dedo sobre una oreja de iguales dimensiones, que *losh* dema*sh* tienen ore*jash*, pero yo..... tengo oido.

En este momento Marcial llamó á Tiburcio.

— Venga Vd., le dijo, ya no es necesaria la vigilancia, lo que se quiere evitar es un hecho consumado. Vamos á la plaza del Duque, á gozar de la naturaleza y á hablar de política, que es lo que importa: las mujeres son indignas, indignísimas de ocupar nuestra atencion varonil. Si no fuera porque quiero ser diputado, me iba ahora mismo á la Trapa para no ver ninguna en toda mi vida. Si hacen presidenta del Congreso á una mujer (que todo podrá suceder si triunfa la mujer emancipada como usted quiere), dimitiré mi cargo de diputado. Ojalá reinase en España un Faraon que dispusiese para las recien nacidas hembras lo que el de Egipto dispuso para los recien nacidos varones. ¡Qué compuesto de gato, serpiente y urraca maligna! ¡qué inclinacion, instinto, querencia y simpatía tienen por todo lo malo, todo lo peor! ¿Hay que escoger entre dos cosas, ó hombres? De fijo escogen al peor. ¿Hay que hacer mal tercio á alguno? Ahí están ellas mas listas que una sabandija. ¿Hay que mentir, engañar, disimular? Ahí están ellas. ¿Hay que hacer burla ó escarnio? Ahí están ellas. Se equivoca la Escritura; semejantes bichos perversos no salieron de la honrada costilla de un hombre; esa costilla la cambió con disimulo Lucifer por una de las suyas. ¡Qué cuentos contra la dignidad de los hombres políticos inventan! ¡aturde! ¡Qué traiciones fraguan en un santiamen, contra un hombre honrado! ¡pasma! y nosotros siempre como papanatas con la boca abierta delante de ellas, y bailándoles el agua delante. ¿Habrá zoquetes como los que vestimos por los piés? Basta ya por mi parte; es preciso poner coto á su ilimitada tiranía, locos caprichos, y tercas voluntariedades. Desde ahora hago un proyecto de ley para presentar á las Cortes contra los derechos.....

— ¿Los derechos de qué? exclamó Tiburcio horripilado, horrorizado, indignado, parándose é irguiéndose enmedio de la plaza, en que apareció á la luz de la luna como el mas derecho de los derechos.

— Contra los derechos de las mujeres, contestó á gritos Marcial. Quiero que se les suprima el de rehusar á un hombre por cónyuge, cuando este traiga al matrimonio todas las

condiciones materiales, corporales y espirituales que constituyen un marido perfecto; es decir, clase y dinero, salud y buen parecer, cualidades y capacidad.

Despues que largo rato aun habo desfogado Marcial con estos y semejantes discursos su incomodidad, le dijo Tiburcio:

— *Eshtóy* muy apurado, amigo Marcial, porque mi madre, *esha shanta* varona, me *esh*cribe que me vuelva al *detash*table *villorro* de Vi*lla*mar donde vi la *luzz* del día, y me *sh*étia por hambre para forzarme á *sh*epultarme en vida como una *vestal*.

— ¿Y no os quedáis por falta de peculio? dijo Marcial, pues veníd mañana á casa, lo tengo fresco, os prestaré seis onzas.

— Agrade*sheo* esa prueba de am*ish*tad, *osh* daré recibo.

— Yo no tomo papeles de mis amigos, respondió Marcial.

Efectivamente, Tiburcio habia recibido pocos dias ántes la siguiente epístola:

Carta de Tiburcia á Tiburcio.

«¿Te piensas tú, rapaz, que mi tiu Bartulumé me dejó buenos cuartos para que lus jastes tú, viviendo con la fantesía de un marques, miéntras nusotrus trabajamus tudus comu mulus? Es verdad. Non es esu razon; asin pues, fillo do demu, me alejraré que recibas esta con prefeuta salud, y que cun la misma te muntes en el mulu del tio Blas el arrieru y ti plantes aquí en un decir Jesus; pues si asin no lu haces á fe de Tiburcia que me plante yu en Sevilla y ante justicia, y saque de tus *jarras* y de las de tu padre, lus cuartus que me dejú mi tiu Bartulumé, es verdad.»

No habiendo surtido esa carta el deseado efecto mediante la marea alta que el préstamo de Marcial causó en la bolsa de Tiburcio, la alcaldesa que sabia cumplir lo que prometia, se puso en marcha, sin atender á los ruegos y representaciones del alcalde, que de coraje tiró la vara.

Vióse, pues, al tercer dia una brillante cabalgata, atravesar las calles de Sevilla. Sobre un mulo que se habia

desarrollado en colosales proporciones, como planta criada en un invernáculo, estaba sujeta con buénas chinchas una albarda de una tercia de espesor, sobre la cual se abrian y cruzaban los brazos robustos de unas jamugas para recibir el abultado torso de la señora alcaldesa de Villamar, empingorotada aun por algunas almohadas. Estas, abrumadas por un peso inusitado, erizaban y abrian sus faralares furiosamente almidonados, como abre el pavo su cola cuando se le inquieta. El mulo levantaba de cuando en cuando una oreja, y luego la otra, y luego las dos á la par, como si quisiera demostrar, que una y una hacen dos. Algunos arrieros montados sobre mulos pequeños ó burros, figuraban á lo vivo los satélites de aquel astro proeminente, y lo rodeaban con toda clase de atenciones y de obsequios: *¡arre mula, so! animal; maldito sea tu pelo.* Ni una reina en su trono se hallaba mas satisfecha que lo estaba la señá Tiburcia en el suyo con la corte que la rodeaba.

Vestia nuestra heroina con añejas reminiscencias de su país, trayendo un pañuelo encarnado liado al rededor de su cabeza, cuyos dos picos anudados formaban un tremendo roseton sobre su sien izquierda.

Tenia puestos unos grandes y toscos zarcillos de filigrana de plata gallega. Una cinta de terciopelo negra, de la que pendia una cruz, rodeaba su cuello, que no hubiera podido un poeta moderno entusiasta de lo *esbelto*, de lo largo y angosto, comparar no diremos á un cuello de cisne, pero ni de pato. Pendian desde su cintura en compuestos y adecuados pliegues unas enaguas cuyos colorines parecian una cáfila de muchachos saliendo de la escuela, en lo vivos, chillones y contrapuestos, pero no cubrian los magnos piés que solo besaban; estos con la mayor despreocupacion se empingorotaban en competencia de las orejas del mulo, y parecian preguntar con arrogancia al que se acercaba demasiado, si deseaba conocer á lo que sabia un puntapié gallego. Las dos manos de la alcaldesa que como recordará el lector, era una enemiga acérrima de los guantes, se apoyaban en su inocente desnudez primitiva, sobre los remates de los palos de sus jamugas, como la garra de un leon sobre un globo.

De esta manera, fuerte con su valor y con su mulo, atravesó la señá Tiburcia las calles de Triana y de Sevilla, preguntó si los Humeros eran el Alcázar, el café de la Campana la Lonja, y San Andres la Catedral, y llegó cerca de la plazuela de la Pava, donde vivia su hijo.

Al oir el tropel de las bestias asomó Tiburcio por la reja del cuartucho bajo y húmedo en que vivia sus largas narices, y dejamos á la consideracion del lector su estupefaccion cuando se dió con las de su madre.

— Aquí me entru aunque no llueva, dijo entrando en la casa marcialmente la señá Tiburcia. Soy la madre de ese rapaz, para servir á Dios y á Vd., y le vengu á ponere las peras á cuartu.

La buena alcaldesa venia tan de mano armada, tan decidida á acudir á los tribunales, si su hijo no accedia á volverse con ella á Villamar, que este atolondrado por las ruidosas amenazas de su madre, y obligado por las circunstancias, partió con ella al dia siguiente, renegando de la que era basta autora de sus dias, y cruel autora de sus conflictos.

CAPITULO XXIII.

AGOSTO, 1848.

A poco Lágrimas escribió á Reina esta carta.

«No te he escrito ántes, Reina mia, por dos razones; la una, porque estóy tan débil, que la pluma pesa en mis manos como una espada en la mano de un niño, y se retrae de servirme, como si hasta ella se negase á proporcionarme un consuelo. La segunda causa es, el que no me estimula á escribir el convencimiento de causarte un placer. No te doy quejas, Reina; las quejas son exigencias disimuladas; quiéreme á tu manera, yo te querré á la mia. ¿Consistirá esta diferencia en el querer nuestro, en que la tristeza es mas tierna que la alegría? ¿en que el sufrir ablanda el corazon y el gozar lo enfría?

»Esto es natural y sencillo; tambien puede que consista en que cada uno es querido segun merece serlo. Sea lo que fuere, doy cuanto puedo y me contento con lo que recibo.

»Decia Fabian:

»Puédese estender á mas,
Que no hablo de temer,
Porque no tengas dolor
Del mismo que tú me das [1]).

»Voy escribiéndote esta carta á ratos; así será incoherente, pero siempre triste, porque todos mis ratos y momentos lo son... No me culpes por eso; no sé fingir, pero ménos que nada la alegría que no conozco. Ojalá hubiese podido aprenderla de esa Flora á quien Dios se la ha dado como los padres dan premios á sus hijos cuando son buenos.

»Poco tengo que decirte; no veo, ni puedo ver á nadie porque no salgo de mi cuarto. El otro dia, viendo la criada, que es muy desabrida, que apénas podia respirar y que me estaba ahogando, creo le di lástima y se empeñó en que subiésemos á la torre para ver si el aire puro me hacia bien, y la hermosa vista me esparcia.

»No puedo subir hasta lo alto, porque las casas de Cádiz, que están labradas á todo coste, tienen hermosas y elevadísimas torres, pero subí lo bastante para disfrutar de la vista. Es esta hermosa, ¡pero qué triste! mar, y siempre mar, Reina, la cual es tan monótona como una pena que no tuviese ni remedio ni olvido. Los barcos anclados en la bahía, me parecian todos féretros que llevan su cruz para ponerla sobre la tierra luego que fuesen enterrados. Veíase en lontananza muchos pueblecitos al borde del mar, tan blancos que parecian de léjos rebaños que bajaban á beber á un lago.

»La mar aquel dia estaba en calma, como dicen, el sol le daba brillo, como en pequeño una luz á un brillante. Pero, Reina, no creas que cuando está en calma la mar es

1) Gregorio Silvestre.

por serenidad; es porque duerme; y aun entónces no está sosegada, porque ni el sueño tiene tranquilo, y su respiracion se agita incesantemente. ¡Qué árida deja la tierra que pisa! ¡qué muerta! cubiertos de sal, como la maldicion de la Biblia, deja los lugares por que pasa!

»Una cosa hermosa hay en Cádiz, Reina, y es su faro. El faro lo inventó alguno que pasó una tempestad en la mar, como la que nosotros sufrímos. Los faros son, Reina, una estrella del cielo que la caridad trajo á la tierra. Cuando lo miro, Reina, y lo veo tan grave y tan triste, pienso, que es por los naufragios que habrá visto, sin poder remediarlos, puesto que no puede hacer otra cosa que vigilar y avisar el peligro; porque él, así como todo socorro humano, tiene un poder limitado: solo el de Dios es infinito y todopoderoso.

»Si yo fuese rica, y pudiese disponer de lo mio, dejaria mi caudal para la creacion de un faro. En su interior habria una capilla en que orasen fieles al Señor por los infelices que están en la mar, para que tuviesen á la vez ambos auxilios.

»¿Te cansa tanto el leer esta carta como á mí el escribirla, Reina mia? Bien veo cuán opuesta y cuán hostil sigues con *él*, puesto que apénas me le nombras, sabiendo el inmenso placer que en ello me hubieses dado, y debiendo estar persuadida que es mi único consuelo en una ausencia que hace de mi vida un suplicio. Si él me quisiese, como yo creia que se debia querer, se deberia haber bajado á tí para suplicarte me dijeses en su nombre siquiera que no me olvidaba. ¡Cuánto me habéis hecho sufrir con vuestra contraposicion, sin que la amistad en la una, ni el amor en el otro hiciesen por mí el leve sacrificio de haceros ceder en nada, ni en mi presencia entónces, ni en mi ausencia ahora!

»El médico dice que me aliviaria el salir de Cádiz; pero por mas que se lo repite á mi padre, este no dice que sí, ni que no. A mí me es indiferente; deseo tanto una sola cosa que no me quedan fuerzas para desear otra alguna; esa cosa, Reina mia, es veros.

»Ha pasado el equinoccio bramando y dando á Cádiz el espectáculo de una lucha de fieras entre el mar y el huracan. ¡Qué mala estuve entónces, Reina mia! Estamos ahora en la canícula, y tú estarás sentada en el patio entre flores como su Reina. Me parece verte y *cuanto te rodea*, y muchas veces cierro los ojos para que nada me distraiga de esta contemplacion, como hago cuando rezo. Aquí lo que hay son unos furiosos levantes que me hacen mucho mal. Los levantes aquí son las tempestades de verano, que en lugar de aguaceros, espenden arena y polvo abrasador con el que agostan la tierra. Esto prueba, Reina mia, que para la naturaleza como para el corazon, no hay estacion bonancible. Cual si quisiesen firmar por mí, ya ves, como han caido aquí mis

LAGRIMAS.»

Esta pobre carta, escrita con tanta ternura y melancolía, no le fué agradable á Reina que la guardó y no se la enseñó á nadie. No obstante, algun tiempo despues contestó á su amiga en estos términos:

»Si allá tienes levantes, aquí tenemos solanos y recalmones, mi querida Lágrimas; así no te hagas ilusiones de que en parte alguna esté el paraíso. La esperanza dora el porvenir, la memoria poetiza lo pasado, solo lo presente no tiene abogado; así la razon debe poner las cosas en su verdadera luz para vivir tranquila, la razon en un carácter dócil y suave como el tuyo debe ser todopoderosa; no ansies, mi querida Lágrimas, por lo que la suerte te niega, lo que contribuye á que no se restablezca tu salud. Acuérdate del refran de Flora: *olvidar es lo mejor;* y ten presente que *el olvido es un bálsamo y el recuerdo un corrosivo.*

»Quisiera distraerte con mi carta, y que no reanimase ella ideas que tu padre reprueba, así nada tocaré, hija mia, que con ellas se roce, porque deseo con ansia saber que estás buena de salud y tranquila de espíritu.

»¿Es posible que no puedas ni quieras dejarte de ocupar tan angustiosamente de esa mar que otros hallan tan bella? Rodea á Cádiz como una amiga, que la hace rica y

le comunica su actividad; le acaricia con sus brisas la frente, le arrulla el sueño con el murmullo de sus olas, y le brinda su sabrosa pesca. Descarga la mar á los rios de sus crecientes, que si no nos inundarian, mece á los barcos como una madre á sus hijos entre sus brazos, les abre sendas, y si hay algun escollo, lo azota como para quitárselo de delante. Si en sus lides con el huracan se halla un barco, ella lo sostiene cuando aquel quiere derribarlo: así no la mires solo por su pavorosa faz. ¿Sabes el secreto que crees tú guarda la mar en su seno? Flora lo sabe y me encarga que te lo diga; son perlas como tú, corales como ella y ámbar como yo.

»Te daré algunos pormenores de lo que aquí pasa para distraerte. Marcial y yo hemos reñido de fuerte y feo. Se ha retirado de casa como por allá dicen que se retira el mar en la baja de las mareas vivas; solo, hija mia, que no ha dejado para memoria, como ella hace, un solo grano de sal. Me amenazó con desterrar de su cabeza toda ilusion y simpatía por mí; como me es perfectamente igual que tenga en su cabeza ilusiones por mí ó garbanzos tostados, no me aterró la amenaza. Se ha recibido de abogado y ha marchado á su pueblo en el que dicen se van á repicar las campanas á su llegada, y habrá funcion de novillos de un año. Flora y Fabian pasan su vida como aquellos pajaritos moscas de América de los que se dice son tan ligeros que los sostiene el aire, por lo que no tienen piececitos para posarse y pasan su vida cerniéndose en la fragancia de las flores.

»En cuanto á Cívico, ha desaparecido de entre los vivos; pasó ese triste *cursi* como un meteoro sin luz, un trueno sin ruido. Marcial es regular lo haya sentido y llorado como un hormigon á su raton Perez. Dicen que vino la alcaldesa de Villamar á buscar á su hijo prófugo. Fabian que la vió, asegura que parecia la mujer del coloso de Rodas montada en el caballo Troyano. Se llevó esta respetable autoridad maternal y municipal á su hijo metido en un cañuto de caña; llevaba este de bagaje (todas noticias de Fabian) la noble ambicion alicaída; las ilusiones marchitas y secas como flores cordiales; el panal que destila la miel poética, exprimido y

hecho un cerillo; la independencia en la frente, el desden en los ojos, el socialismo en la nariz. ¡Cuanta tontería, hija mia! pero Flora me va dictando, y mi fin es distraerte un rato.

»D. Domingo siempre te está recordando con un cariño tan verdadero, que ni que fueses Carlota Quinta. Flora te abraza como tu mas verdadera amiga, mi madre como una madre, y yo como una hermana.

»REINA.

»P. D.—A tu padre que lo pase mal.»

Antes de marchar, Marcial habia recibido la siguiente interesante epístola de Tiburcio.

Tiburcio á Marcial.

»Querido amigo:

»Solo la filosofía puede dar conformidad á la persona que no sea un autómata para vegetar como yo lo hago en este detestable villorrio. El hombre que siente su *valer* y está condenado como yo á la inaccion, es un torrente que se quiere sujetar y que al fin rompe sus diques abriéndose paso por donde puede, un leon que destrozará sus redes, un águila que despedazará su jaula. Soy como otros muchos una víctima del viciado órden social que nos oprime. Pero ú ocuparé en mi país el lugar que me corresponde, ó no ocuparé ninguno; no degrado mis facultades ni transijo sobre el puesto que la conciencia de mi valer me asigna. O César, ó cesar, esta es la divisa del hombre que siente su dignidad y su fuerza. Mediante la propagacion de las luces del siglo, se ha aumentado considerablemente el número de los *hombres superiores.* Déles el Gobierno su puesto, ó sino no se meta á legislador. Esto lo digo por si fuese Vd., como es natural, elegido diputado, haga esto presente en las cortes. Para los mandos se deben elegir hombres de conciencia y de cabeza. Hablando de cabeza, agradeceria me mandase un

sombrero republicano; son los mas *fashionables* y los únicos que gasta este su mas amigo y mas desterrado que muere de *spleen.*

T. CIVICO DE MUÑEIRA.»

Lector de las Batuecas, mi amigo, por razon natural tú no sabes qué es *fashionable* (que se pronuncia *fachenable*). Consuélate con saber que conocemos á mas de cuatro *pseudos* que usan muchísimo esta intrusa voz y no lo saben tampoco, así es que la suelen aplicar á la manera que guisó un amigo nuestro de tierra adentro unas ostras que le mandaron de un puerto de mar; y fué con las conchas, y en arroz como las almejas. Te lo vamos á esplicar, nò sea que te suceda como á otro amigo nuestro que estuvo tres dias buscando en el Diccionario de la Academia la palabra *potpourri.*

La *fashion* es una palabra inglesa que equivale al *bon ton* frances que tambien nos hemos apropiado españolizándola y diciendo *buen tono.* En nuestra lengua, no hay, que sepamos, palabra que equivalga á estas. De esto deducen los *pseudos*, que la cosa no existe ni ha existido en España (cosas de los *pseudos*), y que la lengua española es anterior con mucho á la creacion de las lenguas de la torre de Babel.

Tú y nosotros que no somos ilustrados, que ayunamos á mucha honra y rezamos la oracion sin cuidarnos que nos digan hipócritas, juzgamos que si no se inventaron esas palabras fué porque no se necesitaron; y es porque aquí al decir con Lope y Calderon *señora y caballero*, se decia todo lo que se puede decir, se ensalzaba cuanto es dable, lo fino, lo noble, lo elegante y distinguido, por ser tan anejo á aquellas denominaciones, que hubiese sido un pleonasmo decir *señora fina y elegante*, *caballero noble y distinguido.* Hoy dia la cosa ha mudado. Cada cual se dice á sí mismo caballero, aunque no siempre lo prueba; y eso de caballero, mas vale probarlo que no decirlo. Es verdad tambien que por lo visto basta hoy dia ser honrado, valiente, y vestir

frac para tenerse por *caballero.* En cuanto á *señora,* es ya voz genérica del sexo femenino.

Ahora, pues, lector, figúrate unas magníficas ruinas, las del Partenon, por ejemplo, y que sobre ellas labrasen los modernos atenienses y con sus fragmentos un *cottage* inglés, un Kiosque, un Belvedere, pues así nosotros sobre las ruinas del señorío y caballerismo labramos el *cottage fashion,* el Kiosque *bon ton,* el Belvedere *elegancia.* Ahí tienes.

Comprenderás que conservarán estos su aire estranjero. ¿Porqué, pues, no reedificar el edificio ya que tenemos los materiales y el modelo?

Lo *fashionable,* como lo entiende su padre que le dió el ser, Albion, es la finura, delicadeza y distincion en las personas y cosas; no tiene mas regla que el buen gusto, y es su severidad é intolerancia su única fuerza. Se emancipa de todo poder como reina arbitraria, aun al de la brillante y preponderante aristocracia inglesa, y así declaró ser de los suyos el Rey George IV, y espulsó al Rey Guillermo IV, su sucesor, porque la *fashion* no es un vestido de tisú, es un vestido de olan con la blancura de la reciente nieve que una arruga desluce, que una mancha, aunque sea de agua, desdora.

Admiramos su *fashion* en los ingleses, como admiramos todo lo que es delicado y distinguido, porque al fin tiende á elevar la naturaleza humana. Pero debemos reconocer es hija, y por lo tanto adecuada á su carácter. La índole de los ingleses es naturalmente áspera; su finura, que está muy léjos de ser espontánea, necesita un severo dictador, y ellos se lo han sabido dar con las reglas de la *fashion,* cuya minuciosidad y trivialidad son á veces altamente ridículas en una sociedad que se precia de grave, y en hombres tan superiores.

Cada cosa en su lugar propio y adecuado.

Eso de un rasero para todos, es un contrasentido, querido lector. ¿A quién le cabe en las mientes de vestir á

John Bull, á Mayeux, que es jorobado [1]), y á D. Quijote con el mismo gaban?

Ahora bien, aplicar la voz *fashion*, ese suave perfume, ese soplo inasible, esa guirnalda de rosas que oprime mas que una de hierro, ese Fénix de quien todos hablan y pocos han visto, á un horroroso sombrero republicano, ¿no es (tal como lo pusimos en un ejemplo materialote), no saber sacar la delicada ostra de su concha, y guisarla como la tosca almeja?

Otra: el *spleen*, que es mal de ricos y felices (á la manera que se entiende en el mundo la felicidad), es el hastío de la abundancia, la inercia del que no sabe que apetecer, y ansia por desear, como otros por ver cumplidos sus deseos, aplicar esto á una superabundancia de deseos, á un berrenchin causado por la envidia, la soberbia unida á la incapacidad, la impotencia y la ignorancia; ¿qué te parece? ¿confundir los efectos del hambre canina y del empalago? cosas de *pseudos*.

CAPITULO XXIV.

SETIEMBRE, 1848.

Una tarde á fines del mes de setiembre, se veian en la playa del pueblo olvidado en el Diccionario del Señor Madoz, grupos numerosos compuestos de todos los vecinos que se hallaban á la sazon en el lugar, los que, con la boca abierta, miraban el fenómeno portentoso que aparecia en el mar. Vamos á detallar estos grupos ántes de indicar el fenómeno.

En el lugar preferente, es decir, sobre un trecho de dorada arena, libre del cieno que engulle el pié y de las rocas que lo rechazan, estaba el alcalde y á su lado su cara mitad. Jamas se aplicó mejor este epíteto al matrimonio en lo físico,

---

1) Mayeux, es un feísimo jorobado con el que personifican ellos mismos el pueblo frances.

porque se habian nutrido tanto de sanas ideas y alimentos de la misma calidad de las ideas, que habian engordado así como vivido en amor y compaña, de modo que puestos de espaldas formaban exactamente un gran globo terrestre descansando sobre cuatro columnas. La alcaldesa vestia, como ya sabe el lector que asistió á la entrada triunfal que hizo en Sevilla en el descendiente del caballo Troyano, solo que los picos del pañuelo que llevaba atado á la cabeza y colgaban por detras, estaban hoy de mal talante, y azuzados por la brisa, formaban á espaldas de la alcaldesa, una irreverente contienda volando airosos con la fantasía de grímpolas.

Al lado del alcalde estaba el médico D. Juan de Dios, dándole noticias esplicativas sobre el fenómeno en cuestion; al lado de la autoridad local femenina, siempre derecho, pero cada vez mas flaco, estaba nuestro antiguo amigo D. Modesto Guerrero, tan absorto en la contemplacion del fenómeno que veia, que no atendia á otra cosa. Advertimos de paso, que aquellos tres vigilantes de la defensa, de la salud y de la tranquilidad pública de ese feliz Villamar, nada tenian que hacer y no desatendian la mas mínima obligacion, disfrutando del dulce farniente y gozando de su admiracion.

No en vano aseguraba la difunta escelente tia María, que Villamar era lo que era, porque estaba labrado cabal y perpendicularmente debajo del trono de la Santísima Trinidad [1]).

Detras de este grupo, que se ventilaba á su sabor, se paseaba, dando descomunales zancadas, Tiburcio, con las cejas fruncidas á la Manfredo, y los labios sarcásticos á la Mefistófeles, ente desconocido y despreciado, *¡infeliz desterrado en su pueblo!!!*

Mas arriba de este grupo principal y respetable, sobre

---

1) Tienen esta religiosa pretension varios pueblos de Andalucía, entre ellos Bornos. Las gentes que *saben*, llaman esto una estúpida necedad; habrá necios que lo llamen fanatismo y supersticion. Las gentes que *sienten* ven en esto un poético brote de amor patrio y religioso lleno de candidez.

unas rocas que sacaban sus calvas cervices entre la arena y las olas, unas cuantas muchachas saltaban de unas en otras, como procurando acercarse lo mas posible al objeto que causaba el asombro general.

— Alabados sean los Santos, el sol de Dios, y el pan blanco, exclamó la mas ligera, que saltando como un sarapico de roca en roca, se habia adelantado á las demas. ¡Vírgen de los Milagros, este es uno! acudíd vosotras, y ved; no tiene patas, ni tiene alas, ni le silgan, ni lo empujan, y anda.

— ¿Oye Paula, te trae esa arca de Noé una herencia de Indias que tan al encuentro le sales? dijo la que la seguia, que habiendo dado un resbalon se puso á chillar desaforadamente. ¡Ay! ¡ay! que me ha mordido un cangrejo con unas tenazas como dos espadas; maldito espantajo ese, añadió volviéndose á la orilla, que parece una boya y echa mas humo que un horno de cal.

— ¿Oye, dijo otra, te metias tú en ese faluchon?

— Ni para ir á la gloria.

— Pues yo sí, dijo Paula, con tal que me llevara á los toros del Puerto. ¿Quién dijo miedo?

Algo mas distante, cerca de la embocadura del pequeño rio, habia otro grupo numeroso de hombres y mujeres, entre los que descollaba por su fealdad nuestro antiguo conocido Momo. Algunos *de la mar*, así les llaman á los que componen las tripulaciones de los faluchos, estaban recostados en las peñas con marcada indiferencia por el objeto que llamaba la atencion general.

— ¡Jesus del Socorro me valga! decia una mujer, ¿pues no corre sin velas ni remos mas súbito que una exhalacion?

— ¿Pues y aquella bandera negra que trae y se va desvaneciendo, no parece grímpola del infierno? dijo otra.

— Oye, Juan José, preguntó una vieja á uno *de la mar*, ¿cómo dices tú que esa nao se llama?

— *Vapó*.

— ¿Y para qué han hecho ese ponton que anda solo como china cuesta abajo?

— Para dar un chasco al viento y quitar el pan á los veleros.

— ¿Has visto muchos, Juan José, por esos mares?

— ¡Jesus! mas de diez mil.

— Pero hombre, ¿me querrás decir cómo anda y se mueve hácia donde quiere, como si tuviese poder y voluntad de por sí propio, siendo de tablas como los demas barcos?

— Eso, dijo la mujer que primero habló, no puede ser sino por milagro de Dios, ó arte del diablo.

— Ni lo uno ni lo otro, repuso el marinero, anda..... anda..... anda por máquina.

— ¿Que anda por máquina? dijo la vieja, oye, Juan José: si porque has corrido mundo, y vas á Cádiz á llevar las calabazas y los melones, te has figurado que nos puedes acá comulgar con ruedas de carreta, te engañaste, que acá, hijo mio, no nos chupamos los dedos.

— Pues entónces ¿á qué pregunta Vd., tia *Diente y medio*, si no me ha de creer? Dígole á Vd., créalo ó no, que anda por máquina.

— ¿Y tú sabes, dijo el carpintero de basto á quien el alcalde habia empleado en hacer una máquina complicada para dar de comer á las gallinas, y que entre el director y el ejecutor jamas habian podido poner en planta, tú no sabes *culi embreado* que el mismo nombre lo está diciendo, maqui *ná? (maquinada*, pronunciado al estilo del pueblo andaluz).

— Momo, dijo una mujer, tú que has estado allá donde está la Reina, y el Real palacio, y la Vírgen de Atocha, ¿has visto tú otro vapó?

— ¿Pues acaso para ir á Madrid, respondió Momo con su acostumbrado buen humor é innata afabilidad, se pasa la mar como para ir á Cádiz?

— Es que me han asegurado, dijo el de la mar, que hay por tierra *vapó* tambien.

— ¿Un barco que anda por tierra? exclamó Momo soltando una carcajada que parecia un trueno.

— No digo eso, palurdo, son coches que andan sin caballos ni mulas.

— Por via del Dios Baco, dijo Momo, tú te quieres divertir con nosotros porque has salido á la mar, como Berlinga que lo echa de buche porque ha estado en Sevilla. Pues yo he estado en Madrid, ea, y así, aunque soy palurdo no me la cuelas, *compae Sardinas*.

— Pues por mí, dijo la mujer, ¿porqué no lo he de creer? media hora ha no hubiese creido anduviese un barco sin remo ni vela; lo estóy viendo y tengo que creer ó reventar; pues lo mismo que por mar podrá suceder por tierra.

— Si así fuese, opinó un labriego, quisiera que le diesen esa virtud de andar solo á mi arado, porque un buey se me ha muerto y no tengo para mercar otro.

— Es precisu lu ver para lu creer, decia entre tanto la señora Tiburcia. Perfeuto, Perfeuto, ¿qué demuniu es esu?

— El progreso, mujer, el progreso, respondió el alcalde, que no sabia como denominar el fenómeno.

— Pensara mas bien que fuera Ferruleñu, es verdad; hé, ha, ha, comu corre ese prugresu que non le alcanza o demo.

— Bendito Dios que tales maravillas hace por mano del hombre, dijo el comandante. Despues del de la pólvora, paréceme este el mayor invento que se ha hecho jamas.

— Y lo hi*sho* un *esh*pañol, dijo Cívico *junior*, con todo lo campanudo de su voz y la pureza de su acento madrileño.

— Bueno será, observó la alcaldesa, peru por mí aunque me diesen cien duriños non entraba en ese caldeiru. Tiburciño ¿qué dirán el frances y el inglés cuando vean ese prugresu?

— Sheñora, contestó este de mal talante, eshe invento es antiguo, los vapores zzzurcaban lash mares antes que yo naciese.

— ¿Qué me dices? é nunca vi ninguno. Preciso es confesare, D. Modestu, que estamus atrasadus, es verdad, los gobiernos non valen o demo.

— No estóy con Vd., señora, contestó el comandante. Nada hay que decir contra ninguno de los gobiernos que nos

han regido: todos han querido el bien del país, lo único y solo que se les puede echar en cara á todos, es el dejar arruinar sus fuertes.

En este momento se oyó un ruido infernal; no parecia sino que á la par rugian tigres, silbaban boas, soplaban dragones en un coro infernal.

— ¡Vírgen del Chanteiro! gritó la señá Tiburcia, ese prugresu revienta como un triquitraque.

— No es nada, señora, dijo D. Juan de Dios, es que se para la máquina y el barco va á anclar.

Efectivamente, el vapor, conducido por un hábil práctico habia entrado en la pequeña ensenada, alcanzado un buen fondo arenisco y echaba el ancla. En seguida saltaron en la lancha para venir á tierra el capitan y algunos caballeros.

Eran estos un rico comerciante de Cádiz, dueño del gran convento que se hallaba inmediato al pueblo, que venia con algunos amigos proyectistas y hábiles en la materia, á ver el modo de sacar partido de ese soberbio y grandioso edificio, el que cual una noble y hermosa vírgen georgiana esclavizada, iba á ser pasado en revista por un tosco chalan para graduar el destino que habia de darle y el precio que habia de ponerle. Habia fletado para este viaje uno de los muchos vapores que surcaban la bahía de Cádiz.

Este caballero, que compraba conventos de tal magnitud, que su posesion parecia no caber en el mezquino *mio* y que no se labraron para ser propiedad de ningun individuo, sino para dedicarlos á Dios, honrar la nacion, y realzar el país; ese Nabab, que fletaba vapores; ese personaje, á quien rodeaba una corte y que llevaba erguida la cabeza y derecho el cuerpo, como si fuesen sus talegas un justillo, este señor por no decir caballero, era... D. Roque la Piedra para no servir ni á Dios ni á usted.

El alcalde, que era cortés, se apresuró á ir al encuentro de tan inesperados huéspedes; y ponerse á su disposicion. No habiendo en ese bien afortunado Villamar, ni posadas, ni cafées, ni casino, ni liceo, ni fonda, ni casa de huéspedes, ni bodegon, ni aun meson, el alcalde, que ademas de Perfecto Cívico era Perfecto Urbano, se empeñó en hospedar

á los señores en su casa, cuando volviesen de su escursion al convento, y llamó á Momo para que les sirviese de guia. Acompañólos un rato, apresurándose en seguida á volver á su casa para preparar la recepcion. Pero apenas comunicó sus planes á su consorte, cuando se puso esta en tal estado de rebelion, que el alcalde temió fuese su autoridad desatendida. Así tomando el tono con el que se promulgan las leyes, intimó á su mujer, que en punto á pollos imitase á Herodes, y en punto á huevos á Cacaseno, y que de no hacerlo así, le aseguraba á fe de Perfecto Cívico, que enviaba á Tiburcio otra vez á Madrid. Al oir esta amenaza, la intrépida oposicion de la alcaldesa se apagó como una hoguera sobre la que se echa un cubo de agua. Se volvió apresuradamente, cogió un tremendo cuchillo de cocina, y con aire resuelto se encaminó al corral, haciendo la mas exacta parodia de la intrépida Judit.—No obstante, las cenizas de la hoguera murmuraban, ¿á qué habrá venidu aquí ese malditu *progresu* que hacia la misma falta que los canes en la misa?

Tiburcio, que se habia tendido á lo largo en su cama y fumaba, decia con alto desprecio:

— ¿Qué van á pensar esos señores de este incivilizado villorrio, del patan de mi padre, de la gansa de mi madre? es para morirse de vergüenza.

No fué la visita que hicieron estos hombres de especulacion y dinero al convento, como la que le habia hecho Stein el cirujano aleman con el hermano Gabriel; ¡no, no! Solo miraban estos la cubierta de aquel magnífico libro, sin atender á que le faltaban las hojas y el contenido de ellas; porque este no lo comprendian, solo miraban el palo de rosa, la talla, los bronces de aquel soberbio piano, sin notar le faltaban las cuerdas, y por consiguiente el sonido y la armonía. Ellos no la hubiesen sentido, y así no la echaban ménos.

Sentados sobre la suntuosa gradería del altar mayor, discutian sobre el modo de degradar mas pronto esa portentosa obra de la piedad de los antepasados, y arrancarle lo

solo que le quedaba: la austera majestad de la soledad, la profunda melancolía del abandono.....

¡Oh, Dios mio!..... si hay quien nos pueda culpar, por levantar nuestra débil voz gritando tus propias palabras: *dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César*, cúlpesenos enhorabuena. ¡Qué significa el elogio ó la crítica á un ente oscuro y desconocido, para atajar en sus labios las palabras de la verdad, los brotes de su corazon? ¿Qué derecho tenéis á destruir lo que otros labraron? ¿Creéis poder, como Dios á las olas del mar, decir á los sentimientos de los fervientes, hasta aquí llegaréis? Si la generacion presente condena en sus obras á la generacion que labró, dia llegará en que la generacion venidera condene con harta mas razon sobre ruinas, á la generacion que destruyó. Cortád la gangrena ántes que haga mas estragos, y dígase que si es de sabios errar, es de nobles reconocer el error y enmendarlo.

Proponia el uno destinar el convento á una fábrica de papel, la falta de agua hacia abandonar el proyecto. Otro hablaba de una de curtidos; Momo que fué consultado, contestó con destempladas razones, que tendrian que traerse las pieles de Cádiz, puesto que por allá no se mataba sino machos cabrunos en el verano, y cerdos en invierno. Al fin opinó D. Roque, que lo mas lucrativo seria echar el edificio abajo, y vender los materiales como se habia hecho con tantos otros; pero Momo dijo que allí no habia quien comprase tan ricos materiales, aunque los malbaratase, porque no habia modo de emplearlos.

Regresaron, pues, los señores al lugar, despues de dar D. Roque majestuosamente dos reales á Momo, al que poco le faltó para tirárselos á los piés.

— ¡El demonio del tio Bambolla! murmuró, con esa fachada de casa grande y *ná!* Parece que no cabe el fantasmon en el mundo y se descuelga con dos reales! vaya! si lo sé, ni el tio Urdax, ni el alcalde, ni san alcalde, me acarrean á mí aquí de cabestro. ¡Agarrado! ¡estítico! no se morirá de *riarrea*, no! ¡caramba con él!

Por el camino siguieron discutiendo los especuladores, y

despues de muchos debates decidióse por fin el destino que se le habia de dar al convento.

Pasaron delante de la capilla del Señor del Socorro y delante del cementerio, y ni la imágen de Dios ni la de la muerte, distrajeron un momento la atencion de estos hombres de su negocio; y tan muertas, tan secas, tan vacías estaban esas almas á todo santo respeto, que ni una de esas cabezas cartillas se descubrió, ante cuanto grave y sagrado existe en el mundo. Eran hombres *positivos*.

¿No se sabe allá el moderno significado de esta palabra, lector? pues te la diré. Esta denominacion es un cinismo que indigna; es la divisa de Sancho Panza; es la bandera que enarbola descaradamente lo material sobre lo espiritual; es el sombrero de un Gessler importante y vulgar, al que se quiere forzar á los hijos de la montaña á saludar con respeto; es en fin, la quijada de burro con la que el siglo XIX cae sobre los restos de las cosas y sentimientos grandes y elevados de los tiempos de fe, de entusiasmo y de caballerismo.

El alcalde, que no solo era Perfecto Cívico, sino Perfecto Urbano, como hemos dicho, salió al encuentro de los señores, suplicándoles cortésmente que pasasen á desayunarse á su casa. D. Roque no se hizo de rogar, no por el almuerzo, puesto que estaba preparado el suyo en el vapor, pero porque deseaba adquirir algunas noticias locales del alcalde que le eran necesarias, y sobre todo por aquello que ya anotámos, de que el rico solo por serlo, se cree con derecho á todo, y que en sus relaciones con los demas hombres, los favorece siempre, aunque sea admitiendo un favor:

Que acepta el don, y burla del intento,
El ídolo á quien haces sacrificios.

RIOJA.

CAPITULO XXV.

Habiendo hecho D. Roque varias preguntas al alcalde durante el almuerzo, habia venido á sacar en claro que era

D. Perfecto su primo hermano. El padre de este, que habia venido á establecerse en calidad de herrero á Villamar, era montañes y del mismo pueblo que D. Roque. Todo esto lo habia preguntado este al alcalde, movido á curiosidad por el apellido de Cívico, que era el de su madre. Por lo que toca á D. Perfecto, ignoraba absolutamente con quiénes habian podido casar las hermanas de su padre, y la parentela que tenia en el pueblo del nacimiento de este.

D. Roque, que era prudentísimo en todo, no se fijaba á la ligera en ninguna resolucion, y sin haber examinado ántes la que iba á tomar, por todas sus fases; así fué que calló al pronto, hasta calcular si le convendria ó no darse á conocer como cercano pariente.

Si bien en su vanidad y egoismo hallaba razones para callar, habia otras que lo llevaban á darse á conocer. Las cabezas bien organizadas y avezadas á los negocios, forman en poco tiempo combinaciones que admiran, por notarse en ellas la vista de lince que posee el egoismo, y la profundidad de cálculo de que puede vanagloriarse la codicia.

Cuando hubieron acabado de almorzar, y como el tiempo urgia, llamó D. Roque al alcalde y le propuso un paseo á la playa.

— ¿Sabe Vd., le dijo, cuando estuvieron á bastante distancia para que nadie pudiese oirlos, que somos Vd. y yo nada ménos que primos hermanos?

— Mucho lo celebro, respondió agradablemente sorprendido el alcalde, y ¿cómo?...

— Mi madre, dijo D. Roque, era tan *Cívica* como Vd. *Cívico*, sino tan perfecta, pues se llamaba Petrola. ¿Nunca se la oyó Vd. nombrar á su padre?

— En *defecto*, recuerdo..... respondió el alcalde, tengo una idea... Petrola... sí, sí. Vaya, veo que está nuestra familia en camino de progreso: ya ve Vd. que yo he adelantado mas que mi padre, saliendo á servir, perfeccionando *mi arte*, casándome con una mujer de *casa distinguida* y bastante pudiente, y mi hijo, que tan bien ha hablado en la mesa, ha adelantado mas que yo, haciendo *brillantes estudios en Sevilla*. Ha estado despues en Madrid, en donde se

lució y dejó á todos admirados con los artículos que escribió en el periódico la *Víspera del dia del juicio*, con general aplauso. Ha visitado en Sevilla las casas mas encopetadas: era su tertulia la de la Marquesa de Alocaz, y eran uña y carne, mi hijo y D. Marcial*** heredero de una de las casas mas nobles y poderosas de Estremadura.

— Todo me lo habéis contado ya, dijo D. Roque, y recontado vuestro hijo, y todo eso y nada es una misma cosa. ¿Se ha metido con todo eso un real en la faltriquera?

— No, pero...

— ¿No? pues amigo, entónces ha perdido su tiempo como un pillastre. Vd. con no haber estudiado mas que la veterinaria, ha sabido mas que su hijo, pues ha sabido ganar dinero, que es lo que hay que saber en este mundo: lo demas es cháchara, nada mas que cháchara; y ha mostrado Vd. mas juicio en casarse con esa gallegota, que le trajo dote, y es una buena mujer, sana y robusta, que sabe cuidar de su casa y de sus hijos. Yo, amigo, no tuve esa suerte, me casé allá en la Habana, con una doña *mírame y no me toques*, que no tuvo mas de bueno que el dinero que trajo, y que no hizo mas en su vida que quejumbrar y mimar á su hija. Ahora, pues, ¿qué va Vd. á hacer con ese gaznápiro de su hijo, que no sirve por lo visto, ni para un barrido ni para un fregado?

— Un defensor de la libertad.

— Un defensor de las musarañas.

— Un tribuno.

— ¿Un tribuno? ¿y qué es un tribuno?

— El que defiende á capa y espada los derechos del pueblo.

— Por vida de sanes, primo, que me dan ganas de volverle á Vd. las espaldas é irme. ¿No hay ya bastante de esa polilla sin ese zanguango mas? Abra Vd. esos ojos, hombre de Dios, y mire si el pueblo quiere para nada semejantes tribunos. Miéntras mas *tribunos* mas tiene que sudar, mire Vd. la gracia que le harán; que vaya á ver si ninguno del pueblo le da un maravedí para que vaya á *tribunear*

por su cuenta. Farsa, primo, pura farsa; ¿qué ha sacado con eso?

— Le han prometido...

— Sí, sí, el oro y el moro, cuando lleguen al poder; por vida de los tontos!!! Vamos, ya veo que vive Vd. aquí en Villamar como si viviese en la luna, y no sabe nada de lo que pasa por allá. Déjese Vd. de pamplinas y vengamos al caso, que el tiempo urge y tengo que volverme á Cádiz en ese vapor que pago por horas y me cuesta un sentido; ademas los negocios se deben discutir en breves y claras palabras. Déjese Vd. para su hijo de tribunas, diputaciones y de artículos políticos que solo sirven á los almaceneros para cartuchos; hato de vaciedades y de patrañas que maldito si llenan los bolsillos, y sí las cabezas de viento. Le voy á ofrecer á Vd. para ese desgavilado paseante en corte de su hijo, una regencia que podrá valerle mas que la que puedan haberle ofrecido de alguna audiencia territorial, y es la de la fábrica que voy á establecer en el convento.

D. Perfecto, en quien no habian dejado de hacer fuerza las razones de su primo, como tienen la suerte de hacerlo todas las razones que salen de la boca de un millonario, aunque sean ménos sensatas de las que en su tosco lenguaje habia vertido D. Roque, se mostró muy satisfecho de la oferta, y tanto mas, cuanto que no sabia que hacer con ese hijo que ya habia medio arruinado á sus padres. Pero lo que mas contribuyó á la satisfaccion del alcalde, fué la dulce perspectiva de reducir á silencio á su mujer, y estinguir para siempre una frase pesada, inoportuna, destemplada, con la que esta *santa varona*, como decia su hijo, golpeaba los oidos del alcalde como un martillo cuarenta veces al dia, veinte á la noche, y diez y media entre sueños, y era esta: «Haber gastadu mis cuartus en facere de ese fillu miu un hulgazan! non me lo dejú para esu mi tiu Bartulumé; es verdad.»

— Hay mas, prosiguió D. Roque. Tengo gusto en que mi dinero no salga de mi familia, ni vaya á parar á manos de algunos de los mequetrefes de Cádiz ó de los casqui-vanos de Sevilla, que le tienen echado el ojo; no se mirarán en

ese espejo, por mi cuenta. Codiciosos, que andan lampando por un cuarto; mozalvetes sin mas ocupacion que andar tras el peso duro sin saber ganarlo.

D. Roque se fué él solo montando de tal manera contra los imaginarios novios de su hija, que siguió en denuestos progresivos hasta terminar en *hato de pillastres.*

— Ya se vé que no se debe Vd. dejar robar, dijo cándidamente el alcalde, que creyó habia intentado despojar á D. Roque una banda de ladrones.

Este prosiguió:

— Tengo una hija única, y si se porta bien ese triste varal de su hijo, casaremos á los muchachos.

D. Perfecto abrió los ojos tamaños é hizo una exclamacion de júbilo: no porque fuese interesado, le halagaba mas el papelonear que el dinero: pero al fin una suerte como se le brindaba á su hijo, era, si no un sueño dorado, una realidad plateada, que podria en los tiempos que corren realizar el sueño.

— Pian, piano, prosiguió D. Roque, que no he concluido, tengo que poner mis condiciones, que sin ellas no hay nada de lo dicho.

— Sean cuales fuesen, respondió el alcalde, por admitidas.

— Sabrá Vd., prosiguió D. Roque, que mi mujer me trajo en dote cien mil duros.

— ¡Cáspita! exclamó el alcalde estupefacto.

— Corresponden ademas á mi hija otros cien mil de gananciales, dijo D. Roque precipitadamente como haciendo un esfuerzo penoso.

— ¡Pues no es nada! murmuraba absorto el alcalde.

— Si quiere casarse con mi hija ese pobre vergonzante de su hijo de Vd., siguió diciendo el fino millonario, ha de cobrarse su dote con el convento y sus posesiones, recibiendo y atestiguando en la carta de dote, como dinero metálico, la suma que en papel he desembolsado por él.

— Por decontado, contestó el alcalde, que seducido por la suerte que se le venia á las manos á su hijo, no se paraba en la infame estafa que D. Roque intentaba hacerle.

— Oblígome, prosiguió el buen padre, á ponerle en planta la fábrica, para que saque utilidad de esa ridícula y desproporcionada mole, por decontado á cuenta del dote.

— Como Vd. disponga, contestó enajenado el alcalde.

— Despues de esto, y de sacar los gastos de la boda, que no serán muchos, pero que siempre pesarian á Vd., porque me parece que no está muy abundante de dinero, si alguno queda, se obligará ese paseante en corte á dejarlo en mi poder sin opcion á sacarlo, al tres por ciento; esto lo hago por prudencia, para que no lo malgaste.

— Conforme, contestó D. Perfecto.

— No será mucho, porque el convento y sus posesiones me cuestan mas de tres millones en papel.

— ¡Es dado, señor, exclamó el alcalde, es quemado!...

— Mejor para Vds., respondió el Nabab, yo no quiero ganar en él, quiero el bien de mi hija, y mirar por sus intereses. Su hijo de Vd. firmará la carta de dote, recibos, cuentas de tutela, etc., segun hemos convenido.

— Mi hijo firmará como en un barbecho lo que Vd. le ponga delante.

— Todo esto, primo Perfecto, queda por ahora en el mayor secreto entre Vd. y yo, dijo Don Roque.

— ¡Jesus! ¿y porqué? exclamó el alcalde que se estaba deshaciendo por participarle todo lo ocurrido á su regañona mitad, y hacerle palpar triunfantemente dos cosas: la una, que si no hubiese sido por su obsequiosa hospitalidad, no hubiese reconocido el obsequiado en el obsequioso, su legítimo y auténtico primo hermano: la segunda, que si los cuartus del tiu Bartulumé no se hubiesen invertido en dar una brillante educacion á su primogénito, no hubiese D. Roque, seducido por sus méritos esteriores y morales, pensado en elegirlo por yerno: ¿porqué quiere Vd. que calle? tornó á preguntar al futuro consuegro.

— Porque así lo exijo, contestó este, y si Vd. no me promete el mayor sigilo hasta que yo disponga, no hay nada de lo dicho.

— Bien, bien, se hará como Vd. quiera.

— Mi chica está un poco mala, mas de quejumbres y manías que de otra cosa; una de ellas es que le sienta mal Cádiz, y quisiera estar en Sevilla; pero es porque tiene allá un hijo de Job, un perdulario con buenas agallas, que queria meter sus uñas en mi caja: ¡ja, ja, ja, ja! buen chasco se lleva el danzante. Dicen los médicos que la saque de Cádiz; la traeré, pues, aquí á casa de Vd. para que se mejore, que eso será tan luego como se le quite ese sinfundo de la cabeza. Si algo se dijese ahora de casorio, y dando tambien la maldita casualidad que su hijo de Vd. es mas feo que un voto á Dios, tendríamos soponcios, convulsiones, desmayos, en fin, todos los melindres y achaques que heredó de su madre. Aquí se esparcirá y se mejorará, y al fin se encariñará con ese redicho é inflado hijo de Vd.; horroroso es, pero en fin, á falta de pan buenas son tortas, y aquí no hay otro. Las mujeres son de los que tienen al lado, al reves de los hombres. Que la asista ese D. Juan de Dios ó el diablo que almorzó ahí. Tanto sabrá, por poco que sepa, como los otros. Un sentido llevo gastado, primo, en sus visitas y en la botica; maldito si la mejoran. Es verdad tambien, que para curarse es preciso *querer* curarse, y hay mujeres que no *quieren* curarse, y gozan en jaropearse y en tener la cara mas larga que la noche de Navidad. Pero en fin, aquí le irá bien, siempre que no la contemplen Vds. demasiado, le gusta el campo. Por decontado pagaré el pupilaje.

— ¡Qué disparate! exclamó D. Perfecto, que como hemos dicho, no era interesado, con esa espontánea cortesía y garbosidad tan indígena en el pueblo de España.

— Cuentas son cuentas, señor primo, y no se trata de que tú que no puedes me lleves á cuestas, respondió el amable ricacho. No será suma crecida porque la chica apénas come; pero de valvidia no... y si no, no hay nada de lo dicho. Señor alcalde, Roque la Piedra no recibe favores de nadie; sépalo Vd. Dígale Vd. á ese *mata sanos* que si cuida bien á la chica le pagaré á peseta las visitas.

— D. Juan de Dios, afirmó el alcalde, no repara en el

mas ó ménos precio de las visitas para asistir bien á sus enfermos.

— Vaya, preciso es venir á este rincon, exclamó D. Roque, para encontrar esa ave Fénix médica.

Entre las gentes ordinarias y groseras es un rasgo característico el tirarles rudas coces á los médicos, sea dicho de paso.

— Descuide Vd., dijo el alcalde, que desde ahora la miro como á mi hija, y nada la faltará ni echará de ménos.

— Desde ahora tambien, añadió D. Roque, puede usted comprar é ir renovando para ellos alguna casa que vendan barata, y sacar para esto los materiales del convento. Póngale Vd. las losas de la iglesia en el patio. Hágale Vd. á la cocina el fogon y fregaderos con los azulejos de los claustros; á las mujeres les gustan esas menudencias y aseos. ¡Ah! se me olvidaba, que tenga la casa su pedacillo de jardin. Le gustan las flores á la chica.

— ¡Jesus! mas que sea un huerto, contestó el alcalde alborozado; aquí vale poco el terreno. Es usted un buen padre, primo, en todo piensa!

Los primos se separaron contentísimos el uno del otro.

D. Roque estaba muy satisfecho y vanaglorioso con la fama que habia adquirido de buen pariente y buen padre, que se ocupaba hasta minuciosamente de lo que podia ser ventajoso y agradable á su hija, y muy persuadido él mismo de merecer ese elogio; y no es él solo; hay muchos en este mundo que son perversamente malos, sin tener la conciencia de serlo.

Háblase mucho de la conciencia, sin tener presente que la conciencia supone un conocimiento ó un instinto de lo bueno, y por desgracia hay seres tales, en quienes falta lo primero y no existe lo segundo. La religion enseña lo uno é inspira lo otro; cuando se desoye su voz, se pierde la conciencia, esa última áncora de salvacion, ese último reflejo del sol de justicia.

Los primos volvieron de su paseo radiantes de alegría, como dos hogueras de sarmientos; ¡ya se ve! ambos á dos

acababan de plantear el mejor negocio de su vida, uno en provecho de su hijo, otro en provecho de su bolsillo.

En un acceso de franqueza, D. Roque divulgó el destino que pensaba dar al convento, y se dió á conocer á Tiburcia como su cercano pariente; pero D. Perfecto quedó grandemente chasqueado al notar que esta gloriosa nueva no pareció causar el mas mínimo placer á su consorte. La gallega que, como sabemos, veia harto mas allá de sus narices, y á la que se le daba un bledo del oropel, conoció desde luego, que en esta clase de relaciones, suele costarle caro el honor al que lo recibe, y no le sirve de provecho ninguno; de suerte que solo vió por consecuencia de estos estrechos lazos, una contribucion estraordinaria de hospedaje sobre su corral y despensa, que la inclinó algun tanto á las ideas de su hijo sobre la disolucion de las familias, por lo cual dijo á su marido cuando D. Roque se hubo ido:

— Primu, primu, el primu lu serás tú, si te metes á llenarles la barrija cada vez que vengan á ver su conventu. Non me dejú lus cuartus mi tiu Bartulumé para les dar de cumer á tus primus; es verdad.

La noticia del destino que pensaba dar su propietario al convento, se divulgó pronto por el lugar, y llegó á los oidos del comandante del fuerte de San Cristóbal, D. Modesto, el que entró aterrado por ella en casa de su patrona la maestra de amiga, conocida en el lugar con el sobrenombre de Rosa Mística. Yacia esta en cama con una leve indisposicion.

Al ver su patrona la cara descomunalmente larga de D. Modesto, su mechoncito de pelo caido y lacio, sus ojos mas amortiguados que nunca, se incorporó en la cama apoyándose sobre su codo, y sujetando con la otra mano sus primorosas ropas de cama contra su garganta, cuidando no estropear los faraláes de su almilla: «y bien, le dijo, ¿qué va á hacer ese usurpador profano? ¿Va á rehabilitar la iglesia y traer un capellan?»

— No, Rosita, no, contestó suspirando el comandante.

— ¿Pues qué van á hacer? D. Modesto, responda Vd.

por Dios, que estóy sobre ascuas. ¿Qué van á hacer de ese santo palacio?

— Una fábrica, Rosita, contestó en voz casi inteligible D. Modesto.

— ¡Jesus me valga! exclamó Rosita, ¡una fábrica del templo del Señor! ¿Y de qué?

— De fósforos, respondió D. Modesto con apagada voz.

Rosita lanzó un grito lastimero, se dejó caer sobre sus almohadas, y su indisposicion se agravó instantáneamente malignándose su calentura.

CAPITULO XXVI.

Despues que D. Roque trajo su hija á Villamar y la dejó instalada en casa de su pariente, con la agradable perspectiva de que mejoraria de salud, se estableceria allá casándose con su primo el interesante Tiburcio, y que seria muy feliz, cosas todas que le parecian sencillas y seguras consecuencias unas de otras, quiso darse la satisfaccion el sibarita de disfrutar por su cuenta. Libre ya de todo cuidado en punto á su hija, esa *poquita cosa* como ella llamaba, á la que habia hallado una colocacion proporcionada al aprecio en que la tenia; dueño único y absoluto de millon y medio de duros, encumbrado por estos entre las *notabilidades de la aristocracia financiera*, satisfechos sus afanes pensó en satisfacer sus deseos.

Mas ántes de pasar adelante, tenemos acá que satisfacer tu curiosidad, lector de las Batuecas, que se ha despertado con las palabras de que nos hemos valido. Lector, tú eres muy pregunton; te advertimos que preguntar es de mal tono.

¿No sabes, lector de las mas remotas Batuecas, que en el siglo de las luces todos nacen sabiendo, que en su vida preguntan los hijos del diez y nueve, sino *en qué dia estamos hoy?* Van á creer que tienes mas de cincuenta años y que nacistes en el siglo pasado.

Otra cosa vamos á hacerte presente, amigo lector.

Un autor frances ha dicho: «Las preguntas demuestran los alcances ó estension del entendimiento, y las respuestas su agudeza.» Ten, pues, presente que las tuyas no demuestran la mas mínima estension, y no quieras comprometernos á que se diga lo propio de nuestras respuestas en punto á agudeza.

La primera pregunta fué ¿qué era *notabilidad?* y ya te lo hemos esplicado una vez; pero es preciso, ya lo vemos, cuchara de bayeta.

Es *notabilidad* una palabra con muchas letras y poco sentido; equivale á un título honorífico sin emolumentos ni obligaciones. Es la categoría del *ad libitum*, puesto que para obtener ese dictado basta que tu vecino diga: *hágote notabilidad*, á la manera que otro decia á lo que comia: *hágote pichones.* La *notabilidad* tiene tamaños muy variados, las hay tamañas como panderetas y tamañas como plazas de toros. Es una distincion que indica una importancia incalificada, á la manera que indican una persona las voces fulano, mengano, ó zetano.

En cuanto á la otra pregunta sobre lo que queria decir *aristocracia financiera,* estos son otros cantares. Tú creias que la *aristocracia* era la nobleza, y que esa andaba como las lechuzas, huyendo de las *luces del siglo* que la quieren mal, en las altas torres y ruinas de sus castillos. Lector, si tal crees, abusas de los privilegios de tus Batuecas. La nobleza hoy dia no tiene nada de lechuza, se muere por las luces, no le bastan las bugías, quiere las del gas, como en las calles, como en los cafées.

Diréte, pues, lo que es hoy *aristocracia,* y no contesto á mas preguntas. Aunque el preferido, no eres nuestro solo lector: hay algunos otros, y al fin se van á impacientar con tanta leccion que te damos, nos van á llamar maestro ciruela, y esto es denigrante para un autor. La *aristocracia* tiene la vida dura. Por mas que la han derribado, la han herido y sacado su mejor sangre sus enemigos, no murió. Vinieron varias *notabilidades* á las que no pareció mal, y la cortaron á pedazos llevándose cada uno su parte. La *aristocracia* como el pólipo, vivió en cada una de sus partes. El talento

cargó con la cabeza. La política con las manos. El dinero con los piés: á sus primitivos poseedores les quedó el tronco. Hay, pues (vé contando, lector, y no mires así con la boca abierta como si te estuviese contando un cuento fantástico de Hoffmann) una, la existencia de la nobleza llamada sangre azul (ya ha tomado varios tintes); como es solo el tronco del cuerpo, ni piensa, ni obra, ni anda, pero conserva el corazon y *siente.*

Hay la del talento, (dos), la cabeza, pensadora, desdeñosa, vana y..... calva.

Hay la de la política (y van tres), las manos, activas en guerra la derecha con la izquierda empuñando la espada y la pluma, tocando el compas al cual ha de bailar el mundo que quiera que no.

Hay la del dinero (y son cuatro), los piés, firmes y pesados, pisando recio, tratando las cosas con la punta ó con el talon, al que ciñe espuela de oro.

Las cuatro se saludan profundamente, se dan la mano, y no se pueden ver, se odian, envidian y desprecian.

¿Te hemos desilusionado de las aristocracias? Pues vamos á ver si te reconciliamos con ella hablándote de otra, de la verdadera, sin la cual todas las otras no son nada. Esta es la del alma. Esta la tienen ó no los que forman parte de las otras aristocracias, y la tienen tambien los que no pertenecen á ellas, puesto que es una gracia de Dios en la naturaleza humana, como lo son las flores en la física. Se halla cual ellas en los campos y en los palacios; cual ellas, tiene en estos mas bellos colores y mas brillo, en los campos aun mas perfume y mas sencillez. Esta aristocracia se ignora á sí misma como la inocencia. Pasa con su blanca túnica de amianto entre el fuego de bajas y malas pasiones, ilesa. Es pura como los aires de altas sierras, acoge á los simples de espíritu, como el caudaloso rio á los arroyuelos de aguas puras y cristalinas. El entendimiento la comprende, admira é imita, pero genuina solo existe en el alma. Tiene cuatro cualidades que forman con ella una misma esencia, y son la delicadeza, la generosidad, la franqueza y el aprecio:

le son por tanto lo mas opuesto, la grosería, la avaricia, la falsía y el desprecio.

Es pues, como has visto, lector, la aristocracia hoy dia, un aderezo con que se engalana la sociedad, compuesto de perlas, que no todas son de número, y de brillantes pulidos y por pulir.

A D. Roque, pues, le pareció bien dignarse hacer participar al blason, de sus talegas y á los pergaminos, de sus letras de cambio. Esta acendrada satisfaccion se la concedia á sí mismo en su refinado egoismo, cuando lo habia sacado de quicio solo la idea de que su pobre hija pudiese desear para su felicidad una cosa análoga.

No habia podido D. Roque tratar tanto y de tan cerca á aquella hermosa mujer, la marquesa, sin que sintiese despertar en él..... ¿qué diremos? seria profanar la palabra amor si la aplicásemos á los sentimientos que semejante hombre pudiese abrigar. Era una especie de seduccion profunda que ejercia la belleza sobre las sensaciones de un hombre poco gastado, puesto que D. Roque nunca habia mirado con buenos ojos sino á los pesos duros; era una seduccion no ménos poderosa la que arrastraba á su amor propio y vanidad, que eran escesivos, la idea de poder decir de aquella noble, elegante y distinguida señora *mi mujer*, con lo que se habria llenado la boca, lo mismo que cuando hablando de su caudal, decia *mis millones*, y era por último la influencia magnética, el iman irresistible que tiene lo superior sobre lo inferior, al que es inútil combatir; superioridad que se niega de boca y se confiesa de hecho, rio que arrastra sin valerse de mas medios que de su propia corriente.

A pesar del alto aprecio y reverendo culto que tenia al dinero y parecerle al inflado Nabab, que el hombre que se presentaba poseedor de millon y medio de duros, debia necesariamente ser un César para toda mujer nacida y por nacer, habia algo que no definia, que zumbaba indistintamente como una mosca importuna al rededor de su acostumbrada osadía, y le infundia algo parecido á desconfianza. No era esto por cierto hijo de la delicadeza inseparable del verdadero amor, la cual hace tímido á un rey cerca de una pastora; era la

conciencia, que por cima de su prosopopeya y sin que pudiese ahogar su grave voz el sonoro sonido de sus talegas, le murmuraba que habia una inmensa distancia entre la mas alta superioridad moral y la mas baja inferioridad, la que no deja de existir, aunque el mundo y las circunstancias las aproximen. Ello es, que D. Roque, como hombre prudente que era, habia reforzado su plan de ataque, con alguna artillería de reserva que debia abrir brecha en la sitiada plaza, si no se apresuraba á recibir en palmas al que queria hacerse su dueño. Se habia dicho allá en sus adentros: «¿y si no quisiese? ¡las mujeres son tan raras, tan caprichosas! si se hace la remilgada, le haremos la forzosa.» Débese advertir que D. Roque habia estipulado en su infame contrato, al prestar el dinero á la marquesa, que cada año cumplido, ambos contrayentes quedaban en libertad de rescindir ó renovar el contrato segun les conviniese, diciendo con aparente consideracion á la marquesa, que ponia esa cláusula en favor de ella, porque pudiéndose casar su hija de un dia á otro podia convenir á su marido libertar el caudal cuanto ántes. El primer año habia trascurrido y el plazo primero iba á cumplir en breve.

— Bien venido, D. Roque, dijo la marquesa al millonario al verlo entrar una mañana en su cuarto, ocultando hábilmente la repulsa que le inspiraba su grosero y vulgar acreedor, ¿desde cuándo ha llegado Vd.? ¿y Lágrimas? ¿cómo está la pobre niña?

— ¡Oh! mucho mejor. Efectivamente, Cádiz no le sentaba, la he llevado al campo y le va á las mil maravillas, está muy contenta, muy distraida; tiene allá un primo, y creo no tardaremos en comer dulces de bodas.

— ¡Cuánto lo celebro, y cuánto se va á alegrar Reina si es cosa del gusto de ella y del de Vd.! Es un angelito esa niña, pero muy delicada, la debéis cuidar mucho, D. Roque.

— Es claro, así se hace, *madama*. ¿Pero Vd. cómo está? cada dia mas hermosa; es Vd. obra de romanos.

La marquesa se sonrió al oir este grosero y chabacano cumplido, y notar el airecito jaque de D. Roque al hacerlo. La sonrisa de burla y de supremo desden de la marquesa fué interpretada en otro sentido por D. Roque, que creyó equi-

valia á un atento *pase Vd. adelante* al primer golpecito dado á la puerta.

D. Roque nunca habia hablado el elevado y delicado lenguaje del amor culto y apasionado, es claro que tampoco habia *enamorado,* voz perfectamente adecuada para los que miran al amor como una *cosa*, un *pasatiempo,* un *oficio.* ¡Han hecho de un verbo recíproco, un verbo activo! ¿qué es enamorar? ántes el leal *obsequiaba,* el vil *seducia,* parece que el *enamorar* es el *justo medio;* ¡progresos! ¡adelantos!

D. Roque, pues, no habia ni paseado por ese jardin, ni andado por ese huerto de Cupido, y unia en estas materias lo infecundo á lo inesperto; así era que la marquesa se hallaba frente de un especie de monstruo, insensible, torpe, sin gracia y material. Si se hubiese podido dar cuenta de su situacion, situacion que no sospechaba siquiera, la hubiese hallado análoga á la de Andrómeda, amenazada por la Chîmera.

— Acabo de hacer mi balance por ciertas circunstancias que me obligaron á ello ántes de venir aquí, dijo D. Roque, echando mano á este argumento como para poner la cuestion que se iba á tratar bajo su exacto punto de vista. ¿Sabe Vd. lo que tengo?

— ¿Cómo quiere Vd. que lo sepa, D. Roque?

— Treinta milloncitos á toca teja.

La marquesa, que no entendia una palabra de negocios, al oir hablar de balances se habia estremecido, pues debiendo en esos dias cumplir el año del contrato, habia temido viniese D. Roque, como lo habia hecho otras veces, á hablarle de apuros y de falta de metálico, cosa que hubiese podido llevarlo á necesitar del dinero que le tenia dado; así fué que al oir á D. Roque respiró, y dijo complacida y con un aire de satisfaccion que clavó mas á D. Roque en lo hábil de su estrategia:

— Sea muy enhorabuena.

— ¿No le parezco á Vd. un buen novio? preguntó el Nabab, que pensó que el mejor modo y el mas corto de entrar, no era el de llamar á la puerta, sino el echarla abajo.

— ¡De los pocos! contestó la marquesa chancera, por creer que la pregunta lo era.

— ¿Encontraria yo media naranja? siguió preguntando con risita satisfecha el Nabab.

— Jesus, respondió riéndose de la pregunta la marquesa, cuantas Vd. quisiera.

— No quiero mas que una; pero esa una ha de ser tal que valga por muchas; *bocato di cardinale.* Roque la Piedra, señora mia, puede y quiere picar alto. Si tiene buena suerte, tiene tambien buen gusto, y sintiéndose como remozado por su empresa amorosa, y como traspuesto á sus tiempos buenos de gastador, añadió con ojos saltoncitos: la prenda que á mí me conchave, ha de tener tres pares de tacones, la sal por castigo y la gracia de sobra; ha de ser entre lo bueno lo mejor, y de lo fino la flor y la nata, así como Vd., marquesa, Vd. que vale su peso en oro.

Fué tal la sorpresa de la marquesa al oir estas palabras, que mejor se denominaria asombro, que se quedó inerte con los ojos desmesuradamente abiertos, y aquella mujer de réplica tan pronta y aguda, no halló qué contestar bajo el peso del tedio, del asco, del desvío y de la indignacion.

— ¡Hé! ¿qué le parece á Vd.? añadió D. Roque satisfecho del efecto que producia, y acercando su silla; esto no estaba escrito en sus libros.

Cuantos sentimientos de dignidad y de orgullo, de decoro y vanidad, de delicadeza y soberbia se encerraban en el alma de la marquesa, hicieron erupcion como un volcan, y sus rojas llamas subieron á su rostro, que se puso encendido como una hoguera.

— ¡A esto me he espuesto! murmuró con amargura entre sus apretados dientes.

D. Roque, ni era bastante delicado para atribuir el carmin que cubria el rostro de la marquesa al pudor mujeril que puede producirlo el recibir inesperadamente y á quema ropa semejante declaracion, ni ménos podia comprender ni sospechar lo causase la indignacion de un ser elevado, al sentirse rebajar por un ser despreciable á su nivel; así fué que, con toda la ceguera de la presuncion, atribuyó este visible arrebato al efecto de una agradable sorpresa, y añadió envalentonado:

— Eso y mucho mas se merece esa persona.

A la púrpura que habia cubierto el rostro de la marquesa, sucedió instantáneamente una palidez, que con la blancura y frialdad del alabastro la hizo semejante á la estatua de un sepulcro.

— ¡Qué callada está Vd.! dijo D. Roque al ver á la marquesa erguirse y enmudecer; ¡esquiva! ¡esquiva!..... tiene Vd. fama. Pero hay ocasiones en que se desplegan esos labiecitos, y para tener contento á un enganchado se dice siquiera: *sí.*

— O se dice *no,* repuso la marquesa con calma, vuelta en sí de su primera sacudida.

— ¿Que no? dijo D. Roque inclinando la cabeza hácia delante, y frunciendo las cejas sobre sus ojos estáticos.

La marquesa no contestó.

Viendo este silencio, exclamó indignado el Creso:

— ¡Que no!!! ¿y porqué?

— Basta el no, no es necesario el porqué, respondió la marquesa.

— Es que lo exijo, dijo con necia y grosera exigencia D. Roque.

— Exigíd vuestro dinero, respondió altiva la marquesa, que es á lo que tenéis derecho.

— Es lo que haré, contestó con concentrada ira el ricacho.

— Está bien, dijo la marquesa con calma, haciendo con la cabeza una señal de asentimiento.

D. Roque cogió el sombrero, pero apénas estuvo cerca de la puerta, cuando el interes del hombre de negocios un momento eclipsado por el despecho del pretendiente, volvió con todo el poder de la naturaleza y de la costumbre. D. Roque se volvió el hombre viejo. Consideró que lo que solo habia tenido por un espantajo para la marquesa, el disolver su contrato, podria en efecto verificarse si en ello se empeñaba su deudora, que podria hallar dinero con las mismas condiciones que él lo habia dado, lo que caso de verificarse seria para él el mayor de los chascos.

No solo tenia perfectamente colocado en este negocio D.

Roque su dinero, sino que por motivos largos é inútiles de detallar, y ligados con la muerte *ab intestato* de su compadre, no deseaba D. Roque que sonasen para nada esos treinta mil duros. Por consiguiente, mas vivamente interesado en cosas de dinero que no en cosas de amor propio y de sentimientos, D. Roque retrocedió en obras, palabras y pensamientos; se volvió á sentar y dijo con aire proteccional á la marquesa:

— Vamos, señora, por eso no hemos de reñir; yo quiero ser generoso y pagar bien por mal. Al fin ha tenido Vd. aquí á mi chica, que no era mala plepa, quiero mostrarme agradecido y pagarle el favor, quédese Vd. con el dinero que en ello tengo gusto.

— Le agradezco á Vd. el favor sin admitirlo, respondió en tono grave y decidido la marquesa.

— ¿Y porqué, señora? preguntó D. Roque, en cuyos ojos volvieron á chispear la cólera y el despecho.

— Señor D. Roque, contestó la marquesa con altivez, no estóy acostumbrada á dar cuenta del porqué de mis acciones.

— Le suplico á Vd., marquesa, no me desaire, dijo el avaro inclinándose, no ante la noble y bella figura de aquella imponente señora, pero ante el temor del perjuicio de sus intereses.

— Basta, señor D. Roque, repuso la marquesa. Siento decirle á Vd. que tengo una cita á la que no puedo faltar.

D. Roque que comprendió que nada adelantaria, salió furioso.

CAPITULO XXVII.

Carta de Lágrimas á Reina.

VILLAMAR, 15 SETIEMBRE 1848.

«Aquí me ha traido mi padre, mi querida Reina, por ver si mejora mi salud, puesto que en Cádiz me he empeorado

por dias. Algo me he aliviado, y así podré escribirte aunque sea cada dia cuatro renglones. De esta suerte mi carta será un mosaico, pero te probaré que todos los dias pienso en tí. Empezaré por decirte que, si tú escribes tus cartas con la buena intencion de hacerme reir, yo sin tener la misma, pues solo quisiera hacerte llorar mi ausencia como yo lloro la vuestra, lo voy á lograr con la mia, diciéndote que Tiburcio Cívico, ese Tiburcio de que tanto te reias, es mi primo.

«Estóy, pues, aquí en casa de mi tio, que es el alcalde y albéitar de Villamar, y aunque son como puedes pensar, tanto él como su mujer, que es una basta gallega, gentes muy ordinarias, son tan buenísimos, tan honrados, me cuidan tanto, que desde que salí del convento y me ausenté de tu lado, no he estado mejor. Quisieran alegrarme y distraerme: pero ¿cómo es posible alegrarse ni distraerse en la ausencia de cuanto se ama? A eso me dirás, Reina mia, como en tu carta, que el olvido es un bálsamo, y el recuerdo un corrosivo; tambien la salud es un bálsamo y la enfermedad un corrosivo, y no está en nuestro poder ni darnos la salud, ni darnos el olvido. Pregúntaselo á *él*, y verás como dice eso mismo; tú hablas así, Reina mia, porque no sabes aun lo que es el querer.....

«Ayer he dado un largo paseo en borrico porque todos se empeñaron en ello. Me llevaron á una altura donde está una capilla en la que está un Señor muy hermoso, que caido y con su cruz sobre el hombro tan sublime ejemplo nos da. ¡Con qué fervor, Reina mia, recé postrada á sus piés por mi madre, por tí y por *él!*

«Fué tanto, que cuando me levantaron, noté que no habia rezado por mí. Lo sentí, porque queria haberle pedido á ese Señor, que tan milagroso es, que me diese, segun fuese su voluntad, la muerte ó la vida, puesto que como estóy, ni vivo ni muero, que no es vivir padecer tanto, en mi cuerpo con mis males y en mi alma con la ausencia. Pero, Reina, la muerte da horror, digan lo que quieran en su favor los que no la han visto de cerca. *Haber muerto* es dulce, pero el morir terrible. ¡Pensar que yaceremos frios é inertes! ¡que todo cuanto vive huirá de nosotros, todo ménos la horrorosa

corrupcion que nos devorará poco á poco! El cementerio que está ahí cerca, es bonito y tan tranquilo y risueño, como si en él descansasen solo justos. Cubre allí la tierra sus muertos como un tapete de flores. Simpatiza conmigo la idea de que la naturaleza las produzca sobre los sepulcros: pero me choca que las planten los hombres. No es la voluntad de un mortal la que debe cubrir una tumba de flores, como no debe profanar ciertos dolores con consuelos; uno y otro debe de ser obra de Dios por medio de la naturaleza y del tiempo: las flores sobre los sepulcros y el consuelo en los corazones...

«Mi primo Tiburcio me da lástima; está desesperado aquí; llama este pueblo, que es tan bonito, un detestable villorro; lo ha acabado de exasperar el que sus padres miren como una suerte para él é insistan en que se ponga á la cabeza de una gran fábrica de fósforos que mi padre va á establecer aquí; pero Tiburcio dice, que no es ese un puesto adecuado para él, y que le degrada, ¡como si el trabajo degradara á nadie! El orgullo y la vanidad tienen trastornada la cabeza á mi pobre primo, que por lo demas me parece un buen muchacho...

«Hay aquí un excelente médico que me cuida con esmero, tambien un comandante tan bueno y complaciente que me acompaña siempre que salgo. Ayer fué el paseo á un fuerte que mandaba; pero que se ha caido. Me gustan las ruinas, cuando no las profanan y las respetan, dejándolas á ellas buscar su mejor posicion para descansar, y escribirse con yedra su epitafio; aunque repruebes los recuerdos, Reina, ellos son la yedra de una felicidad arruinada. A la vuelta vimos ponerse el sol en la mar. D. Juan de Dios, el médico, me hizo observar el magnífico espectáculo que ofrecia. Por mi parte, siempre la puesta del sol me ha dado tristeza; me parece al desaparecer, el grano de arena que cae en el gran reloj que tiene en su mano el tiempo; pero verlo ponerse en la mar me horroriza porque me parece un gran naufragio, y sus últimos pálidos rayos, un agonizante clamor por socorro...

«Te he dicho que este pueblo es bonito sin tener pretensiones de serlo; es un grupo de casas bajas rodeadas á la

iglesia que descuella grave, y parece con su paz y su silencio un rebaño de fieles arrodillados al rededor de una cruz. Cerca hay un soberbio convento que ha comprado mi padre. ¿No te suena estraño al oido eso de *comprar un convento* como una vara de paño? No he querido ir á verlo porque me daria mucha tristeza entrar en él. ¡Silencio hosco en las bóvedas en que sonaban himnos y preces al Señor! ¡Qué dolor ver el tabernáculo en donde se entronó la majestad, llenando de respeto, de amor y de consuelo los corazones, vacío y frio, esparcir desconsuelo y asombro! Prefiero ir al convento de Santa Ana; allí los cantos de las monjas, las flores, el incienso, las luces, los rezos de los fieles, todo consuela al corazon y redobla nuestro fervor, como en coro y acompañada se levanta la voz mas firme y confiada. ¿Quieres creer que Tiburcio me hace burla por eso, y dice que solo se va á la iglesia por curiosidad ó *fanatismo?* Al ver mi asombro me dijo me lo enseñaria impreso. Alguna vez creo que ese muchacho que siempre está ocioso y no hace sino rabiar, va á volverse loco.

«Hemos ido algunos dias há, á la playa donde tan ásperamente vienen las aguas del mar á amargar la arena. Hay sitios en que se agolpan rocas como soldados que opusiese la tierra á la invasion del mar. Compadécenme estas rocas oscuras, mustias y taciturnas, por verlas destinadas al incesante combate con las olas, que Dios les ha impuesto. Unas se alzan erguidas y las desafían; otras se acuestan indolentes ó cansadas, dejándolas pasar sobre ellas, arrancándolas algun giron de sus pliegues, que queda en sus concavidades, trasparente, manso, tranquilo como si no fuese parte de aquel furioso elemento. Trajéronme las niñas de mi tia conchitas y caracolitos de varios colores, y tambien estrellitas de la mar. Son muy bonitas, ¿las has visto? Mi tio dice que es una planta, y Don Juan de Dios, que es un pólipo; pero los niños dicen son estrellas del cielo que caen en el mar y se apagan.

«Cantan:

«La estrellita de la mar,
Apagadita en la arena,
Se cayó del cielo
Y murió de pena.

«Y yo por mí creo que tienen razon.

«Hallé un hueso; lo habia arrojado la mar á la playa como un despojo. Me figuré que podria ser un hueso de mi madre, y me puso esta idea tan mala que me tuvieron que traer á casa, y he estado mala mas aun de lo acostumbrado estos últimos dias. Pero hice que se enterrase en tierra santa ese pobre hueso que la mar arroja y la tierra rehusa; y fué en la playa que se enterró; la Iglesia ha hecho tierra santa para los ahogados, las playas á las que los pobres cadáveres vienen á pedir sepultura. ¡A dónde no estiende esta Santa Madre su mano para amparo y consuelo de sus hijos!

«Desde esta última salida sigo peor, Reina mia, y no puedo salir. Mi pobre tia me acompaña cuanto se lo permiten sus quehaceres; me cuenta las pesadumbres que le ha dado su hijo Tiburcio. No ha sido la menor el haber abandonado á una linda y excelente muchacha de aquí con quien estaba tratado de casarse; se querian desde niños y la dejó. ¿Comprendes tú eso, Reina? ¿comprendes que el corazon se desprenda de un cariño como un árbol de una fruta pasada? yo creí que era el cariño el árbol mismo que echaba cada dia mas profundas raíces en el corazon. Ella ha entrado de pupila en el convento de aquí; y si vieras con qué desprecio habla Tiburcio de las monjas y de los conventos; voy creyendo que ademas de mala cabeza y malas ideas, tiene malas entrañas.

«Como nada puedo ni me dejan hacer, me siento á la ventana á mirar las nubes, que son tan bonitas, que pasan sobre nosotros tan calladas, y que los hombres no notan por tanto mirar al suelo. Algunas veces cuando están altas y diáfanas, me parecen ángeles que estienden sus alas de plata sobre el azul del cielo. Otras veces, cuando las veo llegar ligeras, pararse sobre mi cabeza y echar á correr, se me figura que me dicen como tú me decias cuando niña: *Ven ¿á qué no me coges?* Todo recuerda las personas que se aman,

Reina. El corazon en la ausencia es un reloj de repeticion, al que nunca falta cuerda. Cuando vuelan las nubes rápidas y ligeras hácia Sevilla como el humo de un pebetero, quisiera poder rellenarlas de flores para que lloviesen sobre tí, y cada una te besara por mí tu frente y tus manos.

«....Ya, Reina mia, han empezado á venir las nubes negras como presentimientos que tuviese el cielo de tempestad. Estas primeras nubes se me figuran bandadas de calladas grullas que van léjos, léjos, á buscar otro cielo. Pero van tristes porque se ausentan. ¡La ausencia, Reina! la ausencia que parece un mal tan pequeño y es un dolor tan grande, tan profundo y que creó la palabra *A Dios,* que es la mas triste de cuantas existen, y que mas que en los labios de los vivos tiene su lugar sobre los mármoles de los sepulcros.....

«....Ya hemos tenido temporales, Reina, ya el viento levantó su poderosa voz; esa voz que ahulla y amenaza, ya yo me deshago en mi angustia y agito en mi calentura. ¿Qué querrá el viento, Reina? ¿Qué le ha hecho la tierra que tanto la castiga? ¿Qué dice su pavorosa voz? ¡Pues algo dice! ¿Es acaso el alma de algun otro globo terrestre que ha muerto y le pide preces á este? ¿Es el despecho de lo que no es nada y quiere ser algo? ¿En qué estriba su fuerza, y con qué boca brama? ¿Porqué prefiere la triste noche, y porqué persigue á las pobres nubes que destroza y hace llorar? Cuando lo oigo, Reina, ¡cómo va subiendo mi agitacion y mi angustia! Es mi alma entónces como el barco que hace el temporal agonizar sobre las olas del mar. ¡Pobres, pobres de los que en la mar se hallan! ¿Y es acaso un consuelo hallarse uno en seguridad? no, no. Es parecida entónces la tranquilidad á un crímen contra la humanidad; si durmiese sentiria remordimientos. Todos deberian en esos casos reunirse, velar y levantar á Dios su corazon y sus manos para implorarlo en favor de los que peligran, y Dios diria: todos son mis hijos, puesto que todos son hermanos. ¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio! ¡envía el rocío á las plantas y la caridad á los corazones! Dános el pan de cada dia, y perdona como perdonamos.

»....Al volver á leer lo que te escribí ayer bajo la im-

presion del temporal, conozco que doy lugar á que tú me riñas y la alegre Flora me embrome. Me parece oirla asegurar como otras veces hacia, que el vibrar tristemente al soplo del viento, solo pegaba á las harpas eolias y no á las niñas bonitas, y que lo místico solo en la letanía pega á la rosa, que en el siglo no se puede vestir de monja, llevar la espina en la frente como Santa Rita, sino en el corazon y cubierta con un moño. Díle á esa alegre y festiva Flora, que en el corazon llevo una espina, y ojalá fuese la de Santa Rita y que hago porque lo sea. Como estóy tan sola, desde que me aparté de todos Vds. y no me dejan ocuparme en nada, no puedo hacer otra cosa que pensar y sentir.

«Mucho ha llovido estos dias. Ha sido á consecuencia de las rogativas que se hicieron. ¡Qué misericordia de Dios! ¡Oh Reina! ¡qué fervor y qué gratitud rebosaba en todos los corazones!.... Solo el de ese desgraciado Tiburcio quedó frio y seco como lo estaba el suelo. ¿No es portentoso, Reina, cómo en nuestra época en que escasean los milagros, porque escasea la fe, se ve de continuo repetido el de enviar Dios el agua cuando se hacen rogativas? y eso es, Reina, porque en ella pedimos, lo que Dios nos enseñó á pedirle, el pan nuestro de cada dia.

«Ya el tiempo ha sentado, las nubes se han levantado y pasan tranquilas y calladas sobre la tierra sin rozarse con ella; ¡quién pudiera imitarlas! pues hoy, Reina, me oprime una angustia terrible; habia notado que las niñas de mi tia, que recien llegada aquí siempre estaban á mi lado, no venian ahora jamas á mi cuarto, porque lo creí hijo de la inconstancia natural de su edad. Pero ayer que era viérnes me trajo la mas pequeña un ramo de romero, y me dijo: «Toma, Lágrimas, estas matas de romero que florece todos los viérnes [1]), te la traigo porque sé que te gusta, y sin que lo vea mi madre, que nos ha prohibido que nos acerquemos á tí!» Diciendo esto echó á correr.

---

1) Otra de esas poéticas religiosas, perfumadas é inocentes creencias del pueblo con todo su sello genuino. No inventa el poeta, por mas que lo sea, cosas tan cándidas.

«¿Será por ventura contagioso mi mal, Reina? ¿Empezará acaso la muerte á separarme en vida de los vivos? ¿Será perjudicial mi cercanía? ¡Oh! Reina, ¡eso seria terrible! Sí, sí, cierto será. Largo rato estuve llorando; pude hacerlo sin que nadie me preguntase porqué; mis pobres tios tienen que atender á sus quehaceres y no pueden estar á mi lado. ¡Oh, Reina, cuán triste es la vida y cuán terrible la muerte!... siento tantos dolores en el pecho.... en la cabeza..... pero siempre repito como hacia mi madre:

«Abrázome con los clavos,
Y me reclino en la cruz,
Para que siempre me ampares,
Dulce Redentor Jesus...

LAGRIMAS.»

Flora á Lágrimas.

«Mi amada Lágrimas:

«Reina está un poco indispuesta y me encarga escribirte en su nombre. Pero es el caso que yo quiero hacerlo en el mio porque te quiero mucho, y porque soy comunicativa con las personas que amo: ademas tengo muchas cosas que decirte. Creo que de lo que te diga podrás sacar algun fruto, y por eso he tomado la pluma, instrumento que odio. Todas cuantas existen daria por una aguja, así como todas las espadas, inclusa la famosa de Francisco I por un abanico. Así tuviese una varita de virtud para hacer ese trueque general; ¡qué paz no gozaríamos!

«Vengamos al caso. Fabian se fué; entró en la vida *activa* como dice Genaro; en la *positiva* como diria Marcial. Pasó ese hijo de Apolo al servicio de Temis, como él decia, asegurando le parecia muy vulgar despues del de Flora. Soltó las coronas de laurel por el bonete de doctor, y la lira por las pesas de la justicia como el cajero de un refino. Nos dijimos adios como dos buenos niños que han jugado juntos las horas de asueto, y que dejan los juegos sin llorar ni rabiar para ir á la clase. Por consiguiente, no creas que voy

á obsequiarte con una elegía: no, no. La elegía es un sauce lloron que me gusta mucho á la orilla del rio, pero que es estraña á mi pluma, que no sabe trazar un punto de admiracion, ese estandarte de las declamaciones; recuso las lágrimas aunque las llame Fabian perlas del corazon, porque en este no quiero yo sino brillantes y esmeraldas. No me gustan mas *lágrimas* que tú. En corto tiempo se siguieron tres graves eventos. Se fué Fabian, ese ruiseñor de mi primavera, cumplí diez y ocho carnavales, y llegó aquí un primo mio tercero ó cuarto, á quien ese parentesco pareció lejano, y deseó estrechásemos mas sus lazos. Si bien al pronto no correspondí á sus deseos, mi madre lo hizo por mí muy tiernamente, diciéndome de un modo espantosamente prosaico, que teniendo docena y media de años, número respetable, era tiempo de pensar en *marido* y no en versos. Como mi proveedor ya no podia proveerme sino de sentencias, no hallé muy descabellada la de mi madre. Desengáñate, Lágrimas, la sabiduría está en los labios de las gentes de edad, como el buen vino en las uvas maduras; no hay mas acá ni mas allá: las uvitas verdes no dan sino agraz para refrescar en las tardes de verano. No debemos nosotras, niñas bonitas, considerar al amor como á un guia, y seguirlo á la manera de las corridas de caballos que decia Fabian llaman los franceses *carrera al campanario*, proponiéndose en ellas llegar á un término en línea recta, saltando barreras, atravesando arroyos, atropellando obstáculos; eso descompone, desfigura, quita la gracia, suave y femenina, la frescura á la juventud, y da talante de marimacho.

«El corazon de una jóven debe ser, esclavo no, dócil sí. Un marido confía mas en un corazon dócil que en uno emancipado, porque la mujer que sacudió el primer freno, bien podria sacudir el segundo. Lo que agradeció el amante, cúlpalo en su fuero interno el marido; lo pasado no es garantía para el porvenir, lo que hace perder á la mujer gran parte de su prestigio, y no poca de sus derechos al respeto y confianza de su marido, y sobre todo tiene que renunciar al santo lauro de que este la presente de modelo á sus hijas, y la madre que no pueda presentarse de modelo á sus hijas de-

beria desear el no tenerlas. Todo esto te lo digo, mi suave y triste niña, porque nuestras posiciones tienen cierta analogía, y quiero participarte mis reflexiones y recomendarte mi ejemplo, no porque dude hagas como buena hija lo que he hecho yo; sino porque quiero que lo hagas alegremente y de corazon. Si un sacrificio se hace con el aire de una deplorada víctima, pierde su mérito moral como un regalo que se hace de mala gana, así es, que desde el dia que dije á mi primo que consentia en ser su compañera, me he apegado á él como á un deber, como á una esperanza, como á una felicidad, y dicen que lo merece.

»Coronan los padres la penosa tarea de la crianza de sus hijas, llevada al cabo á costa de tantos sacrificios, estableciéndolas dignamente y asegurando su suerte. ¿No es la mas negra ingratitud arrebatarles esa corona, que ha de acabar y premiar su obra, y disponer en tan corta edad de nosotras mismas, denegando á nuestros padres y despreciando la autoridad que Dios, la naturaleza, la razon, la gratitud y nuestro propio corazon le dan sobre nosotras? Ademas, Lágrimas, cree que Dios premia toda buena accion; la senda árida la siembra de flores. ¡Si vieras cuanto gozo al ver la íntima satisfaccion de mis padres, nacida de su cariño hácia mí! porque hija mia, su presunto yerno, no solo es un escelente sugeto, no solo me ama con ternura, pero es tambien un brillante partido. De esta hecha, San Antonio, á quien mi madre pedia para mí un buen marido, desbanca en su corazon á todos los demas santos. Quiero que tú estés contenta y feliz como yo, y por eso te he escrito esta epístola, que en honor de la verdad merecia imprimirse. Abomino el egoismo, esa atroz alcancía que si pudiese habia de recoger en su seno cerrado, todos los rayos del sol y todas las flores de la tierra.

«Fabian me aplicaba una frase de un autor frances, diciendo que cada uno de mis pensamientos tenia una sonrisa; imítame, queridísima niña mia, y no des lugar á que nos aflija la idea de que cada uno de los tuyos tenga cual tu nombre Lágrimas.

«Tuya de corazon,

FLORA.»

Respuesta de Lágrimas.

«Queridísima Flora.

«He recibido tu carta como recibe la humilde flor del valle el rocío que Dios la envía. ¡Qué buena eres en quererme y en acordarte de mí, tú, que tienes tantos que te rodean, á quienes querer y de quienes ocuparte!

«¡Dichosa tú mil veces, á quien manos amantes trazan su senda y hacen dulce su deber! Tú, cual las nubes de primavera, tuviste una suave brisa para guiarlas en el azulado éter, pero nubes hay abandonadas y solas que vagan á la ventura, y que no están bastante altas para preguntar á las estrellas cuál es la senda que las lleva á su destino, ni bastante pegadas á la tierra para recibir de ella consejos. Me dirás quizas que la razon es un guia que no está tan alta como la inspiracion, ni tan baja como la esperiencia; Flora, la razon quiere ser guiada, y si no, su poder es muy limitado.

«Me dices que te imite en tener pensamientos risueños. — Flora, díle á la mar que brille cuando el sol no se refleja en ella!

«Tus dias, Flora, pasan sin sufrimientos y tus noches son tranquilos. Mis dias, sin esceptuar uno, son un continuo padecer; mis noches, si velo, las amarga la angustia, y si duermo, la pesadilla. ¡Oh, Flora! ¡Cuán amarga es la pesadilla! Y en tanto que discurren los hombres, ¿no han podido hallar un remedio para esa espantosa congoja del espíritu? ¿Te acuerdas que Fabian nos dijo de la manera que la definia un poeta inglés? [1]) No lo he olvidado: «Tuve un sueño, dice, que no está en las facultades del hombre decir lo que era este sueño; no vieron jamas los ojos de los hombres, los oidos de los hombres jamas oyeron, sus manos jamas tocaron, sus sentidos no pueden concebir, ni sus palabras espresar lo que fué ese sueño!» Así, la pesadilla, cuando es horrible como las que me acongojan, debe de ser el presentimiento ó

---

1) Shakspeare.

el terror anticipado de las angustias y horror de los condenados. Ahora bien, Flora mia, díme ¿qué puede la razon contra los poderosos latidos del corazon, el sudor que baña la frente, la agitacion y el asombro del que despierta de la pesadilla? ¿Cálmala el silencio de la noche? ¿Sosiégala la tranquilidad de esas horas muertas? ¿El convencimiento de que la causa es ilusoria?... No. Pues si nada puede la razon sobre las impresiones de las imágenes que crea la fantasía ¿qué poder ha de tener sobre las impresiones de la realidad? Flora mia, cada cual siente segun el poderoso instinto que Dios puso en su corazon: en vano quisieran resistir á sus corrientes las aguas, la luz y los corazones; para unos fué su corriente una sonrisa, para otros la tristeza. A unos dijo Dios *sufríd*, y á otros *alegráos;* y á todos, veníd á mí.

«¡Sé feliz, Flora mia, sé feliz cual debe serlo aquella que fué criada por el Todopoderoso para probar á los mortales cuán fáciles son las virtudes, y cuánto embellecen y hacen amables á los que las practican, que así hacen felices, cual las flores perfuman, á cuantos les rodean, pues solo á tí entre las mujeres, como al naranjo entre los árboles, fué dado ostentar á un tiempo sus puros y embalsamados azahares, y sus dulces y dorados frutos!

LAGRIMAS.»

CAPITULO XXVIII.

SETIEMBRE, 1848.

En lós dias que siguieron á la escena que hemos referido y tuvo lugar entre la marquesa y el millonario, notó Reina á su madre muy preocupada. Vió entrar y salir en su gabinete muchos hombres que le eran desconocidos, corredores, abogados y escribanos, pero la marquesa guardaba silencio sobre esto, y Reina, triste es decirlo, contra el decoro virginal de una jóven, contra los dulces sentimientos de amor y gratitud filial, solo se ocupaba de su pasion. En su egoismo de niña mimada, todo lo posponia á su ídolo por ser suyo. Dios puso

un fuerte iman en el corazon de la vírgen á fin de darle fuerza para abandonar el techo paterno y el regazo de su madre. Pero si la atraccion de este iman traspasa sus límites, si hace á las vírgenes frias para sus mas santos sentimientos, ingratas, disipadas, desatinadas, vergüenza sobre él, pues salió de sus límites como un agudo y discordante chillido en la armonía universal. Créanlo, persuádanse las jóvenes, que aun mirando las cosas de tejas abajo, un freno en los sentimientos y un velo sobre la cara, son un iman, un encanto que á lo fino y delicado reune lo picante y seductor.

Así fué que Reina nada traslució, ni nada preguntó á su madre, contentándose con decirse á sí misma: «Cuando nada me dice, es que querrá que yo ignore lo que le apura; si hace misterio dejarla, que preguntar seria incomodarla.» ¡Cuántas transigen así con sus mas íntimos deberes, teniendo aun la insolencia de hacer pasar sus faltas como méritos!

La víspera del dia en que cumplia el contrato, la marquesa habia citado á su amigo D. Domingo de Osorio para una entrevista reservada.

Cuando este entró, halló á la marquesa sentada delante de su mesa escribiendo.

— Marquesa, dijo acercándose, la república se la llevó su padre; los que estaban rojos están muy amarillos. Enrique V está en Marsella, y cuanta campana hay en Francia, repicando, cuanto cañon existe, haciendo salva. Ya, si eso no podia dejar de suceder; tras el cáos la luz; tras el desórden el órden; las calenturas, miéntras mas violentas mas cortas. En Vigo, dijo acercándose y bajando la voz, ha entrado un barco ruso con veinte mil fusiles y cien mil rublos.

— D. Domingo, dijo la marquesa, sin atender á sus noticias políticas, he deseado hablar á Vd. para participarle dos cosas: la una es el casamiento de mi hija.

— ¿De Reina? y con quién, ¿con el marques de Navia?

— No, se casa con Genaro.

— ¡Con Genaro!

— Sí. Este casamiento destruye todas mis esperanzas; pero está apasionada á lo sumo de Genaro, y decidida tarde

ó temprano á unirse á él. He hecho cuanto en mi mano ha estado para impedir este enlace, como corresponde á una buena madre, que en el casamiento de una hija no ve un capricho amoroso que satisfacer, sino su felicidad, su colocacion en el mundo y el lugar que debe ocupar, el puesto y bienestar de los hijos que tenga; he hecho cuanto he podido como tutora que mira el casamiento de su hija con toda la gravedad que se debe mirar, cosa de que penden los destinos de sus descendientes, deseando equitativamente, que puesto que su pupila lleva ventajas, las hubiese hallado proporcionadas. Todo cuanto he hecho para disuadirla ha sido inútil; persuasion, autoridad, dulzura, rigor, todo se ha estrellado contra su constante argumento, que sobre nada podia yo fundar una oposicion justa, puesto que Genaro era completo; tiene en parte razon. Genaro es todo un caballero por su clase y su comportamiento; es brillante, fino, distinguido, tiene una capacidad poco comun, una conducta ejemplar; será un buen marido y un escelente y entendido administrador de los bienes de su mujer. Así sacrifico el mayor lustre á la mayor felicidad de mi hija, á quien por desgracia mia no enseñé á ceder desde niña, primera leccion que deben dar las madres á sus hijas, ahogando así la rebeldía en su gérmen.

— Acuérdese Vd. cuántas veces se lo aconsejé, dijo D. Domingo, que habia quedado dolorosamente sorprendido del casamiento de la niña, que tanto queria, Vaya, vaya, añadió, vaya con Reina si es absoluta!....

— Así será, dijo sonriendo la marquesa, *Reina*, á su gusto de Vd. y en sus ideas.

— No me gusta, marquesa, lo absoluto en la *voluntad* sino en el *poder*; y ese poder debe existir, no en la mano muerta de una ley escrita, sino en una mano viva y fuerte, que es la que puede hacerla cumplir, pues yace inerte en sus infolios.

— Vengamos al otro punto que anuncié á usted, prosiguió la marquesa. Mañana cumple el año vencido del contrato que hice con D. Roque.

— Sí, sí, repuso D. Domingo, y como Reina no se ha casado, y con el casamiento que hace no hay probabilidad al-

guna que lo quiera rescindir su marido, lo habrán Vds. renovado.

— No pienso hacerlo, D. Domingo.

— ¿Que no? exclamó este señor: pues ¿qué piensa Vd. hacer?

— Pagar.

— ¡Pagar! dijo D. Domingo estupefacto, ¡Dios mio! añadió inquieto, ¿va á quedarse D. Roque con el cortijo?

— Eso quisiera ese soplado patan; pero no se mirará en ese espejo, no.

— ¿Pues cómo va Vd. á pagar, marquesa? preguntó su anciano amigo, ¿dónde va Vd. á encontrar con tanta premura ese dinero?

— Aquí está, dijo la marquesa, sacando dos letras á la vista, de su gaveta.

D. Domingo las tomó atónito y las pasó por la vista.

— Esta es de cuatrocientos mil reales y del rico fabricante F***, este es el que paga á Vd. la renta vitalicia, ¿y cómo?...

— La he enajenado, respondió la marquesa.

— ¡Jesus! ¡Jesus! ¡qué disparate, qué locura! exclamó D. Domingo poniéndose en ademan desesperado las manos en la cabeza; una renta de treinta mil reales; una mujer que no tiene cuarenta años ¡Jesus! ¡se ha arruinado Vd. como una ciega, como una niña! Esas deudas que eran del caudal de su hija ¿qué responsabilidad tenia Vd. á ellas? ¿á qué sacrificarse así sin necesidad?

— Don Domingo, ¿no es uno mismo lo mio y lo de mi hija?

— Se puede casar y no pensar así su marido, y no reconocerle á Vd. ni el sacrificio ni la deuda.

— Genaro no es capaz de eso, D. Domingo: pero aun dado caso que eso sucediese, me queda mi viudedad con la que me sobra para mi vejez.

D. Domingo tomó la letra y leyó: doscientos mil reales á B*** joyero.

— ¡Señora! ¡señora! exclamó desesperado, ¿ha ido Vd. á vender sus magníficas alhajas, joyas de familia que trajo de

Lima su bisabuelo evaluadas en mas de un millon? ¡Y eso en tristes doscientos mil reales!

— Ya he reservado un aderezo completo para Reina, contestó la marquesa.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! decia D. Domingo, dando vueltas por el cuarto fuera de sí, ¡qué destrozo! ¡qué ruina! ¿Porqué no me habló Vd.? Si es que D. Roque exigia ese dinero no habria faltado quien con tan ventajosas condiciones, como las que para sí estipuló ese tirano, hubiese dado la suma.

— ¡No mas! ¡no mas! exclamó con espansion la marquesa casi extremecida. ¡Oh! ¡no mas! Las deudas carcomen como un fuego la paz de la vida; rebajan la mas alta superioridad á la esfera de la mas baja inferioridad; ponen en la boca del vulgo el desden y en la del rico el ultraje; y llevan razon en su soberbia, porque el noble que se endeuda pierde el derecho á levantar la cabeza; es el galeote que arrastra al pié su cadena. El primer noble que se endeudó, á no ser para servir á su rey y á su patria, fué el que derrumbó la primera almena del alto castillo que edificó la nobleza como su emblema, la cual para conservar su gloria debe dar á manos llenas y no saber lo que es tomar. El que puede pagar y no paga aun á costa de sacrificios, transige con la honradez, dejando á su descendencia voluntariamente un mal mortal que se hereda como la hetiquez. El que toma prestado con intencion de pagar, es como el que peca con intencion de enmendarse. Son las deudas la polilla de las nobles casas y el desdoro de sus blasones; es la esclavitud de un alma elevada é independiente!... es el azote del que á falta de dignidad tiene orgullo como se tiene á falta de oro, cobre dorado. Todo esto, D. Domingo, son lecciones de la esperiencia; las deudas han amargado toda mi existencia, me han hecho cometer bajezas poniendo buena cara á quien no debí ni recibir en mi presencia, y me han valido el primer insulto que he recibido en toda mi vida!... ¡Oh! yo dejaré á la hija de mi alma su caudal desempeñado! No, no pasará ella lo que ha pasado su madre.

— Marquesa, dijo D. Domingo, al notar la exaltacion y vehemencia con que esta se expresaba; habláis bajo la in-

fluencia de un noble sentimiento, subido de punto quizas por algun reciente disgusto que me ocultáis; y aunque en el fondo de cuanto decís lleváis razon, exageráis... Considerád que puede á veces ser el préstamo un favor en quien lo hace, y un beneficio para quien lo recibe.

— Niego el hecho, prosiguió la marquesa con creciente calor, niego el hecho con alguna rara excepcion. Hágase, D. Domingo, un código de honor que aprendan nuestros hijos y en el que sea ignominiosa la deuda, y se califique al usurero de infame vampiro cuyo contacto horrorice como el del verdugo, y que enseñe á honrar al noble pobre *que no pide* á la par que al rico plebeyo *que da!*... Nivelados así por sus virtudes se conseguirá esa igualdad decantada por la que claman inútilmente la soberbia y el orgullo, pues rico es el que no pide y noble es el que da. Así, D. Domingo, habrá progreso; progreso en la senda que le trazó el Evangelio, fuente primera y única de todo progreso moral.

CAPITULO XXIX.

OCTUBRE, 1848.

Miéntras D. Roque hacia su viaje, y llevaba adelante sus planes, con poco éxito como hemos visto; miéntras Reina y Genaro se entregaban á su pasion, ella ciega con las dos cegueras de la confianza y de la obstinacion, él alerta y exigente como la desconfianza; miéntras la marquesa cansada y abatida por sus agitaciones, buscaba tranquilidad sacrificando sus intereses materiales y sus planes de engrandecimiento y lustre de familia, al bienestar y deseos de su hija, Lágrimas sola, padeciendo, sin comunicacion con las personas que amaba, puesto que Reina no habia contestado á la larga carta que á ratos le habia ido escribiendo, decaia por dias; mas nunca se quejaba y siempre se la hallaba suave y callada como la flor que se aja, inclina su cabeza y muere, regada por las amargas aguas de la mar, sin perder su fragancia.

Entretanto sus padres se esforzaban en vano en convencer á Tiburcio que se pusiese á la cabeza de la fábrica que establecia D. Roque en el convento. Tiburcio se negaba con obstinacion, repitiendo por todo argumento *que no habia nacido para fabricante*, y pronunciando la palabra *fabricante* con desprecio tal, que ni puede describirse ni imitarse; esa palabra que indica una clase de hombres tan estimada y bien acogida en todas partes, tan honrada con el aprecio público, la consideracion de los gobiernos, y el respeto de tantos pobres á quienes dan el pan: hombres que son las grandes arterias del cuerpo social, que distribuyen la sangre á los vasos y cuyo dominio y círculo de accion, cuando cae en justas y benéficas manos, recuerda algo, en este siglo egoista y vertiginoso de independencia, el paternal predominio de los patriarcas en sus tribus.

No pudiendo de manera alguna D. Perfecto convencer á su hijo, desesperado y sin saber que hacer, determinó, como último recurso y medio infalible participarle á Tiburcio las miras de su tio sobre su casamiento con su prima, á pesar del secreto prometido. Pero ¡cuál seria el asombro y la desesperacion del pobre padre, cuando al pintar á su hijo el bello porvenir, del que la fábrica era solo la aurora, vió á este recibir esta declaracion con el mismo desprecio que la anterior, asegurando á su padre con su acostumbrada decision y aire de superioridad que no se casaria con una niña fanática, enferma, y medio maniática, ni aun sin la condicion que se le ponia de ser *fabricante*, y *vejetar* en un despreciable villorro! El padre quiso insistir, pero su hijo le contestó de una manera tan acerba y despreciativa, con tal ironía insultante, que el pobre alcalde, aunque tarde, empezó á conocer el disparate que habia hecho en haber desoido las buenas, aunque toscamente expresadas razones de su mujer; al ver que por fruto de todos sus sacrificios y desvelos, lo que habia logrado era haber hecho á su hijo desgraciado, rebelde, altivo y sin mas ciencia que la de despreciar.

El desprecio, como se ve hoy dia, no se ha conocido jamas. Era una cosa grave reservada á vilipendiar con ella cosas infames y bajas; hoy dia se ha generalizado como el

uso del azúcar. Conocióse en otros tiempos descollar el orgullo en los grandes y magnates, que autorizaba (si bien no disculpaba) la fuerza y el poder en enérgicas manos: época personificada en el Götz de Berlichingen de Goethe, ese héroe de la edad media llamado *el de la mano de hierro*, porque habiendo perdido la una se servia de otra de este metal con la misma facilidad que con la suya.

Se ha visto en siglos mas cultos el desden que motivaba (si bien no disculpaba) el lustre, la elegancia, la encumbrada nobleza y señorío, y se vió al embajador de España, duque de Osuna, en la corte de Isabel de Inglaterra, *desdeñar* el recoger las perlas que se iban todas desprendiendo de su magnífico vestido que estaba cubierto de ellas.

Se vió al marques de Villena *desdeñar* el volver á habitar su palacio en el que se habia hospedado un traidor á su patria, el condestable de Borbon, y pegarle fuego; y se vió un Tous de Mansalve *desdeñar* en presencia de la ideal reina Isabel la Católica, la sangre real, si era bastarda. Pero la era en que debia brillar el *desprecio* con todo su grosero insulto, era en la de la igualdad y de las luces. El orgullo para entronizarse necesitaba fuerza, el desden lustre, el desprecio no necesita de nada; ni apoyo, ni base; al contrario, miéntras mas de abajo parte, mas arrogante se alza, mas crece y mas frondoso está; es planta que medra bien en suelo bajo, no necesita ese descendiente bastardo del orgullo y del desden, ni base, ni fuerza, ni apoyo, ni lustre, se basta á sí mismo. Se halla este compuesto de envidia é insolencia, en las gentes soeces de primera calidad; sale de los colegios antijesuíticos en todo su auge. Lo primero que hace es poner en la boca de sus secuaces la crítica. ¡Oh! la crítica, esa, esa es su fuerza y lustre. ¡Oh! la crítica es su sello genuino, su ciencia infusa; así es, que en tiempos de oscurantismo nacian los niños torpes é ignorantes; al despuntar las luces *nacieron sabiendo* como es de pública notoriedad por un conocido adagio; pero al llegar las luces á su apogeo, ¡oh maravilla! *¡nacen los niños criticando!* ¡Oh santo respeto! ¡Angel de la guarda de la inocencia! egida de todo lo noble y santo, hermano gemelo de la modestia, freno de la licencia,

encanto de la juventud, ¿dónde te has ido que no se te encuentra ya en el mundo? Te han echado de todas partes, hasta de tus mas sagrados é inviolables asilos, las manos impías del desprecio. El triunfa, él influye, él manda en las destrozadas entrañas de la que se llamó la culta Europa.

La pobre Lágrimas, viendo que no recibia contestacion, escribió poco despues á Reina.

Lágrimas á Reina.

«¡No me escribes, Reina mia! Nada sé de tí ni de *nadie*. ¡Cuán sola estóy! pero cuanto mas sola estóy, mas cerca siéntome de Dios, y ahora comprendo los solitarios de la Tebaida. Si hay soledad para el corazon, no la hay para el alma; elevar el corazon hasta el alma, esto han hecho los santos; los poetas solo han elevado los instintos materiales á los sentimientos del corazon. Algunos sucesos tristes y terribles me hacen tomar la pluma para participarlos. Está visto, Reina mia, que he de agotar el cáliz de la amargura hasta las heces.

«No sé ni cómo te podré escribir, pues ya conocerás por los renglones escritos lo trémulo de mi pulso. Separa mi cuarto, que da á la calle, del de mis tios, un tabique provisional de tablas, puesto ante el hueco por el que se comunican las dos habitaciones; esta mañana oí que disputaban y que alternaba en la disputa Tiburcio. Sea que me creyesen ausente y en el gran corral donde suelo ir cuando puedo á coger unas matas, sea que mi oido se haya afinado mucho, oia cuanto hablaban. Me quise levantar para ausentarme, cuando oí estas terribles palabras, dichas por Tiburcio: «No señor, ni que Vd. se empeñe, ni que se empeñe el papelon de su primo D. Roque, me caso con mi prima. El hombre debe tener miras mas elevadas que las de ser rico; no quiero riquezas puesto que con ellas me condenan á vivir en este villorro, me rebajan á ser un vulgar y oscuro fabricante, me avasallan á casarme con una imbécil fanática, (calla, le grita-

ban sus padres con angustia; pero Tiburcio prosiguió sin atenderles), una muchacha enferma, hética pasada, y medio tocada.»

«Diciendo esto salió á pasos precipitados de la habitacion y de la casa. ¡Reina! ¡Reina! ¡hética, tocada! ¡Oh, Dios mio!...

«No pude seguir escribiéndote el otro dia. Me encontraron desmayada en mi silla y me trasladaron á la cama, en la que he permanecido algunos dias. En ellos ha ocurrido una terrible desgracia á esta pobre familia. Habiendo su padre enviado á Tiburcio á Cádiz á tratar con el mio sobre pormenores de las obras que se están haciendo en el convento, y para traer fondos, Tiburcio los ha cobrado y ha desaparecido con ellos.

«No puedo pintarte la afliccion de este honrado matrimonio que quieren pagar á mi padre, pero á los que este último sacrificio á que les obliga su hijo acaba de arruinar. Parte el corazon el verlos y oirlos. ¡Quién fuera mi padre para no permitirles sacrificarse así para cubrir el desfalco de su hijo! Pero mi padre no se lo impedirá. ¡Qué ideas tan raras tiene sobre el dinero mi padre! Le parece el *cobrar* cosa tan de conciencia, tan precisa y grave, como el *pagar*. La madre de Tiburcio cree que se ha ido á California; su padre que á Icaria con ese M. Cabet de que siempre hablaba y de que se reian tanto Flora y Fabian. Pero D. Juan de Dios, que cree conocer mejor á Tiburcio que sus padres, piensa que se habrá ido á reunir á los revolucionarios de Paris. ¡Oh Reina, eso seria terrible!

«Voy á escribir á ese padre que pensó en casarme con este Tiburcio que me desprecia y tiene por tocada, para pedirle no arruine á estos desgraciados que al fin son sus primos. Dios sabe cómo llevará mi carta, y es seguro no la atenderá, pero debo hacerlo. La compasion inactiva es un cuerpo sin alma. Es un deber gastar todas nuestras facultades en ver el modo de proporcionar alivio á los que padecen aunque no lo logremos. Es un tributo debido á la desgracia, es darle un bálsamo á nuestro corazon y es complacer al án-

gel de nuestra guarda, que como decia la madre Socorro cuenta nuestros pasos y nuestras

LAGRIMAS.»

Carta de Lágrimas á D. Roque.

«Padre y Señor:

«Nunca he pedido á Vd. ningun favor, porque la bondad de Vd. no me ha dado ocasion á ello, cuidando de mí como un buen padre; así abrigo la esperanza que no me negará el primero que le pido. Por Dios, señor, no permita Vd. que mis pobres tios se arruinen para pagarle á Vd. el dinero que se ha llevado mi primo, y que estóy en mí satisfacerá á Vd. en su dia. Tenga Vd. compasion de esta pobre familia, cuyo dolor me tiene partido el corazon. ¿Podrá nunca proporcionarle á Vd. el dinero un placer mayor que el de hacer bien?

«Me han dicho, no sé si será verdad, que algo heredé de mi madre; tome Vd. la cantidad esa de lo mio, si es que algo tengo, y toda mi vida le agradeceré ese favor mas que ningun otro que pudiese hacer á esta su amante y sumisa hija, que al poner esta súplica de su corazon en sus manos, se las besa con respeto y cariño.

LAGRIMAS.»

Respuesta de D. Roque á Lágrimas.

«Cuando las mocosas y las mujeres en general, se meten á hablar de negocios es á lo sentimental y desbarran. ¿Con que porque ese animal finchado ha hecho de su hijo un pillo lo pagaria yo? ¿yo me quedaria sin mis dos talegas, y él riendo? ¡vaya! Sepas tú, que nada sabes, que ningun deudor paga de buena gana; si eso fuese un motivo para no cobrar, estábamos frescos. ¿Me paga á mí ese alcalde de monterilla las medicinas y médico que necesitas? ¿á qué le pagaria yo los robos de su pillastre de hijo?

«¿Con que te han dicho que has heredado de tu madre, y la niña cree poder disponer de lo suyo? Sepas, cuellisacada, que hasta los veinte y un años no puedes disponer de un cuarto, cuanto ménos de talegas. El cuidado será mio de impedirte hagas desatinos semejantes al que has intentado, lo que será efecto de alguno de esos delirios, ciertos ó fingidos, con los que á todos nos tienes cansada la paciencia. Ves de mejorarte, pues en breves dias irá por tí tu padre

ROQUE LA PIEDRA.»

CAPITULO XXX.

OCTUBRE, 20.

El mismo dia en que Lágrimas enviaba su última carta á Reina, recibió la siguiente:

Reina á Lágrimas.

«Mi querida Lágrimas: como te quiero tanto, no puedo dejar de escribirte, aunque mi madre ha reñido con tu padre; este deberá haberse portado muy mal con ella para que tan airada esté con él, y no quiera ni aun recibirlo. Creo, aunque no lo sé, que el orígen de esto ha sido cosa de intereses, porque aunque tu padre toma todas las apariencias y prosopopeya de un Alejandro el Grande, me parece le pega mejor por lo avaricioso y estítico la de un Alejandro en puño.

«Efectivamente me he reido al ver el gran premio de lotería que has sacado con el parentesco del bello Tiburcio Cívico. Ni pintipirada le venia mejor la colocacion de elaborador de fósforos, á él que es su modelo en hechura y cualidades; él que es el fósforo hecho hombre, estaba predestinado á propagar la especie; pero díle á su madre que le ponga una chichonera por precaucion.

«Pongo en tu noticia que Marcial ha sido elegido diputado. Veremos si regala al congreso con algun axioma de su

cuño. Pero hablando formal, muchos diputados como él deberia haber, pues lleva á las cortes el exacto conocimiento de su provincia, buenas ideas y los mejores deseos, independencia sin espíritu de oposicion á cosas ni hombres; no lleva ahijados, y una sola ambicion..... la de pronunciar un discurso. Escribió á Fabian una elegía y este dijo:

Y patos y conejos,
Escuchaban su pena desde léjos [1]).

«Fabian ha sido destinado á un mal pueblo; está aburrido y quiere abandonar la carrera, volverse á Madrid y escribir; pero Genaro, que sabe cuanto vale, y el brillante porvenir que le está destinado, lo anima á perseverar y á no abandonar una senda firme, honrosa y segura por una resbaladiza y eventual.

«Flora está pedida por un primo suyo, de un pueblo, el conde de Villafría, excelente sugeto, de muy buena presencia y riquísimo. Fabian que lo ha sabido ha escrito á Genaro, que apellidó á Flora y á él dos colibríes, que el uno ha hallado el cáliz de un lirio en que posar, pero que el otro, prisionero en una jaula, triste, solo, está destinado como muchos canarios á subir con el pico que solo quisiera cantar, el cubito en que tiene que beber.

«Mucho te sorprenderá el que te diga que me caso; pero como tu padre ha dicho que pronto comeremos los dulces de tu boda, no quiero que me digan Vds., y ahora con mas razon que ántes, pues que predican con el ejemplo, que no sé ni querer ni decidirme, pero lo que mas te sorprenderá, es que sea el preferido y querido, Genaro, con el que tan mal me llevaba.

«Esto es para él una compensacion cuando te pierde, y para mí una leccion, contenida en el antiguo refran que prohibe se asegure que de esta agua no beberé. Mi madre ha consentido, porque no todos pueden tener tan altas miras para

---

1) Tomé de Burguillos.

sus hijos como D. Roque el millonario. Mucho deseo por lo tanto saber quién es ese novio de que ha hablado tu padre, y espero me lo escribirás cuanto ántes.

«Genaro siempre te aprecia, así como lo hago yo sinceramente y como á una hermana, y esperamos que cuando puedas disponer de tí, nos vendrás á hacer una visita, segura que en ello tendremos ambos el mayor placer.

«Adios, cuídate mucho y sé todo lo feliz que desea lo seas tu mejor amiga

REINA.»

Cuando Lágrimas hubo leido esta carta, dió un suspiro, cerró los ojos y cayó en uno de los profundos desmayos, que le solian acometer ahora con mas frecuencia.

Cuando volvió en sí, se halló en cama rodeada por Don Juan de Dios, el alcalde y su mujer; parecian los tres muy conmovidos. La pobre niña dió un débil ay, al sentir ardorosos dolores en las piernas y brazos, causados por la accion de fuertes sinapismos.

— ¿Otro tormento mas, D. Juan de Dios? preguntó esforzándose por sonreir.

— Es para tu bien, hija mia, respondió la alcaldesa, que le habia tomado mucho cariño.

— Lo sé, dijo la niña, gracias, y volvió á cerrar los ojos.

La alcaldesa tomó su mano y la halló fria.

— ¡D. Juan de Dios, exclamó alarmada, se nos va!

— Y mas pronto de lo que yo pensé, respondió este; yo aguardaba la caida de la hoja, pero esta flor caerá ántes que las hojas. Es preciso administrarla.

— ¡Jesus! ¡Jesus! exclamó la alcaldesa poniéndose las manos en la cabeza y dando vueltas por el cuarto, ¡pobre niña mia! ¡pobre niña mia!

— ¿Qué dice Vd., señor? exclamó el pobre alcalde que miraba á Lágrimas como el ángel intercesor para precaver su ruina.

— No hay que perder tiempo, prosiguió D. Juan de Dios, la debilidad es tal que podrá entrar en el delirio al que propende.

La alcaldesa salió azorada para mandar á avisar al cura; el alcalde consternado para despachar un propio á D. Roque.

Cuando la alcaldesa volvió, le dijo el médico:

— Es preciso anunciarle la visita del cura para que no la sorprenda, y con muchas precauciones, pues en el estado que está, todo la conmueve mucho.

— Bien, bien, respondió la buena mujer, descanse Vd., D. Juan de Dios.

Este salió, prometiendo volver en breve.

De allí á poco hizo Lágrimas un movimiento.

— ¿Duermes? le preguntó la alcaldesa.

— Unas veces creo que sí, y otras creo que no, respondió la niña con débil voz, pues hay realidades que me parecen sueños, y sueños que me parecen realidades; no defino bien los unos de los otros.

— Esto es el delirio que empieza, dijo para sí azorada la alcaldesa, bien decia D. Juan de Dios. Hija mia, añadió en voz alta, todos somos mortales.

— Es verdad, respondió amodorrada por la calentura la enferma, el *haber muerto* es dulce, el morir terrible.

— La muerte es preciso preveerla, prosiguió la alcaldesa, para que no nos coja desprevenidos como herejes, sino preparados como cristianos.

— Sí, sí, verla venir.... en el desierto del mar.... viene con el viento que aulla.... con el mar que brama y pide su presa; ¡es espantoso! ¡los elementos no tienen piedad! son enemigos del hombre que nada puede contra ellos, sino implorar la misericordia de Dios que los enfrena.

— Estar prevenido, prosiguió la buena mujer, es prepararse, que eso hace la buena muerte.

— Una buena muerte, murmuraba en entrecortadas frases la enferma, es el mayor favor de Dios.

— Pues para eso, hija mia, es preciso ponerse en gracia y confesar.

— A bordo, no habia confesor, decia la niña, pero en esos casos Dios es el confesor. ¡Bendito sea!

— Cuando no se está á bordo, hay el consuelo de poderlo

llamar. ¿Quieres que mande por el cura? preguntó con su buena intencion y tosca manera la buena mujer.

— ¿Pues que, voy á morir? exclamó saliendo bruscamente de su letargo y abriendo de par en par sus negros ojos la niña, miéntras un temblor nervioso, apoderándose de ella, agitaba su exhausto cuerpo debajo de las ropas de la cama.

— No, no, puede que no, dijo apurada la alcaldesa; pero como te dije ántes, todos somos mortales.

— Señor cura ¿voy á morir? preguntó con ávida angustia la niña al verlo entrar. ¡Jesus! ¿y fatiga mucho el morir, señor cura? ¿no se me puede aliviar? ¿y D. Juan de Dios?

La alcaldesa salió del cuarto hecha un mar de lágrimas.

¡Qué palabras, qué sentimientos mediaron entre el cura y la agitada moribunda, y sobre todo, qué poder sobrehumano influyó! Todo católico lo sabe y lo adora; pero cuando el cura salió del cuarto, la alcaldesa halló á Lágrimas tan suave como siempre, mas tranquila que nunca, y espansiva, como sí la vida que se iba retirando de las estremidades de su cuerpo refluyese toda á su corazon. Dióles las gracias á todos por lo que la habian cuidado; pidióles perdon por sí acaso les habia ofendido, y le dió á su tia una cadena de oro que siempre llevaba al cuello con el retrato de su madre. Pidió una cajita con alhajas que tenia, sacó de ella un collar con un medallon de perlas en que estaba su propio retrato cuando niña, lo sacó del medallon, hizo lo mismo con el de su madre, los miró ambos mucho tiempo miéntras sus labios recitaban una oracion, y por sus mejillas caian dos gruesas lágrimas, y pidiendo un paño húmedo lo pasó por ellos hasta dejar el marfil en blanco, sin decir una sola palabra, porque en aquel corazon tan amante y abandonado de cuantos habia amado, y de cuantos debieron amarlo, no habia hiel. Ningun rencor sentia contra Reina y Genaro, y solo deseaba su felicidad.

Así ese ángel dulce acariciaba la flecha que partia su corazon, al contrario de otros, que proclaman envenenadas saetas volantes que apénas han rasguñado su epidérmis.

Pidió un tintero, y pudo, escribiendo en turbios caractéres, trazar estos renglones:

«He recibido tu carta, Reina mia, y te escribo estas cuatro letras ántes de morir para desearos á ambos muchas felicidades. Fabian llamaba á las perlas lágrimas del corazon. Ahí te envío ese collar para que alguna vez ellas te recuerden de mí. ¡Adios! En el lecho de muerte es cuando pega y es dulce esa palabra adios:

LAGRIMAS.»

— Decíd á mi padre, dijo cuando hubo acabado, que deseo se le envíe esa memoria á mi amiga Reina Alocaz.

— Tu padre vendrá pronto, repuso el alcalde.

— Mi padre no vendrá, objetó la niña con naturalidad, tiene mucho que hacer, y está muy léjos.

A la tarde fué administrada, acudiendo todo el devoto pueblo, y asistiendo postrado y llorando á la union de un ángel y su Dios en la tierra.

Quedó en seguida tan sosegada, que la noche fué mas tranquila que otras. Algunas veces hablaba palabras sueltas como en sueños, pero no encerraban sentido, y se le oyó muchas veces decir: *¡voy, madre, voy!* Cuando algun golpe de tos ó un agudo dolor en el pecho la hacia estremecerse oíasele repetir:

Abrázome con los clavos,
Y me reclino en la Cruz,
Para que siempre me ampares,
Dulce Redentor Jesus!

Al siguiente dia llegó D. Roque en un vapor.

— ¡Hija mia! exclamó al entrar bruscamente en el cuarto. ¿Qué es esto? qué ¿tan mala estás? yo no quiero que te mueras; no, no, no morirás; y aunque fuese preciso traer al proto-medicato, y hacerle para que venga un puente de oro. No morirás, no.

— Déjeme Vd. morir, padre, y no lo sienta, dijo su hija con esa tranquila y dulce conformidad, no de valiente, sino de cristiano. Dios que es tan bueno lo ha dispuesto así para quitarme de padecimientos. *Estóy cansada*, y la muerte es el descanso.

— ¡Que no lo sienta! pues ¡no lo he de sentir aunque te herede! soy buen padre, quiero á mi hija, no tengo á nadie sino á tí. ¿No ves lo solo que me quedo, y dices que no lo sienta?

— Padre, yo poco os acompañaba, y así creí no sentiriais mi muerte; pero ahora que veo os aflije siento morirme.

— Mira, hija mia, dijo D. Roque, que por primera vez en su vida sentia una pena de corazon, cuanto podia sentir aquel corazon en su existencia de pólipo: mira, hija mia, ponte mejor, y se hará cuanto desees; te llevaré á Sevilla, que te sienta tan bien.

— Ya es tarde, padre.

— ¿Y no he hecho cuanto he podido para aliviarte? dijo el buen padre, ¿no te traje aquí? ¿no te he dado gusto en dejarte? ¿no tenias confianza en ese D. Juan de Dios?

— Sí, padre, sí, respondió la suave criatura, se ha hecho cuanto se ha podido; pero nací débil, y siempre viví padeciendo, sobre todo, desde la catástrofe de la muerte de mi madre.

— Es verdad, es verdad, pero eso de verte morir, tú mi sangre, tú tan jóven, tú que habias de heredar tanto dinero! ¡esto es un dolor! preciso es que me la curéis, D. Juan de Dios, preciso! y si no ¿para qué sirven vuestra ciencia y vuestros libros? No repare Vd. en medios ni en costos, aquí estóy yo para salir á todo.

— Padre, dijo en queda voz la niña, ¿qué puede el dinero contra la voluntad de Dios?

— El dinero sirve para todo, hija mia; pues que ¿te habia yo de dejar morir así? no; D. Juan de Dios, disponéd, discurríd, vamos, vamos, ¿qué se hace?

— Consolád su espíritu y no lo agitéis, dijo á media voz el facultativo á D. Roque; señor, ya no hay remedio, y le quedan pocas horas de vida; no me habéis querido creer.

— ¡Y cómo consolar su espíritu! exclamó agitado D. Roque, ¿qué quieres, hija mia? preguntó acercándose á la moribunda, ¿deseas algo? pide cuanto quieras; si necesario fuese iria el vapor por ello á Cádiz.

— Sí, señor, murmuró la pobre niña, os pediria un favor.

— Dí, hija mia, dí, dijo D. Roque con un dolor real, pero seco y despechado.

— Quisiera enviar el collar de perlas y el medallon por memoria á Reina que se casa.

D. Roque hizo un movimiento de impaciencia causado á la vez por su avaricia y su encono contra la marquesa.

— Si no queréis... dijo con débil voz la pobre niña.

— Sí, hija, sí, quiero lo que tú quieras.

— Dios se lo pague á Vd., padre. Quisiera, prosiguió despues de tomar aliento la pobre niña, que vendiese Vd. los zarcillos de brillantes de mi madre y le diese su importe á la pobre Francisca para que no pida limosna.

— Se hará, dijo D. Roque disimulando mal un movimiento de impaciencia.

— Si os contraría.... murmuró Lágrimas.

— No, no, adelante.

— Vendéd la sortija que disteis á mi madre cuando os casasteis, y mandád con su importe á clérigos pobres, decir misas por vuestra hija.

— Eso no, dijo D. Roque, que sostenia á duras penas el papel de dadivoso, esa sortija se la di yo y debe volver á su dueño; pero pierde cuidado que se te hará un funeral que sonado sea.

— Eso no quiero yo, padre, dijo la niña agitándose, ni que se me vista de baile... ni que pongan colorete.... ni flores en las manos.... quiero bajar á la tierra pálida y triste .... como viví.... y como pone la muerte.... y cruzadas mis manos.... rogando á Dios.... como lo hago al morir.... por ellos.... por Vd.... y por mí....

La moribunda estaba tan agitada, que el facultativo se apresuró á administrarle un calmante.

— Otorgádle lo que desea, murmuró este al oido de Don Roque, que no sabia donde dar de cabeza.

— Cuanto has dispuesto se hará, dijo á su hija.

— Acercáos, padre, suplicó esta con desfalleciente voz.

El padre acercó su oido á los descoloridos labios de su hija.

— Mi última súplica, murmuró esta, ¡padre, padre, no la desechéis! perdonád su deuda á Tiburcio.

— Bien, respondió el padre con el firme propósito de no hacerlo, porque para ese hombre no habia nada sagrado, ni la última voluntad de un difunto.

La niña entónces se quedó aletargada. Reinó en el cuarto un hondo silencio, digno precursor de la muerte. Don Roque, con los codos sobre las rodillas, ocultaba su rostro entre sus manos, y solo se movian sus labios para pronunciar de quedo alguna imprecacion. La alcaldesa lloraba, el alcalde estaba anonadado, el cura oraba y el médico observaba la aletargada niña.

De repente una queda y débil voz interrumpió el silencio, cantando suavemente como un arpa eoliana al soplo de la muerte:

Que les tengo perdonado,
Que es tan dulce perdonar!

Despedazaba el alma este infantil canto de cisne en aquella boca que iba á quedar muda para siempre.

— ¡Mi hija canta! exclamó D. Roque.

— Vuestra hija delira, respondió el médico; acercáos, señor cura.

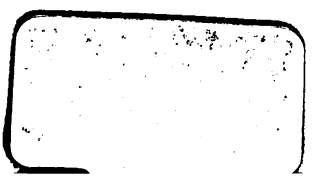
El cura se acercó y se puso á auxiliar á la moribunda.

— ¡Hija mia! exclamó D. Roque precipitándose hácia la cama.

Solo oyó estas quedas palabras, con las que ese ángel mártir dió su alma á Dios, cual lo hizo su madre.

Abrázome con los clavos,
Y me reclino en la Cruz,
Para que siempre me ampares,
Dulce Redentor Jesus!

A los ocho dias se celebraron en Sevilla las lucidas bodas de las dos primas, la brillante y hermosa Reina Alocaz y la linda y alegre Flora de Osorio.

A los ocho dias, D. Roque bullia mas que nunca en un cáos de negocios, y deploraba el perjuicio que algunos dias de ausencia le habian acarreado. El mismo dia se veia en la playa de Villamar, agitada y avivada por la recia brisa de la mar, una gran hoguera, en la que la prudente alcaldesa, con previa autorizacion de D. Roque, quemaba la cama, los muebles, las ropas de la pobre niña que murió hética. ¡Nada quedó de ella, ni aun la memoria!

FIN.